

LA LOCURA EN
LA ARGENTINA

Hugo Vezzetti

Paidós



Hugo Vezzetti

**LA LOCURA
EN LA
ARGENTINA**

Nota

La presente edición digitalizada de *La Locura en la Argentina* corresponde a la 1ª. Edición de la Editorial Paidós de 1985. La obra había sido publicada originalmente por la Editorial Folios en 1983. La numeración de las páginas y de las notas al pie respetan exactamente la edición impresa.

Índice

Introducción	11
1. Higiene social y medicina mental	23
<i>La medicina pública</i>	23
<i>El personaje médico</i>	29
<i>El higienismo</i>	36
<i>La asistencia de los locos</i>	43
2. El espacio manicomial	51
<i>El alienismo</i>	51
<i>El hospicio</i>	60
<i>El tratamiento moral</i>	70
<i>Las causas de la locura</i>	80
3. La locura y la sociedad argentina	91
<i>De Sarmiento a Ramos Mejía</i>	91
<i>La locura y la historia</i>	97
<i>Locura y civilización</i>	104
<i>La locura y las masas</i>	111
4. Locura y crimen	127
<i>El alienista y la ley</i>	127
<i>Medicina legal</i>	135
<i>El parricida José Vivado</i>	145
<i>La degeneración</i>	153
<i>El delincuente</i>	171
5. Locura e inmigración	185
<i>El loco inmigrante</i>	185
<i>La Sodoma del Plata</i>	196
<i>Raza y nacionalidad</i>	204
<i>Locura y anarquismo</i>	214
<i>La profilaxis mental</i>	221
Bibliografía	233

a Beatriz Perosio, por ciertos ideales perdurables

Introducción

La *locura* como objeto de discursos y de prácticas, sostenida en valores y fantasmas, aparece dibujándose en un campo de intersecciones. Perseguir su constitución y sus transformaciones exige una investigación que desborda ampliamente los temas propiamente psiquiátricos, tal como han sido corrientemente abordados a partir de los tratados médicos y las primeras nosografías relativas a la enfermedad mental.

Un conjunto de factores heterogéneos entra en juego en esa constitución, y en ella encuentran cabida tanto la organización de los hospitales y la atención de las cuestiones de la higiene pública como las normas burguesas de moralidad, y, más fundamentalmente, las transformaciones que acompañan el proyecto de conformación de un sujeto sociomoral colectivo.

En la Argentina, la formación del Estado no puede separarse de este movimiento, en el cual se integran distintos resortes en el proyecto utópico de una reforma mental y moral de la población. Así es como, desde los primeros textos que buscan situar ciertos parámetros de interpretación de la realidad nacional, tiende a definirse una zona de fractura y de alienación colectivas, un extravío respecto de los fines que el destino ofrece a la república. Y ese espacio de irracionalidad se ha constituido en un punto de mira privilegiado para caracterizar la cultura y la sociedad, desde un primer fantasma de locura colectiva, previo a los manicomios y las cátedras, que es la barbarie.

Cabe preguntar, ¿con qué noción de locura opera este análisis? En lo que sigue se ha preferido partir de una definición negativa: la locura no es un concepto. No existe como entidad previamente definida, idéntica a sí misma y perdurable a través de los tiempos. Y sin embargo, nuestra modernidad -que debe tanto a las utopías médicas y pedagógicas- define diversa pero convergentemente las manifestaciones de un extravío que encuentra en todas partes; con

lo que no hace sino señalar su propia criatura en el gesto mismo en que la hace extraña.

En la tarea de esta indagación se impuso la evidencia de una definida transversalidad de la locura como objeto. No hay una entidad anómala que develar por detrás de sus modos de manifestarse, y que persista, autónoma, respecto de las figuras y las sanciones que sobre ella establecen los discursos y las prácticas. La locura misma como objeto de conocimiento e intervención va produciéndose, y no es más que esa misma diversidad de fenómenos y efectos en el interior de una historia múltiple.

De allí que no pueda haber un centro estable del análisis; no hay un núcleo esencial desde el cual el dispositivo de la locura se haga transparente. Y sin embargo no pueden dejar de señalarse algunas referencias que conectan esta investigación con la obra mayor e irrealizada de una historia crítica de la sociedad y la cultura argentinas.

Hay una determinación económica que es insoslayable -aunque este trabajo no se concentra sobre ella- y que, por otra parte, es bien explícita en los textos de la medicina mental y el higienismo. En ellos se pone suficientemente de relieve que los funcionarios de la medicina pública se integran a una función técnico-política y conciben a la economía y al trabajo como criterios esenciales para la salud, colectiva o individual.

En los años posteriores a Caseros, y particularmente hacia el 80, se va constituyendo un aparato sanitario y de higiene pública, secular y modelado según los cánones europeos, que retoma y profundiza disposiciones anteriores, que se remontan sobre todo al fallido proyecto de Rivadavia. El mantenimiento y restablecimiento de la salud, incluidos sus componentes "mentales", forman parte principal, entonces, de la organización y control de la población laboral. Lo mismo puede decirse de las prácticas de internación y externación -que son esenciales a la función del manicomio- y que han sido bien caracterizadas como modo de regulación de una masa flotante de marginalidad.

Un nivel de análisis del higienismo, de la reforma hospitalaria y las prácticas alienistas puede afirmarse en este eje y explorar cómo, desde la higiene pública a la medicina mental y la criminología, ciertos intentos de medicalización de la conducta ciudadana -convergentes con disposiciones y prácticas jurídicas, penales, pedagógicas- están comprometidos en la exigencia de armonizar la modernización y expansión del aparato productivo con el control de la masiva conmoción demográfica debida al caudal inmigratorio. Los desajustes entre

esos dos movimientos crean la base de una vasta problemática de desorden, básicamente urbano, en la cual la marginalidad, la locura y el delito llaman a la intervención médica social.

Pero la disciplina y laboriosidad de los sectores populares intervienen a la vez como un factor de la economía y como un eje central de los valores morales que la política y la educación procuran instaurar. En ese sentido, para un país que es visualizado por los fundadores como un desierto bárbaro, con algunas pocas ciudades civilizadas, la incorporación de inmigrantes trabajadores combina los objetivos económicos con la utopía de una gigantesca empresa de moralización.

El proyecto fantástico de esa regeneración civilizadora se acompaña de una descalificación bien notoria de las condiciones morales y raciales de la población nativa, que está en el origen del fantasma de alumbrar una nueva raza, propiamente de fabricar un hombre argentino, a partir de la combinación de un cuerpo natural metaforizado por la calidez y fecundidad de la pampa y un *ego* fecundante, propiamente europeo.

Cuando los resultados de la inmigración mostraron su producto, reputado como extraño al linaje europeo del que debía hacerse cargo, una consideración parejamente moral va a fundar una línea de interpretación psicopatológica social de los caracteres de la masa extranjera. J. M. Ramos Mejía, -que se propone como heredero de Sarmiento y es maestro de Ingenieros- y Lucio Meléndez van a expresar el viraje por el cual la población urbana pasa a ser el objeto privilegiado sobre el cual se descargan los desarrollos de la doctrina y la tecnología alienista. Reordenada la escisión inicial, para algunos el campo y el mito gaucho enfrentarán la expresión del mal localizada en la ciudad y la masa inmigrante.

Todo esto forma parte del despliegue discursivo e institucional de la locura. Se ha insistido bastante acerca de la función que ese dispositivo pretende cumplir en el ordenamiento social. En cambio, se ha tenido menos en cuenta cómo ese espacio discursivo sirve a la constitución de ideales y valores morales. Por una parte, aparece como un campo fundamental de la instauración de esos ideales capaces de fundar el *ego* europeo -que de cualquier modo no es homogéneo y debe respetar la distancia entre la masa y la elite- al mismo tiempo que busca reordenar el espacio del poder acentuando el ejercicio de una intervención que no es meramente del orden del castigo y la exclusión, sino que busca constituir propiamente un *sujeto moral*,

como eje básico del sujeto social. Si esta fundación forma parte de la historia de la razón occidental, en la Argentina puede ser seguida como un proceso que hace fácilmente visibles la convergencia de resortes propiamente políticos y jurídicos con la función de los modelos de salud y cordura, y convierte al alienista a la vez en una encarnación moderna del moralista y en un paradigma del gobernante.

En ese sentido, los exponentes máximos del proyecto liberal nunca separaron la cuestión de la nación de esa necesaria reforma del sujeto moral. Y en ella el positivismo y el laicismo resultaron los componentes ideológicos centrales para la acentuación de una ética del trabajo como resorte de un equilibrio ordenado de la sociedad.

Más aun, ese énfasis en un papel básicamente formativo sobre la calidad de la población, no solo funda las enormes expectativas depositadas en la herramienta de la educación, sino que impone un recurso propiamente psicociológico para la interpretación de la historia nacional, del cual el *Facundo* es una matriz inaugural. La imagen misma de la nación se personaliza, y se "psicopatologiza". Una equivalencia implícita parece unir la imagen de una naturaleza bárbara dirigida por un estado europeo a la de un sujeto natural transformado por el trasplante de un ego importado.

En esa línea deben anotarse los ensayos de desentrañar o bien producir un *carácter nacional*, que interrogan a la locura bajo sus rostros más globales recurriendo a inciertas doctrinas raciales. Pero, si cierta locura argentina hacia 1880 tiende a ser revelada y aun casi exhibida (*La neurosis de los hombres célebres* no solo es el primer texto psicopatológico, sino que alcanza gran difusión) no es solamente para someterla al control, la observación y la clasificación alienista, sino porque una cierta función "publicista" se impone la tarea de producir una conciencia pública, una mentalidad permeable a las solicitudes de orden y medida requeridas para la conformación del ciudadano, capaz de ser reconocido como hijo de ese grandioso proyecto fundacional.

Un blanco de su acción, sancionado desde el mandato de enfrentar la barbarie del hombre argentino, es el modelado de las pasiones populares, asimiladas a un estado de pura naturaleza, que en el interior del sujeto sociomoral constituye la materia que debe ser elaborada y guiada. Es visible la ambivalencia de esa figura que, si por una parte en el imaginario romántico es la expresión misma del ímpetu y necesidad de acción con que la burguesía autoproclamaba su papel en el proceso histórico, a la vez con la formación de un aparato político autoritario, se convierte en la imagen misma de un peligro

que debe ser neutralizado y preferiblemente orientado hacia el amor al Estado.

En ese sentido, la tecnología del alienismo que funda los manicomios junto con la clínica psiquiátrica, se muestra como un paradigma de la razón positivista. La conciencia positivista que convierte a la locura en objeto de conocimiento, en el marco de las instituciones creadas para gobernarla, no solo es idéntica de la que en la interpretación del hombre y la sociedad busca bases objetivas para el ejercicio de la función política. Más aun, puede decirse que ciertas figuras de la locura y sus oscuros peligros se constituirán en una referencia fundamental de las representaciones que modelan la función de gobierno. Y por ese sesgo, el positivismo y la indagación ejemplarizadora de la locura anudarán una ligazón persistente.

Paralelamente se construyen modelos relativamente perdurables para el abordaje y el conocimiento sistemático del objeto humano. En ese sentido, puede decirse que la desmesurada presencia de los médicos y las disciplinas biológicas no es simplemente la respuesta a los requerimientos técnicos en el orden asistencial y sanitario. Hay algo que supera esa función para postularse como un modelo de análisis y de intervención. Y no se trata solo de la biología y el darwinismo, que constituyen formas más globales y elaboradas de presentación del discurso positivista. Cuando se atiende al funcionamiento de ese dispositivo de la locura, a su inserción estratégica y sus procesamientos, resalta más propiamente la vigencia del modelo médico. Etiología, clínica y tratamiento, diagnóstico y pronóstico; los momentos del análisis médico aparecen como los pasos necesarios en la intervención sobre la comunidad y sus conflictos. Y ello por motivos propiamente metodológicos, que en cierto modo forman parte del discurso de la medicina: la patología revela la normalidad.¹

Eso explica la capacidad del dispositivo de la locura y el delito para nuclear a un conjunto de otras disciplinas que parecen no solo bien dispuestas para ocuparse de las cuestiones de la perturbación y sus manifestaciones en la conducta, sino, más aun, para asumir esa zona como privilegiada en un análisis de la sociedad y la cultura. Con todo, la presencia multiforme de la locura no requiere de los instrumentos de la consideración psiquiátrica para hacerse visible, y todo un área de la literatura argentina -sobre la gran ciudad fundamentalmente- entre el 80 y el Centenario permanece capturada en

¹ Canguilhem, Georges, *Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1978, primera parte.

esta óptica de lo patológico: el trabajo o la sexualidad, las funciones de gobierno o los negocios, la armonía familiar o los valores más consagrados por la moralidad burguesa son, paradójicamente, exaltados por la exhibición de las lacras de la ociosidad, el vicio y el descontrol de las pasiones.

La cuestión de la separación de los locos en instituciones especiales se planteaba ya desde los comienzos de la organización de la medicina, y particularmente fue considerada en el periodo de las reformas rivadavianas. Pero los hospicios como espacio propio de la locura, en el que se desplegará y se ofrecerá a la observación metódica del médico alienista, se constituyen después de la caída de Rosas en un proceso en el que pueden distinguirse etapas. Las disposiciones iniciales mantienen características filantrópicas, fundadas en la iniciativa privada, pero que al mismo tiempo se enmarcan en el complejo simbólico por el cual la medicina social y el saneamiento urbano se levantan como banderas del progreso, como un frente de lucha contra los caracteres de la barbarie.

Como se verá, la eficacia práctica de las nuevas disposiciones tardará más de dos décadas en hacerse palpable y sin embargo no es por eso menos enfática la proclamación de los ideales, que dominan y dirigen las propuestas abiertas al futuro.

Un ejemplo ilustra esta fuerza de los símbolos en la construcción de una nueva hegemonía. Cuando Sarmiento proyectó el parque 3 de Febrero, en Palermo, Rawson se opuso por razones de higiene. Por una parte, insistía en que se trataba de terrenos bajos y por lo tanto palúdicos; por otra, denunciaba que serviría más a la ostentación y el lujo de los círculos de la alta burguesía que a la masa de población desposeída que se hacinaba en los conventillos y que no tendría posibilidades, por la distancia, de acceder a ese paseo. Las razones de Sarmiento -triunfantes, como es sabido- no eran higiénicas sino simbólicas y apuntaban a intervenir sobre la conciencia colectiva: allí donde Rosas había tenido su reducto, construir un paseo francés. Esa transformación de la guarida bárbara en jardín zoológico condensa en una extensa metáfora material lo esencial de la acción que se proyecta.²

² Loudet, Osvaldo, *Ensayos de crítica e historia*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1975, p. 119-120.

¿Por qué a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX este completo de referencias y de rostros de la sinrazón aparece como una presencia tan notoria, no sólo en el campo literario, historiográfico o jurídico sino en la búsqueda de ciertas claves de interpretación y construcción de la realidad nacional y en la promoción de ideales y valores? La constatación de esa presencia es lo que impuso a esta investigación la necesidad de desbordar la historia de la psiquiatría, y perseguir la retícula que la sostiene exigió una cierta heterogeneidad y polimorfismo en las referencias.

Pero en verdad, este "desborde" del espacio de la medicina mental forma parte de las condiciones mismas de constitución del discurso y las instituciones del alienismo. Si el mítico gesto de Pinel configura el punto de arranque de la "moderna" consideración de la locura, y de la reforma de las instituciones y la asistencia, desde el comienzo aparece como un exceso en el que la figura médica se proyecta a una dimensión universal. Finalmente, esa función ideal del acto liberador superó en mucho a sus consecuencias prácticas en la asistencia de los alienados. ¿Acaso en la densidad y la pureza del gesto que rompe las cadenas no se condensa una figura cara al imaginario de la burguesía en su momento revolucionario? Que los locos también sean ciudadanos es importante mucho menos para su futura asistencia que para la legitimación de ese movimiento de transformación de la sociedad, que encuentra en la figura del loco encadenado una imagen dramática de la liberación que propone. De allí a la *filantropía* y la exaltación del ejercicio médico como una representación del humanismo se va construyendo, paralelamente al movimiento propiamente técnico del higienismo, una fantasmática que liga la medicina social a las imágenes del alumbramiento de un nuevo sujeto histórico.

El dispositivo psiquiátrico va afinando sus resortes y discriminando sus modelos de normalidad, y si bien en un primer momento una imagen global de la locura aparece como equivalente de un desorden moral genérico, progresivamente va dejando lugar al recorte nosográfico y la expansión del tema de las *neurosis*. Si con ello, la noción de locura se diversifica y se afina hay que poner esa evidencia en relación con el movimiento histórico que lleva a la visualización de los aspectos conflictivos de la "cuestión social", y con una política de población que apunta al material humano - condición de la riqueza y de la fuerza militar- para instaurarle las necesarias condiciones mentales y morales.

Una enorme transformación, prolongada en el tiempo y despare-

ja en su desarrollo, afecta a un conjunto de instituciones, discursos, prácticas y tradiciones no solo en el plano político y jurídico, sino en el del cuerpo, la sexualidad o la familia. Michel Foucault³ ha definido bien la dirección general de ese proceso, pero importa destacar los factores de diferenciación, que hacen que ese proyecto de intervención normalizadora sobre la conducta ciudadana -cada vez más pública y perseguida hasta sus rincones más secretos- no se reduzca a imponer modelos generales, sino que afecte sistemas de ideales que son propiamente conformadores del yo.

La *identidad*, así resulta ser no tanto reconocimiento como imposición, que se elabora en un movimiento complejo y heterogéneo de investimentos e identificaciones. Un definido trastocamiento de la conciencia tiende a afirmarla como institución pública, moral ciudadana, y en ese mismo movimiento el ámbito de la vida "privada" pasa a ser un dominio abierto a los poderes "públicos". Un ideal de visibilidad de la conducta orienta la diferenciación y expansión del dispositivo de la locura, desde el manicomio a la marginalidad social y el delito, y de allí, a los temas del trabajo, la familia y la infancia, extensión que es correlativa a una confianza ciega en las capacidades formativas y preventivas de las disciplinas de la medicina mental.

De cualquier modo, no hay que exagerar la homogeneidad de ese proceso de "normalización", ni negar que hay más de un modelo. Freud⁴ aporta una pista -que solo queda aquí consignada- para pensar la correlación entre esa variación en los sistemas de ideales y las diferenciaciones que los cuadros psiquiátricos producen en el campo global de la locura. Si la histeria es análoga a una obra de arte, como la neurosis obsesiva a una religión y la filosofía a una paranoia, ¿no es porque esos rostros de la locura acompañan como una caricatura los procesos por los cuales la razón occidental busca sus formas "modernas"? En tal caso la nosología psiquiátrica condensa en un espejo deformado aquello que el moralista, o el inductor de ideales e identidades promueve; o quizá debe decirse que en esa caricatura se condensan a la vez el mandato y la resistencia. La psiquiatría y la psicología acompañan ese programa de producción de un nuevo sujeto histórico marcando a su vez los límites, las variantes toleradas, las fracturas y las luchas en contrario, y en ese sentido, la paranoia, la histeria, la neurosis

³ *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI, 1976.

⁴ *Totem y Tabú*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, v.2, p. 459.

obsesiva se integran a las formas de la *razón*, el *deseo* o el *trabajo* que son parte indisoluble del azaroso camino de la moderna "yoificación".

Es posible rastrear extensamente en las producciones científicas y literarias argentinas, del 80 al Centenario, la marca de las tesis de un darwinismo vulgarizado: enfoque genético, atención a la herencia, lucha por la vida y selección natural. Pero si el progreso social aparece fundado en las leyes irreductibles de la biología, no deja de pagar un precio: la figura siniestra de la *degeneración* condensa el negativo exacto de los valores morales deseados. Un lazo sólidamente significativo liga esa noción, asociada a la locura urbana, por una parte a una reedición de la barbarie en la gran ciudad, y a la vez a una expresión agudizada de los conflictos de la inmigración.

De cualquier modo, el recurso a la biología no deja de generar contradicciones, en las que se hace patente la superposición de dos modelos de aprehensión de los fenómenos. Uno aparece fundado en el concepto de *organización* y concibe el desarrollo evolutivo como dominado por una creciente armonía de funciones. El otro parte de la *lucha* -condición que reaparece desde el espacio social entre los restos del proyecto de armonía y progreso- y hace recaer el acento más bien en las líneas de fractura y contradicción en el espacio vital y social.

Pero esa preeminencia del modelo médico -convocado por la patología- hace que el biologicismo como modo de aprehensión de la realidad se combine con propósitos definidos de intervención. Si la sociedad es un organismo afectado de alguna patología, el gobernante y el político se conciben reiteradamente según la figura de un médico que aspira a la omnipotencia de controlar todos los resortes, orgánicos y psíquicos, individuales y colectivos. Por otra parte, hay una constitución propiamente tecnológica de un dispositivo sobre la locura, que se desarrolla en los marcos del higienismo, de la creación de los manicomios y el espacio de observación e intervención que ellos construyen, en las cátedras y en las publicaciones, pero a la vez, en el choque y la transformación de disposiciones jurídicas, estructuras penales, modos de administración de la marginalidad y la desviación.

Más allá de una función ideológica -que ha sido ya suficientemente señalada- interesa destacar esa constitución renovada de una

tecnología sobre la conducta, de un dispositivo metódico organizado en instituciones y discursos, en normas, ideales y técnicas.

En la constitución de este complejo tecnológico pueden verse, someramente, varios procesos entrelazados. Por una parte, el surgimiento de *instituciones específicas*: servicios hospitalarios, manicomiales, penitenciarios, publicaciones y asociaciones profesionales. Este proceso propiamente institucional, que requiere ser delineado en su dinámica propia, no puede separarse de una consideración correlativa de las herramientas del Estado y de la convergencia con dispositivos jurídicos, educativos o políticos. En ese movimiento, por ejemplo, se configura un complejo técnico en tomo de la relación médico-paciente, que va a tener sus efectos más allá del espacio asilar y hospitalario.

Por otra parte, se va construyendo cierto *sistema teórico*, un repertorio de nociones que procura ensamblarse y armonizarse, con escasos resultados desde el punto de vista de las convenciones científicas que vendrían a fundar la disciplina médica. Pero su funcionalidad resulta palpable, y un conjunto de ideas acerca de la locura y el delito - particularmente cuando encuentran en la teoría de la degeneración una máxima coherencia- que adquieren relativa expansión y autonomía, no sólo influyen notoriamente sobre otras disciplinas -la historia o la sociología- sino que impregnan la cultura de la época.

Por último, simultáneamente se constituye una *capa profesional*, una burocracia psiquiátrica y criminológica que crece y se especializa en las instituciones del Estado, en los hospicios, las cátedras y las entidades profesionales, y en su servicio a los requerimientos del poder encuentra una oportunidad privilegiada de ascenso social.

Todo ello se desarrolla en el marco general de una lucha en la que las tesis científico-naturales, fuertemente organizadas en el dogma evolucionista, tienden a prevalecer sobre las viejas concepciones.

El *alienismo*, que tiene su sede en los manicomios de Buenos Aires y domina las primeras cátedras, da a luz correlativamente a las figuras del loco y el alienista, que se constituyen recíprocamente y van sufriendo un cierto juego de transformaciones, que mantiene, sin embargo, la solidez de esa pareja inicial. La relación del alienista y su loco no es la misma que la del criminólogo y su criminal -o marginal, es decir, delincuente potencial- ni tampoco que la del terapeuta de la "higiene mental" con su paciente. En esas transformaciones

la locura misma va siendo redefinida. En el primer momento, en el interior del asilo, la locura es perseguida a la vez con la grilla clasificatoria de la nosografía de los grandes cuadros -manía, melancolía, demencia, imbecilidad- y con los resortes de la autoridad y la dirección de las pasiones condensadas en el *tratamiento moral*. Allí nace la instrumentación del "influjo personal" del médico como medio del tratamiento.

Con la criminología, hacia fin del siglo, la locura adquiere una nueva cualidad: la peligrosidad, que ya no es algo descriptible como un cuadro psiquiátrico y, por otra parte, apunta a una locura potencial, no explícita. Así se acentúa el registro de la prevención y la previsión: la mirada del médico debe proyectarse al futuro y anticipar la conducta probable, y la psicología experimental encuentra un sostén para su desarrollo. Pero a la vez se transforman los personajes en juego, el criminólogo es un alienista que desplaza su centro de estudio y de intervención desde el interior del asilo al espacio social urbano, particularmente a la marginalidad: su dominio es el de la "mala vida".

Cuando prevalecen las concepciones de la *higiene mental*, la locura es ya un desajuste mínimo en el campo de la conducta cotidiana. Nuevo desplazamiento entonces, de la marginalidad a la familia, el trabajo, la escuela, la vida comunitaria. Correlativamente comienza a hablarse de "salud mental", noción ambigua que parece completar el círculo que busca encerrar las capacidades y virtudes en el marco de una medicalización de la vida cotidiana.

Pero simultáneamente, ciertos núcleos referenciales de la locura van siendo elaborados en otras áreas del discurso cultural y responden a otras tradiciones, desde la interpretación de la historia de José M. Ramos Mejía hasta la obra sociológica de José Ingenieros y los excesos de la novela naturalista. En ese sentido, *La neurosis de los hombres célebres* inaugura la línea perdurable de una ensayística sociopsiquiátrica predispuesta a establecer una fácil continuidad de la patología individual a los desajustes de la sociedad. Y si todo síntoma es, antes que nada, social, durante décadas el fenómeno social más relevante y destacado por esa mirada inspirada en el alienista, fue el fenómeno inmigratorio.

Una afirmación reiterada en esos textos sanciona la afinidad de inmigración y locura: los extranjeros enloquecen más fácilmente. A partir de ello, la figura del *loco inmigrante* resultará exhibida, tematizada, interrogada en profusa sucesión de casos y en producción de tipologías. No solo se propondrán controles y exámenes

sobre el estado mental de los inmigrantes, sino que cuestiones relativas al destino de la "raza", y al futuro de las generaciones argentinas serán agitadas en un conjunto de discursos en el que la higiene deriva en los postulados de la eugenesia, y la preocupación por la conformación de un tipo argentino se enlaza a la xenofobia.

Y en esa exaltación "nacionalista" se refractan los viejos temas de la utopía original. La cruzada de moralización que enfrenta los fantasmas de la locura produce sus propios extravíos, que insisten y se imponen como representaciones de extraña fijeza. Aunque sea tangencialmente puede ser importante esbozar ese espacio de representaciones fantásticas de la nación, en la que la locura convocada parece trasladarse a los discursos que la conjuran.

1. Higiene social y medicina mental

La medicina pública

Guillermo Rawson se sitúa en el centro mismo de una proyección de la conciencia médica que es a la vez directamente política. La "organización nacional" y la conformación del gremio médico intersectan sus procesos y sus mitos. Y no se trata tanto de insistir sobre la pluralidad de funciones que coexiste en Rawson: presidente de la Asociación Médica Bonaerense, redactor de la *Revista Médico Quirúrgica*, primer catedrático de la higiene pública, senador nacional y ministro del Interior. Lo más destacable es que entre ese desarrollo de la medicina —que es a la vez tecnológico y modelador de nuevos ideales— y la acción del hombre de estado hay una perfecta continuidad.

En ese sentido, la metáfora mayor de la sociedad organismo parece preceder a la instauración de los dogmas evolucionistas y funda un conjunto de representaciones que asocian la salud —física y moral— a los caracteres permanentes de la nación, en una fantasmagoría biológica que es constitutiva de esa imagen burguesa de la república, personalizada en una mujer joven y robusta, ligeramente erotizada en la exhibición más o menos velada de sus pechos altivos.

Ante todo, la higiene pública es una condición de la riqueza, y para el caso, si de economicismo se trata, hay que ponerlo en la cuenta de Rawson: "La higiene pública y la economía política se dan la mano y se estrechan tan fuertemente, que con cuanto más empeño se las mire, tanto más confundidas y aunadas se las ve. Con el dinero, o su equivalente el trabajo, es preciso describir todo lo que entorpece las funciones normales en la vida de los individuos; en otros términos: con el dinero se hace la higiene de los pueblos. También con la higiene de los pueblos se consigue la economía y se labra la riqueza".¹

¹ Loudet, O., "Guillermo Rawson. El primer higienista argentino", En: *Ensayos de crítica e historia*, Op. cit. P.107.

Es claro que las epidemias y otras cuestiones de orden sanitario exigían la organización de un dispositivo técnico y la conformación de una capa profesional, pero, si a las lecciones de higiene pública de Rawson concurría un público que excedía ampliamente a médicos y estudiantes², es porque ciertos criterios metodológicos de la medicina van alcanzando el lugar de un modelo para concebir las funciones de gobierno.

No basta, entonces, con destacar en el dispositivo sanitario (que se organiza y consolida entre la creación de la Facultad de Medicina en 1852 y la creación de asilos y hospitales regionales hacia el Centenario) su lógica y su eficacia específicamente médicas. Porque hay una dimensión ideal que, desde el abortado proyecto rivadaviano, enlazó explícitamente la reforma de la medicina con las luces del progreso social y los valores políticos del liberalismo. La efímera Academia de Medicina de Buenos Aires y el primero —y único— número de sus *Anales* (1823) parecen responder ante todo a ese imperativo europeo de la razón ilustrada, junto con la creación de la Universidad de Buenos Aires y otras medidas de fomento de las disciplinas científiconaturales, como la contratación de Bonpland.

Rivadavia profundiza la organización de la medicina pública iniciada por el Virrey Vértiz, pero reduciendo drásticamente la intervención religiosa. Así, los hospitales pasan a ser dependencias de una administración civil, dirigida por los profesores de la Escuela de Medicina.³ Por entonces, la presencia de locos crónicos en los hospitales generales y en las cárceles se hace más visible, y se proyecta la creación de un asilo de dementes, que no llega a hacerse realidad.

Como sea, las reformas de Vértiz anticipaban ya la lógica elemental de una primera intervención del poder estatal sobre la marginalidad, en la que la locura y otras formas de la ociosidad comienzan a ser definidas como un desorden público. La represión de la mendicidad y la vagancia forman parte integral de una intervención sobre el cuerpo como productor, en que se perfila con claridad la estrategia coactiva de moralización: "Ningún pobre de ambos sexos mendicante por las calles podrá pedir limosna sin el correspondiente pasaporte o licencia del comisionado de su distrito, so pena de un año de barraca siendo hombre y si fuera mujer un año de cárcel... De toda la gen

² Id., p.116.

³ Penna, J. y Madero, H., *La administración sanitaria y Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1910, II, p.82.

te vaga y mal entretenida constando serlo por diligencias nombradas que se hagan y noticias que se tomen se dará por el comisionado cuenta a este gobierno".⁴

La lógica de la reclusión va a juntar progresivamente a locos, inválidos y mendigos; si interesa destacarlo en sus orígenes coloniales, es porque desde el nacimiento mismo de las instituciones públicas de asistencia, los proyectos reformadores y las iniciativas filantrópicas aparecen invadidos por la inercia de la segregación y el abandono de los asilados.

La beneficencia misma aparece atravesada por esa contradicción entre un proyecto de asistencia y reforma del sujeto y la presión hacia la exclusión lisa y llana del destinatario de la acción médico social, y con ello los grandes ideales humanistas se cruzan permanentemente con las formas históricas de la segregación. En ese sentido, más allá de las diferencias, particularmente en el pasaje de la caridad privada a la constitución de un enorme aparato estatal de la salud, entre el proyecto de medicina rivadaviano y el dispositivo que se conforma cincuenta años después, la filantropía marca con fuerza las concepciones del higienismo.

M. Foucault⁵ ha señalado la coincidencia estructural de la medicina y la economía tal como se constituyen en el siglo XIX, a partir de una común referencia al valor central del *trabajo*, como fundamento de riqueza y equivalente de salud. Si la "medicina de las especies", dominada por una matriz clasificatoria, colocaba a la enfermedad, primariamente, en una región de homologías —a la vez naturales e ideales— en las que el individuo no podía recibir un estatuto positivo, la renovada mirada clínica anuda una creciente proximidad entre médico y enfermo, que funda propiamente la percepción de una dimensión individual. Pero, simultáneamente, la clínica estratifica el abordaje de la enfermedad, y al lado del espacio de la clasificación y de la intimidad del encuentro médico-paciente, propone una posición de la patología en el espacio social. La experiencia médica amplía su jurisdicción y su punto de mira: la medicina debe ligarse al Estado y asumirse como una tarea nacional;

⁴ Bando del 12/7/1775. Ingenieros, José, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1937, p. 67. Se ha actualizado la grafía

⁵ *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 1966, cap. I.

y con ello se transforma radicalmente el estatuto institucional de la enfermedad.

Una consideración de la funcionalidad de los criterios médico-filantropicos revela que combinan la renovación doctrinaria y técnica de la medicina con un ajuste de los modelos de autoridad, en el marco de esa célula contractual que compromete a un paciente con su médico, y que en su mitología menor anuncia la sociedad misma que la burguesía pretende instaurar en una dimensión universal.

Pero justamente, en la medida en que las disposiciones médico sociales se dirigen mayormente a los que carecen de autonomía contractual, la figura social del *pobre* -que encarna a la necesidad en su carácter más miserable- aparece a la vez como la justificación del despliegue higienista y como una amenaza latente contra la estabilidad del proyecto de "orden y progreso".

Es cierto, entonces, que la filantropía se constituyó en un banco de pruebas de las técnicas de sujeción de las masas. Pero, al mismo tiempo, estableció una lógica paradójica y perdurable de la asistencia pública: el necesitado tiene acceso a la asistencia -siempre insuficiente, por otra parte- en la medida en que renuncie a considerarlo como un derecho. En tanto el marginal no puede pagar con dinero o trabajo, al menos con su agradecimiento ante la caridad de los que pueden dar, devuelve la imagen tranquilizadora de una relación de tutela, en la que el asistido -enfermo, mendigo o loco- es asimilado a un estatuto de minoridad jurídica. Junto a las relaciones económicas, por esencia impersonales y reducidas al intercambio y al beneficio, la beneficencia, se empeña en el objetivo imposible de una reconstrucción de las "relaciones encantadas del mundo feudal".⁶

Ciertamente, la constitución de un dispositivo público de salud, que llevará a la creación de la Asistencia Pública, a los hospicios manicomiales, la ampliación de los hospitales y asilos, introduce una modificación sustancial en los usos y las tradiciones de esa dependencia personalizada, que, si se sostiene en la fascinación instituida por el personaje médico, va a alcanzar su expresión más pura en el manicomio con la institución del *tratamiento moral*.

De cualquier modo, la separación entre una faz técnica y una acción educativa y moral de la actividad médica -en la que pervive la antigua asociación de la asistencia del cuerpo con la función religiosa del pastor de almas- aparece cruzándose con la diferencia que

⁶ Castel, Robert, *L'ordre psychiatrique: l'âge d'or d'alienisme*, París, Ed. de Minuit, Cap. III.

los sexos instituyen en los establecimientos de salud. Durante mucho tiempo, los establecimientos de mujeres y de niños -entre ellos, el Hospicio de Alienadas- seguirán dependiendo administrativamente de la Sociedad de Beneficencia y asistidos por hermanas de caridad, aun cuando desde la creación de la Municipalidad de Buenos Aires, en 1856, y de la Comisión de Higiene Pública, el Hospital de Hombres y el Manicomio de Hombres -creado en 1863- dependen de ella. Como se verá, el criterio y la organización de la asistencia de hombres, por un lado, y de mujeres y niños, por otro, tienden a diferenciarse netamente, en un sentido que hace que la atmósfera de beatería propia de la Sociedad de Beneficencia, choque a menudo con los valores del positivismo médico que se imponen en el gobierno sanitario, particularmente cuando José M. Ramos Mejía crea y dirige la Asistencia Pública, en 1883.

Paralelamente con las disposiciones de la filantropía, la reforma de la medicina, ya desde Rivadavia, establece una colaboración específica con la autoridad policial, a través de la creación de los *médicos de policía*, a quienes se debería confiar el examen de las personas sometidas a la justicia, de acuerdo a los criterios de la naciente tecnología médico legal.⁷

Por otra parte, desde 1815, la *Ley de vagos*, en la campaña, busca moralizar las costumbres laborales del gaucho.⁸ Saltando por encima de la escisión ciudad/campo, y aun anticipándose a las disposiciones urbanas que crecerán junto con la inmigración, ese castigo a la ociosidad y la rebeldía muestra un núcleo estratégico esencial de la empresa de asistencia y moralización de las masas.

El espacio doctrinario de la filantropía no deja de presentar contradicciones que a veces llegan a la polémica abierta, en torno del papel que debe cumplir el Estado. Así, el discurso más liberal advierte contra el peligro de que la beneficencia pública se convierta en un premio a la ociosidad y la improductividad. ¿Cómo evitar el exceso en la caridad del Estado? Un recurso no desdeñable es que los establecimientos asistenciales permanezcan en un estado límite de miseria que no los haga atrayentes sino a los muy necesitados; pero el

⁷ Ingenieros, J., *Op. cit.*, p. 87. Loudet, O., "Bernardino Rivadavia y la Academia Nacional de Medicina". En: *Ensayos...*, *cit.*, p. 44.

⁸ Giberti, Horacio, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1961. p. 87.

umbral es variable y en parte depende de una regulación proveniente de las crisis económicas. Muy a menudo, los responsables de las instituciones deberán imponer criterios restrictivos para impedir el ingreso o la permanencia de aquellos que solo padecen de una condición de extrema desposesión.

Entre el liberalismo a ultranza que sostiene que cada uno debe arreglárselas como pueda, o a lo más recurrir a la caridad privada, y la doctrina médica higiénica que va a afirmar cada vez más la responsabilidad del Estado en la materia, se establecen variadas transacciones. Por ejemplo, en 1856 se crea el Asilo de Mendigos para suprimir el escándalo de la mendicidad en la vía pública, pero, al poco tiempo queda sin recursos y debe mantenerse apelando a las donaciones y la caridad privadas, organizadas desde el gobierno⁹, en una mendicidad institucional y ordenada que es el relleno obligado de las carencias crónicas de la asistencia pública. Tanto que la Asistencia Pública, modelada según los cánones más avanzados de la asistencia francesa, y que reforzaba sus presupuestos con sistemas de pensionistas pagos, termina por reconocer que está en peores condiciones para cumplir su misión que la Sociedad de Beneficencia.¹⁰

Dos lógicas chocan en la conformación de la medicina pública: por un lado ese proyecto de *reforma del sujeto social* y de alumbramiento de una población en la que la condición "saludable" sea la prueba directa de la entrada en una nueva etapa histórica. Pero, junto a ella, la lógica perdurable de la *exclusión de la desviación*, del encierro y la segregación del diferente. Con cada nuevo hospital nacen a la vez las declaraciones de grandes propósitos y el hacinamiento en un espacio que, de modelo de la organización soñada, se contamina con la propia marginalidad que contiene. A la vez, la distinción de los internados tranquilos y capaces de trabajar va a instaurar una categorización valorativa del internado colaborador, que sirve a una jerarquización interna del espacio del asilo. Antes que cualquier consideración terapéutica, el trabajo de los asilados es una exigencia de sobrevivencia institucional; después, el tratamiento moral va a imponer a ese loco colaborador como modelo de salud y a revestir al trabajo, más o menos forzado, de un carácter decididamente ritual, según un paradigma dudoso que hace equivaler la laboriosidad y la obediencia a las luces de la razón recobrada.

Si el ideal de esa exaltación de la función médica, asimilada a la

⁹ Penna y Madero, *op. cit.*, II, p. 113.

¹⁰ *Id.*, II, p. 224.

de un renovado clero laico, se proyecta en la grandiosa utopía de la muerte de la enfermedad, una latencia la acecha, y la imagen de una sociedad sin enfermos ni desviados fácilmente desliza el imaginario de la asistencia hacia el fantasma de la aniquilación del invalidado.

El personaje médico

La naciente corporación médica se asume, más allá de su tarea específica, como un factor esencial de la civilización y el progreso, y por ese sesgo propugna un sobreinvertimiento político de su papel técnico. Puede seguirse en las páginas de la *Revista Médico Quirúrgica* -creada en 1864- el crecimiento de una conciencia médica, en la que las figuras de Guillermo Rawson y de Emilio Coni sostienen la empresa de consolidar una corporación profesional identificada con los ideales sociohigiénicos.

La capa médica, cuando no ocupa directamente funciones de gobierno, se sitúa en las proximidades de los resortes del Estado y, correlativamente a su constitución, encuentra condiciones de jerarquización, prestigio y reconocimiento social. La historiografía médica ha oficializado la imagen de un apostolado de los padres de la medicina argentina, y situó uno de sus núcleos principales en el rechazo del dinero. El anecdotario de la pobreza inicial de Diego Alcorta o Francisco Sicardi llega a la exaltación con la tesis de Ingenieros dedicada al portero de la Facultad. Por otra parte, la pobreza también puede ser exhibida como una prenda de orgullo en el final de la vida de los dos grandes de la higiene pública: Rawson y Coni.¹¹

A la vez, la figura ética del médico resalta como un rayo de luz en las tinieblas cuando enfrenta su estatura evangélica a los rostros de la barbarie. Es Diego Alcorta, quien olvida odios y agravios para salvar al mazorquero Cuitiño de un calculo nefrítico o el unitario Ventura Bosch, médico personal de Rosas, que rechaza indignado la insinua

¹¹ Osvaldo Loudet es el cronista mayor de los médicos argentinos y su obra resulta insustituible en la revelación de la historia y de los mitos que alimentan la conciencia y las instituciones de la medicina.

ción de un correligionario que propone aprovechar sus funciones para atentar contra la vida del dictador.¹²

Las epidemias, por otra parte, contribuyen a consolidar esa proyección a la dimensión universal del héroe, cuya estampa casi litúrgica produjo Juan Manuel Blanes con su cuadro más celebrado, "La fiebre amarilla". Ese personaje médico, severo y distinguido, que mira serenamente el espectáculo de la muerte, contrasta su firmeza con la yacente figura femenina —como la imagen de la república— en medio del desorden de las ropas y la habitación, y con ese niño ajeno a la muerte, que busca en el seno materno el alimento y el goce que ya no existirán para él. Ninguna elegía podría superar la fuerza de la escena para resaltar esa figura heroica, pura ética, enfrentando los dramas de la existencia. Y la galera distinguida que conserva entre sus manos es no solo signo de respeto, casi un saludo desafiante a esa presencia de la muerte, sino que a la vez sobredetermina, por su lugar central en la composición, la jerarquía social del personaje.

Pero todavía es preciso humanizar esa estatua médica, acercarla a una dimensión alegre y aun traviesa, que también es una muestra de energía y autonomía; allí está el "Ignacio Pirovano" de Eduardo Wilde, que funda cierta picaresca del gremio médico, luego parte de sus tradiciones.

El valor de la *salud* como categoría que organiza el nuevo discurso y la experiencia médicas, hace estallar los límites corporales según un movimiento de la higiene que extiende indefinidamente su mirada, que recorta y reconstruye cada síntoma de acuerdo con una espacialización social de la enfermedad. De ese modo, la salud, definible antes que nada como una virtualidad que huye hacia el futuro, tiende casi a coincidir con un programa moral de existencia colectiva.

Una verdadera utopía médica se construye en torno de la expansión del higienismo y su sólida apoyatura en el aparato del Estado: por una parte, la figura del "sacerdocio" médico, por otra, la ilusión de una desaparición de la enfermedad, en una sociedad armónica y equilibrada.

Para ello, ante todo es preciso jerarquizar a la propia capa médica para hacerla capaz de cumplir su papel histórico. La milicia, el clero y la toga son clases dignas y respetables tanto por su influencia como

¹² Loudet, Osvaldo y Loudet, Osvaldo Elías, *Historia de la psiquiatría argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1971, p. 21 y 30-31.

por la honra y bienestar que han conseguido para sus miembros, plantea la *Revista Médico Quirúrgica*. "Al hacer a grandes rasgos un paralelo entre cada una de ellas y la medicina no pretendemos rebajarlas en manera alguna, sino demostrar que los médicos son acreedores a las mismas consideraciones".¹³ La imagen del médico no valorizado por la opinión pública aparece bastante reiteradamente, y sostiene cierta lucha de la revista del gremio que, si por una parte se dirige a los propios facultativos exigiendo "trabajo concienzudo y moralidad severa", concentra sus esfuerzos por el reconocimiento público sobre las estructuras del Estado: "Existe en nuestro país, creemos, una incalificable prevención general hacia la clase médica, que hace que los puestos públicos que deben ocupar se hallen erizados de escollos y dificultades de todo género".¹⁴

En las páginas de la *Revista Médico Quirúrgica*, que desde 1875 se presenta como el "órgano de los intereses médicos argentinos", puede leerse una crónica quincenal de esa presencia médica que crece con el Estado. La formación de conciencia médica colectiva, con sus tareas, ideales y mitos, se construye y se expande en ese discurso, que si, por una parte, hace de la lucha contra el ejercicio ilegal de la medicina una de sus banderas esenciales, no restringe su opinión y aun su crítica punzante sobre una serie heterogénea de temas que revelan no solo la extensión de la noción de salud pública que se maneja, sino la amplitud de esos "intereses" médicos, a los que sirve la publicación.

La enseñanza de la medicina y la asistencia hospitalaria, tanto como el estado sanitario de la población o iniciativas y críticas en torno de temas como epidemias, vacunación, cementerios, limpieza de las calles, reglamentación de la prostitución, ética médica, movimientos demográficos, meteorología, hallan cabida en la publicación, junto a artículos extranjeros, a algunas colaboraciones clínicas e informaciones sobre actividades profesionales y científicas. Todo ello revela hasta qué punto la preeminencia de la higiene pública, a la que se asocian los nombres de Rawson, Wilde y Coni, no se reduce a figuras aisladas, sino que forma parte de cierto ideario en el que, sirviendo al Estado, la capa médica encuentra una dimensión fundamental de identidad, exaltación y reconocimiento.

La definición que Wilde hace de la higiene pública como "la hi

¹³ *Revista Médico Quirúrgica* (RMQ), I, p. 206.

¹⁴ *Id.*, I, p. 206 y 334.

giene de los pobres"¹⁵ hace posible, por otra parte, que la naciente conciencia médica se enfrente y critique sin reservas las medidas de gobierno que no están a la altura de su ideario, a la vez que la repetida referencia a las instituciones y disposiciones francesas opera como la encarnación visible de los objetivos propuestos. La falta de ejecutividad del Consejo de Higiene Pública, que carece de miembros con dedicación exclusiva, motiva las primeras críticas. Pero al mismo tiempo, puede seguirse en esas páginas el contraste entre los ideales médicos y la realidad del hacinamiento en los hospitales públicos, a los que no se vacila en calificar de "hospitales-sepulcros" por su escasa eficacia asistencial.¹⁶

Tampoco falta la afirmación combativa de los ideales positivistas frente a las tradiciones religiosas que perviven en las instituciones de salud; por ejemplo: ante la construcción de una capilla en el Hospital de Hombres un redactor se indigna denunciando el hacinamiento y cuestionando que se empleen fondos de la Municipalidad para esa obra muy costosa, mientras se posterga a los enfermos que son "los verdaderos *dueños de casa*".¹⁷ Los problemas de la limpieza de las calles dan ocasión a otra denuncia: solo los más torpes e incapaces se emplean forzosamente en los carros, a causa del sueldo mezquino, que además es abonado con atrasos de hasta siete u ocho meses.¹⁸

La *Revista* opera como un médico colectivo y no cede en la firmeza y perseverancia de sus consejos, que dirige muy particularmente a las autoridades y a los sectores que ellas representan. Y lo hace a la vez garantizando su fidelidad de funcionario público colectivo, y legitimado en la fuerza de esa estatua moral que construye para sí, junto con las cátedras, los hospitales y las publicaciones. Así, la propuesta de crear una oficina municipal de nodrizas es ocasión para denunciar la costumbre de derivar el amamantamiento de los hijos, sancionándola como un fruto del lujo y el deseo de ostentación de la clase acomodada.¹⁹

La medicina legal —que merece una cátedra en la Facultad desde 1875, ocupada por Eduardo Wilde— es otro de los ámbitos en los que la voz médica busca prolongar y afianzar su acción. Por una

¹⁵ Escardó, Florencio, *Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1959, p.58.

¹⁶ *RMQ*, XII, p. 215.

¹⁷ *Id.*, I, p. 49. Las bastardillas son de la fuente citada.

¹⁸ *Id.*, XII, p. 27.

¹⁹ *Id.*, XII, p. 232.

parte se critica la escasa base práctica de la enseñanza de esa materia, pero al mismo tiempo se cuestiona ante las autoridades que solo existan dos médicos de policía para todas las cuestiones médico-legales que puedan presentarse en el municipio.²⁰ De cualquier modo, la importancia -aunque sólo académica- adjudicada a los cruces de la medicina con el derecho, particularmente con relación a la locura y el delito, se pone de manifiesto en el hecho de que varias tesis médicas se ocupan del tema. Con ello, se prepara el terreno para el extenso desarrollo de la criminología hacia el fin del siglo, en torno de las figuras de Francisco de Veyga y José Ingenieros.

En esa pretensión, siempre excesiva y siempre fallida, de vigilar y perseguir toda condición desfavorable para la salud, la moral, el orden y el acatamiento a la ley, los valores de la familia y el progreso, el discurso médico va dibujando -a partir de sus figuras negativas- un verdadero friso de la felicidad y el bienestar. Ese ideal de una sociedad sin enfermedades coincide con la exaltación de una posibilidad de ilimitado perfeccionamiento del ser humano. De allí que el humanismo asuma más o menos explícitamente la matriz de esa figura del médico filántropo, que a su competencia sobre el cuerpo aúna su vocación por una pedagogía social de las costumbres.

Pero, al mismo tiempo, el reduccionismo de todas las categorías del desequilibrio o del conflicto humano al modelo de la patología médica, ese desmesurado afán de totalización que hace homogéneos los órdenes de la biología, de la economía, de la cultura, del poder político y la penalidad, genera -a la distancia- un efecto casi grotesco. Si el médico como personaje social es una criatura del siglo XVIII y el XIX, puede decirse que Molière anticipó su psicología.

Ese nuevo personaje, desmesurado en sus atributos científicos y morales, que condensa al sabio y al prudente, al juez y al gobernante, deviene un modelo, a la vez que se construyen en su alrededor hospitales, dispensarios, reglamentos y una red de prácticas anudadas alrededor de su presencia vigilante y normativa. Si destacamos ese relieve del personaje médico, es porque es en él donde el alienista encuentra un punto de apoyo esencial. Por un lado, parte del otro extremo, podría decirse, no expande la mitología de la salud al espacio ilimitado de los valores y la conducta social, sino que la restringe y modela en pequeño, en la célula que cons

²⁰ *Id.*, XII, P. 408.

truye con su loco. En la inmediatez del influjo personal que funda el *tratamiento moral* se encuentran, como en una preciosa miniatura, implantadas las coordenadas sobre las cuales busca ordenarse el campo social, básicamente la *relación de autoridad*.

La *medicina moral* (Luis Güemes titula así su tesis de 1879) preanuncia la tecnificación del influjo de la persona del médico mediante una atención más cuidadosa a sus efectos sugestivos. "La medicina moral no está en los tratados y es patrimonio de muchos médicos. No se receta. Tiene como base el lazo íntimo que une estrechamente este binomio intransferible: médico-enfermo, donde se establece una transfusión de simpatía humana en que uno es receptor [el enfermo, se entiende] y el otro sujeto irradiante".²¹

Si el hábitat del alienista es el hospicio y el del higienista es el todo social, esa inicial separación de espacios se sostiene en idéntica vocación, al menos en la Argentina, donde no hay una tradición de desarrollo excesivamente diferenciado de las especialidades médicas. Así, un texto inicial de la psiquiatría argentina, las *Consideraciones sobre la estadística de enajenación mental*, de Lucio Meléndez y Emilio Coni, aúna al primer alienista con una de las figuras mayores del higienismo.²²

Por esa inflexión normativa, la medicina busca fundar, en su atención expansiva a las señales de la perturbación, la ficción del *hombre modelo*, no separable finalmente de la sociedad modelo. El hombre saludable no es simplemente el soporte material que sostiene los síntomas: es un *nuevo sujeto social y moral* el que se dibuja en el horizonte. Y si el personaje médico es la encarnación de las virtudes de la conciencia burguesa, si él mismo asiste al alumbramiento, que deja atrás las tinieblas de una práctica médica a la que ataca por oscurantista, anticientífica (metafísica) e inhumana -mito insustituible en toda historia de la medicina- la luz que construye a su alrededor se condensa en el espejismo de esa criatura normal, que le es extrañamente semejante.

Que esta bizarra fantasía haya convivido hasta nuestros días con la realidad institucional del hospicio; que el ejercicio totalitario de

²¹ Loudet, O., "Luis Güemes: un médico cartesiano". En: *Médicos argentinos*, Buenos Aires, Huemul, 1966, p. 17.

²² *Consideraciones sobre la estadística de la enajenación mental en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Impr. Pablo Coni, 1880. Memoria leída en la sexta sección (Psiquiatría) del Congreso Internacional de Ciencias Médicas de Amsterdam.

una función custodial haya adquirido para sus portadores los atributos del progreso y la luz: he aquí el efecto de una disociación cuya estructura subjetiva debería alguna vez ser indagada. Porque en torno de la figura del médico, como paradigma de *autoridad*, parecen superponerse los atributos del patriarca, sostenido por la herencia del pasado, con la del *reformador* que elige el futuro como su patria.

Osvaldo Loudet, refiriéndose al Dr. Abel Ayerza transmite bien el clima de veneración que los padres de la medicina supieron construir y transmitir. "Cuando entraba en el Hospital de Clínicas, pasaba delante de la estatua de Pirovano, su padrino de tesis, y eso constituía una reverencia previa a sus tareas. Cuando anunciando su llegada, sonaban las cuatro campanadas rituales, que sumaban el número de su sala, hasta los árboles que bordeaban su camino parecían inclinarse".²³

Pero si del maestro al discípulo se transmite ese señorío casi feudal, no es menos cierto, a la vez, que la difusión de la buena nueva, respecto de la enfermedad y la muerte, requiere otras referencias y tradiciones. "Chaves, Güemes, Ayerza y Sicardi fueron los cuatro evangelistas de la clínica médica de aquella época".²⁴

Y no se trata de insistir sobre ese lugar, un poco arcaico ya, de amo que se hereda junto con la cátedra o la jefatura de sala. En todo caso, interesa más situar el relieve de ese personaje -que más bien preexiste a sus portadores- como una condición insoslayable para explorar el campo de la locura, fundamentalmente atravesado por los temas de la autoridad y la rebeldía.

Por ahora, no se proseguirá más lejos por esta galería, que sin embargo conserva alguna actualidad. Pero un análisis que busque reconstruir una historia menos manifiesta del poder, de sus matrices y espacios primarios de organización y ejercicio, no podrá prescindir de esos reductos de sujeción en torno de ciertas figuras sociales de autoridad; la estatua del médico -al igual que la del sacerdote o el militar- forma parte de ellas por pleno derecho.

Pedro Goyena testimonia la fascinación que ejerce la conjunción de la ideología médica y la función de gobierno refiriéndose a la oratoria de Guillermo Rawson: "El fisiólogo se revela bajo el orador: cada discurso del Dr. Rawson es un todo orgánico; su inteligencia ha adquirido en el estudio de la constitución humana física y moral (porque también es un profundo psicólogo) una tendencia poderosa

²³ Loudet, O., *Médicos argentinos*, cit., p. 34-35.

²⁴ *Id.*, p. 45.

que lo lleva siempre a establecer el orden, la armonía, la regularidad, encadenándolos con esas nociones generales que se llaman leyes en la ciencia, sin dar jamás cabida en sus discursos a lo vago, a lo oscuro y a lo arbitrario".²⁵

Pero el médico, que encarna a la vez la luz de la ciencia y la devoción del apostolado, se opone a una naturaleza implacable en sus espectros de muerte y dolor; en esa lucha, los límites son también una condición de su dimensión moral. En "Tini", Eduardo Wilde, al corregir a la señora distinguida y algo beata -"no es lo que Dios quiere sino lo que la naturaleza permite"- preanuncia esa amenaza del crup, signo del mal multiplicado mil veces por abatirse sobre un niño (igual que en *Sin rumbo*, de Cambaceres), y en el enfrentamiento mismo con la fatalidad, la hondura del drama alimenta la estatura del personaje.

Así, si la ilusión de una ciencia que sirva al progreso forma parte sustancial del ideario positivista, nadie como el médico, en la densidad de sus atributos y la trascendencia de su misión sobre la vida y la muerte, la felicidad y el dolor, la inmoralidad y la virtud, puede encarnar esos valores. Las esperanzas depositadas en las luces de la razón experimental aparecen sostenidas por este personaje que es modelo, a la vez, de conocimiento y autoridad. ¿Por qué no ver, entonces, que Eduardo Wilde inició su carrera hacia el gobierno como médico interno del Lazareto de Coléricos y control sanitario del puerto de Buenos Aires?

El higienismo

Rawson dictaba clases de Higiene pública paralelas a sus discursos de Higiene Republicana. Bregaba por la salud física del pueblo, en su cátedra de la Facultad de Medicina; por la moral republicana desde su banca del Senado. Es curiosa esta similitud de ideales en campos que parecen distantes y que él sabía aproximarlos para la salvación total del país. Como médico-físico luchaba por la salud de la colectividad; como médico-político por la salud de la Constitución."²⁶

²⁵ Loudet, O., *Ensayos..., cit.*, p. 115.

²⁶ *Id.*, p. 124-125.

Ese espacio de la higiene pública liga cierto destino médico imaginario al de los proyectos de una reforma social radical, bajo la común ambición de reducir y controlar la totalidad de los factores desfavorables al progreso humano. Desde la insalubridad ambiental hasta la miseria, la inmoralidad y el vicio se traza una línea continua que justifica la búsqueda de soluciones homogeneizadas por las referencias naturalizantes del discurso médico. En ese sentido, con el higienismo la burguesía encuentra las condiciones para erigir una nueva figura del reformador social, ungido por la ciencia y los ideales filantrópicos. Ya no es el revolucionario sino el funcionario abnegado: Louis Pasteur lo encarna y la medicina se proyecta a una dimensión universal. Loudet puede decirlo de Emilio Coni: "no fue el médico de lo individual, sino de lo colectivo; no fue el médico de lo particular sino de lo universal; no fue el médico de enfermos, fue el médico de pueblos y ciudades".²⁷

Junto a la estatua del *político* médico —que Rawson o Wilde en su actuación pública, encaman ejemplarmente— nace la figura del médico social. La metáfora del cuerpo social y los mitos de la filantropía parecen sostener esa función que propone buscar el bienestar general como el modo visible del bien común. En ese sentido, como se verá, la "medicina del espíritu" es, desde un comienzo, plenamente social.

El lugar de modelo cumplido por la ciencia y la asistencia europeas es algo bien destacado, pero no opera sobre un espacio vacío, sino sobre la base preformada de un repertorio de cuestiones cuyas referencias más repetidas son la mala composición psicomoral de la población argentina y la necesidad de armonizar y educar a la masa inmigrante. Todo lo cual sitúa desde sus orígenes al movimiento médico social en el marco de esa grandiosa lucha contra la barbarie, nativa o inmigrante.

Por otra parte, el funcionario higienista actúa en dos escenarios simultáneamente si por un lado entreteje sus proyectos —y a menudo sus intereses— asociado a la elite que controla los resortes de la economía y la política, por otro, busca erigirse en la voz de la población más necesitada. Y no se salda esa ambigüedad recurriendo a la noción moral de una hipocresía falaz, porque no puede desconocerse que algunas de las figuras del higienismo sufrieron las consecuencias de su escasa docilidad a los dictados de los gobernantes. Allí está el ejemplo de Emilio Coni quien rechaza por principios de los

²⁷ Loudet, O. , *Más allá de la clínica*, Buenos Aires, Losada, 1958, p. 69

que nunca abjuró, la cátedra de higiene, que merecía, porque no había sido designado por concurso; sufre exilios y muere en la soledad y la pobreza.²⁸ Por otra parte, el higienismo mismo parece estar atravesado por enfrentamientos políticos y seguramente, más allá de las disputas de figuras o facciones, hay una correspondencia entre las controversias públicas y los proyectos que se enfrentan en el marco de la lucha política global.

De cualquier modo, esos conflictos no son tan relevantes para los objetivos aquí propuestos, que buscan caracterizar las proyecciones más generales de ese campo de representaciones que el higienismo produce sobre la sociedad y sus males. Baste señalar, más allá del éxito que alcancen o la colocación que el poder gubernamental les imponga, que la vocación higienista es por definición devota del Estado y eso contamina cualquier propensión a interpretar los desórdenes colectivos desde algún otro interés.

Así, atendiendo al discurso que caracteriza las publicaciones de la corporación médica, puede advertirse que, si busca aunar la defensa de los intereses profesionales con la difusión de los temas de la disciplina médica, el mirador desde el cual se sitúa frente a la sociedad está en el centro mismo de los objetivos del Estado argentino, en su momento de centralización y consolidación institucional.

Eso no obsta para que en su papel vigilante de la salud pública, como se vio, el discurso médico enfrente medidas de gobierno, y aun se proponga activamente controlar la política del sector a través de una "revista quincenal del estado sanitario civil y hospitalario" que encabeza las páginas de la *Revista Médico Quirúrgica*.

Por otra parte, no puede negarse que en ese movimiento políticotécnico del higienismo, hay un desarrollo propiamente tecnológico y aun científico que proporciona una base para encarar con relativa eficacia problemas sanitarios bastante complejos, muy acentuados en una ciudad como Buenos Aires, que crece acelerada y desorganizadamente. Pero esa conciencia médica, a la vez que afirma y legitima sus posiciones, es no sólo acompañante sino propiamente configuradora de ciertas estrategias de consolidación del aparato del Estado, en las que converge la política argentina hacia 1880.

De las epidemias al saneamiento urbano, de la prostitución a la sanción de los códigos, una gama muy variada de cuestiones alimenta con sus exigencias ese perfil del funcionario médico, que somete sus poderes primarios a la empresa mayor de vigilar la gran ciudad. Por

²⁸ Sobre Emilio Coni puede verse Loudet, O., *Más allá....* p.67.

otra parte, esa función más bien móvil de control, que enfrenta constantemente nuevos problemas, exige un estilo de formación técnica que rompe con los moldes académicos tradicionales. Esto se nota en el carácter de la revista médica, en la que domina la actualización en la información y la transmisión de experiencias clínicas y nuevas perspectivas de diagnóstico y tratamiento. "El incesante perfeccionamiento, los progresos que la ciencia médica hace en los pueblos colocados a la vanguardia de la civilización, requieren un órgano que imponga a nuestros aventajados practicantes de los adelantos, investigaciones, ensayos y adquisiciones que hagan diversas ramas de la ciencia médica".²⁹ El modelo de la enciclopedia queda trastocado ante esta exigencia de información constante y siempre revisada que desprecia los sistemas de conocimiento por las urgencias de la práctica.

La repercusión sobre la enseñanza universitaria de la medicina no se hace esperar, y es precisamente el estudiante José M. Ramos Mejía, en 1871, quien encabeza una campaña por la renovación científica de los claustros. La expresión de ese movimiento —que abarcó toda la Universidad— en la Facultad de Medicina fue la incorporación a la enseñanza de una nueva generación, "que empezó a lavarse las manos, creyó en los microscopios e hizo cortes histológicos".³⁰

El mismo Ramos Mejía fue fundador y primer presidente del *Círculo Médico Argentino*, en 1875, en el que actuaron, entre otros, Eduardo Holmberg y Luis Maglioni. Esa entidad inició la publicación de los *Anales del Círculo Médico* y formó comisiones de higiene, medicina nacional, ciencias naturales, patología y clínica, terapéutica y farmacología, anatomía y fisiología, estadística. Tanto Ingenieros, en el texto citado, como Aníbal Ponce (en *La vejez* de Sarmiento) insisten en que ese clima de renovación científica, que creó centros de estudio y publicaciones y encaró sonadas polémicas en nombre de los principios del positivismo, se produjo, en gran medida, bajo la tutela de Sarmiento. Y no viene mal consignarlo, porque la estatua del sanjuanino se constituye, más allá de su acción, en una enorme figura de identificación, que alimenta el complejo autorreferencial que intelectuales y profesionales entretejen en una relativa soledad.

²⁹ *RMQ*, I, p. 1.

³⁰ Ingenieros, José, "La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía". En: Ramos Mejía, J.M., *La neurosis de los hombres célebres* (1878), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

Si el higienismo es, por una parte, un resorte de tecnificación del Estado, impulsado bajo la advocación de las consignas sarmientinas se integra a esa cruzada mítica por el alumbramiento de una nación.

Muchos son los problemas que la higiene encara en ese vasto campo social urbano del último cuarto del siglo XIX, aunque aquí solo se busca situar esa perspectiva para introducir las cuestiones de la medicina mental. Ante todo, porque el marco de las preocupaciones médico higiénicas es una de las raíces —la otra es el alienismo— no solo de la construcción de los primeros manicomios en Buenos Aires, sino de una percepción de los síntomas de la locura bajo el marco de ese ideario de la asistencia pública, que ve al desviado recortado sobre el telón de fondo de los conflictos de la ciudad.

De allí la importancia de un texto como el de Rawson sobre los inquilinatos de la gran ciudad,³¹ y no sólo porque contribuye decididamente a la consagración del personaje, sino porque define e ilustra ese marco global que parece dirigir, por mucho tiempo, el señalamiento de cualquier patología. Se trata de un médico que se desplaza desde el hospital o el consultorio a investigar "ese recinto oscuro, estrecho, húmedo e infecto", *la morada del pobre*.

La higiene, para Rawson, se opone ya a la concepción privada y limosnera de la caridad; lo que la impulsa no es tanto el amor al prójimo como el ideal de salud de la comunidad. "De aquellas fétidas pocilgas, cuyo aire jamás se renueva y en cuyo ambiente se cultivan los gérmenes de las más terribles enfermedades, salen esas emanaciones, se incorporan a la atmósfera circunvecina y son conducidos por ella tal vez hasta los lujosos palacios de los ricos."³² Es explícito el propósito de mover a que sectores de la gran burguesía —y del Estado— contribuyan a la construcción de viviendas económicas para alquiler, movidos por la amenaza de esos focos de enfermedad.

La fatalidad de la naturaleza reajusta decididamente su significación con este señalamiento que instala los agentes de la enfermedad en el *hábitat* del obrero. Y no deja de ser significativo que José M. Ramos Mejía introduzca su investigación sobre las masas argentinas con la misma metáfora: el *virus*.

Por otra parte, el inquilinato que Rawson viene a exhibir está del

³¹ Rawson, Guillermo, "Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires" (1884). En: *Escritos científicos*, Buenos Aires, Jackson, 1945, p. 40.

³² *Id.*, p. 41

lado de la oscuridad y el aire viciado; afuera está el sol y la pureza, el significante mayor de los mitos morales anudados en torno de la salud. Las tinieblas del inquilinato repiten la lobrete y el encierro de los locos de Bicêtre y ubican el gesto —más bien simbólico— de Rawson en las huellas de la leyenda fundacional construida en tomo de Pinel. Una raíz moral común enlaza el enfrentamiento a la locura, que es también oscuridad y vicio de la razón, con esa proyección del higienismo a la lucha universal contra las tinieblas del atraso.

Rawson se esfuerza en una campaña destinada a construir casas de alquiler para obreros, y para ello propone la organización de sociedades de inversión con apoyo de la banca privada nacional y extranjera. Su ambición alcanza a la pretensión de resolver a la vez la higiene de los pobres y asegurar una adecuada rentabilidad a los propietarios, en este caso inspirado en la acción benéfica de Mr. Peabody en Londres.

El viejo proyecto de civilización parece resignar sus valores mayores para concentrarlos en los efectos esperados de una vivienda ordenada, base de la organización familiar y el amor al trabajo: "ochenta mil obreros bien alojados, con la plenitud de su vigor fisiológico para el trabajo, moralizados al mismo tiempo por ese aire puro que respiran, y rodeados en su mayor parte de sus familias a cuyo bienestar consagran sus esfuerzos y sus economías, son otros tantos que se han salvado de las garras de la miseria".³³

Esa moralización tiene un blanco principal, que parece condensar todas las lacras: el alcohol. Así es como Rawson —inspirado siempre en ese gran filántropo que fue Mr. Peabody— propone prohibir, bajo pena de expulsión inmediata, la embriaguez en esas soñadas casas de trabajadores. Al que quiera emborracharse le basta con ser propietario de su vivienda.

Si las nociones de la medicina alcanzan esa función modelo para indagar los caracteres de la sociedad, no es solo por el prestigio del positivismo, en su versión más biológica, sino por esa bipolaridad fundamental que establece entre lo *normal* y lo *patológico*. De allí que las propuestas de la higiene pública puedan ser presentadas como el signo manifiesto del avance de la civilización. "El pueblo ve amenazada su tranquilidad y comprende que de la falta de higiene pueden dimanar multitud de males que es imposible prever. La higiene

³³ *Id.*, p. 62-63.

es la primera necesidad en efecto de los pueblos—, su conservación y fomento el principal deber de los gobiernos; el estado de ella en un país, es también la mejor prueba del estado de adelanto e ilustración a que ese país ha llegado".³⁴

La presencia periódica de las epidemias contribuye indudablemente a imponer la necesidad de medidas higiénicas de prevención. Inicialmente, lo hace a partir de una concepción que todavía ponía el papel causal de las pestes en "las emanaciones, miasmas, efluvios o exhalaciones" provenientes de sustancias orgánicas, animales o vegetales, que los vientos arrastran sobre Buenos Aires, rodeada de lugares con gran abundancia de materias orgánicas capaces de convertirse en múltiples focos epidémicos.³⁵

Luego el foco se desplaza de la materia orgánica al recinto físico y moral de los pobres. Como sea, la cruzada higienista requiere de algún fantasma de muerte para alimentar su propia expansión. Y no se trata de desconocer que las epidemias producían muertos por millares, sino que lo que se quiere destacar es que con ese espectro siempre presente de la enfermedad se amasaban paralelamente las figuras del vicio o la inmoralidad como una peste tanto o más peligrosa para el destino de la civilización.

Con ello, la función del médico social —como la del sacerdote— encuentra su garantía en el futuro. La prevención no es solo la anticipación de las enfermedades que deben evitarse; a la vez, en cuanto implica un sobrepasamiento de la mirada médica hacia la previsión, es la condición misma de ese sueño de salvación que envuelve a la higiene: un mundo del que hayan desaparecido todas las figuras del mal. Más aun, esa exaltación del rol social del médico fantasea, paradójicamente, con la desaparición del personaje clínico sustituido por esa función higienista, que asegurará la salubridad de la nación.

Pero el destinatario central del dispositivo higiénico —en el cual hay una gran distancia entre los ideales y la eficacia real— es la masa anónima desposeída, que no tiene acceso ni por su situación económica ni por su posición social a los beneficios de la medicina privada.

El pueblo, como sujeto social, esa representación gregaria de una mayoría sin nombre ni propiedad, queda, en uno de sus anclajes, bocetado en esa zona de la enfermedad y el vicio. Así, se

³⁴ *RMQ*, 1, p. 297.

³⁵ *Id.*, 1, p. 298.

realimenta esa descalificación de las masas que es inaugural en la conformación liberal de la nación; una zona definida de desvío racial o moral de la población parece despertar, para los dueños de la república, desde siempre, una básica desconfianza, que es un sentido menos visible de la prevención.

La asistencia de los locos

La intención de separar a los locos, respecto de la población de enfermos internados en los hospitales generales, responde a objetivos que son a la vez de ordenamiento administrativo y de intención ejemplarizadora. La figura del loco va requiriendo una distancia que depende de los criterios de discriminación que aporta la nosología francesa tanto como de un ajuste en la noción misma de locura, cada vez más amasada con los temas morales de la improductividad y la rebeldía.

Por otra parte, en un comienzo no se trataba tanto de separar al loco para asistirlo mejor sino de procurar un beneficio a los enfermos con los que se mezclaba, y que ya eran categorizados de otro modo por la naciente conciencia médica. En los hospitales generales, las dos terceras partes de los internados eran locos crónicos y su reubicación era antes que nada una exigencia para la reforma de la asistencia de los enfermos orgánicos.

Al mismo tiempo, si el desarrollo de la medicina, a partir de la creación de la Facultad en 1852, venía a simbolizar muy especialmente el proyecto civilizador, en la imagen de los locos hacinados o desprotegidos venía a localizarse el atraso y la barbarie del régimen derrocado. Sin embargo, durante el primer período de la reforma médica, los hospicios permanecieron en condiciones bastante semejantes a la de la situación anterior, como espacios de reclusión. Del mismo modo, recién en 1886, a tres décadas de la creación de la Facultad, existe una cátedra específica de enfermedades mentales, a cargo de Lucio Meléndez.

La creación de los manicomios de la capital responden a iniciativas y jurisdicciones distintas en hombres y mujeres, y ése será el comienzo de una separación que se mantendrá por varias décadas. El Hospicio de Mujeres —al igual que otros establecimientos desti

nados a mujeres y niños— depende de la Sociedad de Beneficencia, mientras que el Hospital General de Hombres, el Hospicio y otros dependen de la Municipalidad.

La creación de los manicomios tiene sus leyendas y sus progenitores: Tomasa Vélez Sarsfield y el Dr. Ventura Bosch, de la Sociedad de Beneficencia y Filantrópica, respectivamente, conforman, a la caída de Rosas, una pareja mítica consagrada a la empresa de librar al loco de dolores y desgracias. "Si Bosch pudiese representar la Medicina y Tomasa Vélez Sarsfield la Caridad, habría que unirlos en el mismo sentimiento que animó su obra: la simpatía por el enfermo mental, la imperiosa necesidad de aminorar sus sufrimientos, el deber de caridad de salvarlo de la muerte del espíritu."³⁶

El primero de los manicomios que se inaugura es el de mujeres, en 1854, y ya nace en esa matriz ambigua que superpone libertad —para las que antes estaban encerradas en la cárcel— y encierro, para las que deambulaban por los suburbios. Un testimonio describe la situación de las locas antes de la intervención filantrópica: "estaban amontonadas en la cárcel, en una verdadera cloaca, faltas de aire y luz, de aseo", otras vagaban "a las orillas de la ciudad buscando un pobre abrigo contra los rigores de las estaciones y de la intemperie en las cercas de las quintas."³⁷

¿Cómo era la vida en el manicomio de mujeres en esa etapa inicial? El artículo citado insiste en las condiciones higiénicas y en el trabajo como medio moral de tratamiento; en un taller cosen para el ejército.³⁸ Los hábitos morales de laboriosidad y buena conducta se estimulan por un sistema de recompensas que usa como premios salidas fuera de la casa, vestidos nuevos, mate o cigarros. Al mismo tiempo, las prácticas religiosas ocupan un lugar tan destacado en la vida del asilo que más que un hospital —dice Ingenieros— parece una casa de recogimiento.

En esa regulación moral de la conducta —que casi carece de presencia médica— el trabajo es ya una condición de la cordura, pero en un marco, unido al papel de la religión y la presen

³⁶ Loudet y Loudet, *Historia...*, cit., p. 32.

³⁷ *El Orden*, 4 de diciembre de 1855. En: Meléndez y Coni, *Estadística...*, cit., p. 19.

³⁸ *Sociedad de Beneficencia de la Capital. Su origen y desenvolvimiento, 1823—1923*, Buenos Aires, 1924, II, p. 57.

cia protagónica de las monjas, que asimila muy directamente la locura femenina a una posición infantil. Y ese modelo de "buena niña", que debe internalizar hábitos virtuosos, domina ese espacio de educación mediante premios y recompensas.

En esa concepción se transparenta una raíz religiosa: la locura es asimilada a una suerte de pecado y sería posible sustraerse de ella con la fuerza de la voluntad, el trabajo y la oración. Durante años, queda eclipsada la función médica, reducida a una visita breve; quince años después de su inauguración, el Hospicio de Mujeres aún carece de un médico-director y de médicos auxiliares con las funciones que ya tenían en el Hospicio de las Mercedes.³⁹

Si el primer manicomio establecido es el de mujeres, esto no autoriza a pensar en una mayor preocupación por la locura femenina, porque para instalar a las mujeres alienadas se utilizan edificaciones ya existentes, mientras que para el establecimiento de hombres se decide la construcción de un edificio nuevo y especial.

El número de internadas crece aceleradamente y de las 60 iniciales (1854) trepa hasta 451 en 1878. Entre 1854 y 1878 ingresan 2.310 mujeres, de ellas salen 1.519 vivas y 446 muertas; la mortalidad es de alrededor del 20% y se incrementa en años de cólera, como 1867 y 1874.⁴⁰

La creación y desenvolvimiento del Hospicio de Hombres sigue un trámite distinto; en 1858 es votada por la legislatura de Buenos Aires la construcción de una Casa de Dementes en las proximidades del Hospicio de Mujeres. Se inaugura en 1863, con 123 internados, pese a que su capacidad era de 120; es decir que el exceso de población comienza ya con el nacimiento del asilo.

Tanto Meléndez y Coni como Maglioni contribuyen a la historia negra de la situación de los locos antes de la creación del hospicio, en el "cuadro de dementes" del Hospital General de Hombres: en condiciones de "completa aglomeración", "en calabozos húmedos, oscuros y pestíferos", "sin otra cama que el desnudo y frío suelo", "aquello no era un asilo de caridad, era más bien un depósito de seres humanos, sumidos en la más espantosa miseria".⁴¹

Pero más allá de la simbología de la luz y las declaraciones filantrópicas, según el testimonio de los citados Meléndez y Coni, esa condición de depósito para locos abandonados no cambia con el

³⁹ Maglioni, Norberto, *Los manicomios*, 1879. Tesis de doctorado.

⁴⁰ Meléndez y Coni, *op. cit.*, p. 22, 23 y 27.

⁴¹ *Id.*, p. 7. Maglioni, *op. cit.*, p. 27.

traslado al nuevo establecimiento. Cuando se retiraba el médico se iba el personal, dejando a los alienados encerrados; por otra parte, no había forma de hacer cumplir las prescripciones médicas. Ante esta situación, Uriarte —designado director en 1864— apela al recurso heroico de pasar las noches en el hospicio para disciplinar al personal.

En 1876, a la muerte de Uriarte, Lucio Meléndez se hace cargo de la dirección del establecimiento, y con él la doctrina y la tecnología del *alienismo*, inspirado en Pinel y Esquirol, entran definitivamente a organizar el espacio del Manicomio de Hombres. En ese sentido, la diferencia con el Hospicio de Mujeres es bien notoria y se mantiene durante bastante tiempo. El aumento de las internaciones obliga a realizar sucesivas ampliaciones, en las que trabajan los propios internados; también realizan tareas agrícolas en el propio establecimiento.

Sin embargo, tal como sucedió con los hábitos arraigados de los asistentes en tiempos de Uriarte, muchas intenciones fracasan ante la realidad de una institución que en gran medida sigue siendo heredera de viejas prácticas de segregación y abandono del loco. Así es, como el hacinamiento nace junto con el hospicio: "¿Cómo esperar, pues, que una casa en estas condiciones se convierta en un instrumento de curación, cuando la falta de espacio nos obliga diariamente a alojar tres y cuatro personas en una habitación de 30 metros cúbicos, a poner camas en la galería y a hacer comedores generales en las mismas."⁴² Según el testimonio de la tesis de Maglioni, en el Hospicio de las Mercedes los 300 internados —en un espacio calculado para 120— estaban a cargo de un solo médico, quien además debía asumir todas las responsabilidades administrativas del cargo. En el Hospicio de Mujeres, como ya se dijo, la situación era peor.

El número de internaciones masculinas crece significativamente: en 1865 ya hay 364, y en 1878 llegan a 690. Entre 1864 y 1878 se produjeron 4.121 ingresos, de los cuales salen vivos 3.210 y muertos 714; la mortalidad es algo inferior a la de las mujeres: 17%.

La población de los hospicios crece explosivamente y en forma correlativa al aumento de la curva demográfica por el ingreso inmi

⁴² Meléndez y Coni, *op. cit.*, p. 11.

gratorio.⁴³ Los manicomios se llenan de inmigrantes: las dos terceras partes de los varones internados son extranjeros, y de ellos la mitad son italianos; entre las mujeres, más de la mitad son argentinas y de las extranjeras la mitad sigue correspondiendo a las italianas.⁴⁴

El predominio de inmigrantes varones que viajaban solos parece reflejarse en ese predominio de los extranjeros en el Hospicio de las Mercedes. Lo mismo puede decirse de la diferente distribución del estado civil: son solteros el 70% de los hombres internados y el 41 % de las mujeres; las viudas (17%) predominan netamente sobre los viudos (4%).

En cuanto a las edades, el 70% de los hombres y el 62% de las mujeres tienen entre 21 y 40 años. No hay datos sobre instrucción de los hombres, pero sí de las mujeres internadas en 1879: más de la mitad carecen de instrucción.

Respecto de la ocupación los datos sobre hombres muestran un predominio muy neto de oficios manuales sin mayor especialización, particularmente jornaleros, los que junto con labradores, albañiles, zapateros, carpinteros, changadores, cocineros, etc., constituyen el 80% de la población internada; pero también es elevado el número de comerciantes. Por otra parte ningún sector deja de tener algún representante en el hospicio: hacendados, militares, sacerdotes, profesores y estudiantes, abogados, y aun médicos.

De cualquier modo, las estadísticas de Meléndez y Coni muestran que en el período abarcado (1864-1878) solo un porcentaje reducido (menor del 10% y algo superior en las mujeres) sufre internaciones prolongadas. El manicomio parece ser más bien un lugar de paso; y tampoco es grande el número de reinternaciones: de las más de dos mil mujeres que pasan por el asilo solo un centenar se internan más de dos veces.

⁴³ Entre 1864 y 1878 ingresan al Hospicio de las Mercedes 4.121 personas, es decir un promedio de 275 por año; entre 1892 y 1896 ingresan 2.350 y el promedio anual asciende a 506. En 1895, el total de internados en asilos públicos es de 1.608; trece años más tarde, en 1908, es de 4.632. Fuentes: Meléndez y Coni, *Op. Cit.*; Borda, José T., *Consideraciones sobre el pronóstico de la alienación mental*, 1898, tesis de doctorado. Gaché, Samuel, *El estado mental de la sociedad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1881. Cabred, Domingo, *Discursos de inauguración de asilos y hospitales regionales de la República Argentina*.

⁴⁴ Fuente: Meléndez y Coni, *op. cit.*

Paralelamente nacen los primeros establecimientos privados: el Instituto Frenopático es de 1880, y con la obra de José M. Ramos Mejía, los temas de la psicopatología alcanzan una difusión que llega a un público no especializado. Hacia el comienzo del siglo, el tema de la locura atrae a intelectuales y profesionales de otras disciplinas. Así es como los almuerzos que José M. Ramos Mejía ofrecía, como Director del Frenopático, congregaban a lo más destacado de la intelectualidad porteña; además de sus discípulos José Ingenieros y Francisco de Veyga, eran asiduos Lugones, Payró, Florencio Sánchez, Juan A. García, Mariano y Joaquín de Vedia, Carlos O. Bunge, Angel Estrada, Rodolfo Senet.⁴⁵

La noción de *enfermedad mental* y la intervención del médico transforman el marco inicial de una filantropía, demasiado apegada a los rituales de la caridad cristiana, si bien, como se vio, el proceso es desparejo en ambos manicomios. En ese movimiento, en el que la figura y la actuación de Lucio Meléndez resultan fundamentales, la filantropía asumirá un ordenamiento positivista y derivará en tecnología alienista.

El texto de Meléndez y Coni da cuenta de un momento inicial del aprendizaje que el espacio manicomial hace posible. Ante todo, aparece como un relevamiento y un primer intento de poner "orden" en esa población, reunida por razones de administración de los establecimientos de internación, antes que por razones centradas en las posibilidades del tratamiento. Pinel muestra el camino: un buen médico de locos no se envanece de sus curas aisladas sino que es un juez severo para sí mismo; "si dirige un gran establecimiento, hace relevamientos de los enfermos mes por mes, año tras año, y busca después de un tiempo cuáles son los resultados de un método prudente, que le inspira todavía dudas, es decir que examina qué relación hay entre la totalidad de los enfermos y el número de curaciones obtenidas".⁴⁶

Antes que la imposición de una grilla de clasificación, el alienismo impone la observación metódica y el seguimiento cuidadoso de la evolución: que la locura despliegue sus formas en un espacio que va acondicionándose para objetivarla. Presionada por el incesante número de internaciones, esa primera estadística -que se redacta en

⁴⁵ Ingenieros, J., *La personalidad intelectual...*, cit., p. 52-53.

⁴⁶ Pinel, Ph., *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, 2 ed., París, Lib. Brosson, 1809, p. VI.

francés para ser presentada en el Congreso Internacional de Ciencias Médicas de Amsterdam- sirve al propósito de colocar a los manicomios argentinos tras la senda de Pinel.

Una analogía, por una parte, y rasgos diferenciales, por otra, caracterizan las relaciones entre alienismo e higienismo. La analogía surge de la noción común de epidemia; porque a partir de la focalización del interés en la correlación entre locura y progreso social, el tema de los devaríos colectivos tiende a definirse según el molde de una "epidemia psíquica". Pero al mismo tiempo, la medicina mental, como se verá, delimita un espacio de acción privilegiado y restringido -el *manicomio*- y afina una herramienta más directa y personal: la propia figura del alienista. Con todo, el tratamiento moral, que es una tecnología de sujeción y educación que nace con los manicomios, rescata muchos de los caracteres del personaje filantrópico: autoridad, presencia ejemplarizadora, respeto a las jerarquías.

Es cierto que una exigencia científica, proveniente de la medicina experimental, presiona sobre la empiria moralizante del alienismo para forzar un abandono de esa percepción demasiado espontánea de la locura. Pero el paradigma de la enfermedad orgánica nunca terminará de imponerse a la medicina mental, y las dos tramas -social y propiamente médica- diferenciadas o entrelazadas, explícitas o veladas aparecerán constantemente en los discursos de la locura sin confundirse ni resolver su propia tensión.

El dispositivo psiquiátrico -y, al poco tiempo, criminológico- se constituye propiamente en la Argentina a partir de 1880, después de la creación de los hospicios y las cátedras y con los primeros textos, debidos fundamentalmente a José M. Ramos Mejía y Lucio Meléndez. Desde ese momento constitutivo, la primera tesis alienista, debida a Diego Alcorta (1827: *Disertación sobre la manía aguda*), e inspirada en Pinel, y algunas otras posteriores quedan como incursiones más bien académicas que introducen el tema sin mayores consecuencias, ni en la práctica institucional ni en la producción de un cuerpo doctrinario e ideológico en tomo de la locura. En este sentido, Meléndez y Ramos Mejía aparecen repartíendose inicialmente un terreno casi virgen. Uno lo procesará desde la óptica de la incorporación institucional de la tecnología alienista y el otro, inspirado en Sarmiento y Vicente F. López, confrontará la locura con la historia social reciente.

La medicina mental y sus derivaciones, tienden a organizarse con una relativa autonomía respecto del campo global de la medicina. Ya

hacia fines del siglo va organizando sus propias publicaciones y asociaciones, muy ligadas a los hospicios, las cátedras y la institución penal. Los mismos personajes circulan ocupando los lugares claves y sosteniendo los discursos fundadores. Sin embargo, cabe distinguir un primer período de "aprendizaje", básicamente concentrado en el espacio manicomial y organizado en una tarea de observación y objetivación de la locura, en una delimitación de funciones y atribuciones respecto de otras instituciones: filantrópicas, policiales, judiciales, o de la medicina clínica. Este proceso de acondicionamiento del aparato alienista que puede seguirse en los textos de Meléndez, parece replegarse sobre la interioridad y la regularidad de las relaciones que alienista y loco anudan en el espacio asilar. En esta zona del dispositivo de la locura se construye una experiencia clínica y moral que aporta decisivamente a una renovación tecnológica del alienismo. Entonces, en el interior de un recurso de observación -cuyo eje es la *semiología*, que preorienta la observación de los síntomas, su combinación y correlación- va dibujándose y problematizándose la cuestión de la relación *médico-paciente*, en una dimensión que excede el campo de la medicina mental. Alrededor de esa relación privilegiada, y del influjo que emana del médico como figura de autoridad, se instaura un paradigma de dirección de la conducta y de rectificación moral de las desviaciones.

Sin embargo, el corte respecto de la medicina social, extendida al espacio urbano a través del higienismo es solo aparente y en verdad casi aparece, a la distancia, como una astuta división de funciones. El manicomio es como un banco de prueba, un laboratorio circunscripto en el que pueden elaborarse los recursos del control que la ideología higienista permite difundir a través de su acción pedagógico-social. Meléndez, primer alienista, puede entonces asociarse con Emilio Coni, higienista y "médico de ciudades" en la presentación de la *Estadística* citada. Como se verá, en el capítulo sobre las *causas* de la locura, acentuadamente ubicadas en los desórdenes del medio familiar y social, alienismo e higienismo anudan una asociación que es más estratégica que conceptual. En esa zona de convergencia, que prepara el advenimiento del discurso criminológico -de máxima coherencia y funcionalidad- se delinea una *medicina mental política*, que se hace cargo explícitamente de las cuestiones del "orden público" necesarias para un armónico gobierno de las masas: el alcohol y la sífilis, los matrimonios, la instrucción y el trabajo, los caracteres psíquicos y raciales de la población, la condenación de todos los excesos y el control de las pasiones.

2. *El espacio manicomial*

El alienismo

Lo esencial de la nueva tecnología de la locura no radicó tanto en la definición científico-médica de la enfermedad mental ni en la constitución de una particular relación médico-paciente -algo que vendrá a prevalecer posteriormente, en los albores de la psicoterapia- sino en la transformación de los procedimientos de la internación y el desarrollo de una práctica asilar; el baluarte de esa renovación fue la institución del *manicomio*.

En ese sentido, en la obra de Pinel debe distinguirse la contribución propiamente *nosológica* de su acción de *reforma* de la institución del internamiento, de la que surge el movimiento y la doctrina alienista, y que es, sin duda, no solo su obra más original, sino aquella a la que su nombre ha quedado definitivamente asociado. El *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, de 1801, que tiene varias reediciones, rinde cuentas de la experiencia de Pinel en los asilos de Bicêtre primero, y la Salpêtrière después. Más que un tratado sobre la locura, del tipo de las obras clasificatorias típicas del siglo XVIII, consiste en un manual acerca de la dirección de la conducta y las pasiones en el marco de una institución acondicionada para tal efecto. En ese sentido, mucho antes de Wundt, la obra de Pinel da cuenta de una psicología instrumentada en un marco institucional, como práctica de gobierno de las pasiones, que no es ajena ni a los ideales de la *Ilustración* ni a los métodos del *Terror*.

En nuestro país, la influencia de Pinel aparece ya en la que será la primera tesis psiquiátrica, la *Disertación sobre la manía aguda*, de Diego Alcorta, (1827). Pero en este primer texto es la nosografía la que lleva la delantera, no porque D. Alcorta no conociera

el *traité*, sino porque su ámbito de experiencia —el "loquero" del viejo Hospital de Hombres— no hacía posible captar lo que el "tratamiento moral" inauguraba en el orden de la institución asilar. De cualquier modo, la tesis de Alcorta permaneció inédita y desconocida hasta que Groussac la publicó en los *Anales de la Biblioteca*¹ setenta años después. En ese sentido, no tuvo influencia efectiva en la conformación del dispositivo de la locura; ninguna de las tesis sobre el tema, en el período considerado, cita a Alcorta, cuyo texto fue recuperado tardíamente y encontró retroactivamente un lugar en la historia de la psiquiatría argentina.

Es decir que el influjo más tecnológico de Pinel, asentado sobre la reforma de las instituciones asilares según el paradigma de un gobierno moral de la conducta, sólo llega a afirmarse en la Argentina por la acción de Lucio Meléndez.

Ante todo, hay que advertir contra una falsificación que es un lugar común en la historia de la medicina mental. Según una crónica lineal y acumulativa suele proponerse que la locura pasó, de una consideración mágica y religiosa a ser objeto de los recursos y los criterios de una medicina organicista, de acuerdo con los postulados de la ciencia experimental. Siguiendo esa ficción se propone que con Freud y, más decididamente, en el siglo XX, las cuestiones de la patología mental merecen una consideración psicológica que pronto se amplía a la determinación social y la intervención comunitaria.

En realidad, si se toma a Pinel y la escuela alienista como el comienzo de una moderna experiencia de la locura, lo que domina en el gesto inicial y en la reforma propuesta no es un énfasis sobre el organismo sino una percepción y una sanción *moral* de la locura. Dice Pinel: "uno de los preconceptos más funestos para la humanidad y que, tal vez, constituye la causa del deplorable estado de abandono en el cual se deja a casi todos los alienados, es el de focalizar su mal como incurable y atribuirle una lesión orgánica en el cerebro o en cualquier otra parte de la cabeza. Puedo asegurar que, en la mayoría de los casos que reuní sobre manía delirante, convertida en incurable o terminada con alguna otra enfermedad funesta, todos los resultados de la autopsia de los cuerpos,

¹ Tomo II, p.181.

comparados con los síntomas que se manifestaban, prueban que esa alienación posee, en general, un carácter puramente nervioso y que no es producto de ningún vicio orgánico de la sustancia del cerebro".²

Las *pasiones* humanas vehementes están ordinariamente en el origen de la alienación,³ y justamente el discurso alienista encuentra un eje doctrinario de su conformación en la oposición de la pasión y el entendimiento. Con lo cual su destino se cruza con el del filósofo, a veces con una directa convergencia de funciones, como en el caso de Diego Alcorta: "La inteligencia de que está dotado el hombre ha sido siempre un punto del mayor interés para el filósofo: primer atributo de la especie humana, no ha podido menos de atraerse la atención del hombre pensador, para rastrear su mecanismo y darse cuenta de sus fenómenos variados".

Así comienza la tesis de Diego Alcorta, preanunciando su trayectoria filosófica ulterior. El espectáculo de la razón extraviada, de la que fue testigo en su actividad médica en el viejo Hospital General de Hombres, llama a la vez al filántropo que se conmueve ante la desgracia y al filósofo que se interroga acerca de la condición humana. Alcorta inaugura así una senda que otros también recorrerán: notoriamente Alejandro Korn y José Ingenieros. Casi podría afirmarse que Alcorta recorre en sentido inverso el camino conceptual de Pinel; después de su descripción de la manía aguda, es la "ideología" de Cabanis y Destutt de Tracy la que dirige su docencia propiamente filosófica.

Desde el comienzo, el punto de anclaje del discurso pineliano sobre la locura se inscribe en el marco de una interrogación sobre la condición humana y sus áreas de oscuridad o irracionalidad: "qué de contactos tiene, bajo ese aspecto, la medicina con la historia de la especie humana".⁴

Por otra parte, si el alienismo se constituye como una especialidad médica, al mismo tiempo lo hace tomando distancia respecto del fundamento experimental y fisiológico que organizaba el corpus teórico de la medicina general. Mientras que el método anatomopatológico se orienta a la búsqueda de la sede orgánica de la enfermedad, la atención de la medicina mental se dirige a los síntomas, busca obser

² Citado por Robert Castel, *A ordem psiquiátrica*, Rio de Janeiro, Graal, 1978, p.109.

³ Pinel, *Op cit.*, p.II.

⁴ *Id.*, pp. II-III.

var detenidamente las señales de la enfermedad, en el orden de su aparición, en su desenvolvimiento espontáneo y en su término natural. El espacio de observación y objetivación que inaugura abre el campo de la mirada clínica, que no solo busca más allá de la superficie corporal, sino que, a través de ese espacio moral de las pasiones, extiende su vigilancia indefinidamente. Entre el síntoma —que se resuelve en la clasificación nosográfica— y el tratamiento, que el propio manicomio encarna con sus estructuras y sus jerarquías, el campo de representaciones de la locura sufre una evidente transformación, que equivale a un pasaje de la percepción singular a una función universal: la esperada reintegración de la razón.

Los valores del *alienismo* son, explícitamente, el marco doctrinario de la empresa de conformación del espacio manicomial encarada por Lucio Meléndez. Pero el primer requisito para constituir el nuevo ámbito de objetivación y dominio de la locura es la producción del propio alienista como figura de autoridad, y esta exigencia subyace a diversas polémicas y enfrentamientos que el nuevo director sostiene con autoridades policiales y judiciales o con los colegas apegados a tradiciones médicas que resultan anacrónicas. Meléndez proclama que por su autoridad decide sobre las admisiones al manicomio, y a pesar de que los certificados digan lo contrario, aunque se deban al médico de la policía, si un paciente remitido no es alienado le da el alta inmediatamente.⁵

Y esa celosa defensa de su jurisdicción y jerarquía en el plano interinstitucional no puede separarse de la afirmación de su autoridad en el interior del hospicio, como un atributo esencial de la figura alienista.

No se ha insistido suficientemente, quizá, sobre lo que las modernas técnicas de gobierno de las instituciones deben a la obra pionera de Pinel; ante todo, una afirmación instrumental de la función de gobierno, ya no como atributo de realeza o dominio meramente despótico, sino como una práctica orientada a producir efectos positivos. "Uno de los puntos capitales de todo hospicio bien ordenado es tener un centro general de autoridad que decide sin apelación".⁶

Ante todo —es Pinel quien lo dice— la dirección del hospicio no es sino una labor de gobierno, o sea "el arte de dominar [*maîtriser*] a

⁵ *RMQ*, XVI, p. 432.

⁶ Pinel, *Op.cit.*, p. 251.

los hombres" .Por esa vía que reconoce al loco en una masa humana que debe ser sometida y dirigida, el mismo movimiento que le reconoce la común condición de los explotados y los desposeídos le devuelve un rostro humano: el tratamiento moral no considera a los locos como absolutamente privados de la razón, es decir, como inaccesibles a los motivos del miedo, la esperanza, o el sentimiento del honor.

El chaleco de fuerza, que constituye una herramienta central en la reforma del asilo, es consagrado por Pinel como el signo mayor de un cambio radical de las técnicas de sujeción. Efectivamente, en su economía represiva, a la vez mínima y ampliamente regulable, en su reversión de la dirección espacial de un sujetamiento que presiona *hacia dentro* del cuerpo pero no impide el desplazamiento y aun la deambulación ejemplarizadora del sujetado, es un símbolo principal de la lógica que el alienismo viene a inaugurar. Una forma actual condensa la historia de la psiquiatría en una creciente expansión de la lógica del chaleco: primero el chaleco de fuerza, después el chaleco químico, ahora el chaleco psicológico.

Por otra parte, un loco enchalecado, a diferencia del que permanecía por años atado a sus cadenas en una celda, puede ser llevado a la luz para ser estudiado. El símbolo de la *luz* ha quedado definitivamente asociado al gesto mítico de Pinel, pero también es la condición de esa observación que va a definir el lugar del psiquiatra como un *gran ojo*.

El empleo de las cadenas de hierro en el sujetamiento del loco —con todo un cortejo simbólico que las asocia a oscuridad, encierro, inmovilidad, y que sitúa el mítico gesto de Pinel en la exacta medida de una repetición del asalto a la Bastilla— supone una represión persistente sin matices y sin fin. Y por el gesto mismo que lo ubica en ese grandioso papel liberador, el alienista se identifica con la luz.

"Conservo todavía el recuerdo de uno de esos alienados que había permanecido diez y ocho años encadenado en el fondo de un recinto oscuro, y que en el primer momento en que pudo contemplar el sol en todo el esplendor de su luz radiante, exclamaba en una suerte de arrebató extásico '¡Ah!, hace tanto tiempo que no veía una cosa tan bella' ".⁷

La dominación de los locos supone alternar la imposición y la persuasión: primero subyugarlos, enseguida alentarlos y estimular-

⁷ *Id.*, p. 201-202.

los. La modalidad de la represión cambia radicalmente. Un loco podía permanecer encadenado más de cuarenta años (45 años, en un caso citado por Pinel); *nadie* aguanta un chaleco de fuerza apretado por más de unas horas. En primer lugar, la renovación tecnológica del alienismo ubica a ese instrumento en un lugar privilegiado para el mantenimiento del orden.⁸

Habitualmente basta la *contención* del chaleco —que por otra parte es el primer medio de *prevención*— para evitar agresiones y tumultos; al mismo tiempo, la amenaza de apretar las cinchas es un poderoso disuasivo contra la desobediencia y la resistencia al trabajo. Pero, si hay que pasar a la represión directa, la acción debe ser enérgica y su eficacia rápida. Una internada de Pinel se niega obstinadamente a trabajar: el vigilante procura castigarla llevándola entre los idiotas, pero ella parece divertida con la experiencia, salta, baila, y ridiculiza todo. Se le aplica un chaleco a cincha apretando moderadamente sus espaldas hacia atrás; la joven intenta resistir y mantiene esa prueba durante un día entero pero el dolor le hace pedir clemencia y ya no se rehúsa a su trabajo de costura. Cuando insinuaba aflojar en su trabajo se le recordaba, riendo, el "chaleco de terciopelo" y volvía inmediatamente a la docilidad.⁹

Con ello, la *palabra* del alienista o el vigilante adquiere una particular importancia. Finalmente, si la represión física debe ser enérgica pero pasajera, de menor duración que en la época de las cadenas es porque su función prepara la eficacia de la palabra de orden.

Si las duchas, por ejemplo, pueden ser un medio de represión,¹⁰ antes de dirigir el chorro de agua —brusca e imprevistamente, aconse

⁸ "He examinado con un cuidado escrupuloso los efectos que produce sobre los alienados el uso de cadenas de hierro, e inmediatamente el resultado comparativo de su abolición, y no tengo más dudas respecto de las ventajas de una represión más sabia y más moderada. Los mismos alienados que, reducidos a las cadenas durante una larga serie de años, habían permanecido en un estado constante de furor, se paseaban enseguida tranquilamente con un simple chaleco de fuerza y se entretenían con todo el mundo, mientras que antes uno no podía aproximárseles sin correr un gran peligro: no más crisis tumultuosas, no más vociferaciones amenazantes; su estado de efervescencia cesa por grados; ellos solicitan por sí mismos la aplicación del chaleco de fuerza, y todo vuelve a estar en orden". Ph. Pinel, *op. cit.*, p. I-II.

⁹ *Id.*, p. 203.

¹⁰ Pinel distingue un uso "terapéutico" y un uso "represivo" de ciertos medios psiquiátricos. La psiquiatría "moderna" -mucho menos explícita- ha borrado esa distinción.

ja Pinel— sobre la cabeza del internado que merece ser castigado, es preciso recordarle la falta y omisión cometida; debe evitarse un tono de excesiva dureza o términos muy chocantes; por el contrario se trata de hacerle comprender que es por su propio bien y con pesar que se recurre a medidas violentas.

Las reincidencias exigen medidas más severas, pero siempre con una aguda instrumentación del poder sugestivo de la palabra. Ante una mujer que se descontrola y rompe lo que tiene a su alcance, Pinel recurre a la ducha fría bien fuerte y la inmoviliza con el chaleco: "para imprimirle un sentimiento de terror le habla con la más enérgica firmeza, pero sin cólera, y le anuncia que será en adelante tratada con la mayor severidad. Su arrepentimiento se anuncia por un torrente de lágrimas que derrama durante dos horas. El día siguiente y los siguientes fueron calmos; los otros síntomas disminuyen progresivamente y luego de una convalecencia de algunos meses, que no dejó más dudas acerca de su estado, fue devuelta a su familia".¹¹

El espacio asilar tiende a asemejarse a una "gran casa de familia", según un modelo patriarcal, pero a la vez el ideal de un orden jerárquico rige plenamente.¹² Un orden en el que primen relaciones elementales y directas, influjos afectivos y morales, pero también jerarquías bien establecidas, disciplina y rigor, bajo ese "centro único de autoridad" que repite a la familia bíblica.¹³ El loco es decididamente un niño y la institución de tal estado de minoridad por

la acción del campo de relaciones que funda el manicomio es concomitante con la constitución del lugar directriz del alienista y sus administradores.

Puede decirse que lo más importante que produce el alienismo no es la incorporación de un abordaje científico de la locura sino esa producción del personaje alienista, cuyo poder más que de la ciencia proviene de su posición social y moral: es a la vez juez y policía, padre y director de conciencia.

El mismo estatuto de "objetividad" que opera como justificación médico-positiva del alienismo tiene su fundamento en una relación de sujeción más que en un ideal científico. El *orden* y su preservación son cuestiones de gran importancia en la dirección del asilo, y no solo porque opera como una cualidad institucional que tiende a

¹¹ Pinel, *op. cit.*, p. 206.

¹² *RMQ*, I, p. 316.

¹³ M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, México, F.C.E., 1976, II, p. 206.

ser impuesta como virtud, vale decir "interiorizada", sino porque además es un recurso técnico esencial: el orden es la condición para obtener observaciones exactas. Convivir con los internados (algo que en la Argentina hacen Borda y A. Korn por ejemplo), haciendo realidad esa presencia de una autoridad primaria y familiar, sirve tanto para preservar el orden como para conocer y estudiar mejor los caracteres, inclinaciones, peculiaridades de cada loco.

En la medida de lo posible, el loco debe ser dejado en una libertad suficiente como para que pueda pasar a ser un "caso". Sus características personales, sus antecedentes e historia reciente, sus capacidades laborales y las circunstancias desencadenantes del cuadro psiquiátrico son referencias perseguidas por el alienista, que va construyendo una verdadera "psicología" de la locura, centrada en el caso individual. Por esa vía, y pese a que en la teoría médica la herencia fuese postulada como la causa principal de la locura, las causas morales tienden a predominar en la comprensión.

El diagnóstico mismo, su función y contenido no se separan de este recurso tecnológico que procura conocer no tanto para aplicar un esquema de clasificación sino para dominar y dirigir: el diagnóstico mismo es un instrumento para el mejor gobierno del loco.

Un caso de "manía aguda" sirve para mostrar este acento puesto en la consideración de las causas "morales" de la locura.¹⁴ Se trata de un español, de 33 años, carpintero, llegado hacía poco al país con su esposa y una hijita. Se suceden diversas desgracias: pierde varios empleos, enferma y muere su hija, y, finalmente, es abandonado por la mujer, quien regresa a España. Meléndez describe el desencadenamiento de la locura como la escena culminante de un drama: "Este día se ocupaba Carmelo en hacer un pequeño trabajo cerca del puerto. Su mujer pasa próxima a él, le mira y sigue su camino sin dirigirle la palabra. El no dejó de comprender lo que ocurría; pero con toda humildad bajó la vista y continuó en sus fatigas". A partir de allí se instala la enfermedad: "la falta de trabajo, la muerte de su hija menor y la separación de su esposa fueron las causas ocasionales de su enfermedad".

En casos como éste -donde se va perfilando con nitidez la figura del *loco inmigrante*- se conforma un ámbito de aprehensión de la locura como conducta reactiva, en un marco decididamente *narrativo*; notorio, por ejemplo, en el siguiente diagnóstico: "Lipe

¹⁴ *Anales del Círculo Médico*, I, p. 343.

manía por espiritismo y libaciones alcohólicas a causa de un amor desgraciado".¹⁵

Si la *psicología clínica* se funda en un método que supone "encarar la conducta en su propia perspectiva, detectar tan fielmente como pueda las maneras de ser y de reaccionar de un hombre concreto y completo frente a una situación; intentar establecer su sentido, la estructura y la génesis, descubrir los conflictos que la motivan y los pasos que tienden a resolver esos conflictos",¹⁶ puede decirse que el alienismo proporciona el campo de experiencias y de prácticas que hacen posible su constitución. Esa transformación que dará origen a un nuevo modelo de relación entre médico y paciente —determinante de una transformación de la medicina que llega hasta nuestros días— es hecha posible por una reforma de gobierno y administración de los asilos, cuyo objetivo central es *poner orden*.

Ante todo, orden en la separación y aislamiento de los distintos cuadros que hasta entonces se mezclaban y confundían sus caracteres; separar, por ejemplo, los agitados de los tranquilos y prevenir sus contactos. La distribución metódica de los alienados facilita las medidas de administración y disciplina, y se constituye en sí mismo en un régimen físico y moral.

Pero el orden exige no solo el aislamiento recíproco de los internados según criterios a la vez *psiquiátricos* (crónicos-agudos; tranquilos-agitados), *económicos* (pudientes, o sea "pensionistas" y no pudientes) y *morales* (colaboradores-rebeldes). También impone el aislamiento respecto del medio exterior, sobre todo la familia. La secuestación es una condición del *tratamiento moral*, y el espacio manicomial no solo reemplaza a su familia, más que eso se postula como el paradigma de la familia virtuosa y verdadera.

Si la tentativa de constituir un espacio de internamiento y observación de la locura viene en la Argentina impulsada por el modelo de Pinel y Esquirol, los resultados siempre quedaron a mitad de camino. Al comienzo, como ya se dijo, la presencia médica chocaba con los hábitos de abandono y segregación del loco, y el Dr. Uriarte debió dar el ejemplo, quedándose a dormir en el hospicio, para impedir

¹⁵ *RMQ*. XVIII, p. 512.

¹⁶ Daniel Lagache, *La unidad de la psicología*, Buenos Aires, Paidós. 1980, pp. 39-40.

que los asistentes se fueran durante la noche dejando encerrados a los internados.

Meléndez se queja en la *Estadística* —testimonio ofrecido a la mirada europea— porque aún espera la ampliación del manicomio que le permita separar a los agudos de los crónicos, a los convalescientes de los agitados, a los dementes de los paralíticos.¹⁷ El hacinamiento parece ser una condición estructural del hospicio, atribuida siempre a la precariedad de recursos. Sin embargo, más allá de las quejas de los sucesivos directores, el hacinamiento cobra un valor "en acto" simbólico y transaccional. Porque en ese estrechamiento del espacio reaparece la vieja imagen del encierro, como una dimensión represiva permanente, que establece los límites precisos de la "liberación" de los locos.

El hospicio

Foucault trazó la distinción entre un análisis médico y una percepción asilar de la locura, como dos fuentes de la experiencia psiquiátrica que nunca llegan a conciliarse.¹⁸ Entre el modelo de las especies naturales y el esfuerzo de reconocer, en el silencio del internamiento, las voces propias de la locura, entre el campo abstracto de una teoría médica y el espacio concreto del asilo, la psiquiatría nace como una transacción, cuyos compromisos y oscilaciones pueden seguirse en la relación entre sus promesas y sus prácticas.

En los asilos de Buenos Aires, pasarán años hasta que el espacio de reclusión se convierta en un espacio de despliegue de la locura; el alienista, que también es una criatura del manicomio, nacerá y se desarrollará junto a las nuevas formas de la alienación mental.

A partir de 1876 Lucio Meléndez se hace cargo de la dirección del Hospicio de las Mercedes y comienza a publicar sus primeros "casos" en la *Revista Médico Quirúrgica*. Con ello se inaugura una nueva experiencia de la locura, que resalta particularmente si se la coteja con el texto de Diego Alcorta o con un discurso -más

¹⁷ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 12.

¹⁸ M. Foucault, *Op. cit.*, II, p. 85.

académico que hospitalario- representado por el joven Samuel Gache.

El caso de "manía aguda", presentado por Alcorta en su tesis, es abordado desde la consideración abstracta que parte de hacer homogéneas y naturales todas las funciones y los síntomas. Lo que lo lleva a afirmar que la manía hizo desaparecer en ese caso afecciones reumáticas previas, y que una inflamación abdominal posterior, revulsiva respecto de la manía, la hizo desaparecer. El campo propio de la locura se circunscribe a ese espacio de órganos y sistemas corporales y a la secuencia de un curso evolutivo que ya está establecido por la nosología.

Un caso con idéntico diagnóstico de "manía aguda" presentado por Meléndez en 1882 permite advertir cómo la abstracción nosológica queda relegada frente al esfuerzo de un reconocimiento que persiguiendo el rostro propio de la locura extiende su mirada mucho más allá del espacio corporal.¹⁹ Luis B. es un actor italiano llevado al hospicio por la Policía, enchalecado y en medio de un cuadro de excitación aguda. El desencadenamiento del cuadro es descrito por Meléndez de un modo que acentúa el papel de las conmociones "morales". Luis B. estaba contratado como cantante y actuaba con mucho éxito en un café de Buenos Aires. Alguien, "un rival", busca su fracaso y recurre a pagar a un grupo para que lo zahiera desde el público. "Es fácil prever desde ya el efecto que debió causar en la mente de aquel orgulloso artista ovaciones tan descomedidas como inusitadas; mas la cultura y exquisita educación de B. le hicieron soportar con aparente serenidad una tormenta igual; la primera sufrida en los largos años de su carrera artística. Terminada la función, B. encontró ajada su reputación y agredido en lo más íntimo su amor propio. Pasó la noche en prolongado insomnio y oprimido por una angustia tremenda, al extremo de perder la razón en las primeras horas de la mañana del día siguiente al suceso." La relación del caso sigue narrando con todo detalle las distintas circunstancias que desencadenaron la internación.

El marco clínico de aprehensión de la locura es esa imagen de excitación y desborde de las pasiones. Un "prolongado baño de duchas frías" es indicado para "robar un poco de calor a ese cerebro en completa ebullición nerviosa y sanguínea". Tratado con baños y cloral —inductor del sueño— fue dado de alta a los catorce días, curado de su episodio. Sin embargo, la prudencia y la observación del curso

¹⁹ *RMQ*, XIX, p. 8.

posterior van formando parte de los atributos necesarios del alienista: Meléndez aclara que el alta ha sido "condicional".

Con ello se ve cómo la dimensión temporal juega un papel decisivo en la tecnología alienista, que tiende a concebir los procesos como desarrollándose en un curso que es preciso respetar y conocer. En ese sentido, si es cierto que el alienista tiende a concebir su papel como expresión de un sujeto absoluto que es *pura mirada*, frente a la locura como puro objeto, no es bajo la cualidad de una realidad inmutable —concepción ingenua que el alienista tiende a rechazar— como la concibe.

Un texto contemporáneo, surgido de los claustros universitarios, debido a Samuel Gache, define al loco, por el contrario, como una desviación esencial: es un *alma* afectada. "Un loco, sí, ese ser desgraciado sobre quien recae la más grande de las desgracias, el más terrible de los sufrimientos, el más cruel de los fenómenos patológicos, porque sus resultados invaden hasta el alma".²⁰ Esta visión literaria y dramática del "desgraciado" loco (que sin embargo "es feliz porque vive en un mundo que no es ni el real ni el que crea el poeta") si por una parte queda adherida a la concepción espontánea de la locura, no está menos imbuida de una posición religiosa. Es "la propia organización que ha asignado la creación al hombre" el punto de partida para toda consideración de la patología mental. Y si bien no es el alma sino el cerebro lo que enferma, al concebirlo como "el instrumento por el cual ella obra" se le otorga un estatuto de estabilidad y homogeneidad, en el que domina una concepción espacial y esencial de la locura.

Para la experiencia que se desarrolla en el hospicio, en cambio, la locura es más bien crisis episódica y curso variable: dejar que el tiempo transcurra es un recurso básico del alienismo. Algo que, por otra parte, cobra mayor sentido en el marco de esa experiencia de aprendizaje, en el que la propia función psiquiátrica debe instituirse. No hay antecedentes de alienistas ni de manicomios en la Argentina, consigna Meléndez, a la vez que reclama los recursos para conformar la institución asilar según los cánones europeos.²¹ "En la Argentina no hay manicomios porque no hemos tenido alienistas y... no hay alienistas porque no hemos tenido mani

²⁰ Samuel Gache, *La locura en Buenos Aires*, Buenos Aires, M. Biedma, 1879, p. 86. Trabajo premiado en el concurso científico del Círculo Médico Argentino.

²¹ *RMQ*, XVI, p. 321.

comios"...los médicos salidos de nuestra escuela en épocas pasadas no tenían las más mínimas nociones sobre las enfermedades mentales, verdad que nos indujo a trabajar y obtener la dirección del Hospicio de las Mercedes después del fallecimiento del Dr. Uriarte". Sigue más adelante: "a mi juicio no existe sino falta de estudio y de conocimientos que no se tuvo la ocasión de aprender ni de encontrar maestros que pudieran transmitírnoslos. Un testimonio de ello son los innumerables informes médicos existentes en nuestros tribunales, y que todos o la mayor parte de ellos, puede decirse, son deficientes, inclusive los del Consejo de Higiene".²²

"Soy el primero que ha procurado investigar en las causas de la locura" proclama Meléndez²³ asumiendo su función como una misión histórica: "el rol que me está demarcado en la vida social y científica".²⁴ Y efectivamente, el embrionario dispositivo alienista se liga de cerca a su figura y su trayectoria durante casi dos décadas. Ante todo, persigue establecer y defender celosamente la autonomía y la estricta jurisdicción médica sobre la locura; secundariamente, enfrentar a la vieja generación de facultativos reacios a renovar sus nociones y sus técnicas.

A lo largo de varios números de la *Revista Médico Quirúrgica*, en 1879, Lucio Meléndez polemiza con Osvaldo Eguía, director del Hospicio de Mujeres, en torno de los criterios de admisión, del diagnóstico, de la participación policial en las derivaciones y la actitud a seguir frente a los alcoholistas. El objetivo que anuda todos los temas de la polémica es la delimitación de lo que es un "verdadero manicomio". "No me refiero por ahora a los manicomios de caridad, no; hablo de los asilos de locos construidos con arreglo a los conocimientos clínicos y científicos que hoy se poseen en el estudio de la psiquiatría moderna."²⁵

¿Cómo establecer criterios objetivos y científicamente válidos para el diagnóstico de la locura? El caso del parricida José Vivado genera un conflicto que enfrenta al médico de la Penitenciaría y al Consejo de Higiene Pública —que lo encuentran responsable de sus actos— con Meléndez, Wilde y un médico de los Tribunales que diagnostican una alienación mental. Como se verá, el problema suscitado pone en cuestión cuál debe ser la formación y los criterios ne

²² *Id.*, p. 388.

²³ *Id.*, p. 430.

²⁴ *Id.*, p. 349.

²⁵ *Id.*, p. 322.

cesarios para intervenir en el ámbito médico-legal; pero más allá de la cuestión de una necesaria especialización en la función pública del médico, el tema deriva en una extensa consideración de las condiciones fundamentales del espacio manicomial, sin el cual no hay especialistas ni progreso científico.

En la polémica con Eguía, que aparece encarnando a las tradiciones médicas más antiguas²⁶ coexisten varios frentes de lucha; ante todo, contra la preponderancia de criterios propios de una casa de caridad impuestos por las señoras de la Sociedad de Beneficencia en el manicomio de mujeres.

Una consecuencia del gesto benéfico es la consagración de una distancia insalvable entre la superioridad del benefactor y la definida falencia en el asistido; eso genera una relativa inmovilidad que es efecto directo de una concepción de la asistencia como graciosa concesión. La cuarta parte del Hospicio de Mujeres —denuncia la *Revista Médico Quirúrgica*— está ocupada por crónicas y hasta por indias viejas que no son alienadas y fueron ubicadas allí por falta de capacidad en el Asilo de Mendigos.²⁷ Frente a ello, Meléndez aparece asumiendo la defensa de una concepción de la asistencia más de acuerdo con las orientaciones positivistas de la naciente psiquiatría.

Un tema clave en ese esfuerzo de delimitación de lo que debe incluirse en el espacio del manicomio es el de las *admisiones*. Un anónimo colaborador de la *Revista* —probablemente el propio Meléndez— denuncia la ligereza con que se realizan las internaciones cuando el individuo es "un pobre"; basta un certificado del médico de policía sin ninguna especificación sobre antecedentes, diagnóstico o cuadro clínico. "Con este documento y una orden del Comisario, basta para que un pobre quede horas, días, meses y años en los claustros de un manicomio".

Meléndez insiste en la necesidad de poner fin al abuso en las admisiones, y para ello procura que todo paciente enviado para su internación venga acompañado de una información sumaria. Con ello trata de enfrentar hábitos arraigados de la Policía, los jueces y aun los propios médicos que toman al hospicio como un lugar de reclusión, donde enviar a todo sujeto más o menos marginal o abandonado.

Un caso más o menos típico es el de los ebrios y los alcoholistas. Si el alcohol es presentado como la causa principal en las estadísti

²⁶ "Profesor anciano, digno y honrado" es el dudoso elogio que le prodiga Meléndez. *RMQ*, XVI, p. 349.

²⁷ *RMQ*, XVI, p. 246.

cas de los hospicios, sin embargo se trata de diferenciar ebriedad y locura, que tienden a asimilarse conjuntamente para una consideración ingenuamente moralizante que ve locura en cualquier clase de desviación de las normas corrientes de conducta.

Pero el imperativo moral del alienista aparece dominado por la función de distinguir: no basta la segregación, es necesario crear un espacio de conocimiento y armar una tecnología de intervención. Ante todo es la noción misma de *enfermo mental* la que debe ser construida correlativamente a ese espacio; y la distinción tajante respecto del ebrio sirve para fundarla en una afirmación de principios que no obsta para que el hospicio se llene de alcoholistas. "Los hospicios de alienados —afirma Meléndez— no han sido fundados para los que se degradan con el asqueroso vicio de la bebida sin estar locos".²⁸

Hay un loco abstracto, una figura pura de la sinrazón que se trata de proteger de esa contaminación conceptual con el vicioso, aunque desde siempre formen parte del mismo espacio de segregación: "Que un individuo se embriague, grite, pelee, se desnude y baile en las calles no es un motivo para que se le tome por loco, pues en realidad no está sino borracho".²⁹

Y sin embargo, el alcohol es presentado como la causa principal en las estadísticas del Hospicio de las Mercedes; pero sublimado a ese papel reiterado de causa de toda clase de cuadros psiquiátricos, el dispositivo médico lo diferencia bien de la ebriedad, que solo una mirada ingenua puede confundir con la densidad propia de la locura.

Pero el problema planteado por los alcoholistas adquiere una dimensión particular, porque suelen buscar voluntariamente los beneficios de un refugio en el hospicio. Se trata —según Meléndez— de "débiles de espíritu", pero no locos, y el criterio que discrimina en ese caso es la capacidad de trabajar del ebrio, una vez pasados los efectos transitorios de la intoxicación: "Con gran asombro hemos visto presentarse en el Hospicio de las Mercedes a jóvenes robustos y sanos; pero entregados a las libaciones' alcohólicas, acercarse al Director pidiéndole posada so pretexto de corregirse. Si la degradación en que caen estos seres débiles de espíritu los lleva a pedir la secuestación voluntaria, no es extraño se cometan abusos en las remisiones policiales por no haber en este país otros establecimientos a donde deban mandarse para su corrección."³⁰

²⁸ *Id.*, p. 302.

²⁹ *Id.*, p. 351.

³⁰ *Id.*, p. 303.

MeléndeZ insistirá sobre esta necesaria diferenciación y aun rechazará las internaciones que no estén de acuerdo con los criterios que busca imponer: los alcoholistas conocidos no son recibidos en el hospicio. Deben ocuparse de ese problema la policía y los jueces: para esos basta la represión pura y simple.

También las familias son blanco de la crítica: "¿no vemos diariamente a padres o hermanos que haciendo completa prescindencia del cariño paternal o filial secuestran diariamente a sus deudos ciegos, idiotas o parálíticos, so pretexto de que son ofensivos o alteran la tranquilidad de una familia?".³¹ Por otra parte, no solo la policía sino las autoridades de hospitales generales o del Asilo de Mendigos pretenden sacarse de encima pacientes rebeldes o con crisis diversas remitiéndolos al hospicio. Una característica iguala a esta desigual población de la que MeléndeZ procura —sin éxito— librar al manicomio: la *indigencia*. Si la renovada tecnología del alienismo impulsa una nueva distribución en el campo de la marginalidad y procura para el loco un estatuto médico positivo, viejas prácticas de internamiento mantienen su eficacia, en cuanto responden a una lógica de exclusiones determinada en otro lugar.

De cualquier modo, las ambiciones del alienismo enfrentan el límite real infranqueable de la insuficiencia crónica de recursos. Desde el comienzo -y hasta el presente- directores y administradores se quejan ante los distintos poderes de la falta de espacio, de elementos, de personal. Desde entonces también perdura la costumbre de usar la capacidad de trabajo de los internados para paliar esa pobreza de recursos. Si el hospicio tiende a brindar una imagen de precariedad y marginalidad, es en una especie de indigencia estructural en la que tiende a asimilarse a la imagen más común del loco-mendigo.

Una intención normativa, legitimadora de la nueva tecnología alienista, busca recluir la locura en condiciones de más nítida separación respecto de otros desórdenes que siempre convivieron con ella. Pero si esa renovada función médica viene así a sacralizar una distancia imborrable respecto de la razón -que encarnan- es a partir de un espacio creado, antes que nada, como resultado de necesidades de ordenamiento social y administrativo. Y desde ese origen, ese espacio del internamiento aparece condenado a reproducir las fracturas y las barreras del campo social. Si a la segregación lisa y llana que ubicaba al loco en un espacio de confinamiento le sucede la presencia vigilante del médico, prolongación de la razón so

³¹ *Id.*

ciomoral en el mundo de la sinrazón, el límite de los recursos y cierta violencia siempre presente en los usos psiquiátricos empujan hacia la liquidación del loco, de modo que la presencia médica siempre se configura como una suerte de transacción entre la vigilancia y el abandono.

Por esa época comienza cierta tradición entre los directores: vivir en el establecimiento; a la vez un celo excesivo y un ritual contra la huida. De cualquier modo, esa permanencia encierra sus peligros y no pocos se han tornado prisioneros de su propia vigilancia, asimilados a los itinerarios del loco.

A la vez, la presencia delegada de la razón en el interior de la institución manicomial, asumida en forma a la vez creciente y fallida por los funcionarios médicos, en desmedro del cuidado caritativo de la filantropía privada, tiende a reproducir también el sistema social de jerarquías y distancias. La categoría de los "pensionistas" existió desde el principio para las familias "que reclamaban para sus parientes mayores comodidades de las que podía dárseles en esos locales, donde ya vivían hacinadas una gran cantidad de enfermas de todas las condiciones sociales".³²

El asilado tiene un apellido y su condición se sobredetermina por el linaje familiar que representa; si lo extraño de su locura recibe el tratamiento común a todos, lo familiar exige la persistencia de una distancia social sostenida desde otro orden. El orden de la razón psiquiátrica y el de los lugares sociales, finalmente, no son tan ajenos y armonizan plenamente en el *loco pobre*. Por el contrario, por la vía del loco rico, del portador familiar de la desgracia, se organizan las instituciones psiquiátricas privadas; el Instituto Frenopático, privado, se crea en 1880 y ofrece salones suntuosos, ambientes distinguidos y sombreadas arboledas.

Las jerarquías internas entre la población asilada reconoce dos ejes: económico y moral: para los pensionistas —que pagan— el lugar de loco aparece atenuado por la razón niveladora del dinero. El colaborador —que trabaja— está amasado por una categoría que excede al hospicio para caracterizar una cualidad esencial del *ego* prefabricado para el trabajador ideal. El "colaborador" es un *loco modelo*, o sea una perfecta antinomia, porque en el mismo movimiento en que se sanciona su extravío se le exige obediencia y sometimiento a nor

³² Se refiere al Hospicio de Mujeres. *Sociedad de Beneficencia, Op. cit.*, p. 58. Sobre el de hombres, ver Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 10.

mas de conducta y trabajo, premiando la cordura como la devolución al alienista de una criatura familiar.

El *trabajo* resulta una práctica sobredimensionada en el interior del espacio asilar. Por una parte, el tratamiento moral sanciona al trabajo con los caracteres de una prescripción terapéutica. Aunque resulte obvio remarcarlo, esta consagración médica de los beneficios del trabajo debe ponerse en relación con el dato simple de que el 80% de los internados del hospicio son trabajadores manuales. Meléndez lo establece claramente; no es cuestión de mantenerlos ocupados en cualquier cosa, sino, en la medida de lo posible, mantener o fomentar un oficio, sobre todo "el que cultivó el paciente en estado de salud".³³

Pero las necesidades derivadas de la precariedad de recursos exigen una organización del trabajo en el hospicio que toma menos en cuenta al paciente y más a los requerimientos de la institución total. Más aun, no dejan de plantearse conflictos entre el orden de la intervención médica y el del trabajo servil requerido por las necesidades de la institución; por una parte, el propósito reiterado de limitar las internaciones y denunciar los abusos en las derivaciones, sirve también al objetivo de reducir los costos de la institución. Pero, al mismo tiempo, las mismas razones que limitaban los fondos asignados a la asistencia de los pobres (desde el comienzo sólo los "pobres de oficio" eran asistidos en establecimientos públicos gratuitamente) eran responsables de que cierto número de indigentes y marginados buscara un refugio en el manicomio. Que el alcoholismo crece con la desocupación es algo que aun el discurso alienista -poco inclinado a denunciar injusticias sociales- tiene que consignar: "La crisis comercial que comenzó en 1874, dejando sin trabajo a un gran número de obreros, ha contribuido a hacer sentir más los terribles efectos de la embriaguez".³⁴

Maglioni, en su tesis propone un manicomio utópico que aúna las ventajas del tratamiento moral con las de una empresa capitalista, a través de asilos *mixtos*:

"Los gastos de calzado se reducirían por lo menos en una mitad, pues comprado por mayor el material los locos podrían trabajarlo para el objeto a que se destina. Los trabajos de costura podrían encomendarse a las locas para su uso y para el de los locos. Los trabajos de agricultura podrían encomendarse a estos últimas, economizando así las sumas que se inviertan en el pago de los

³³ *RMQ*, XVII, p, 102.

³⁴ Meléndez y Coni, *Op.cit*, p, 24.

peones que es necesario ocupar en el servicio del establecimiento de las locas."³⁵

Si el alienismo y la naciente psiquiatría, con una lógica que deriva del nuevo estatuto que pretende para la enfermedad mental, buscan un espacio neutro de objetivación y seguimiento —a la vez que un orden sostenido por los principios de la autoridad, el cumplimiento de normas higiénicas y morales, el control y dirección de todos los excesos— la vieja práctica segregativa y el ejercicio directo de la violencia y la exclusión contra el loco imponen en el manicomio su propia determinación. Entre la "recuperación" —que básicamente es social y laboral— y el aniquilamiento del loco segregado, transita la racionalidad de la práctica psiquiátrica.

Por un lado, los datos disponibles hacen pensar que el período de internación era relativamente breve, circunstancia debida tanto a motivos de economía como al imperativo de reintegrar lo más rápido posible al loco trabajador a su lugar social. Esto último parece confirmado por el hecho de que las salidas son mucho menores entre las locas.

Uno de los recursos de limitación de la población internada es la mortalidad, que oscila entre el 18 y el 20% en el período 1864-1878. Para 1892-96, en el Hospicio de las Mercedes, Borda consigna, en su tesis, cifras del orden del 20% al 30% y entre las causas destacadas del aumento cita "los inviernos rigurosos". El mismo autor refiere que un 28% de los internados corresponde a los incurables, "que vegetarán en el asilo durante el resto de su vida o hasta que una enfermedad interrecurrente concluya con ellos".

Si el loco persevera en su locura no tiene otra salida que la muerte; entre esa población crónica, irrecuperable para la sociedad, la vieja condición del marginado perdura como un vestigio del pasado. Si antes, la condición común de marginación e improductividad ponía en un mismo espacio a mendigos, inválidos, vagos, locos, la intervención psiquiátrica, sin transformar del todo el recurso segregativo vendrá a delimitar más estrictamente lo marginable necesario. Pero, como se vio, el puro criterio de la recuperación se contamina con necesidades propias de la institución que requiere de "crónicos" para suplir su falta de personal. Desde entonces y más allá de las intenciones y las proclamas, la práctica de la internación entrará en complicidad con esa segregación que denunciaba, ante todo en la cronificación de los locos trabajadores. Es claro que no cualquier interna

³⁵ Maglioni, *Op. cit.*, p. 36.

do es apto para cumplir esa función; debe estar en condiciones de miseria y desamparo social tales que sea para él preferible una internación sin límites en el hospicio; si los alcoholistas suelen ser los que más comúnmente llenan ese perfil, no son, obviamente, los únicos. De este modo, por una vía distinta a la del internamiento clásico, vuelven a convivir y superponerse locos y mendigos.

El tratamiento moral

No es posible especificar muy precisamente la técnica del tratamiento moral, porque no tiene reglas, aunque incluye compasión y rigor, comprensión y castigo, persuasión y represión física. Es más bien una orientación general, una intención modificadora de la conducta que pone un énfasis particular en el influjo personal que el médico puede lograr sobre su loco. Fundamentalmente, es un modo de plantear la relación de autoridad del alienista respecto del alienado, en el interior del manicomio. Antes de eso puede decirse que esa relación no existe, aunque hubiera médicos en los viejos hospitales: faltaba una tecnología definida de intervención directa, mediante el influjo personal, sobre el paciente internado.

El relieve protagónico del alienista es no sólo el resultado sino la condición de eficacia de ese dispositivo sugestivo. Encarna la *ley* y su autoridad es el resultado de una sustitución: las cadenas dejan su lugar a un sujetamiento moral. Y en cuanto el *orden* se propone abarcar todos los aspectos de la vida del asilo, el alienista se apodera y se sirve del conjunto de relaciones institucionales. El propio espacio asilar es construido conforme al paradigma de una comunidad armonizada en la virtud y el trabajo. Doble consecuencia. Hacia el "interior" del asilo, la presión del tratamiento no es sino la interiorización de esa armonía que expresa el contenido mismo de la razón que trata de restablecer. Lo racional que se enfrenta a la locura coincide, más que con una categoría del entendimiento, con un programa de educación y obediencia. Paradoja mayor del tratamiento que subyace, hasta el presente, a toda psicoterapia directiva: que el camino planteado para recuperar la propia razón y responsabilidad deba coincidir con una relación de máximo sojuzgamiento de la

vo

luntad. De ahí "el juego particularmente sutil entre ejercer la violencia y restituir el acceso a la razón, sojuzgar y liberar, que irá a estructurar toda la historia de la relación terapéutica."³⁶

Pero, también, consecuencia hacia el "afuera" del asilo. Toda sociedad no será sino una muy imperfecta manifestación de ese orden que el asilo garantiza mucho más sólidamente; autoridad, gobierno, control y dirección de la conducta, orden y equilibrio. En el marco de ese desmesurado discurso médico que inunda todo el pensamiento político del siglo XIX, el asilo y el alienista proveerán modelos e ideales para la constitución —parcialmente fallida— de una tecnología de la dominación de los hombres y las sociedades. Y los antiguos rituales de la culpa y la obediencia sostenidos en la oscuridad medieval de la institución religiosa, encontrarán en la reforma médica la ocasión de restablecerse y perdurar.

El trabajo, la dirección de las pasiones, el control de la imaginación, son las apelaciones que van afirmando la ley del alienista y correlativamente ajustando la identidad del loco; cuanto más estudiado, más familiar, hasta llegar al inevitable descubrimiento: ¿quién no está un poco loco?, y si la locura acecha en cada uno, la función alienista se proyecta a una dimensión antropológica esencial.

Entonces, ni el médico ni el loco son sujetos ya constituidos, ni tampoco una materia viva que evoluciona según estadios más o menos preestablecidos, como puede pensarse a partir de la historiografía oficial de la disciplina psiquiátrica. El alienista mismo es fabricado, constituido en ese proceso que transforma a los sujetos preexistentes; igualmente, el loco va siendo elaborado correlativamente: la locura del siglo XIX no es la de la Biblia.

Ciertos ideales y mitos acerca del saber y las prácticas de las disciplinas que toman al hombre por objeto, se han configurado en los recintos médicos del siglo XIX, y entre ellos el hospicio, en la versión normativa del *Traité*, ocupa un lugar paradigmático. Ese alienista es algo más que un personaje, simboliza un *ego* gobernante en su máxima pureza, y como institución está allí presionando en cualquier ejercicio de las prácticas psicoterapéuticas.

Algunos de sus atributos definen por su sola presencia una suerte de espacio judicial inmediato, en el cual es juez inapelable, pero a la vez encarna el núcleo del que deriva todo castigo o recompensa; si su modelo de ejercicio de la autoridad es radial, un principio esencial de la tecnología alienista es que el médico no debe moverse del cen

³⁶ Castel, *Op. cit.*, p. 89.

tro. El debe decidir qué es lo que corresponde y beneficia a su alienado, y qué es lo que debe serle vedado; determina qué relaciones puede mantener con el afuera del hospicio y cuándo restablecer los vínculos con sus familiares.

Uno de los criterios más arraigados del tratamiento moral es que el loco debe ser separado de su familia; a partir de su ingreso al asilo el alienista va a ser toda su familia: va a ser su padre y su madre. Y en esa relación primaria con su alienado va a utilizar todos los recursos de un influjo directo, desde la reflexión y el convencimiento, al ejemplo, el estímulo o el castigo físico. Más aun, el médico alienista se propone ordenar el conjunto de las relaciones en el espacio manicomial haciéndolo jugar en un sentido corrector, con lo que no limita su relación al vínculo personal con uno y otro internado.

En esa instrumentación del espacio institucional y grupal, usa técnicas teatrales con notoria astucia y sutileza. Por ejemplo, cuando Pinel decide librar a un número importante de locos —no todos— de sus cadenas, planea para cada uno una táctica mínima de acuerdo con la situación en que se encontraban. Hay un caso de un eclesiástico que decía ser Jesucristo, y que considerándose hijo de Dios era sumamente soberbio y hostil; los otros asilados respondían a ello con agresiones de todo tipo, y realimentaban el delirio, en la medida en que, creyéndose el Salvador se convencía de que esos sufrimientos y vejaciones venían a cumplir su Pasión.

¿Qué hace Pinel? Lo libera y da orden de que nadie le dirija la palabra ni responda de ningún modo a sus expresiones; a partir de ese momento este delirante que se cree Dios deambula por el asilo sin que nadie lo reconozca ni de señales de advertir su existencia. El recurso —dice Pinel— dio sus resultados en poco tiempo: "Finalmente, después de largas dudas, se le ve mezclarse con los otros prisioneros por propia determinación; desde ese día, sus ideas se hacen más sensatas y justas".³⁷

Es cierto que el tratamiento moral no es todavía una relación cerrada con el paciente sino que se ejerce más bien como una acción genérica de la autoridad del alienista que construye el orden a su alrededor y opera sobre el conjunto de la población internada. A ese primer momento pineliano, caracterizado por la instrumentación de las pasiones, en la que "con una pasión se busca anular los efectos de otra", sigue otro, a mediados del siglo XIX, iniciado por Falret, en que se propugna más bien una "reflexión conjunta con el paciente";

³⁷ M. Foucault, *Op. cit.*, II, p. 240-241.

con ello se atenúa la importancia concedida a las pasiones y el tratamiento moral se vuelve *pedagogía psíquica*.³⁸ Mesmer, recuperado por Liebault y Charcot —en una senda que, de algún modo, llega hasta Freud— profundizando en esa línea del influjo personal, y aun revistiéndola de un relieve taumatúrgico, echan las bases de un tratamiento que prescinde de la internación.

El alienismo, entonces, inicia ese camino hacia la singularización de la locura, en la medida en que previamente ha definido el poder del alienista que lo objetiva a partir de un puro lugar moral. Y en ese marco, ciertas innovaciones del tratamiento moral vienen a fundar una relación perdurable: la *pareja médico-paciente*; ¿es posible rastrear allí un hito de la constitución de las modernas técnicas psicoterapéuticas? Para que se forje un concepto como el de *transferencia*, por ejemplo —tomado en su acepción más extendida y aun vulgarizada— ¿no fue preciso que ese dispositivo se constituyera? No puede desconocerse que Freud produce, desde el punto de vista teórico y metodológico, una ruptura respecto del tratamiento moral; pero, si el dispositivo inaugurado por Pinel implicaba colocar al alienista en un lugar de saber y poder supremos, donde se propone explícitamente encarnar las figuras parentales del loco, ¿no puede decirse que Freud descubrió lo que Pinel había fabricado?

El personaje del médico mental, desde Pinel, ya no actuará a partir de una definición objetiva de la enfermedad, concentrada en el diagnóstico como criterio esencial de delimitación y diferenciación, a partir del cual establecer las bases del tratamiento. Su presencia y su palabra son inmensamente más importantes que su escasa ciencia, y el recurso de su intervención debe menos a la medicina que a las viejas figuras del miedo, el amor, la sumisión y la fe. Paradójica constitución de esa práctica en un terreno casi mágico, donde la palabra alienista aparece revestida de viejos atributos de revelación de la verdad y la purificación de toda falta, en un momento en que la medicina progresa por las vías de un rígido positivismo.

La vida del asilo ha permitido el nacimiento de esa célula médico-paciente, "que va a ser la célula esencial de la locura, una estructura que forma como un microcosmos donde están simbolizadas las grandes estructuras de la sociedad burguesa y de sus valores: relaciones

³⁸ Sauri, Jorge, *Historia de las ideas psiquiátricas*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1969, p.151-153.

Familia-Hijos, alrededor de la doctrina de la autoridad paternal; relaciones Falta-Castigo, alrededor de la doctrina de la justicia inmediata; relaciones Locura-Desorden, alrededor de la doctrina del orden social y moral".³⁹

Con ello, la psiquiatría será una medicina con un estilo muy particular y cuanto más se impongan los criterios "científicos" del positivismo, tanto más crecerá la mala conciencia del psiquiatra —aun del más encarnizado organicista— que sabe que su práctica no coincide con sus principios.

Es cierto que el alienismo y su prolongación psiquiátrica otorga al loco un estatuto de objetivación, que estudia sus caracteres, que insiste en innumerables clasificaciones. Pero el poder del psiquiatra residirá para siempre más que nada en su oscura identificación con el lugar del taumaturgo y sus poderes morales. Pero, mientras que Pinel y Tuke subrayaban que su acción moral no estaba ligada necesariamente a un conocimiento científico, el psiquiatra de nuestro siglo multiplica las referencias racionalizadoras en que pretende fundar un saber que no tiene.

Después de una primera etapa de aprendizaje y constitución del espacio asilar, encarnada en Meléndez, su sucesor en la cátedra y en el Hospicio, Domingo Cabred, profundiza la conformación de la *clínica psiquiátrica*, en la que "lo fundamental es la exploración psíquica y lo complementario lo somático". Cabred instala en la cátedra, junto al laboratorio de Anatomía patológica, para el cual contrata a C. Jakob, un laboratorio de Psicología experimental.

Esa exploración psíquica tendrá su piedra angular en el *interrogatorio*, en el interior de ese binomio conformado por el psiquiatra y su loco. "Aprendimos en su clínica psiquiátrica a ser buzos de almas", testimonia Loudet. Y en el desarrollo de ese "encuentro", que el asilo hizo posible, el psiquiatra descubrirá que "no hay aparato que pueda sustituir al propio espíritu para penetrar en otro espíritu oscurecido o atribulado".⁴⁰

Un recurso esencial de la empresa de moralización encarnada por el tratamiento moral es el papel fundamental atribuido al *trabajo*; quizá esa firme decisión de instituir en el asilo una disciplina labo

³⁹ M. Foucault, *Op. cit.*, II, p. 257.

⁴⁰ O. Loudet, *Médicos argentinos, cit.*, p. 148-150.

ral es la causa más fuerte de la crisis y la transformación de esa institución.

Por una parte, el siglo XVIII con su descubrimiento de la relación esencial entre riqueza y trabajo contribuye a modificar el lugar social del desposeído y el improductivo, a partir de un imperativo básico del orden burgués que converge sobre la moral de los asilos.

Los locos cumplen un rol suplementario de trabajadores en la estructura misma del manicomio, que es distinta de la espontánea actividad que pudieron desarrollar en los "loqueros" desde la época de la colonia. Las nuevas secciones del Hospicio de las Mercedes en gran parte fueron construidas con la fuerza de trabajo aportada por los propios internados.

Pero, más allá de esa suplencia del déficit de personal, la ideología alienista construye un mito perdurable: la virtud terapéutica del trabajo, del cual hace un valor esencial de sus objetivos morales. "Péguese a un furioso, colóquese a ese hombre en una celda; romperá todos los obstáculos y se entregará a la irritación y al más ciego furor. Ahora, véaselo trasladando tierra; empuja el carro de mano con una actividad ardiente y viene con la misma petulancia a buscar la nueva carga que debe igualmente transportar; es cierto que a cada momento se detiene para expresar su furor en proposiciones incoherentes; es cierto que grita, que blasfema contra todo conduciendo su carro de mano; pero, en último análisis, es el más intrépido de los operarios. Su exaltación delirante no hace sino activar su energía muscular que se vuelve para bien del trabajo."⁴¹

Ya en el viejo Hospital General, los locos tranquilos se ocupaban de la limpieza; más adelante —consignan Meléndez y Coni— se los mandaba con algunos guardianes a la ribera del Río de la Plata para trabajar en la plantación de árboles.⁴² Pero eso no era todavía un tratamiento moral en la medida en que no ubicaba al trabajo como una regla fundamental, particularmente para los convalescientes, del orden moral manicomial, como una garantía de la recuperación de la salud, de la formación de buenas costumbres y de la propia preservación del asilo como institución.

Si Meléndez impulsa una organización laboral del hospicio, que será profundizada y completada por Domingo Cabred, su sucesor, es evidentemente a partir de la experiencia pineliana. Pero a la vez, ese

⁴¹ Pinel, Scipion, citado por Joel Birman, *A psiquiatria como discurso da moralidade*, Río de Janeiro, Ed. Graal, 1978, p. 417.

⁴² Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 7.

papel central del trabajo se asienta sobre los valores que para el discurso higienista forman el núcleo esencial de la virtud ciudadana para los sectores desposeídos. De allí que Meléndez, funcionario celoso de un orden social que encuentra en el hospicio condiciones de realización mucho más puras que en el convulsionado espacio urbano de Buenos Aires, se adelanta a su tiempo. A partir de un pequeño taller de zapatería instalado por su antecesor "multiplicó las aplicaciones del trabajo del loco, fundando los talleres de carpintería, herrería, escobería, colchonería y otros" (...) "Distribuyó a los alienados en grupos de jardineros y horticultores, transformando en poco tiempo los terrenos adyacentes del asilo, incluso los que hoy pertenecen al Hospital Rawson, en quintas de árboles frutales y hortalizas para el consumo de la población de insanos."⁴³

Si el trabajo, es el remedio más adecuado para la exaltación de las pasiones, es porque las fija a una actividad socialmente valorada y en esa matriz tiende a vaciarse la noción moderna de *adaptación a la realidad*.

Si junto a la función directamente productiva del trabajo, hay una dimensión disciplinaria,⁴⁴ tampoco puede desconocerse su proyección propiamente simbólica. El asilo proyectado como una ideal comunidad de trabajo —de realización más bien incierta— concentra los valores más firmes de una utopía social.

Otro eje del tratamiento, íntimamente ligado a la función disciplinaria y moralizadora del trabajo, es la permanente labor destinada a conjurar los peligros de una *imaginación* exaltada. El trabajo es su valor opuesto y por sí mismo es concebido como un medio de alejar a la razón de pensamientos y deseos extraviados. En esa dirección, el discurso psiquiátrico se encuentra en un movimiento estratégico común con los temas de la moralidad y formación de hábitos en el seno de la familia, así como con las ambiciones siempre excesivas depositadas en la creación y desarrollo de las instituciones educativas. En esa paciente y más bien fallida intención de transformación del loco, en esa *conversión* que coincide con un resujetamiento en la sociabilidad y el orden, puede leerse la condensación del propósito de constitución de un nuevo sujeto social y moral. Empresa que, si bien

⁴³ Solari, Benjamçin, *La Semana Médica*, VIII, p. 783 (12/12/1901).

⁴⁴ Foucault, M., "El ojo del poder", en J. Bentham, *El panóptico*, Madrid, La piqueta, 1979.

llena el discurso político, filosófico y cultural de Occidente durante dos siglos, encuentra en los marcos técnicos de la medicina una operatividad que no deja de retornar sobre sus variaciones más doctrinarias y académicas. En la Argentina ese proceso cobra una significación peculiar y particularmente concentrada, como se verá, en la medida en que queda sobredeterminada por un discurso fundador —en lo cultural como en lo político— que hace de la regeneración de las masas un eje fundamental de su constitución.

Una serie significativa asocia los extravíos de la fantasía al juego, a la infancia y a la locura: "Los alienados son niños grandes, y niños que ya recibieron falsas ideas y malas direcciones; ofrecen tantos puntos de contacto con los niños y los jóvenes que no puede sorprender que unos y otros deban ser conducidos según principios semejantes."⁴⁵

Por una parte, en esa dirección propiamente pedagógica, el asilo, quizá, revele las latencias de la institución escolar; pero esa asimilación del extravío a la figura del niño es la misma que José M. Ramos Mejía —siguiendo a Le Bon— va a hacer respecto de las masas populares. Y esa empresa —siempre fallida— de reeducación subyace a las iniciativas convergentes y homogéneas sobre el loco, el niño y la formación colectiva.

Cuando el orden global de la institución asilar no basta para producir los deseados efectos correctivos, el alienista, en la plenitud de su poder, despliega su taumaturgia operando por el recurso teatral sobre los desvíos de la fantasía. Amparado en su impunidad, el alienista construye sus propias quimeras para enfrentar las del loco.

Meléndez ve atraído su interés por la asociación de la locura con la fe espiritista en una decena de casos y dedica al tema varias notas; consigna que de diez, solo uno es argentino y los nueve restantes españoles, y que la locura adopta en ellos más frecuentemente una forma depresiva.

Un español, "de alguna edad y poseedor de regular fortuna" es internado y cuidadosamente observado. En determinado momento el paciente hace movimientos con las manos como pretendiendo magnetizar una mesa. El practicante mayor se ofrece a hacerlo por él: "El enfermo consiente en ello; pero no se apercibe que el practicante hace pisar uno de los pies de la mesa en la extremidad libre de un cabo de escoba, que se encuentra debajo de una de las camas. Practicadas las manipulaciones farsaicas, le dice: —Puede Ud. preguntar a la

⁴⁵ Esquirol, J., citado por Birman, *Op. cit.*, p. 378.

mesa. En efecto, la interroga y es contestado; los ojos del enfermo brillan de alegría; pero el practicante, que mantenía un pie en la otra extremidad de la escoba, no pudo dominarse y larga una estridente carcajada; al enfermo se le enciende instantáneamente el rostro y se cubre su cara de vergüenza al ver que había sido víctima de una farsa del momento. Desde este momento reacciona y puede darse cuenta de lo pasado antes y durante doce días que duró su enfermedad".⁴⁶

Pero en el empleo del recurso teatral Pinel es insuperable, particularmente allí donde lo pone al servicio de los ideales del terror "para conmover y sacudir fuertemente la imaginación". Un hombre joven, en épocas de la revolución, sacudido por las medidas contra el culto religioso desarrolla una manía (el diagnóstico es de Pinel) dominada por sentimientos religiosos. Solo habla de los tormentos de la otra vida y decide que, para sustraerse de ellos, debe imitar las abstinencias y flagelaciones de los anacoretas; se prohíbe todo alimento y después de 'varios días de mantenerse inquebrantable comienza a temerse por su vida. En esas circunstancias el director decide intentar un ataque a sus ideas mediante "la impresión de un temor vivo y profundo". Con este propósito se presenta por la noche "con un aparato apropiado para aterrorizarlo, llameantes los ojos, con un tono de voz imperativo, rodeado de un grupo de ayudantes que agitaban gruesas cadenas con estruendo. Puso una sopa cerca del alienado y le intimó con energía la orden de tomarla durante la noche, si no quería sufrir los tratamientos más crueles. Así se retira y deja al alienado en un penoso estado de fluctuación entre la idea de la punición con que es amenazado y la perspectiva aterrorizante de los tormentos de la otra vida. Después de un combate interior de muchas horas, la primera idea lo impulsa y se determina a tomar su alimento".⁴⁷

Domingo Cabred, que reemplaza a Meléndez —al mismo tiempo que realiza una obra de extensión del sistema hospitalario—, es el iniciador del Sistema psiquiátrico de *puertas abiertas*, que alcanza su consagración con la inauguración de la Colonia Nacional de Alienados *Open Door* en 1889.

Como Director del Hospicio de las Mercedes, Cabred establece el

⁴⁶ *RMQ*, XVIII, p. 211.

⁴⁷ Pinel, Ph., *Op. cit.*, p. 207-208.

peculio para los que trabajan en los talleres del establecimiento, combinando el tratamiento por el orden y la virtud con el estímulo más real del beneficio económico. De cualquier modo, entre el *peculio* —que puede ser retirado discrecionalmente e impide cualquier reclamo por parte del internado en cuanto resulta una concesión— y el salario existe la misma distancia que entre un sujeto jurídico pleno, contractualmente hablando, y un cuasi sujeto, afectado por una condición de minoridad que le rescinde todo derecho.

El sistema de puertas abiertas inspirado en experiencias inglesas se define como "un conjunto de disposiciones de orden material y de régimen interno que tienden, todas, a dar al establecimiento el aspecto de un pueblo, a proporcionar a sus moradores la mayor suma de libertad, compatible con su estado de locura, ya hacer del trabajo uno de los elementos más importantes del tratamiento moral".⁴⁸

Si el trabajo se propone como instrumento generalizado de la asistencia, sin descuidar el trabajo de los talleres —que ya existían en el asilo cerrado de Meléndez— ahora se procurará dar la mayor amplitud posible a las faenas al *aire libre*, dotando a las colonias y asilos de tierras cultivables. Esa insistencia en el papel terapéutico del campo y la naturaleza coincide con un momento en que los desórdenes de la gran ciudad —cuya representación se focaliza en el inmigrante— presionan para dar a la locura una significación esencialmente urbana.

El valor de la amplitud y del espacio "abierto" se opone a esa figura urbana de la oscuridad y el encierro corporizada en los conventillos del Dr. Rawson. "No habrá muros de circunvalación que oculten el horizonte, ni nada que despierte la idea del encierro, y así la *ilusión de libertad* será completa."⁴⁹ Y justamente en ese espacio de la ilusión de libertad el Dr. Cabred se reúne con el Gral. Roca, que inauguró la Colonia de Luján; no cuesta mucho imaginarse al Zorro allí, perdida la vista en la lejanía y soñando con una sociedad fabricada según el orden y la disciplina del tratamiento alienista.

En ese sentido, el asilo-colonia revela mucho más de lo que sus creadores imaginaron; en los lineamientos utópicos de esa comunidad libre de conflictos se dibuja la contrafigura de un espacio social cada vez más convulsionado, en las vísperas de la explosión del 90. Una versión propone que Cabred —ministro sin cartera durante varias presidencias, según Loudet— rechazó un ministerio: "prefería

⁴⁸ Cabred, Domingo, *Discursos sobre asilos y hospitales regionales en la República Argentina* (Ley 4953), p. 26.

⁴⁹ *Id.*, p. 32.

seguir siendo presidente de los locos que ministro de los cuerdos".⁵⁰ Es comprensible: un ministro, medido con los ideales puros de gobierno que encarna el alienismo, fracasa siempre.

Las causas de la locura

El alienista es un ser que tiene dos caras y sostiene dos discursos. En el interior del espacio de observación del asilo, persigue las causas en una secuencia y una gimnasia dominadas por la figura de la mirada que penetra más allá de la superficie. Observar cuidadosamente, detectar los signos de la locura, escudriñar y espiar sin ser visto, dejar pasar el tiempo para cotejar y correlacionar los signos detectados; todo ello forma parte de su técnica habitual. En último término es la vigencia total del modelo *panóptico* que Foucault rescató para revelar ciertas claves subyacentes a la gigantesca tarea de moralización y gobierno de los hombres en diversos dispositivos normalizadores.⁵¹

Un argumento habitual destinado a fundamentar la necesidad de una formación psiquiátrica específica, es justamente la insistencia en que un loco sólo es evidente para un ojo entrenado. Pinel se divierte con la sorpresa de varios visitantes de la Salpêtrière quienes viendo a sus moradores en calma preguntan: "¿Dónde están los locos?".

Es que uno de los resultados de esa nueva consideración cognoscitiva e institucional de la locura es romper con la concepción ingenua, con la imagen global de insensatez y desvarío, que cualquiera podría designar. La "locura parcial" —tema fundamental para la medicina legal— no afecta igualmente todas las facultades, se oculta y se sustrae, salvo para la mirada entrenada del funcionario psiquiátrico, cuya dedicación es sólo comparable a su astucia. Así es como uno de los blancos de la crítica alienista se dirige contra los médicos que descuidan esa necesaria penetración en el diagnóstico de la locura. Mucho más debe aguzarse esa mirada allí donde hay que vérselas con las *neurosis*. "Desde la simple pobreza de espíritu o la extravagancia po

⁵⁰ Loudet, *Médicos argentinos*, *Op. cit.*, p.153-154.

⁵¹ Bentham, J., *El panóptico*, *Op. cit.*; Foucault, M.: "El ojo del poder", *Op. cit.*

co acentuada de un carácter, comúnmente inapreciable para un ojo profano, hasta las más profundas y terribles perturbaciones de la inteligencia humana, todo entra fatalmente incluido en este grupo sin término de las 'neurosis'".⁵²

A través de ellas, lo que se acentúa no es lo que confirma una nosología general, sino lo que la desborda; el caso individual no se reduce a la especificación de una clase y el diagnóstico va modificando su estructura y su función. Por otra parte, en el sistema de causas propuesto domina la ausencia de especificidad, y se incluye un repertorio tan heterogéneo que casi no es posible anticipar un efecto de locura a partir de una causa dada.

Si en el campo de las neurosis y los "estados intermedios" no funciona un sistema de consideración etiológica análogo al que tiende a prevalecer en la neurología, es justamente porque aquello de lo que trata es la conducta social, y en ella se debe abordar lo que viene mezclado, "una confusión de luz y sombras, una mezcla incomprensible de la salud y la enfermedad, una combinación extraña de la razón y la locura."⁵³ En el mismo movimiento que define la locura como objeto recortado, susceptible de ser reducido en términos científico-naturales, se abre la indagación médica a la consideración del desempeño personal en términos decididamente morales. Los valores burgueses se convierten en patrones de la naciente psiquiatría, y si bien los neuróticos son "seres híbridos", en la diversidad de sus conductas es posible orientar la mirada buscando toda oposición a las costumbres establecidas: "en sus vestidos, en sus muebles, en la educación de sus hijos, en sus lecturas y en los incidentes más insignificantes de la vida, muestran algo de extraordinario y anormal."⁵⁴

La moderación y el equilibrio van perfilándose como criterios básicos de salud y normalidad; la "sobreexcitación" es la raíz común de todos los excesos en los que la locura encuentra su expresión más genuina. Y los "intermedios" importan ante todo porque pueden pasar desapercibidos "cuando sus perturbaciones embrionarias permanecen estacionadas o cuando no hay un ojo de cierta exquisita agudeza visual que observe y escudriñe, apreciando el medio sombrío en que se agitan".⁵⁵

⁵² Ramos Mejía, José M., *La neurosis de los hombres célebres*, Op. .cit., p. 102-103.

⁵³ *Id.*, p. 104.

⁵⁴ *Id.*, p. 105.

⁵⁵ *Id.*, p. 110.

Así comienza a definirse una dirección metódica del alienista que si tiene en común con el clínico una intencionalidad de la mirada que busca más allá de la superficie, se caracteriza porque de la vida de su paciente quiere mirarlo e investigarlo todo. El límite del cuerpo estalla y ese ejercicio inquisitorial metódico podrá abrirse a la vida familiar y social, al medio histórico y al campo de los valores; la filantropía encuentra allí su sentido y su función y no debe extrañar que tantos "médicos del espíritu" se hayan extendido hacia la filosofía y la literatura.

En el marco de la institución manicomial, ese ejercicio renovado de la función diagnóstica pone una atención particular en el seguimiento de la *evolución*, con lo que establece una relación especial con el tiempo. En ella convergen la dimensión propia de una etapa de aprendizaje con la investigación de la sintomatología y su correlación con las causas y, finalmente, la superposición de una vigilancia sobre la locura simulada, que sobredetermina el rol psiquiátrico por el lado de la exigencia médicolegal. Así, por ejemplo, Meléndez exhibe el caso de un "cuchillero" que intentó hacerse pasar por loco para escapar a la justicia y terminó derrotado por la combinación de esa vigilancia secreta y la paciencia que supone saber esperar y buscar en el transcurrir el sentido y la coherencia de los síntomas.⁵⁶

La otra cara del alienista mira a la locura fundamentalmente como desorden de la sociedad, y especialmente como un desorden propio de la civilización. Con ello, una versión del discurso alienista se iguala a la vocación higienista para señalar, en los propios riesgos de la acción civilizadora, aquellos efectos que se vuelven obstáculos a las consignas del equilibrio y el orden.

La ciudad produce más locos, consigna Meléndez, justamente porque allí "los medios de existencia y de satisfacción se han ido haciendo cada vez más difíciles de adquirir".⁵⁷ Por contraste, hay pocos locos en el campo. Pero, si la "resignación" propia de la población del campo la hace más insensible a los pesares y conflictos que provocan la locura, también constituye una característica desfavorable para el movimiento del progreso.

El discurso alienista queda atrapado en esa paradoja: proclama la necesidad de la estabilidad a la vez que toma partido por la necesidad

⁵⁶ *RMQ*, XVIII, p. 379 y XIX, p. 80.

⁵⁷ Meléndez y Coni, *Op.cit.*, p. 29.

de un cambio radical en los caracteres de la población argentina, y desde esa bipartición del enfoque, aparecerán en su discurso proposiciones contradictorias.

Cuando se aborda la cuestión de las *causas* de la locura, en un nivel genérico, que ya no es la indagación de un caso sino de una población, la consideración etiológica se degrada notoriamente en la explicitación de una apelación moral que es la expresión de la sociedad deseada. En esa referencia genérica, la locura resulta una figura suficientemente difusa como para admitir cualquier rasgo de los denunciados por el discurso social liberal, y aun un texto que procura recurrir a las estadísticas, como el de Meléndez y Coni, obtiene resultados tan obvios que puede decirse que no hace sino descubrir lo que estaba destinado a encontrar. Un ejemplo es la correlación que tienden a establecer entre *inmigración, alcohol y locura*, a través de un empleo erróneo de las propias estadísticas que se presentan como garantía de la objetividad del análisis. Después de afirmar la incidencia preponderante del alcohol en los cuadros de locura, interpretan los datos sobre entradas policiales por ebriedad del siguiente modo: las dos terceras partes de los detenidos son extranjeros; en Buenos Aires los inmigrantes son aproximadamente la mitad de la población; por lo tanto el alcoholismo es más común entre los extranjeros. Pero con tomar la proporción correspondiente en las edades adultas —que son las que suelen tener problemas con la policía— esa incidencia mayor deja de ser significativa.

La inmigración —después del desengaño sufrido por las ilusiones civilizadoras— es el blanco de calificaciones que la hacen equivaler a una inferioridad sociomoral; y el alcohol se le asocia como un componente natural, en esa zona de degradación y desorden urbano en la que se superponen el desarraigo y la marginación. Y no es casi el alcoholismo delimitado de ciertos cuadros psiquiátricos el que es objeto del discurso alienista en su orientación social, sino ese signo inmediato del desorden que condensa el vicio y la vagancia. No se desconocen las circunstancias sociales del alcoholismo,⁵⁸ pero en la interpretación va a predominar una consideración que lo asimila al vicio y que solo ve el recurso de la represión policial. "Aparte de que quienes se entregan a la bebida son generalmente (casi siempre), las gentes sin educación, o que si la tienen es muy reducida, obra un conjunto de circunstancias muy singulares que no se debe perder de vis

⁵⁸ *Id.* p. 29. También Gache, Samuel, "El estado mental de la sociedad de Buenos Aires", *Anales del Círculo Médico*, IV , p. 635.

ta, por lo que hace a los hombres. Queremos referirnos a la poca vigilancia que existe para los individuos que sin tener ocupación conocida (vagos) pasan sus días en los almacenes o casas de juego. ¿Qué resulta de esto? Que todos ellos paulatinamente van acariciando el detestable vicio, y concluyen por aceptarlo como una necesidad impuesta a su existencia."⁵⁹

En la misma dirección se orienta una pedagogía sociomoral de las costumbres, que se hace transparente en la exhibición de las "causas morales" de la locura, tales como "los pesares domésticos, el amor y los celos, los reveses de fortuna, el miedo, la pérdida de personas queridas, etc".⁶⁰ La condición miserable del inmigrante internado en el hospicio no podía desconocerse; ¿cómo pensar, entonces, la relación entre miseria y locura? Hay un perfil nítido de la patología inmigrante que pone un acento esencial en el papel del *dinero*; el "culto inmoderado del dinero" como condición del extranjero alcanzará difusión y persistencia, desde las ficciones sociológicas de José M. Ramos Mejía, a los estereotipos de la novela naturalista y de esa psicología elemental se derivará un lugar común para retratar la crisis de la sociedad argentina alrededor del 90.

Pero, si el afán de dinero es causa de locura, sin que nada se aporte para explicar la relación, la falla moral está a la vez en la causa y en el efecto, y la locura, igualada a esa brecha introducida en la virtud ciudadana, se explica a sí misma; es a la vez el móvil y el castigo, está en el origen y en el resultado. Por querer más dinero del que corresponde a su condición —la pobreza— el inmigrante encuentra en la alienación su justa sanción y pierde la razón, o sea, todo.

Así surgen algunos clisés perdurables: para la masa nativa, la mala disposición para el trabajo; para los inmigrantes, el excesivo afán de lucro. Finalmente, miseria y locura se superponen y se explican recíproca y directamente, por el recurso a una psicología o a una etnología —igualmente "salvajes"— que reducen la fenomenología social conflictiva a los componentes mentales de las masas.

Pero, ¿cuáles son esas *causas morales* que resultan las predominantes en la descripción genérica de la locura? El repertorio es de tal amplitud que prácticamente cualquier circunstancia acusada en la existencia puede ser considerada como tal. En el límite, todo lo que

⁵⁹ Gache, S., *Id.*, p. 635; lo que va en bastardillas es del autor citado.

⁶⁰ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 26.

trastorna un equilibrio absoluto -que hace pensar en un ideal religioso: la suma de virtudes- puede ser causa de la locura. Eso surge de la siguiente enumeración exhaustiva: "una imaginación desordenada, un estudio muy pertinaz, en general el exceso de trabajo del espíritu o el entorpecimiento del pensamiento solitario; la absorción en las meditaciones religiosas, la melancolía, el espíritu caballeresco o rústico de un siglo; las conmociones políticas y religiosas; la exaltación poética, oratoria, artística; la lectura de novelas, de ciertos libros ascéticos, de libros de brujería, de magia, de adivinación, etc.; una mala educación; la cultura exclusiva de ciertas facultades, particularmente de la memoria o de la imaginación; la atención concentrada sobre un solo objeto; las largas y frecuentes prácticas religiosas plagadas de superstición o fanatismo; el remordimiento; la alegría excesiva, la tristeza profunda, concentrada y prolongada; todas las pasiones vivas no contenidas; los reveses de la fortuna; la ambición alucinada; el amor propio herido; el amor excesivo; los celos; la riqueza; el temor; el terror, el orgullo exaltado, etc.". Finalmente, "los tiempos de guerra, las civilizaciones superiores, el lujo, las profesiones, las riquezas, las especulaciones, el celibato, el casamiento, el concubinato y el libertinaje".⁶¹

Las *causas físicas* no son mucho más precisas e incluyen: "enfermedades particulares de la mujer", "la desnutrición y la miseria", "los golpes, las caídas, las heridas, etc."⁶²

Frente a esta masiva amenaza de una locura polimorfa que reaparece por todos lados, el discurso psiquiátrico y la intervención pedagógico-social del alienista empiezan por condenar todos los excesos, en una prédica moral que en nada cede a la del púlpito: "las afecciones mentales consecutivas a abusos del coito y la masturbación, a un trabajo intelectual excesivo, son casi siempre graves."⁶³

Trabajo, educación, matrimonio y vida familiar; el perfil de la "salud mental" va dibujando el sujeto social fantaseado y el discurso alienista se toca con el imaginario burgués. En el Hospicio de las Mercedes predominan los solteros —inmigrantes en su mayor parte— y de ello se concluye que "los célibes enloquecen más entre nosotros, como por otra parte en todos los países de la tierra, porque están más expuestos a entregarse a excesos y disipaciones".⁶⁴

⁶¹ Gache, S., *La locura en Buenos Aires, cit.*, p. 117-118.

⁶² *Id.*, p. 119.

⁶³ Borda, Tesis de doctorado, *Op. cit.*, p. 36.

⁶⁴ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 28-29.

De acuerdo con el marco teórico evolucionista, la herencia era postulada doctrinariamente como causa principal de la patología mental; y sin embargo, en los textos psiquiátricos clínicos o en las estadísticas, aparece bien relegada respecto de las causas morales. Es que para una concepción de la locura que debe cargar con los valores de un proyecto de nación, hay significaciones sociales que dividen más tajantemente; de allí que no haya nada más obvio para el andamiaje psiquiátrico que la locura de un inmigrante que no armoniza con el debido lugar social y laboral.

Por otra parte, en el discurso de las causas morales aparecen también dibujándose los respectivos papeles del hombre y la mujer; si en los hombres los pesares morales tienen que ver con el dinero y los negocios, en las mujeres dominan los disgustos domésticos y las penas de amor.

Finalmente, la locura dibuja el revés de los objetivos reservados a la educación en el moldeamiento de las costumbres y la moderación de los excesos. "Los sentimientos inmorales debilitan insensiblemente merced a su influencia, y el hombre con la educación se domina a sí mismo, y apaga la chispa que podría producir un incendio cuando sus pasiones están mal encaminadas." "El pueblo educado es trabajador", continúa Samuel Gache⁶⁵ y agrega su voz a las consignas de la regeneración popular: "...la instrucción, la familia y la propiedad constituyen la trinidad social que está llamada a regenerar a las masas."⁶⁶

La educación fue concebida como una herramienta fundamental en la construcción de la sociedad argentina, y no sólo como opuesta al atraso y la ignorancia, sino como condición y garantía de buenos hábitos, equivalentes directos de la cordura. "La locura es menos frecuente allí donde la instrucción está más esparcida. La ignorancia arrastra consigo la miseria, la inmoralidad y el libertinaje. El espíritu que no ha recibido la acción benéfica de la instrucción está expuesto a entregarse con desenfreno a los excesos ya ser agitado por

⁶⁵ Gache, S., *La locura en Buenos Aires, cit.*, p. 120 y 123.

⁶⁶ Meléndez y Coni, p. 35. De cualquier modo, entre el discurso de José M. Ramos Mejía acerca de las masas y esta propuesta de Meléndez y Coni de favorecer la propiedad rural a gauchos e inmigrantes hay una distancia ideológica bien acusada, aunque este análisis del campo de representaciones sobre locura y sociedad no se propone ahondar en esa dirección.

ideas supersticiosas, casas todas que conducen fácilmente al delirio."⁶⁷

El matrimonio y la vida de familia condensan esa imagen del equilibrio que contrasta con la evidencia de una sociedad convulsionada. ¿Por qué en la "clase baja" predominan uniones pasajeras con su secuela de hijos ilegítimos? La cuestión interesa no solo al alienista, también al "filósofo" y al "estadista". La causa principal, alegan Meléndez y Coni, radica en las guerras civiles y la lucha en las fronteras contra el indio. "Ese pobre gaucho, cuyas amargas aventuras y cuya vida de paria se halla tan bien descrita en el *Martín Fierro* de O. José Hernández, siendo el instrumento servil de ambiciones personales, sin hogar ni seguridad, no puede en las inquietudes y zozobras de su espíritu pensar en el matrimonio."⁶⁸

También la mujer argentina debe ser reeducada para el cumplimiento de este ambicioso programa sociomoral: "La educación de la mujer argentina, salvo raras excepciones, es sumamente defectuosa; infúndasele el amor al trabajo, combátase ese desenfreno de que hace gala para el lujo, los bailes, los paseos, los teatros, las lecturas novelescas, etc. y se verá entonces aumentar en las épocas de tranquilidad el número de matrimonios entre argentinos."⁶⁹

La vida matrimonial es exaltada en páginas plenas de una visión paradisíaca: "... el casado, que pasa su existencia en medio de las satisfacciones de un hogar por él formado, en medio de las dulzuras de la familia y del amor, tiene menos predisposición que el otro para la misma enfermedad". En cambio, "¿quién ignora que el soltero pasa sus días muchas veces en excesos que favorecen la producción de la enajenación mental?"⁷⁰ No importa que pocas páginas antes se haya afirmado que la locura es "una enfermedad orgánica" y recalcado la importancia de la anatomía patológica en la determinación diagnóstica; la cara sociomoral domina ampliamente en el discurso genérico. Algo que se acentúa en el texto de Meléndez y Coni, escrito en francés y destinado al Congreso Internacional de Ciencias Médicas de Amsterdam: ante ese público que presentifica los ideales del progreso, la memoria leída es una carta de presentación, a la vez de la realidad argentina y de la capacidad y dedicación con que un alienista y un higienista se alían en la empre

⁶⁷ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 36.

⁶⁸ *Id.*, p. 28-29.

⁶⁹ *Id.*, p. 29.

⁷⁰ Gache, S., *El estado mental de la sociedad de Buenos Aires, cit.*, p. 644.

sa común de reproducir un país europeo. Así, es con un pie en Europa que la conciencia médica afirma y extiende su mirada a todos los rincones de la vida social. En último término, las causas de la locura coinciden con fallas en la educación y los hábitos morales de grandes sectores de la población -nativa e inmigrante- y el discurso psiquiátrico se esfuerza en exhortarlos a integrarse armónicamente a un medio social, que al mismo tiempo, está dominado por el desorden y la inestabilidad. Podría haberse limitado a describir, en el plano de la conducta y los síntomas, lo que en gran medida era efecto de una crisis profunda de transformación de la sociedad argentina. Pero cuando a esa tarea de indagación y observación -a la que debemos testimonios valiosos para reconstruir una etapa fundacional del país- se superpone una función moralizante, que pone en las virtudes "internas" del ciudadano la clave para la resolución de ese desorden social, la función psiquiátrica se degrada.

La religión, si no está apoyada en una adecuada instrucción, coincide en los sectores populares, con el fanatismo, la superstición y la ociosidad. "Existe... un buen número de supersticiosas, y fanáticas que sin recurso alguno de subsistencia están protegidas por familias caritativas que con sus dádivas no hacen otra cosa que favorecer la holgazanería de esas mujeres que pasan todas las horas del día en los templos, para más tarde ir a engrosar la población del asilo".⁷¹

Pero, al mismo tiempo, la instrucción debe ser proporcionada al lugar social que se debe ocupar. Hay un importante sector que pugna por ascender socialmente y busca la universidad y las carreras liberales como medio para ello. "La instrucción muy elevada puede contribuir igualmente a aumentar el número de locos". Las riquezas del país requieren "millares de brazos" mientras se incrementa la matrícula en las carreras liberales.

"Con justa razón el Gobernador de la Provincia en su último mensaje dirigido a las cámaras, aconsejaba la adopción de medidas prontas para restringir la adquisición de las carreras liberales, so pena de convertir al país en una falange de médicos sin clientela y abogados sin pleitos."⁷²

⁷¹ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 31.

⁷² *Id.*, p. 36.

En el interior del hospicio se afina una tecnología de observación y diagnóstico; en la salida hacia la interpretación médicosocial se suman argumentos para la expansión de esa utopía original acerca de la creación de un pueblo virtuoso y trabajador. El desenvolvimiento posterior de esa función psiquiátrica llevará siempre algo de esos dos orígenes.

Del lado de la vigilancia, que encierra al psiquiatra con su loco, se hace patente una brecha con la doctrina de la herencia como causa, que asimilaría al psiquiatra a un rol contemplativo y sólo clasificatorio, mezcla de pesimismo y observación naturalista. La relación moral del tratamiento alienista impone otras referencias y actualiza una sistemática coerción: serás obediente y equilibrado aunque seas loco. Y si cada paciente "recuperado" equivale al triunfo de la razón, a la vez, aun en la relación con el loco-bueno, subyace una desconfianza irreductible: la locura parece acechar desde el fondo de una irracionalidad que en definitiva es ingobernable.

Difícil es la posición de esta mirada —y de este precario poder— tanto más desorientada cuanto más triunfante en apariencia; en rigor, siempre dispuesta a confesar —fuera de los textos y las cátedras— que no sabe nada ni de la locura, ni, mucho menos, de la recuperación. Posición entrenada, finalmente, para la vigilancia, la defensa refleja, la falsa seguridad construida a partir de la distancia insalvable y la diferencia esencial respecto de lo que no puede mezclarse; de allí que en el loco integrado armónicamente a la institución manicomial, lo más sospechoso sea la cordura. Esa dimensión de la función psiquiátrica culmina coagulada en una técnica de control que del saber no requiere más que reglamentos; ahí nace la paradoja de un saber que se requiere ciego para sí mismo, y de una práctica tan capturada por su objeto que, más allá de sus jactancias, establece a la locura en un lugar de privilegio. Más aun, se configura sobre la base de una mirada que reproduce las formas y los extravíos que cree combatir; porque cierta posición psiquiátrica en el incesante y atemorizado conjuro de la locura se asimila a una paranoia casi exitosa. Como tal, se trata de una mirada que no puede volverse sobre su origen y su fuente, porque hacerlo equivale a enfrentar su propia aniquilación.

Por último, como *psiquiatría social*, el discurso sobre la locura y sus causas coincide con ese mandato propiamente político de una indagación sobre la irracionalidad ciudadana; y la locura, sea de los "hombres célebres" o de las multitudes, se configura como una óptica prevalente para interrogar el destino nacional.

3. La locura y la sociedad argentina

De Sarmiento a Ramos Mejía

La figura de la *barbarie* condensa una imagen del medio natural, un modo de concebir la organización del poder y un discurso "psicológico" acerca de las pasiones. En ese sentido, abordar la mixtura sociológica, histórica y psicopatológica debida a la pluma de J.M. Ramos Mejía impone prestar alguna atención al *Facundo* en el que explícitamente se inspira.

Facundo es el personaje que encarna a un pueblo, en él lo individual es inmediatamente colectivo. Si la nación, como sujeto histórico, aparece desgarrada por un conflicto profundo, no es al modo de una lucha de ideas, no es la oposición universal que podía caracterizar a una historia iluminista. El romanticismo aporta a Sarmiento los instrumentos para perseguir a la nacionalidad en el medio, el carácter, las costumbres y las pasiones. Y en ella destaca la presencia de fuerzas impulsivas, irracionales, que sostienen la conformación de los hábitos y la mentalidad de los grupos sociales que chocan en la sociedad argentina. El conflicto no es concebido como la fractura de una unidad ideal, armónica, un alma nacional constituida ya como esencia antes de sus vicisitudes históricas. El conflicto es una condición y el elemento mismo de la nacionalidad: la integración de los opuestos, en todo caso, se dibuja en el horizonte como el fruto de la tarea de ese presente.

Por otra parte, si en el texto de Sarmiento la biografía es a la vez directamente historia social, esa *personalización de los conflictos* (por ejemplo, Rosas-Rivadavia, Quiroga-Paz) anticipa un "estudio de caso" en el que cierta psicología busca revelar los enigmas de la nación. En esa dirección inscribirá J.M. Ramos Mejía su peculiar abordaje de la locura y la historia.

De allí, el énfasis en desentrañar y aguzar la mirada, que preanuncia las condiciones del examen y la descripción psicopatológica que organiza *La neurosis de los hombres célebres*. De cualquier modo, es

preciso reconocer que de Sarmiento a Ramos Mejía el recurso interpretativo y narrativo sufre un evidente empobrecimiento.

En el mismo movimiento en que el personaje histórico adviene a la función de arquetipo, indagarlo aportará cierta clave del destino nacional y por lo mismo ese Facundo fabuloso constituye recíprocamente a Sarmiento como un héroe: es Edipo que vuelve a derrotar a la Esfinge. En esa autorrepresentación, en el ego inmenso que Sarmiento fabrica para sí y que pervive como modelo, hay una raíz ideal —en sentido psicoanalítico— que, hasta nosotros, presiona la reiterada configuración del personaje salvador: médicos, alienistas, gobernantes o educadores han sufrido la captura por parte de esa imagen heroica que hace coincidir su destino con el de la nación misma.

Más aun, si la civilización es obra de la difusión de las ideas europeas y la Revolución de Mayo es la expresión de ese ideario, bregar por el triunfo de la civilización es realizar los objetivos de 1810. De donde ese proyecto utópico de producir un nuevo sujeto histórico -el *hombre americano civilizado*- alcanza la dimensión de una gesta patriótica. En ese molde vendrán a vaciarse discursos y ciertos personajes médicos, y la función médico moral quedará en parte sancionada como la continuación de la política por otros medios.

La oposición entre lo salvaje-rural-americano y lo civilizado-urbano-europeo ordena en una oposición mayor el juego de los conflictos diversos constitutivos del drama argentino; en último término condensa la oposición entre naturaleza y cultura, entre materia y razón. La mención de los "desvaríos", y "convulsiones" inaugura en la consideración de la vida nacional el señalamiento de una zona de perturbación y de fractura; su correlato psíquico-moral son las pasiones, fuerzas oscuras y peligrosas, si escapan al control de la voluntad consciente.

Con todo, no hay un enfoque 'unilateral y tenebroso de las pasiones, en la misma medida en que -para esa concepción romántica de la historia- no hay una visión puramente negativa del conflicto: "Las convulsiones políticas traen también la experiencia y la luz".¹ Afirmación que se integra coherentemente con la idea de que el cambio, el progreso y el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo son leyes fundamentales del devenir de la humanidad.

De cualquier modo, en esa representación -que no es la única- del conflicto como desborde pasional respecto del freno y el orden

¹ *Facundo*, Buenos Aires, CEAL., 1979, p. 13.

de la razón, el marco de referencias es homólogo al que funda, en una teoría de las pasiones -con anclajes tanto en el empirismo inglés como en Descartes y Kant-, una cierta concepción de los mecanismos de la locura: "Las pasiones deben ser consideradas, desde el punto de vista médico como parte de nuestra constitución... producen efectos constantes en nuestro marco corporal y cambian el estado de la salud."²

Pero si la pasión es un desborde respecto del ideal moral racional propio del final de la Ilustración, en el marco de los contenidos del romanticismo y de los valores del liberalismo cobrará simultáneamente el carácter de símbolo del empuje y la energía que motoriza la lucha por transformar la realidad.

El imperativo de un retorno a la naturaleza ya sus fuerzas oscuras coincide con la asimilación de la existencia humana a una empresa de lucha, de impulso y expresión, de movimiento y cambio, opuestos a la inmovilidad y la identidad estática propia de los ideales clásicos. Por esa vía, la exaltación de la existencia apasionada coincide con un giro por el cual, ciertos rostros de la locura, en los impulsos, los ensueños, los deseos, se recuperan como componentes de una identidad que desde entonces acompaña la conciencia moderna. Hay un saber y una verdad en la existencia natural de la pasión y por ese sesgo, el bárbaro Facundo puede compararse al sabio Salomón.

En un momento del análisis, el caudillo como personificación de la barbarie adquiere un carácter arquetípico y en él se pierde lo singular del personaje. El desorden natural y su correlato en el desborde pasional, esa formulación. primigenia de la locura argentina, aparecen bocetados en un plano de abstracción, casi una pura condición genérica. Pero el esfuerzo descriptivo y la aproximación a una encarnadura narrativa conducen a producir el tipo de la locura rural: el *gaucho malo*. Ochenta años después Güiraldes produce su contrafigura virtuosa y —sobre todo— respetuosa de la autoridad y la propiedad. El gaucho malo es una criatura del desierto, pura naturaleza, solo "los vicios" lo ligan a la sociedad humana: es cuasi animal, instinto ciego, tigre. Es la figura rural de la locura y el crimen y anuncia al personaje del delincuente, que la criminología aún no ha tenido ocasión de fabricar.

En la figuración de la sociedad argentina, Sarmiento pone en juego un doble registro de metáforas. Por una parte, términos mé

² Crichton; citado por Sauri, J., *Op. cit.*, p. 127.

dicos y biológicos: convulsión, desgarramiento de las entrañas, cáncer, desvarío. Por otra, la imagen de la nación como un sujeto escindido y conflictuado da lugar a una caracterización de personajes y costumbres, de hábitos y tradiciones; hasta, si se quiere, a una psicología esbozada.

Con todo, el segundo orden de figuras es el que netamente predomina; y lo mismo puede decirse de los elementos que sirven a la ubicación y presentación del personaje central. Si bien no desprecia una vaga referencia a la frenología toda la fuerza del texto está puesta en la vertiente de su carácter, sus actitudes y pasiones.

En Sarmiento hay entonces —para el tema que aquí interesa— un cruce de referencias que importa discriminar para perseguir sus efectos y prolongaciones en los discursos de la locura. Así, inaugura una consideración "psicopatológica" embrionaria de la sociedad argentina, asentada en tipologías y en fuerzas genéricas. Ante todo, el medio físico y geográfico y su expresión en el plano del carácter: la resignación, el despotismo, la ociosidad; en esa descripción, las referencias a caracteres raciales ceden rápidamente su importancia a la preponderancia del medio físico y moral; algo que resalta más aun en el capítulo de las propuestas y soluciones: el orden y la moralización correlativos a la inmigración, el trabajo y la educación podrán cambiar esa sociedad en diez años.

Ningún acento especial, como determinación, final está puesto en aspectos raciales o de la constitución psicofísica de la población nativa: los pueblos "no son, en el fondo, malvados... el hombre que hoy se ceba en sangre, por fanatismo, era ayer un devoto inocente, y será mañana un buen ciudadano, desde que desaparezca la excitación que lo indujo al crimen."³

Cuatro décadas después, en *Conflicto y armonías* —ante el evidente fracaso de esa utopía de moralización nacional— apelará al dogma de la determinación racial; quizá recibió entonces, en devolución, algo de J. M. Ramos Mejía.

En ese sentido, del *Facundo* a los "hombres célebres" y a *Las multitudes argentinas*, esa embrionaria detección histórica de una zona perturbada de la nacionalidad se degrada en una versión que únicamente verá el componente biológico y psicopatológico, sostenido por la teoría de la degeneración.

Igualmente, ciertos apuntes más propiamente sociológicos de Sarmiento han tenido cabida en el discurso moral del alienismo,

³ *Facundo*, Op. cit. p. 252.

con el mismo efecto de empobrecimiento y pérdida de su historicidad. La extensión del desierto socava la posibilidad misma de una vida comunitaria, cuyo núcleo central es la ciudad. De modo que, si la familia rural es bárbara lo es porque le falta integrarse a la vida de la comunidad. Para Sarmiento no es la familia misma el factor esencial de la civilización y, librada a sí misma, deviene familia feudal. La versión alienista —como se vio— esquematiza así el problema: como en los manicomios hay más solteros que casados debe concluirse que el matrimonio es un preservativo de la locura.

En la imagen idealizada de la ciudad se condensan los caracteres de esa "vida civilizada" que es una denominación genérica de la cordura, el orden y el bienestar. Si se insiste sobre ello es porque en esa utopía originaria de interpretación de la realidad nacional, se instaura una figura de *ciudadano modelo*, que el discurso médico-moral va a tomar bien en serio, para fijarlo y esquematizarlo de un modo perdurable.

De cualquier modo, vale la insistencia, esa "vida civilizada" en Sarmiento no es propuesta como una cualidad estática sino que se asocia al proceso histórico, a la vigencia de las leyes, la instrucción y el trabajo, todo lo cual se proyecta en el futuro como consecuencia inevitable del devenir.

Es cierto que ese fantástico enfrentamiento global que titula al texto de Sarmiento conlleva también sus dosis de fijeza: la civilización "vaciará" la forma europea en América. En ese sentido, la utopía civilizadora no deja de tener su sostén metafísico en la oposición moral de *espíritu y materia*, y sirve para fundar un dualismo que llegará a exasperarse en ciertas zonas del discurso sociomoral, por ejemplo acerca del carácter demoníaco del dinero y el lucro, asociados a la "locura" del inmigrante.

En un plano paralelo a esa consideración más genérica, a esa propuesta de una síntesis que pretende iluminar el presente y el futuro de la nación, se sitúa la atención al personaje representativo. Su grandeza es la intensidad de sus pasiones, pintadas con intensos claroscuros de luces y sombras. Si Facundo es un hombre que es casi pura naturaleza; en la fuerza de sus impulsos reside a la vez su genialidad y su locura. Los "arrebatos" de Rosas también son los de Napoleón o Lord Byron.

Esa fuerza de naturaleza irracional, entonces, está lejos de asemejarse a un salvajismo compacto y sin matices, a un puro primitivis

mo que debe ser borrado y sustituido. Si lo bárbaro coincide con el orden de la pasión, con la falta de control e instrucción, es a la vez materia dinámica, fuerza que sólo espera que el orden y la norma civilizadora vengan a establecer una ley.

Por eso es que las perspectivas son -para el Sarmiento de *Facundo*- de marcado optimismo: en pocos años la civilización hará su tarea. Esto mismo sostiene la egolatría del proyecto: todo está en manos de los "civilizadores", y a partir de la valorización privilegiada de la función intelectual y política y de la responsabilidad mesiánica -que recayó en gran medida sobre las utopías médicas y pedagógicas- se constituye un gigantesco *mandato* que construye recíprocamente la grandeza del *ego* y de la nación.

En ese sentido, Sarmiento no solo plasmó ciertos ejes perdurables en la cultura nacional, sino que su propia autoconfiguración intelectual y política, troqueló junto con un país fantástico, un personaje que lo sostiene y cuya existencia es más que nada moral. Si es cierto que todo es autobiográfico en Sarmiento, lo más notorio es que la biografía de la nación coincide con la crónica de una gestación fantaseada. Sobre la vida y muerte del Facundo se superpone ese proyectado alumbramiento en el que el país deseado se personifica, ante todo y primeramente en la propia estatua que Sarmiento construye para sí y luego en esa figura entrañable del "argentino civilizado". "Te diré que si me dejan le haré a la historia un hijo."⁴

Y si Sarmiento ha devenido, en cierto sentido, efectivamente nuestro "protopadre", no es menos cierto que ese mandato salvador y generador ha prendido de modos diversos en su descendencia.

Un imperativo a la vez político y moral exige elaborar las pasiones bárbaras para dar a luz la inteligencia civilizada; pero no puede dejar de verse que en el tratamiento recomendado subsisten ciertas ambigüedades.

Por un lado, parecería que lo contrario del reino de la pasión es la vigencia de una *autoridad* fuerte y central: la geografía impone el centralismo del poder y Rivadavia no habría hecho sino seguir esa natural determinación. Más aun, Sarmiento no oculta su admiración por el modo en que Rosas disciplinaba a sus gauchos y perseguía los desórdenes contra la propiedad rural. La figura de una "paternidad" autoritaria inspira, en esa zona del discurso, el programa de producción del nuevo sujeto sociomoral. Con ello funda una metáfora des

⁴ Carta a su amigo Posse. Zanetti, Susana y Pontieri, Margarita. *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL., 1980, I, p. 381.

graciada, destinada a prosperar: "Los pueblos, en su infancia, son unos niños que nada preven, que nada conocen, y es preciso que los hombres de alta previsión y de alta comprensión les sirvan de padre."⁵ Es cierto que en su versión posterior —por ejemplo en Ramos Mejía bajo el influjo de Le Bon— esa salvedad planteada en función de un estadio evolutivo transitorio de los pueblos va a desaparecer para dejar lugar a una determinación inmutable: el pueblo *es* un niño.

Pero en este punto también resalta la movilidad dialéctica de un discurso que define y sitúa los problemas en un campo de oposiciones. Porque en otra zona del texto, en el enfrentamiento con esa modalidad dictatorial de ejercicio del poder, que sólo sabe imponer la sujeción y la obediencia —personificada en la figura de Rosas y el rol de patrón de estancia— las consignas civilizadoras pasan más bien a coincidir con una propuesta de liberalización de la vida social: respeto de los derechos individuales, libertad de opinión, etc. (p.250-251).

No se trata aquí de usar una historia de la locura en la Argentina como excusa para un balance de ese proyecto fundador; tampoco se desconoce la distancia que medió entre el pensamiento y la acción.

De cualquier modo, el mandato civilizador, con su grandilocuente sustrato proyectivo está explícitamente en los considerandos de la empresa técnica de moralización del higienismo social y el alienismo. Pero con una consecuente dogmatización en las referencias teóricas y una inflexible afirmación, casi como *único* mecanismo de civilización, de la necesidad de constituir y preservar esa sujeción a una autoridad fuerte y centralizada, cuyo paradigma es el superpsiquiatra que fabricó Pinel. Que esa autoridad, en nuestro país, haya concebido su lugar y su función de acuerdo con los valores propios del absolutismo es algo que no constituyó un tema del discurso de la medicina mental.

La locura y la historia

La neurosis de los hombres célebres de José María Ramos Mejía es el primer texto psiquiátrico argentino. La primera parte fue publicada

⁵ *Facundo, Op. cit.*, p. 130.

en 1878, con prólogo de Vicente F. López y favorable acogida de Sarmiento.⁶ "Ningún argentino fue llevado por manos más ilustres a la pila bautismal de la gloria", dice Ingenieros.⁷

En el objetivo de explicar ciertos caracteres históricos —particularmente Rosas— a partir de los recursos de la psicopatología hay algo más que una puesta al día "científica" de la disciplina histórica. En más de un sentido algunos de sus postulados, reafirmados y a la vez ajustados en su obra posterior, quedan inscriptos como modelo y referencia obligada de los estudios posteriores sobre la sociedad argentina.

Puede decirse, ante todo, que el biologicismo y el evolucionismo encuentran aquí una primera afirmación dogmática. Si la historia social y política está sujeta a las mismas leyes naturales de evolución que los organismos biológicos, en ese mito unitario —o sea de la unidad de la vida extendida hasta sus manifestaciones sociales— se fundan a la vez las ilusiones depositadas en la capacidad de las ciencias naturales para dirigir la acción política.⁸

En ese sentido, la constancia de Ramos Mejía, en su proyecto de indagar las masas argentinas —hasta su obra más lograda, *Rosas y su tiempo*, en la que trabajó casi treinta años— es ilustrativa de las preocupaciones y las ilusiones de esa mítica "generación del 80", que lo tuvo como una de sus figuras descollantes. Ante todo, su problema es el de la gobernabilidad de las masas, y las disciplinas médicas son concebidas como una garantía de la hegemonía y la continuidad del poder oligárquico. *Los simuladores de talento*, en un momento en que domina una actitud más defensiva y pesimista frente al aluvión inmigratorio, viene a fijar la fábula "nacionalista" de la elite del "talento" opuesta al materialismo y al afán de lucro de los extranjeros.

Ese fantasma del alumbramiento de una nueva sociedad, que fue

⁶ Quien, sin embargo, desliza una crítica que desnuda una debilidad de la obra: "No seguiremos al autor ni en la exposición de las doctrinas que tantas autoridades apoyan, ni en la aplicación que a todas las cosas y aspectos de nuestras pasiones políticas impone. Es de espíritus jóvenes esta aptitud para conformar los hechos a un sistema". En Ponce, Aníbal, *La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, El Ateneo, 1939, p. 28.

⁷ "La personalidad intelectual...", *Op. cit.*, p. 19.

⁸ J.M. Ramos Mejía fue Diputado nacional (1888-1892), director de la Asistencia Pública en 1883, Presidente del Departamento Nacional de Higiene en 1893 y Presidente del Consejo Nacional de Educación en 1908.

señalado en Sarmiento, aparece ahora bajo la luz de la ciencia positiva. Vicente F. López en el prólogo, defiende enfáticamente las posiciones ideológicas del materialismo recurriendo a la etimología: materia viene de *mater* y las doctrinas materialistas son entonces, maternales". Algo ha de nacer de ellas, fecundadas por la acción de esa elite que se autoproclama como ejecutora de una función "paterna" desviada: instaurar su ley. No es casual, entonces, que el mismo López equipare la aplicación de la medicina a la historia, a la disciplina *médico-legal*; allí se intersectan esa primera y global consideración de la sociedad argentina como un cuerpo enfermo, con la preocupación por el tema jurídico del sujeto —colectivo— por su responsabilidad y la capacidad de gobernar sus actos conforme a esa ley.

¿Por qué este primer texto psicopatológico liga tan estrechamente su verdad al estudio de los "hombres célebres"?

Por una parte, domina una idea de la historia como determinada principalmente por la acción de los personajes excepcionales, una reformulación del mito del héroe aunada al reconocimiento —por su faz negativa— de la preeminencia del papel de las elites: "La explicación de ciertos acontecimientos históricos debe buscarse, en muchas ocasiones, dentro del cráneo de algún rey hipocondríaco, o de algún mandatario enardecido por las vibraciones enfermizas de su encéfalo."⁹

Pero a la vez, cierta corriente propiamente psiquiátrica tiende a emparentar la locura y el genio. En una primera versión, más romántica, el sustrato común residía en los impulsos y la fuerza inconsciente de las pasiones, que si bien eran condición para el hombre capaz de grandes empresas, también podían, cuando fallaba el freno reflexivo y la dirección volitiva, conducir al extravío mental y al desorden de la imaginación.

El positivismo tiende a anudar ese parentesco en una consideración "económica" acerca de la sobreexcitación cerebral. Si la locura corresponde a un estado de irritación y excitación del encéfalo, el hombre de genio, en la empresa de exigir a fondo sus funciones nerviosas se ve siempre amenazado por el derrumbe y la exaltación delirante. En esa misma asimilación de locura y sobreexcitación se funda la reiterada afirmación de que la civilización y el progreso, a causa de la mayor complejidad y aceleración de la vida social, producen un aumento de la patología mental.

⁹ Ramos Mejía, J.M., *La neurosis...*, cit. p. 125.

Pero al mismo tiempo esa atención brindada al "hombre superior" converge con una zona de la utopía médica: la del "tratamiento" asociado a los resortes del poder. Los superiores ("hombres colmados de dones"¹⁰), bien estudiados, investigados en sus "manías", sus extravagancias, desbordes y zonas oscuras, deben revelar los secretos de un ejercicio del poder eficaz y científicamente fundado. La galería, más o menos tenebrosa, de las neurosis "célebres" con su cortejo de chifladuras y extravíos dibuja, por contraste, la figura plena del gobernante ideal.

Y allí adquiere relevancia la reiterada confianza depositada en el *ojo del alienista* que debe saber hurgar en los claroscuros de esos "estados intermedios" que son propiamente las neurosis. Anatomista de la vida íntima, define su labor como una "histología de la historia",¹¹ un método agresivo que no retrocede ni vacila en su tarea de hacer visible y cognoscible el "hombre privado".

Es, entonces, significativa esa superposición de la mirada escrutadora del alienista y ese ojo del poder dominado por un ideal de visibilidad de la conducta. Más aun, esa incursión fundadora que liga sólidamente la psicopatología con los "hombres superiores", recibe una decidida sacralización de su mirada, tajantemente diferenciada de la del profano.

El "ojo", que funda cierto mito menor de la experiencia clínica, coincide aquí con ese ideal de una mirada sobre el pasado que desentraña las causas de esa "locura", personificada en Rosas; y en esa dirección el análisis político y el diagnóstico alienista se compenetran en una estrategia común.

Cumplida esta iniciación, casi ritual, del discurso público de la psicopatología por los "hombres superiores", esa personalización de la locura podrá ceder paso a una consideración de las masas, del delincuente o el inmigrante. Si lo "superior" se pierde en el tránsito, permanece esa imagen del estado intermedio entre la cordura y la locura, esa amenaza potencial del desborde y la rebeldía que para el imaginario oligárquico preanuncia la ruptura del orden social y político, y la irrupción de ese fantasma del pasado: la barbarie.

El "hombre superior" es el eslabón intermedio, también, entre la elite y la masa, entre la cordura de la condición de clase acomodada y la locura oscura y amenazadora del gregarismo popular. Rosas lo encarna mucho más que Facundo: ese bárbaro rubio y de ojos cla

¹⁰ *Id.*, p. 128.

¹¹ *Id.*, p. 131.

ros provoca una perplejidad que es un modo de la fascinación.

De cualquier modo, lo que se perfila es la constitución de la *personalidad* como objeto de indagación y de intervención, una consideración de la conducta personal que abandona viejas categorías genéricas de la virtud y el bien para afincar su imperativo moral en un ideal de transparencia del sujeto; no otra cosa revela esa insistencia en el ojo mítico del alienista. Su videncia no solo debe atravesar los velos del cuerpo y la ambigüedad de la conducta observada; también debe vencer la temporalidad y fabricar una "verdad" para el sujeto que anticipe el futuro: eso es el diagnóstico y el pronóstico enfocados sobre lo recóndito del "caso".

El caso, anónimo en cuanto a su portador social, es sin embargo heredero del "hombre superior" en cuanto recibe una idéntica voluntad de hacer "pública" su faz "privada". La figura constituida de la personalidad del loco y del delincuente vendrá a rellenar ese lugar virtual de interminable transparencia, y pronto ya no se hablará más del parentesco de la locura y el genio.

De cualquier modo, la atención a la personalidad individual no se separa, en J. M. Ramos Mejía, de una consideración de las formaciones colectivas en la historia argentina. En *Las multitudes argentinas*, ante todo, señala el contraste entre la salud física y moral de la generación de la revolución y la independencia y el deterioro sufrido por las que le siguieron. La matriz del análisis combina las ideas darwinistas de la lucha por la vida y la selección natural con la instauración de un mito de los orígenes. Ese origen se ubica en la conquista de América concebida como una lucha de razas, no solo entre indígenas y españoles, sino entre los propios conquistadores y con la naturaleza. De ese enfrentamiento, resultan vencedores los "superiores", los más fuertes y mejor adaptados. En *La locura en la historia*, de 1895, va a cambiar su visión de la "raza española" y por sobre la fuerza - expresión tautológica de su condición guerrera y conquistadora- hará predominar la degeneración moral concomitante a la acción del Santo Oficio: la opresión del pensamiento por la emoción del terror y el fanatismo religioso habrían aniquilado la inteligencia española y confundido su pensamiento, resultando de ello una inferioridad propiamente degenerativa.

"La 'selección natural' habría venido a formar, después, esa raza física y moralmente privilegiada, con una preparación maravillosa para acometer la empresa de nuestra independencia."¹²

¹² *Id.*, p. 136.

A ese grupo excepcional por sus supuestas cualidades psicofísicas Ramos Mejía opone el deterioro del presente, en el que Buenos Aires lucha por mejorar sus condiciones sociales, higiénicas y morales.

Pero más que nada, interesa destacar un recurso genérico a las "causas" de la locura que va a ligar estrechamente la "cordura" al orden público y la estabilidad social, por un lado, y a la moderación de las excitaciones que acompañan la vida urbana civilizada. Es cierto que con eso repite a los alienistas franceses, pero en todo caso inaugura un viraje radical de las esperanzas de progreso que habían sido depositadas en las consecuencias de la civilización y la participación ciudadana.

Una consideración biológica sostiene la idea que hace de la herencia un mecanismo de los organismos colectivos: caracteres físicos y psicológicos que se fijan no sólo en la familia sino en el pueblo, "puesto que es un organismo análogo al organismo humano".¹³

La acentuación del papel de la herencia: o de las conmociones sociales y políticas - que se corresponde con el modelo positivista de la relación complementaria herencia-medio-, es también inaugural de un doble sistema de referencias para explicar los desarreglos de la sociedad argentina. El pesimismo -por ejemplo en el Sarmiento de *Conflicto y armonías*, en Carlos O. Bunge- siempre recurre a la acción dominante de la *raza* como condición biológica insuperable de la inferioridad nacional.

Por ello es destacable el acento puesto por Ramos Mejía en un modo que busca fundar el "carácter nacional" en los resultados futuros de la herencia.

Si hay una primera idea romántica de lo nacional, en Echeverría y Sarmiento, que acentúa el paisaje, las fuerzas naturales y las costumbres con su energía hecha de pasión y tradiciones; si habrá, bastante después, una raíz económica y política del nacionalismo, cuyo eje será la lucha antimperialista, puede decirse que en Ramos Mejía se plasma una vertiente "biológica": los rasgos étnicos definen el perfil de la Nación. Es cierto, como se verá, que la noción de *raza* a la que se alude es lo suficientemente *sui generis* como para ser extraña a cualquier definición antropológica. Pero en todo caso, opera como un ideal, y en él cierta tradición descriptiva y analítica de las costumbres y del carácter colectivo -que sobrevive, pese al planteo general, en páginas de *Los simuladores de talento* y *Rosas y su tiempo*-

¹³ *Id.*, p. 140.

tiende a reducirse drásticamente según el esquema fantástico de una "paleontología social".¹⁴

La figura de la unidad domina esa imagen de la nacionalidad, y es concebida según el modo de la organización y la coordinación propias de los fenómenos vitales.

"La personalidad nacional está en vías de formación cuando, como en el individuo, todo ese conjunto de sensaciones orgánicas, que parten de todos los puntos del cuerpo, han ido adquiriendo suficiente fuerza para llegar al *sensorium* y dar, por el sentimiento del conjunto, una noción de la unidad que se viene dibujando, o sea el sentimiento de una *nación* como en el individuo el de un cuerpo, el de una persona."¹⁵

No son contenidos culturales —costumbres, valores— los determinantes de una posición nacional, sino un proceso asimilable a pura fisiología. Mucho menos puede haber referencias a ese estereotipo de la *identidad* que va a reemplazar la reducción biologicista por otra arrancada de la psicología de la conciencia y la moral.

En todo caso, si algo la anticipa es la idea de que "los pueblos, como los individuos, deben experimentar esa sensación que les da la noción más o menos clara de su ser biológico". Así es como, en esa enorme fábula transformista que es *Las multitudes argentinas*, el proceso político de la independencia es, ante todo, "una exaltación de la acción vital fisiológica."¹⁶

Las multitudes argentinas, cuando aún no habían sido invadidas por el fenómeno inmigratorio, son para ese autor el resultado de la evolución y transformación de las masas de la colonia, de la emancipación y de la etapa federal. De la "rusticidad" de Facundo, a la "delincuencia" de Artigas, pasando por un "primer grado de urbanización" en Ramírez, se llega a Rosas que encarna una cierta perfección del transformismo mental y condensa la multitud de la ciudad y la barbarie rural. He aquí una vuelta de tuerca sobre esa condición mixturada de la locura, el "intermedio", es aquí "sirena simbólica: mitad gente, mitad animal."¹⁷

Un rasgo de la raza que los argentinos han recibido es la exaltación de la imaginación, uno de los rostros acechantes de la locura, que proviene tanto de las creencias y leyendas sobrenaturales de la

¹⁴ *Las multitudes argentinas* (1899), Buenos Aires, Tor, 1956, p. 196.

¹⁵ *Id.*, p. 43. Las bastardillas son de Ramos Mejía.

¹⁶ *Id.*, p.42.

¹⁷ *Id.*, p. 182.

conquista de América, como de ese impacto cautivante de la inmensidad inaprehensible de la pampa, a la que ya Sarmiento había hecho referencia. Lo fantástico y lo quimérico constituyen componentes negativos de ese "carácter nacional", que, como la neurosis, como Rosas, como las multitudes autóctonas, está aquejado de una decidida condición de hibridez entre la unidad y organización vitales, que son atributos de la salud de la raza, y la exaltación extraviada que corresponde a la locura.

Por otro lado, combinada a esa imagen incoercible de la herencia racial se señala la acción de los traumas políticos y los efectos negativos de los refinamientos de la civilización. Ante todo, las conmociones políticas son agentes de la locura¹⁸ y obligan a plantear un alerta respecto de los efectos de una excesiva movilización y participación popular en los acontecimientos políticos: *Morbus democraticus*.¹⁹

La democracia puede ser una enfermedad si escapa al control de una autoridad central y, sobre todo, unificada, cuya representación geográfica es la ciudad de Buenos Aires.

La imagen de una sociedad enferma bajo la "tiranía" de Rosas y otros caudillos se desplaza y se continúa en enfermedades corporales cuya causa es el terror: el histerismo, las infecciones cardíacas o la enteritis. ¿La etiología? Quiroga, Artigas, Manuel Oribe y Aldao.²⁰ "El terror es la palanca más poderosa para despertar todos estos trastornos, que pueden ser no sólo dinámicos, sino también orgánicos, nutritivos del cerebro y de los demás órganos del cuerpo humano".

Entre el cuerpo colectivo y el organismo individual no hay separación sino plena continuidad; en ese organicismo extremado se fundará una óptica médico-política que focaliza la conducta como directa expresión de la salud o enfermedad de la Nación.

Locura y civilización

Los tiempos modernos habrían traído un aumento de las enfermedades mentales: el incremento de la actividad de las facultades intelect-

¹⁸ Ramos Mejía, J.M., *La neurosis... cit.*, p. 143.

¹⁹ *Id.*, p. 151.

²⁰ *Id.*, p. 152-154.

tuales y de los goces físicos y morales, las nuevas inclinaciones y pasiones que confunden la razón, la educación liberal que desarrolla ambiciones que solo un pequeño número puede satisfacer, y, finalmente, la agitación industrial y política que provoca "cruelas decepciones"; todo en la "modernidad" empuja hacia la locura.

Si bien el interés de José M. Ramos Mejía está en la indagación del pasado argentino y, por lo tanto, sus referencias centralmente se orientan a una suerte de historia natural de la sociedad anterior, no deja de alertar, a partir de sus maestros europeos, contra los riesgos de la civilización. Con ello preanuncia el viraje que, hacia fines del siglo, descubrirá que la gran ciudad es el espacio propio de nuevas formas de la locura.

Los alienistas franceses, desde Pinel, atribuyeron a las revoluciones y guerras la capacidad de incrementar el número de locos. Las conmociones de la Revolución francesa, las luchas civiles del 48, la Comuna y la guerra franco-prusiana, suministraron abundante material para fundar esa creencia.

Por un lado, la noción de "epidemia psíquica",²¹ definida como "artificial" en comparación con las verdaderas epidemias, hace posible una consideración conjunta con las cuestiones de la higiene y la medicina social.

Por otra parte, desde el nacimiento mismo de los manicomios y de la disciplina alienista se plantea la cuestión del aumento del número global de insanos: la locura es el precio de la civilización. Ciertos efectos de desorden moral y social que la revolución industrial produce en el ámbito urbano de las naciones avanzadas, generan la reacción de una nostalgia por la naturaleza y las relaciones humanas propias de la sociedad preindustrial. Todo ello opera como un marco de discursos que se plantean indagar las condiciones propias de la moderna vida occidental, y que no solo involucran a la psiquiatría. Ciertos textos sociológicos, como por ejemplo el que Le Bon dedica a las multitudes, revelan una idéntica preocupación, en su caso más directamente política.

Por otra parte, la influencia de Le Bon en *Las multitudes argentinas* es notoria y explícita. Este texto marca un decidido desplazamiento de la atención del alienista sociólogo hacia la conducta de las organizaciones colectivas y muestra su preocupación por el pano

²¹ Rosen, George: *Locura y sociedad*, Madrid, Alianza, 1974, p. 211.

rama contemporáneo, en el que la presencia del fenómeno inmigratorio impone diversos efectos en el espacio social.

Buenos Aires, es ya señalado como el "futuro crisol donde se funde el bronce, tal vez con demasiada precipitación, de la gran estatua del porvenir: la raza nueva".²² Pero es a la vez la capital "fenicia" y "heterogénea", cerebro, por su posición central pero aquejada de una falta de unidad con el resto del cuerpo de la Nación. ¿Cómo concebir la conformación de esa nueva raza? La oposición del *Facundo* entre una Argentina que es casi pura naturaleza y una Europa, personificada en el inmigrante, que iba a ser vehículo inmediato de cultura, cede su lugar a una fantasmagoría evolucionista en la que la propia empresa inmigratoria se naturaliza y el "crisol futuro" proyecta hacia la posteridad esa figura idealizada de armonización racial y moral. Finalmente, -el transformismo aporta el modelot- tal proceso histórico será definido como homogéneo con el "admirable procedimiento adoptado por la naturaleza para ir lentamente desarrollando los tipos orgánicos".²³

El inmigrante ya no es el portador de la civilización, sino el "pez primitivo", el "embrión" en esta proyección de una filogenia de la sociedad argentina. "Cualquier *craneota* inmediato es más inteligente que el inmigrante recién desembarcado en nuestra playa. Es algo amorfo, yo diría *celular*, en el sentido de su completo alejamiento de todo lo que es mediano progreso en la organización mental."²⁴

A la vez, a esa imagen del inmigrante "larval" se superpone una visión que reconoce en esa naturaleza una suerte de moralidad inmediata, valores que lo oponen simétricamente al bárbaro bestial y lo asemejan al arquetipo del "buen salvaje". Manso, alegre, discreto y tolerante, es la materia en su radical plasticidad, como una representación extrema de esas virtudes que la conciencia burguesa ha sancionado y perseguido en los sectores populares: "Me asombra la dócil plasticidad de ese italiano inmigrante. Llega amorfo y protoplasmático a estas playas y acepta con profética mansedumbre todas las formas que le imprime la necesidad y la legítima ambición".²⁵

Más aun, puesto en evidencia el origen rural que predomina entre los inmigrantes, Ramos Mejía elige verlos como el buen bárbaro que debimos tener en nuestras pampas; algo así como la contrafigura be-

²² Ramos Mejía, J.M., *Las multitudes... Op. cit.*, p. 186.

²³ *Id.*, p. 187.

²⁴ *Id.*, p. 188. Las bastardillas son del autor citado.

²⁵ *Id.*, p. 190.

néfica del "gaucho malo": "... de ciertos trabajos hasta al gaucho han desalojado. Cuando salís un poco afuera, un tipo extraño de burlesco centauro os hiere la vista: sobre un peludo y mal atusado corcel, mosqueador y de trabado golpe, se zarandeo una figura nerviosa que agita sus piernas al compás desarticulante de la jaca maltrecha por el cansancio. Al pasar por la pulpería le silban y vilipendian; su figura antiestética despierta la hilaridad, pero él sigue su destino... manso siempre, alegre, pero discreto, tolerante y docilísimo a las circunstancias ambientes va conquistando el suelo y asimilando, sin repugnancia, lo que le brinda la tierra y las razas que lo circundan".²⁶

El inmigrante es... un *niño*, "su espíritu solo ha comenzado a vivir", como la masa política, como la mujer, como el obrero, en la representación mítica que realimenta el imaginario oligárquico. y su hijo, "el inmigrante transformado", que recibe las influencias del medio, la forja del trabajo duro y la educación, es la imagen misma del niño fabuloso que preanuncia al argentino del futuro. De cualquier modo, mientras ese *niño* que anuncia el futuro adquiere tales caracteres morales, sobre el inmigrante adulto, bien presente, recae la más sonora descalificación; y la relación con el *dinero* funda a la vez un estereotipo de la locura del inmigrante y el rechazo que en el imaginario de la elite es condición de su "aristocratismo".

Pero un peligro acecha y empaña esa ensoñación: la ambición desmedida, la simulación y la rebeldía a ocupar ese lugar prefijado. En otras palabras, la presión social de los descendientes de esa corriente inmigratoria por ocupar un lugar menos "larval" y "protoplasmático".

No seguiremos más allá en las descripciones de los tipos indeseables que esa transformación producía, desde el "guarango" al "burgués aureus", pero, en todo caso, lo citado es bien elocuente del entrelazamiento de nociones y perspectivas que sostienen cierta visualización de una zona de "locura", germinal y mal definida, que acompaña no sólo la reconstrucción del pasado sino cierta representación dominante acerca del fenómeno inmigratorio y su impacto civilizador.

Frente a la imagen de la locura como *pasión*, impulso primario que confunde la razón, agravada por la condición de sobreexcitación

²⁶ *Id.*, p. 191.

colectiva que es propia de la civilización se erige el recurso de la *educación*, de cuya acción se esperan resultados tan totales que sirve a un ocultamiento del repertorio de causas que son responsables de los trastornos colectivos. "Instruir al pueblo es un deber ineludible de los guardianes de la cosa pública. Instruirse es el deber más imperioso del pueblo para impedir que se elabore su desgracia. Es de este modo como se prospera, como se guarda la moral, evitando al mismo tiempo todo aquello que puede ser motivo de enfermedad, engendrada, ora por la ociosidad, ora por las malas costumbres."²⁷

La educación, para el alienista, es antes que nada dirección de la conducta y apaciguamiento de todo exceso. Su eje es la disciplina antes que la transmisión de conocimiento; o en todo caso, la faz cognoscitiva y formativa se pone al servicio de un ideal de domesticación. "El hombre por la educación morigeró sus costumbres, las suavizó y hace que se amolden, por así decir, a la sociedad en que vive". Es la "educación del deber", y la omisión de toda referencia a los derechos es bien significativa.

En ese sentido, un texto de Samuel Gache revela como ninguno los valores dominantes, casi espontáneamente y sin mayor elaboración, aun amasados con nociones más propias de una concepción religiosa: la educación consiste, en última instancia, en conducir por "la senda de la virtud". A ella se oponen "instintos y deseos", que son presentados bajo la calificación de lo "inmoral".²⁸

Ese recurso un tanto envejecido a la espiritualidad y la virtud cristiana, que es explícito en Gache, fundamenta el anatema lanzado sobre el *dinero* y las ambiciones materiales, que son la representación misma que condensa, para el *ego* oligárquico la mentalidad del inmigrante. "El temor de perder los bienes adquiridos, -de que desaparezca ese oropel que cubre vanidosamente las acciones determinadas por una voluntad movida a la avaricia-, ha vuelto locos a más de cuatro, que olvidaron ciertos preceptos para poner toda su existencia al servicio de negocios usureros."²⁹

La *familia* debería constituirse en la reserva moral de una educación que preserve las tradiciones frente a los nuevos hábitos: "En nuestro país, están muy arraigados los hábitos europeos, y sobre todo los franceses. y sin hacer un reproche a los caballerescos hijos de la nación francesa, es necesario confesar que con el lujo y las manu-

²⁷ Gache, S., *La locura en Buenos Aires, cit.*, p. 7.

²⁸ *Id.*, p. 120-121.

²⁹ *Id.*, p. 121.

facturas de sus grandes industrias nos llega algo que, impulsado por el viento del océano, penetra en casas donde ese lujo y esas manufacturas se convierten en instrumentos de males que carcomen la base sobre la que reposa el edificio social."³⁰

Es cierto que Ramos Mejía enuncia un discurso que se presenta como más "científico", y aparece como más coherente a partir de su fundamento positivista y biologista. Por otra parte, en él, sujeto a las influencias sumadas de Le Bon y Vicente F. López, la intención política es mucho más manifiesta. Gache, en cambio, mezcla nociones espiritualistas y enunciados deterministas en un eclecticismo sin relieves; y sin embargo, más- allá de esas diferencias, la acentuación del papel re generador del *trabajo* no solo enlaza ese discurso al del autor de *Las multitudes argentinas* a Meléndez, a los higienistas, a pedagogos y políticos, sino que revela su parentesco con esa matriz del "tratamiento moral" pineliano que es la expresión misma del ideal burgués. "El pueblo educado es trabajador, y por consiguiente le está reservada la victoria que Víctor Duruy presentía para aquél 'cuyas clases obreras sean más arregladas, más inteligentes y educadas' de las que concurren a la lucha en que viven las naciones industriales."³¹

El trabajo asalariado, la sujeción y la rutina que lo sostiene cuando es solo deber y simulación -en sentido biológico- a una institución más o menos totalitaria, condensa ese objetivo que reaparece bajo mil caras y otras tantas formulaciones, como el estado en que la fuerza de la pasión se disciplina y se uniforma en la producción material. Su modelo es la *máquina*: el médico-filósofo La Mettrie ha soñado para la burguesía la expresión universal de su ideal humanista.

Una verdadera mitología del trabajo asalariado se funda en esta proyección de su acción a una dimensión moral universal, que lo enlaza a la vez a los registros de la pasión y del orden, de la energía y la obediencia, de la creación y la virtud ciudadana. En el trabajo todas las contradicciones se resuelven y la fórmula misma del "amor al trabajo" promete una felicidad estable, perenne, disciplinada, sin desbordes eróticos ni tempestades afectivas. Por una parte, esto opera mediante una "naturalización" del trabajo, función vital, signo de salud biológica, y atributo que caracteriza una buena evolución de la sociedad.

³⁰ *Id.*, p. 122.

³¹ *Id.*, p. 123.

Pero ese desborde naturalista, supone cortar y, más aun, denunciar como inmoral, a la relación trabajo-dinero. Frente a la pureza natural del manso trabajador se erige ese "instinto de lucro" que es, para Ramos Mejía, la esencia misma de la simulación y no está del todo desencaminado cuando insiste en esa potencialidad del dinero de aniquilar todo valor particular, solo que por una grandiosa inversión, va a atribuir a una supuesta psicología del inmigrante esa condición de "falseamiento" y alienación que es en realidad un atributo del dinero. La presencia del dinero, por otra parte, inunda el paisaje urbano, particularmente en esa zona de la "mala vida" y la delincuencia que motiva una significativa atención y reocupación hacia fines de siglo. Por el momento cabe destacar que la ambición y el lucro, el protagonismo del dinero, es uno de los componentes más reiterados de esa amenaza de artificialidad y desorden que se asocia a la acción de la civilización, y que está señalado a la vez como causa y como consecuencia de las modernas formas de la locura. En contraste, ciertas esencias, a la vez naturales y espirituales, serán redescubiertas en las tradiciones del campo.

Pero ese fantasma del alumbramiento de una "nueva raza" como proyección imaginaria de la Nación, tiene también sus sueños de angustia: Cambaceres parece sintetizar, con un final de pesadilla, la denuncia de los malos hábitos urbanos y la esperanza, brutalmente frustrada, de un engendramiento que recupere los valores del campo. *Sin rumbo* es, entonces, una vía regia para el acceso a los fantasmas deformados de una generación, contrastados con el resto diurno del fracaso de su política social.

Por una parte, el "hastío" del protagonista es la modalidad de la locura urbana propia de una identidad burguesa, que encuentra en ello un modo de reconocimiento; sin embargo la reproducción de ese desorden tan europeo, puede desplazarse hacia formas de ociosidad que deben ser ejemplarmente denunciadas.

Andrés-Andrea personifican a la vez la inicial perturbación, el fantasma de nacimiento partogénético, atendiendo a la ausencia de presencia femenina; más aun, prácticamente renacimiento expresado en la identidad del nombre, con la "sola" variante del sexo y la brusca caída aterrizante en lo real de la muerte. La inferioridad insanable de su sexo (mujer = fatalidad) predestinaba a Andrea a ese final y prevalece sobre ese sueño mesiánico tan endeble. Todavía más: los temores premonitorios del protagonista denuncian su oscuro deseo de muerte por ese híbrido que no es ni criollo ni europeo y combina lo peor de esa doble determinación, que es más de lugares

sociales que de progenitores, porque el híbrido es Andrés mismo que deambula entre el campo y la ciudad sin encontrar su lugar.

Esa bastarda agonizante es la imagen que concentra la pura angustia, la vivencia misma de lo siniestro de esa "nueva raza postulada como un alumbramiento que reniega de la diferencia sexual: ese proyectado engendramiento esconde, distorsionado y recóndito, un fantasma perverso.

La locura y las masas

¿De dónde salió el pueblo de la República? Talla cuestión que recorre *Las multitudes argentinas*. La figura suprema de la *evolución* aporta un marco en el que distintos momentos de la sociedad argentina pueden encadenarse, de modo homólogo al de la filogenia. Contemporáneo de Florentino Ameghino no puede dejar de advertirse la analogía del proyecto: "una historia de los encadenamientos políticos y sociales, como existe ya de los encadenamientos animales".³² Es decir, una historia natural, de la sociedad colonial a la moderna, que restablezca la continuidad de esa fractura en la historia pasada, en la que las masas, sobre todo rurales, se levantaron contra los dirigentes porteños. Allí asoma una manifestación de locura colectiva ya con- jurarla destina Ramos Mejía el arsenal de las doctrinas biológicas y psicopatológicas positivistas.

Una fantasmagoría se impone en la visión del país como un cuerpo cuya cabeza está en Buenos Aires. "La conocida comparación de la capital con el cerebro es vulgar por lo mismo que es tan exacta."³³ De cualquier modo, a la representación biológica evolutiva, que piensa la historia popular como equivalente a la secuencia transformista que va del reptil al pájaro, se superpone un diagnóstico médico que ausculta a "esas fuerzas ciegas que discurren en las entrañas de la sociedad" como "agentes tóxicos", que sin embargo a veces pueden ser beneficiosos: "El virus que destruye y mata es susceptible de cu

³² *Las multitudes... cit.*, p. 17.

³³ *Id.*, p.187.

rar".³⁴ Tal es el carácter de las multitudes argentinas para esta mirada médico-política que comienza por situarlas en la zona de la enfermedad.

El texto citado está construido sobre el sostén de un juego oscilante de analogías; la metáfora biológica del cuerpo de la República reenvía a esa imagen del virus o, indistintamente, a la del protozooario elemental ya la noble animalidad mansa de ese inmigrante fantaseado; no hay valores ni componentes propiamente culturales en juego. ¿Cómo comprender entonces la afinidad y el vínculo que se establece entre los integrantes de una masa? La analogía es ahora química: los integrantes de una masa son moléculas que se combinan para formar la multitud.

La asimilación de la formación colectiva a una degradación del pensamiento y la conducta, debe atribuirse a Le Bon.³⁵ Para él, multitud e individuo se oponen como la acción inconsciente y la consciente. El "alma colectiva" que se constituye cuando existe una masa psicológica, implica un descenso en el nivel de civilización y racionalidad y la asemeja a "formas inferiores de evolución, tales como la mujer, el salvaje y el niño".³⁶ La médula espinal domina a la multitud mientras que el cerebro domina al individuo y así, la obra de Le Bon juega permanentemente con esa oposición irreductible entre el individuo y la masa, cuya función ideológica es explícita. Queda claro, por otra parte, que la muchedumbre de la que habla es la masa política, la de 1848 y la Comuna: "Hoy las reivindicaciones de las multitudes se presentan cada vez con mayor franqueza, pretendiendo destruir por completo la sociedad actual para llevarla al comunismo primitivo".³⁷ Por esa vía, la oposición individuo-muchedumbre se desplaza fácilmente al conflicto entre democracia popular u oligocracia; al "poder de las muchedumbres" se trata de oponer la "aristocracia intelectual", verdadera sede de la civilización, destinada para siempre a la función de gobierno.

En ese sentido, las ideas de Le Bon, con sus efectos sobre Ramos Mejía, configuran una visión cristalizada del papel de las elites polí-

³⁴ *Id.*, p. 56.

³⁵ *Psicoanálisis de las masas y análisis del yo* es la más completa refutación de la tesis psicológica de Le Bon. Freud, S.: *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, t. I.

³⁶ Le Bon, Gustavo: *Psicología de las multitudes*. Buenos Aires, Albatros, 1958, p. 40.

³⁷ *Id.*, p. 18.

ticas concomitante con ese torrente de descalificaciones arrojadas sobre las clases populares, y pasan a formar parte de los valores oligárquicos, destinados a una larguísima vida.

Más aun, puede decirse que Ramos Mejía extrema el aristocratismo implícito en su maestro: para aquél, no cualquiera puede formar parte de una multitud, se necesita una estructura mental específica. "El verdadero hombre de la multitud ha sido, entre nosotros, el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e ineducado".³⁸ Por ese sesgo que acentúa la distancia entre la masa y la elite, el recurso doctrinario a la evolución se resiente, porque si el miembro de la elite no salió de esa multitud a la que se define a la vez como la materia del cuerpo social, y como la zona colectiva de la locura, ¿de qué filogenia proviene?

A esa imagen omnicomprendiva de un transformismo incesante de la multitud "celular" y "larval", que asimila la formación del pueblo y de la nacionalidad a una gestación, se superpone otra que lisa y llanamente opone la masa a la elite como la locura y la razón. "Constituyen los principales núcleos de la *multitud*: los sensitivos, los neuróticos, los individuos cuyos nervios sólo necesitan que la sensación les roce apenas la superficie, para vibrar en un prolongado gemido de dolor o en la vigorosa impulsividad, que es la característica de todas las muchedumbres."³⁹ Esa *constitución psíquica* es la condición previa del integrante de una masa, y con ello José M. Ramos Mejía se separa de Le Bon, para quien la regresión mental a la barbarie era un efecto propio de cualquier multitud, dada la conformación de un "alma colectiva". De cualquier modo, en esa caracterización de la "locura" de las masas se ponen en juego las mismas nociones que en el discurso alienista: sobreexcitación, pasión desbordada, alucinación e ilusión, rebeldía y rechazo de la autoridad.

Las multitudes "son impresionables y veleidosas como las mujeres apasionadas, puro *inconsciente*; ...sensual, arrebatada y llena de lujuria para el placer de los sentidos. No raciocina, siente".⁴⁰ La condición femenina, y por tanto inferior, de la masa tiene su antecedente en Le Bon.

³⁸ *Las multitudes... cit.*, p. 13.

³⁹ *Id.*, p. 12. Bastardillas del autor citado.

⁴⁰ *Id.*

Pero el autor argentino va más allá en su fantasía: la masa no es sólo mujer sino prostituta que se entrega ciegamente a su señor, en este caso Rosas. "Aquella prostituta había encontrado por fin el bello *souteneur* que iba a robarle el fruto de su trabajo, sangrar sus carnes entre las protestas de extraño amor y las exigencias de sus adhesiones incondicionales... Cuando algún piadoso vecino corra a librarla de su hermoso victimario, ella; soberbiamente airada y en los impulsos de una violenta irritación, se levantará brutalmente activa, y por qué no decirlo, tal vez heroica, reclamando el derecho y el placer de dejarse azotar el rostro por la mano pesada de su dueño implacable" Como para confirmar la vigencia de la fantasía cristalizada, la misma imagen de entrega sexual servirá para el análisis de Aristóbulo del Valle y su relación con las multitudes de Buenos Aires.⁴¹

Si puede hablarse de un *fantasma oligárquico* -en el sentido psicoanalítico-, escenificación de deseo que insiste y reaparece más o menos deformada en el discurso y en la acción política autoritarios, Ramos Mejía lo expresa en esa representación de la masa que se posterna y se humilla ante un amo fabuloso. En ese fantasma originario la representación del poder encuentra la oportunidad de un sobreinvertimiento sádico de su real condición dominante.

Por otra parte, algo llama la atención en el repetido discurso sobre Rosas, que lo hace encarnar la personalización acusada de un poder despótico, que no se sujeta a ley alguna. Más allá de su intención conscientemente denigratoria, el efecto es más bien de una desmesurada exaltación; en una proyección que hace del otro un espejo en el que se anticipa la conformación de un ideal de poder que fascinó tempranamente al *ego oligárquico*.

Volvamos a la referencia que nos guía en ese viaje que no quiere evitar desvíos ni baches. Porque puede pensarse que esta exploración de cierto espacio de representaciones políticas que no se limitan a su aspecto manifiesto y declarado ni a la formación circunstancial de la convicción y el consenso sino que fundan ciertos mitos referenciales que gobiernan la conformación de la Nación- corre por otros carriles que la exploración de los discursos e instituciones de la locura.

Y sin embargo, como en parte se vio, el impacto de ese haz de fantasmas que son a la vez ideales y mandatos, ejerce notoria influen-

⁴¹ *Id.*, p. 176 y 211.

cia en higienistas y alienistas, y no sólo porque J.M. Ramos Mejía fue psiquiatra y escribió el primer texto psicopatológico.

Por una parte, puede destacarse en alguna zona del naciente discurso alienista -que no es homogéneo- una ambición de rescate de esas masas, predominantemente rurales, en las que su pertenencia a "la clase baja de la sociedad" se hace corresponder a una cierta condición perturbada. Allí -como se vio- el orden y el equilibrio aparecen asociados fundamentalmente al matrimonio y la vida familiar, que trata de fomentarse en el marco de las consignas civilizadoras.

De cualquier modo, el texto citado de Meléndez y Coni corresponde a un momento de transición entre la localización predominantemente rural de la patología mental a nivel colectivo y una nueva estructuración del discurso y las fantasías que hacen de la locura una figura definitivamente urbana. En todo caso, en ese pasaje hay una transformación -que no es un corte- que preanuncia un acotamiento más específico; coincide, finalmente, con el comienzo de una especialización alienista que va a hacer de la locura un tema y un objeto de intervención, que ya no está arrojado sin mayor discriminación, entre las cuestiones de la higiene y la civilización, entre la interpretación de la sociedad y el gobierno de las masas.

En Meléndez puede ubicarse la figura clave de esa transformación, ya que al mismo tiempo que se hace cargo de la utopía pedagógica y social, inicia una tarea de acotamiento de una locura objetivada en los marcos de las prácticas médicas. El caso de José Vivado y la polémica que suscita aparece, como se verá, como una circunstancia privilegiada para ingresar en el análisis de ese momento de viraje.

"La densidad de la población ejerce una acción importante sobre la producción de la locura. La gran mayoría de la población de nuestros dos asilos proviene de la ciudad, donde los medios de existencia y de satisfacción se han ido haciendo cada vez más difíciles de adquirir. Nuestra campaña produce pocos locos; allí las gentes llevan esa vida primitiva, tranquila, teniendo exigencias muy modestas."⁴²

La extensión, de la campaña y la ausencia de vida comunitaria eran para Sarmiento un fundamento de la barbarie. Ahora es la aglomeración y la agitación urbana -nítidamente asociada al caudal inmigratorio- la causa más destacada de la locura en el nivel de una consideración colectiva.

Más aun, ciertos rasgos del "carácter argentino" que se asociaban a esa inferioridad denunciada como atributo de la raza, ahora resul-

⁴² Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p, 29.

tan favorables frente a la amenaza de esa locura urbana. La resignación y la indiferencia son atributos destacados del argentino "de clase social inferior", particularmente proveniente del medio rural. "Sufrido para la desgracia y los pesares, se le ve casi impasible soportar la pérdida de seres queridos, la falta de trabajo, la pérdida de su escaso caudal y en una palabra, todas estas causas que en él producen poco o ningún efecto, son suficientes para perturbar la razón del extranjero cuyo carácter y educación la hacen más sensible y más impresionable a los contratiempos de la vida."⁴³

Se inicia así una separación de la locura urbana y la rural que sin embargo no es nítida ni tajante.

Es posible distinguir un discurso estratificado que matiza y ajusta diversas significaciones de la locura, que a menudo se anuncian superpuestas. Por una parte esa apelación global a la moderación y el orden identifica a la locura con cierta condición desequilibrada de las "clases inferiores" sin mayores distinciones de origen racial ni de cuadros psiquiátricos. En ese nivel, la función moral del alienista y el médico social no se distingue de la del político, el ideólogo o el educador: esa consigna ya citada que hace de la instrucción, la familia y la propiedad las herramientas sociales capaces de regenerar a las masas y prevenir los casos de locura, puede tener cabida en un discurso político, en un texto higienista o en una interpretación "sociológica" de la realidad argentina.

La caracterización que engloba en una sola amenaza a nacionales y extranjeros, hermanados en la común condición de desposeídos, va a quedar más firmemente anudada cuando predomine la consideración policial y criminológica. "Dos elementos distintos etnológicamente componen entre nosotros la población criminal; los indígenas y los extranjeros. Predomina entre los primeros el habitante de nuestra campaña, el gaucho con sus inclinaciones a la vagancia, acostumbrado a trazar su camino apunta de cuchillo. Ignorante, no conoce la ley sino por la opresión de que es objeto y la religión por el escapulario sujeto al cuello. ¿Qué sentimiento superior puede ser guía de sus acciones? ... El extranjero desde luego viene impregnado con los vicios de la civilización europea, alentado por el afán de lucro, que llevado al exceso produce la exaltación de las pasiones egoístas y el crimen."⁴⁴

⁴³ *Id.*

⁴⁴ Korn, Alejandro: *Locura y crimen*, Tesis de doctorado, 1883; p. 28.

Esa escisión social primaria del mundo de la locura que acentúa una descripción cargada de peligros en la zona de la miseria y la población de baja condición social, encuentra su expresión en la definición de las *causas*. Si la civilización trae aparejado un incremento de la patología mental, se destaca que ese efecto no es homogéneo, ya que en los pueblos civilizados el aumento se debe sobre todo a la mayor acción de las causas "morales" (reveses de fortuna, disgustos familiares, excesos sexuales, desbordes intelectuales, religiosos, laborales). Los pueblos más primitivos, en cambio, aun cuando producirían menor número de locos, tendrían un predominio de causas físicas (traumatismos, déficits alimentarios, accidentes del parto y el nacimiento). Una distinción semejante puede establecerse a partir de que el discurso sobre la locura empieza a realizar sus primeras delimitaciones. Por ejemplo, los autores europeos⁴⁵ afirman que mientras las causas morales afectan en especial a "las clases instruidas", las "clases ignorantes" sufren más frecuentemente los factores físicos. Algo que, más allá de cierta evidencia empírica, liga esa "locura" de las clases poseedoras a un movimiento de formación y reconocimiento de cierta "conciencia burguesa" que también encuentra en el terreno de las pasiones un resorte de su identidad.

En otro nivel, la imagen global de perturbación asociada desde el comienzo a esa amenaza delictiva y rebelde de las masas empieza a insertarse en un juego de oposiciones tejidas alrededor de las figuras contrapuestas del campo y la gran ciudad. Esa primera representación de la barbarie como desborde pasional y resistencia a la ley y la autoridad dibujaba una zona de irracionalidad que llamaba a la locura y el crimen. Es cierto que la civilización, del lado de las ciudades que representaban a Europa y la inmigración como instrumento al servicio de ella, no se oponía simplemente como la quietud al ímpetu, sino que suponía también la acción de una fuerza incontenible, representada por esa idea del *progreso*, movimiento de los tiempos que se presentaba con las características irreductibles de una segunda naturaleza.

Pero en el seno mismo de las representaciones que pugnan por imponer su sello a esa empresa coexisten diferentes versiones, en gran medida fantásticas e implícitas, que recogen sus materiales de los restos de las tradiciones morales de Occidente.

⁴⁵ Gache, S., *La locura en Buenos Aires*, cit., p. 129.

Por otra parte, un texto como el de Ramos Mejía muestra bien cómo son los obstáculos históricos, las rebeldías y las luchas, mucho más que la directa aplicación de un modelo moral, los que impulsan el discurso y las instituciones de esa cruzada del orden y la razón burguesa.

Más todavía, una consideración móvil de distintas nociones y valores que entran variablemente en los discursos, permite ver que a los distintos rostros de la locura corresponden diversos prototipos del hombre normal, en los que antiguas nociones religiosas, ideales de la ilustración, imágenes del romanticismo y nociones del positivismo biologicista se entremezclan y si bien el movimiento impulsa una purificación de las referencias en el sentido del predominio de la concepción positivista, no puede decirse que la significación de la locura pierda cierta acentuada polivocidad que depende de esa relación con una función estratégica bien definida: bajo su sombra se procesan las transformaciones de la razón occidental desde hace ya tres siglos.

El ideal del Iluminismo es el *hombre ilustrado*, libre, igual a los otros y autosuficiente, que se rige por la Razón y regula a través de ella sus relaciones con el mundo y los demás. Es el hombre emancipado, en el que convergen un conjunto de ideales y normas que dan por resultado una moral de convivencia, dictado por y para un determinado grupo social, que se proyecta lo universal como tipo humano.⁴⁶ De cualquier forma, distingue de él a la mayoría ineducada para quien son inevitables los recursos de las creencias irreflexivas cuyo prototipo es la religión. Posteriormente el naturalismo positivista, por ejemplo el citado Le Bon, aporta su visión del individuo y la masa sobre un terreno en que, cierto resabio de las concepciones aristocráticas del absolutismo va a encontrar una cabida –modificada– en la versión que reemplaza las prerrogativas de la sangre por las de la razón.

Pero al mismo tiempo, no puede dejar de reconocerse el papel de cierto ideal romántico, al que ya se hizo referencia, y para el cual el mito del "buen salvaje" -ideal de salud para las masas– se acompaña de un proyecto de reforma de las costumbres que acentuará como origen de los males humanos al alejamiento de las leyes de la naturaleza. En esa primera utopía de transformación de la barbarie, ésta es fundamentalmente una pasión que debe ser encauzada, y el ideal es el de un *equilibrio* entre pasión y razón; si bien no deja de marcarse la distancia insalvable entre el tipo moral que corresponde al tra

⁴⁶ Sauri, J., *Op.cit.*, p. 36-41.

bajador, en el que la razón es ante todo preparación técnica en su oficio y hábitos moderados de participación social, y la del hombre superior, cuyo "talento" sintetiza su derecho a dirigir, como clase, la sociedad.

Podría decirse que desde el comienzo de la caracterización moral de la población se establece un doble movimiento de oposiciones que ponen en juego modelos y valores diferentes: frente al sujeto caracterizado por su desborde y exaltación -cuyo prototipo es el "gaucho malo"-, los ideales clásicos de la razón como control e interdicción moral. Pero, a la vez, frente a esa imagen de ociosidad, indiferencia y resignación que son atributos de la población rural, las consignas del progreso apelan más bien al modelo romántico del hombre emprendedor que lucha y transforma la naturaleza.

El predominio de la cosmovisión positivista, vía Spencer sobre todo, va a coincidir con el tipo ideal que se ha caracterizado como el *ciudadano respetable*,⁴⁷ que aspira sobre todo a la estabilidad, el bienestar, la seguridad. El orden y el progreso se ligan indisolublemente a las ilusiones depositadas en la actividad de la ciencia y la tecnología. Con ello ese ideal del individuo arrojado y emprendedor -que no desaparece y tiene sus zonas de influencia- tiende a reemplazarse más bien por el del ciudadano "adaptado", que subordina crecientemente sus iniciativas a los requerimientos del orden público. En ese proceso, se da el crecimiento real y la desmesura imaginaria del Estado, en su papel ordenador, represivo y vigilante y, a la vez, garante de la existencia social y de requisitos mínimos de subsistencia.

De cualquier modo, ese ideal de conducta ciudadana diversamente sostenido en discursos e instituciones políticos, científicos, universitarios, profesionales, parece haber tenido en este período una bien escasa influencia en los sectores populares.

En ese sentido, los encendidos reproches de José M. Ramos Mejía a "guarangos" y "burgueses *aureus*" hace pensar en una filípica descargada sobre la criatura demasiado parecida a sus progenitores. Porque si esa descarnada caracterización de sectores sociales en ascenso, hacia el Centenario -a la que casi nadie parece haber tomado en serio- encierra un fondo de verdad, junto al tono de escepticismo desesperanzado de un conspicuo integrante de la "generación del 80", lo menos que puede decirse es que el "alma bella" denuncia el desorden del mundo sin ver en él la contribución decisiva de esa minoría que,

⁴⁷ *Id.*, p.42.

identificada con la nación y exaltando una fantasía de autoengendramiento, instauró un perdurable déficit de simbolización pluralista.

En la visión de esa fantástica multitud que se transforma y pasa de ser "protozooario" a una "faz fetal",⁴⁸ la imagen que domina es la del alumbramiento. En todo caso un alumbramiento que no debe nada a tradiciones, valores culturales o ideales sino que es un mero resultado de encadenamientos mecánicos, la ciega determinación de los factores biológicos. En esa dimensión que reúne la dogmática evolucionista con la visión inferiorizante del *ego* oligárquico, la multitud es del orden de la naturaleza: "practica sus obras casi como las fuerzas de la naturaleza".⁴⁹

"La multitud realiza hoy la independencia de América y mañana creará la tiranía de Rosas o la anarquía de 1820, como el torrente de agua mueve aquí metódicamente la rueda muda del molino, para amasar el pan de cada día, y más allá para devastar la comarca llevándose por delante los hogares y ahogando a cuantos carecen de fuerza para luchar contra él."⁵⁰

Esa fuerza bruta pierde todo su encanto romántico en cuanto una exigencia de orden se antepone a la valoración del empuje, cualidad que persiste, no obstante, en un estatuto moral ambivalente. Frente a esa consigna del orden a ultranza lo que domina en la imagen de la multitud es su rebeldía, su rechazo de la autoridad y su potencialidad insurreccional. Es cierto que en páginas anteriores se había enfatizado la condición de sometimiento de esa prostituta que encontraba su gozo en la humillación ante ese amo que es el paradigma del poder deseado por la oligarquía: Rosas. En todo caso, la lógica de esas afirmaciones, que no encajan muy bien, es la misma que domina en la historia del caldero que Freud hizo célebre.

Hasta aquí, puede señalarse que mientras la imagen de la multitud está focalizada según el modelo del ideal evolucionista, lo que domina es el fantasma del nacimiento de un nuevo sujeto colectivo, definido por una fácil asimilación a ese organismo mayor que es la imagen determinante de la nación.

Pero confrontada inevitablemente con la realidad de la lucha y los conflictos, se superpone la figura más bien zoológica de la animalidad salvaje, la multitud es entonces "fiera"⁵¹ y el fantasma de

⁴⁸ Ramos Mejía, J.M., *Las multitudes...*, p. 30.

⁴⁹ *Id.*, p. 46.

⁵⁰ *Id.*, p. 79.

⁵¹ *Id.*, p. 68.

un alumbramiento garantizado por las leyes de la biología se modifica en la proclamación de una empresa de domesticación.

La homología con el discurso de la locura es completa; las masas y los locos merecen una común consideración y un paradigma de tratamiento, oscilante entre ese ideal organicista de la asimilación en condición subalterna (el "buen loco", colaborador y obediente equivale a la masa mansa y laboriosa) y la paranoia psiquiátrica vigilante y predispuesta al pasaje al acto represivo. Si la masa es fuerza, lo principal es saberla -y poderla- encarrilar y dirigir, impedir que escape al "control de los centros superiores".⁵²

Recapitulando, ese proyecto de transformación de la multitud natural en una masa política gobernable -tal acepción de pueblo en Ramos Mejía- es tematizado en una serie de figuras del pasaje que corresponden indistintamente a una maduración, una evolución biológica, una educación reflexiva o un sometimiento inapelable a la autoridad. Es el protozoo o el hombre-carbono que se desarrolla o se integra en unidades mayores por un determinismo ciego; es la fiera que se vuelve doméstica; es el niño que se hace adulto; es la pasión ciega que dirigida, deviene acción moralmente encauzada. Pero una metáfora mayor domina todo ese juego de transformaciones: la muchedumbre que se convierte en ejército.⁵³

Frente a la "democracia turbulenta",⁵⁴ el orden y la disciplina del ejército deviene el paradigma de la autoridad y el gobierno de la sociedad. La condición misma de esa deseada transformación es que los actos de obediencia se vuelvan automáticos.

Es cierto que un recorrido superficial permite visualizar cierta convergencia en la promoción de la obediencia en discursos y dispositivos médicos, pedagógicos o laborales, pero en todo caso lo que resalta en este texto fundador del análisis de la sociedad argentina, es la extrema lógica con que una concepción autoritaria del poder desemboca en la exaltación de la institución militar como modelo de orden y jerarquización de las funciones de gobierno, frente al desorden inherente a la participación popular.

Hablando de los ejércitos poco disciplinados de la Independencia, Ramos Mejía se indigna: "¡En plena multitud! 'Los extraviados jefes

⁵² *Id.*, p. 92.

⁵³ En 1901, casi contemporáneamente al texto de Ramos Mejía, se estableció el servicio militar obligatorio.

⁵⁴ *Las multitudes...*, p. 111.

y oficiales *pretendían no dejarse dominar por ningún tirano*; las ideas de libertad habían cundido en los ejércitos y se aplicaban al régimen militar!"⁵⁵

El ejército se degrada en multitud cuando los "actos de obediencia, que son sistemáticos e inconscientes casi, se hacen conscientes, y para mejor expresar mi pensamiento, diré que se hacen cerebrales ... Pasa con los actos de obediencia, según colijo, lo que con la marcha y otras manifestaciones reflejas, que son inconscientes y puramente medulares al estado de salud, pero cuando empieza a intervenir el cerebro, cuando para verificarlos hay que pedir el auxilio de arriba, es porque la enfermedad ya ha comenzado su obra de alteración".⁵⁶

Si el tratamiento moral pineliano podía apelar indistintamente a la persuasión sugestiva o la represión violenta, con la condición de mantener inalterada la preeminencia del centro de autoridad, este discurso sobre las masas, que se autodefine como "biología política" definirá con análogos caracteres cierto modelo de gobierno. Y en él, la dominación totalitaria está presente como alternativa que lejos de ser contraria al liberalismo económico es el reaseguro de su plena expansión.

Frente a ese ideal aristocrático del progreso en el que el alumbramiento mismo de la nación condena a la masa a un gregarismo sin representación ni participación, como la figura misma de un desorden y una patología que debe ser reencauzada; frente a esa imagen megalómana de una elite gobernante que se legitima y se garantiza a la vez en los postulados de la ciencia positivista y en las leyes de la historia, ¿qué importan las operaciones -en sentido quirúrgico- que tal parto exija, cuando ese ilusorio objetivo final justifica cualquier violencia?

No casualmente, ese texto sobre las multitudes culmina confrontando a dos líderes políticos. Del Valle, "que amaba a las multitudes y creía en su eficiencia"⁵⁷, es un Rosas crédulo y civilizado, que confiaba en las masas como instrumento de gobierno. ..Demasiado sincero para ser precavido, ignoraba que al día siguiente de su caída, el fanatismo pueril y antojadizo de su devota acalorada, se trocaría en silencio y tal vez en indiferencia; y que... comenzaría pronto

⁵⁵ *Id.*; la cita incluida por Ramos Mejía -a quien pertenecen las bastardillas- es de Bartolomé Mitre.

⁵⁶ *Id.*, 156. Bastardillas del autor citado.

⁵⁷ *Id.*, p. 214.

a borrarse de la memoria amorfa de esa beata veleidosa, que besa con mordiscones y adora con las impuras efervescencias del cielo. "⁵⁸

Frente a él, Pellegrini, "incrédulo de los prodigios de las turbas como elemento de gobierno", las excluye y les deja su papel en la vida política. ¿Cuál es? Sufrir la "lenta evolución" que, entre otras cosas, ha "transformado al mono en hombre".⁵⁹ Si el universo entero se ha transformado por la ley inexorable de la evolución física y biológica, ¿cómo no ser optimistas, frente a la evidencia de que las leyes supremas de la naturaleza sostienen esa buscada regeneración de las masas?

Biología fantástica, tecnología alienista, objetivos políticos y, sustancialmente la utopía fabulosa de engendrar un nuevo sujeto colectivo. Todo ello, matizado con la imagen vulgarizada del gobernante, que como el médico actúa en la dirección de la salud y equilibrio del organismo social, y que en la acción sobre las masas, enfrenta cierta locura difusa y de difícil control.

¿Cuál fue el resultado de esa empresa? Aun a riesgo de apresurar un momento de concluir que podría dilatarse y matizarse con una consideración más cuidadosa de expresiones análogas, pero a la vez diversas, en el terreno de la educación y el trabajo, puede decirse que los efectos re alimentaron y consolidaron al *ego* oligárquico mucho más que al precario nivel de autorrepresentación de una masa heterogénea, que distaba mucho de encontrar a mano imágenes e ideales susceptibles de devolverle un rostro unificado y familiar.

Algo persiste, sin embargo, de esa imagen en que la locura como pasión puede ser atributo del hombre superior, y el "loco" Sarmiento recibe ese apelativo como un reconocimiento de su genio, algo que para nada lo emparenta con el pobre loco miserable del hospicio.

Pero, cada vez más por el influjo conjunto de las tesis de la degeneración, del desmesurado avance de la preocupación médico-legal y criminológica y de los desórdenes de la conducta que caracterizan la marginalidad en Buenos Aires, el rostro amenazante de la locura coincidirá, sobre todo, con la zona del déficit intelectual, el primitivismo, la agresión y el descontrol, en suma la *criminalidad*. Esa figura

⁵⁸ *Id.*, p. 211. Bastardillas de Ramos Mejía.

⁵⁹ *Id.*, p. 211 y 215.

de la locura como exaltación, impulso, incluso desvarío excitado de la razón, cederá frente a la del primitivismo, que repite la amenaza del campo sobre la ciudad.

Porque si bien el inmigrante es un habitante de la gran ciudad, se acentúa su origen campesino y allí se hace radicar, precisamente, su esencial monstruosidad. Es la zona bárbara e ineducada de la campaña europea la que viene a repetir esa otra invasión del campo sobre la ciudad que es el tema principal de una paranoia que funda una visión de la República. "Durante el 'año veinte', López y Ramírez entran a Buenos Aires con sus escoltas de salvajes cuyo aspecto agreste imponía a las poblaciones, y atan sus caballos en las rejas de la pirámide de Mayo. Ese 'año veinte' puede considerarse, en nuestra historia, como un verdadero acceso de exaltación maníaca general, rabiosa y desordenada,- como el momento supremo en que una crisis agudísima y brutal rompe en todos los cerebros ese equilibrio benéfico que constituye la razón."⁶⁰

El mito de la pirámide *atada*, de esa Plaza de Mayo, que es el espacio mismo de los ideales liberales e ilustrados, convertida en potrero de campaña, condensa la terrible amenaza y muestra hasta qué punto la amenaza de la barbarie es parte constitutiva de una afirmación defensiva y fuertemente persecutoria de cierto rostro de la nacionalidad. En ese sentido, el desplazamiento que se opera del gaucho al inmigrante, solo traslada el espacio en que se despliega esa locura pero no su significación esencial, que liga ciertas condiciones mentales colectivas, más o menos fantásticas, al destino de la Nación y el Estado.

De cualquier modo, la escisión *ciudad/campo* cala hondo en la propia organización de la mirada y la intervención del psiquiatra. Del campo se espera idiotismo, deterioros e insuficiencias, cuadros traumáticos, demencias alcohólicas, locuras simples. Del ciudadano urbano, en cambio, delirios exuberantes, neurosis con altos contenidos simbólicos. Pero cuando el campo, y su secuela mental de deterioro y primitivismo, se aloja como un *cuero extraño* en el seno de la ciudad fabulosa, muchas categorías médicas y morales tienden a trastocarse y confundirse. La teoría de la degeneración, a través de su inclusión de una patología "adquirida" servirá para reordenar el espacio teórico, y fundará la asociación de la locura y el crimen.

Varias décadas después, Roberto Arlt produce un homenaje

⁶⁰ Ramos Mejía, J.M., *La neurosis...*, cit., p. 151.

-quizá postrero- a esa imagen urbana de la locura en la que, invirtiendo el signo, reencuentra las figuras de la transformación moral de la sociedad. De *La neurosis de los hombres célebres* a *Los siete locos* no sólo se dibuja la parábola del apogeo y la caída de esa exaltación oligárquica que se enseñorea con la historia. Más aun, la unidad compacta de la percepción de la locura en ese marco naturalista y moralizante va a quebrarse y nunca volverá a recomponer su armonía.

4. Locura y crimen

El alienista y la ley

En la progresiva correlación conceptual entre locura y delito, la incidencia de la cuestión jurídica -que viene a plantearse al alienista "por fuera" de su relación inmediata con el loco- se superpone a ciertas transformaciones en la propia "experiencia" de la locura.

El dispositivo institucional del alienismo implantó sobre la radical desviación de la alineación -cuya forma mayor es el delirio- la brusca coerción de un sistema de sujeciones y deberes. Pero su signo distintivo era la desconfianza: la locura encierra una productividad y un movimiento "internos", que persisten como una condición esencial y hacen que toda modificación por vía de la obediencia moral deba ser vigilada.

Mas aun, la progresiva acentuación de una percepción sociomoral por sobre la delimitación nosográfica -a la que no es ajena en Francia la atención que los personajes del alienismo prestaron a desórdenes y luchas sociales, caracterizándolas como formas colectivas de locura- conducirá a ciertas formas diagnosticas en las que la alienación coincidirá plenamente con una desviación de la conducta respecto del registro de la ley y las normas.

Pinel consignaba que en la Salpêtrière existían internados que "no ofrecían en ninguna época ninguna lesión del entendimiento y que estaban dominados por una especie de instinto de furor, como si sólo lo hubiesen estado menoscabadas las facultades afectivas".¹

Alrededor de la idea novedosa de una "locura sin delirio", se construyen las formas clínicas de "locura parcial". Una forma de locura se oculta tras una apariencia de normalidad y es, por eso mismo, mucho más peligrosa. Es la locura en acción, sin requisito de mayor

¹ Foucault, M., *Historia de la locura...*, cit., II, p. 282.

precisión acerca de su etiología y desencadenamiento, casi una versión esencial del desorden moral. Tal era la patología mental de Rosas para Ramos Mejía.

Esa concepción naciente que percibe explícitamente a la locura como un pecado contra el orden social, no sólo en su sostén jurídico y político, sino en su existencia cotidiana, tiene un nombre científico: "*locura moral*". "El hombre que experimenta deseos inmorales, y que se deja llevar de sus malas inclinaciones sin que su espíritu le presente un medio para discernir sobre la naturaleza perversa de esos deseos, y rechazarlos oportunamente, se encuentra en un estado de locura moral. Esta locura, que es la de los criminales, no viene de la perversidad; esta presenta solamente el objeto de la locura, los deseos inmorales; lo que la constituye es la ausencia de sentido moral, única facultad que ilumina el espíritu sobre el bien y el mal."²

Ya no se trata principalmente, como en la empresa de Pinel, de estudiar las condiciones y las formas de la alienación en una cercanía observadora, que era a la vez un precepto de la investigación nosológica y del tratamiento moral. Los tiempos postpinelianos son los de la industrialización expansiva y sus conflictos; en ese sentido, el discurso psiquiátrico se hace explícitamente más "sociológico", para acentuar las consecuencias desfavorables de la agitación política y social.

Al mismo tiempo, se fundan ciertas referencias, que perduraran por mucho tiempo, para pensar la relación entre locura y condición social. La burguesía, por ejemplo, enloquece por causas que pueden considerarse inherentes a su propia condición. "Los comerciantes se vuelven locos por sus especulaciones y sus proyectos exagerados; los funcionarios por su dependencia profesional; poetas y actores por una formación unilateral de la imaginación; militares por su esclavitud al placer; palaciegos y hombres adinerados en general, por la ociosidad". En cuanto a las clases populares, se caracterizan por una ausencia de educación que se hace equivalente a una corrupción generalizada: inmoralidad, crímenes, pobreza y locura se aúnan y confunden según el molde clásico de la irracionalidad.³

Esquirol, más que Pinel, condensa en un diagnóstico el rostro de la locura de su tiempo recortada sobre el telón de fondo de la recta conducta ciudadana: la *monomanía*, que en parte repite la *moral insanity* de Arnold y Prichard y la *manie sans délire* de Pinel. Sea bajo

² Gache, S., *El estado mental...*, cit., p. 614-615.

³ Dörner, Klaus, *Ciudadanos y locos*. Madrid, Taurus, 1974, p. 211.

una forma intelectual, afectiva o instintiva, indica una perturbación parcial, que deja intactas las demás facultades. "Para Esquirol la monomanía es la enfermedad de su tiempo, la enfermedad del extremismo, de la simplificación y unilateralización del hombre, la enfermedad del progreso, de la orientación excesiva hacia fuera, de la expansión, del vaciamiento de la naturaleza humana, es 'la enfermedad mental de la civilización'." ⁴

Ese instrumento diagnóstico que asimila cierto tipo de conductas sociales, contrarias a las normas, a una enfermedad no podía dejar de plantear polémicas y transformaciones en el espacio judicial alrededor de un problema que durante todo el siglo XIX va a dominar la relación entre medicina y derecho penal: cómo vincular y a la vez diferenciar al loco del criminal.

La noción de monomanía proporciona las formulas por las que en adelante quedaran fijados los transgresores de las normas; la monomanía es el ámbito de "lo demasiado grande", y por lo tanto escandaloso, "en autoconciencia y autoexaltación (megalomanía), en necesidad de amor (erotomanía), en exigencia de derechos (querulancia), inclinación a la bebida (dipsomanía), al robo (cleptomanía), al incendio (piromanía). También vale para las obsesiones de cualquier tipo, perversiones sexuales, criminales, es decir, para la amplia masa de los anómalos." ⁵

La "locura moral" alude, entonces, a una caracterización global de una zona general de la locura que es ante todo una desviación del obrar. Es "un cierto desorden del espíritu sin delirio, sin alucinaciones, en el que los síntomas consisten sobre todo en la perversión de las facultades mentales llamadas comúnmente facultades activas y morales: los sentimientos, las afecciones, los pensamientos, el carácter, las costumbres y la conducta. La vida afectiva del individuo está profundamente perturbada y esta perturbación o desarreglo se muestra en su manera de sentir de querer y de obrar. Es incapaz de sentido moral verdadero: todos los pensamientos, todos los deseos a que cede sin resistencia son egoístas, su conducta parece gobernada por motivos inmorales en los cuales se complace y cede sin el menor deseo aparente de resistir". Pero, al mismo tiempo, "no hay probablemente ser razonado más sutil, puesto que todas las facultades intelec-

⁴ *Id.*, p. 215.

⁵ *Id.*, p. 217-218.

tuales son aplicadas a la justificación y a la satisfacción de sus deseos egoístas".⁶

Esa asociación de la locura a un estado de inmoralidad sin declinación de las facultades intelectuales incorpora decididamente el discurso y la indicación alienista al registro de la culpabilidad y la penalización. Pero lo hace de un modo que no deja de plantear sus conflictos y paradojas.

El problema central que domina las primeras relaciones de la medicina mental con el dispositivo jurídico es el de la *responsabilidad*. Pero justamente en ese terreno, la condición de "locura moral" -como más adelante la degeneración- no define todavía la ausencia de responsabilidad. En todo caso, se trata alternativamente de un loco o de un delincuente según desde donde se defina su perfil.

Por un lado, una creciente patologización del campo de los impulsos y las pasiones tiende a definirlo como esencialmente loco: "...la razón ha perdido su imperio sobre las pasiones y sobre las acciones, el hombre no puede ni dominar éstas, ni abstenerse de aquéllas; por contrarias que sean las unas y las otras a sus obligaciones y deberes sociales".

Por otra parte, confrontado con el mundo moral, definido por las normas establecidas, el perfil que muestra acusadamente está dominado por la figura de la falta, de la ausencia de arrepentimiento y la obligatoriedad social del castigo: "Imposible hacerle reconocer sus faltas, que niega con persistencia, que excusa o justifica; no tiene el menor deseo sincero de portarse bien; su naturaleza afectiva está profundamente desarreglada y todo lo lleva a sus satisfacciones funestas, que deben conducirlo a una degeneración más completa y concluirán por hacer de él un elemento mórbido que el cuerpo social deberá eliminar, o que será necesario secuestrar y poner fuera de estado de dañar".⁷

Las polémicas, de cualquier modo, serán crecientemente internas al propio ámbito que el alienismo construye en el campo jurídico. Siempre habrá psiquiatras de un bando y de otro en el momento de dictaminar sobre la imputabilidad de un acusado. Lo importante no es la certeza -siempre problemática- que el perito pueda aportar sino la expansión misma del dispositivo psiquiátrico que viene a hacerse cargo de las incertidumbres de los funcionarios judiciales. Al-

⁶ Acevedo, Wenceslao, *La medicina y el derecho penal. Imputabilidad de los alienados*. Tesis, 1886, p. 52.

⁷ *Id.*

gunos casos célebres de crímenes, que sacuden por su desmesura o su caracter absurdo, exceden la capacidad analítica de un dispositivo judicial que mantiene intactas las tradiciones de la Ilustración: lo "inmotivado" -desde esa racionalidad- quedará expulsado hacia los márgenes en los que los alienistas acumulan méritos y poder .

Por otra parte, un movimiento que integra el espacio jurídico y penal a los modernos desarrollos de las disciplinas "clínicas" impone una atención creciente al criminal, más que al delito. La concepción clásica del delito hacía homogéneos el registro de la ley y el del sujeto delictivo ya que sobre ambos dominaba la figura mayor de la Razón. La doctrina correspondiente en el espacio de la locura ponía el acento en la alienación como la forma misma de un extrañamiento y un alejamiento de los cauces del entendimiento; la locura es, para una extensa gama de discursos y consideraciones en los que pervive una visión clásica, ante todo *sinrazón*.

La monomanía en cambio, viene a fijar mucho más sólidamente la locura al registro de la transgresión actuada, y con ella se instituirá en la teoría algo que estaba ya anticipado en la práctica del espacio manicomial: que el psiquiatra debe atender más al buen comportamiento y a la interiorización normativa que a las luces de la razón.

Ya se vio en los textos de Ramos Mejía esa acentuada asimilación de la locura, particularmente bajo sus manifestaciones colectivas, a una transgresión de normas que respondían a la cosmovisión ideológica de los sectores dominantes.

Es cierto que en el espacio manicomial el dispositivo "terapéutico" estaba también decididamente fundado en una tecnología de penalización de la conducta desviada respecto de una rígida normatividad cuyo eje era el trabajo. Más aun, se vio hasta qué punto el alienista exhibía orgulloso su comunidad -más fantaseada que real- como la realización de la utopía del buen gobierno. Pero, con todo, había conciencia de la artificialidad del recurso alienista en esa neta separación respecto del campo social de la familia y la institución laboral. La comunidad manicomial mantenía una existencia "como si", notable en el permanente juego del simulacro y la representación que dominaba la intervención del psiquiatra. El alienista asume que su espacio es el de la ilusión y la quimera; puede, a lo más, procurar una "ilusión de libertad", un remedo cuidadosamente sostenido de una comunidad familiar difusa, con sus funciones de autoridad y su juego de castigos y recompensas. Aun cuando se procuraba una instrumentación de las pasiones del miedo o la sumisión como sostén del "tratamiento", de cualquier modo, en sus postulados y su con-

cepción general, el modelo propuesto era la restauración del entendimiento, como medida esencial de la cordura.

Esa separación del espacio manicomial respecto de la sociedad tiene una expresión bastante clara en la polémica por las internaciones y en la delimitación de locura y vicio a propósito de los alcoholistas. Es cierto que los desórdenes morales son causa de locura, y un texto como la *Estadística* de Meléndez y Coni tiende a ponerlo de relieve con decidida voluntad preventiva, pero justamente en esa distancia abierta entre la "causa" y el cuadro clínico, aparece sostenida la heterogeneidad de la alienación mental respecto de la simple transgresión de las normas. El alienismo afirma una densa positividad de la patología, cuya figura principal es el delirio, que más allá del registro de la falta moral, y aun incluyéndolo, debe ser perseguida, diagnosticada, observada en su evolución y rectificada. Un vicioso, en cambio, todavía pertenece al espacio de la razón y son otras las leyes que deben aplicarse.

No es simplemente que el alienismo haya efectuado una extensión y una ampliación de su ámbito, desde el manicomio al espacio de la sociedad y la historia. Quizá un movimiento global de ese tipo pueda tener validez para pensar la historia de la locura en Francia, sobre todo entre los sucesores de Pinel. Pero en la Argentina (donde, dicho sea de paso, Pinel y Esquirol se leyeron al mismo tiempo que otros autores posteriores) ese doble anclaje de los discursos de la locura se desarrolla simultáneamente y hasta puede, aproximadamente, repartirse entre los dos primeros alienistas: Ramos Mejía en el espacio social y Meléndez en el asilo.

De cualquier modo, y más allá de los personajes que puedan encarnarlo -ya que el Meléndez clínico de la locura no es idéntico al que se asoma a las causas urbanas de la patología junto con el higienista E. Coni, un doble movimiento delimita los espacios del dispositivo psiquiátrico. Por una parte, se insiste en su carácter específico que impone la secuestación y la separación preventiva respecto del medio familiar para operar con un cortejo de recursos médicos y morales; a la vez lo ubica en el centro de un aparato de observación y seguimiento que hace posible la constitución de una disciplina semiológica y nosográfica.

El otro movimiento opera con una lógica más directamente social y política: la locura es visualizada en marcos colectivos e igualada a cualquier subversión del orden. Su problema no es el estudio de las formas clínicas ni el desarrollo de hipótesis etiológicas y terapéuticas, sino más bien el de aplicar nociones renovadas al viejo proble-

ma del control y la gobernabilidad de las masas. Y en él, no sólo se hacen intervenir los recursos directamente represivos de examen y diagnóstico, de tratamiento o internación, sino que se alumbra el comienzo de una operación discursiva de psiquiatrización de la vida cotidiana que procura impactar en la opinión pública persiguiendo, por su faz negativa, el perfil del buen ciudadano.

De cualquier modo, la conformación de discursos y de prácticas provenientes del campo médico legal viene a recolocar la genérica referencia a las cualidades morales que caracterizan la normalidad en el marco de una reformulación del *sujeto jurídico*. Y esto no sólo en el terreno de debates académicos acerca de los fundamentos del derecho penal, en los que la concepción clásica resulta jaqueada por la moderna versión de la escuela positivista. Interesa más la conformación propiamente técnica de un espacio de intervención médico, y más propiamente psiquiátrico, que da lugar al nacimiento del *perito*. No faltan conflictos con quienes ven en esa intervención del alienista el peligro de una paulatina extinción de la noción misma de criminalidad. Pero en realidad, el perito que separa al loco del criminal no lo hace tanto para salvar a algunos de la cárcel (en realidad lo que propone es que sean reclusos en pabellones especiales) sino que persigue a los falsos locos, a los delincuentes que buscan en la simulación un medio de escapar a las consecuencias de su delito. En ese sentido, el tema de la *simulación de la locura* constituye un núcleo inaugural de la psiquiatría legal y juega un papel muy importante en el nacimiento de la criminología.

La noción de monomanía y de locura moral interesan, entonces, no tanto por su persistencia nosográfica, ya que pronto serán reemplazadas por la doctrina de la degeneración, sino porque anuncian un movimiento de reorganización del espacio de significaciones de la locura y el delito. A la primera diferenciación que separa al loco del fondo común de una marginación en la que se confundía con mendigos, inválidos y delincuentes, sigue esta nueva e inédita relación, que parece más bien ajena al desarrollo teórico y clínico de la disciplina psiquiátrica. Podría decirse que resulta de la convergencia de cierta modernización del dispositivo jurídico -cada vez más interesado en el sujeto criminal- con el empuje de un sector médico que persigue la locura más allá del asilo y encuentra en su proyección expansiva una zona de intervención, que lo lleva del ejercicio pericial a la indagación de la marginalidad.

En ese movimiento, la inicial preocupación jurídica parece ceder decididamente ante requerimientos más imperiosos de control de los

desbordes, y la criminología termina por anudar sólidamente sus referencias y sus prácticas con la institución policial.

En tal sentido, los conflictos y polémicas que acompañaron la institución del papel psiquiátrico en el campo delictivo en Francia, en nuestro país se redujeron considerablemente, y en poco más de veinte años se pasó de los planteos iniciales a un desarrollo de la criminología que alcanza relieve internacional con José Ingenieros.⁸

Si la intervención psiquiátrica comienza sosteniéndose en una lógica disyuntiva, o loco o delincuente, las nuevas doctrinas positivistas debidas a Lombroso y el surgimiento del criminal como personaje y objeto de estudio operarán en el sentido de una mayor exigencia de precisión en los caracteres, tipologías y criterios de clasificación.

La doctrina de la degeneración de Morel y las teorías lombrosianas acerca del criminal nato, vienen entonces a sintetizar un cúmulo de referencias, tanto nocionales como prácticas, de esa extensiva patologización de la conducta social, que estaban ya implícitas en la primaria configuración de la locura moral.

El movimiento criminológico, en cuanto se proyecta fuera del asilo socava y transforma algunos principios del alienismo. Ante todo, porque el criminólogo sitúa su espacio de observación en pleno escenario urbano. Ya no es el manicomio construido como un símil ilusorio de una comunidad ideal, es la sociedad, y particularmente las zonas marginales, la que se configura como un manicomio fallido: es la locura desplegándose sin la presencia ordenadora y configurante del alienista.

Más aun, el psiquiatra pierde ese relieve de puro personaje moral, esa aureola taumatúrgica y ese lugar de vértice en el que todo un espacio de observación y gobierno vendrían a alinearse. El dispositivo penal y policial achata ese relieve en la función de colaboración dentro de un edificio ya constituido en el que el alienista pierde su señorío, o en todo caso, sólo conserva su vieja potestad en el espacio de sanción inmediata que de él emana en el encuentro del examen y la entrevista.

⁸ Antes de él, José M. Ramos Mejía había merecido elogios del propio Lombroso, en 1890: “*Ramos Mejía, che è uno dei più potenti pensatori e dei più grandi alienisti del mondo, nell’opera La neurosi degli uomini illustri della Republica Argentina, aveva non solo sostenuto, ma completate la dimostrazioni della relazioni tra il genio ei grande rivoluzionari della Republica Argentina, che erano stati o pazzi, o acoolisti, o neuropatici*”: En: Soler, Ricaurte: *El posit vismo argentino*. Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 154.

Mientras los desarrollos de la psiquiatría, ya en el siglo XX, se orientan decididamente por los cauces que habían fundado la medicina, es decir la anatomía patológica, la investigación de laboratorio y la neurobiología⁹, la criminología mantendrá un discurso cercano a una sociología naturalista, poco proclive a buscar sus bases en la investigación empírica y siempre presta a juzgar al "caso" a partir del preconcepto de una sociedad en orden.

Medicina legal

En términos generales, las cuestiones relativas a la intersección de la locura con el campo jurídico muestran dos ejes de desarrollo. El primero se sitúa en tomo de las cuestiones de la responsabilidad; el discurso médico aparece convocado por la instancia jurídica y promovido a diagnosticar sobre el estado mental de las personas, de un modo tal que su intervención tiene decisiva incidencia en el plano de los derechos y obligaciones de los ciudadanos.

Pero progresivamente, y sin abandonar esa función pericial que hace participar definitivamente al psiquiatra de las funciones del juez, el acento recaerá, y aquí se sitúa el segundo eje, menos en ese papel subordinado a la lógica y las estructuras institucionales jurídicas, para atender directamente al fenómeno del delito y la personalidad del criminal. El criminólogo ya no es un perito que espera ser convocado sino que se sostiene en una disciplina que tiene su propia lógica y sus instrumentos operacionales. Ante todo, el delito para él

⁹ En 1899, Domingo Cabred concreta la incorporación a su cátedra de Christofredo Jakob, quien desde el laboratorio del Hospicio de las Mercedes primero, y del de Alienadas después, durante más de cincuenta años realizó una obra muy extensa en la investigación de la anatomía y fisiología del sistema nervioso. Sus trabajos, que le valieron reconocimiento internacional, se extendieron a la anatomía comparada, la embriología animal y humana, ya muchos otros temas de las ciencias naturales. Borda, que sucede a Cabred y es discípulo de Jakob, acentúa la dirección neurobiológica de la enseñanza de la psiquiatría. Loudet y Loudet, *Op. cit.*, p. 93. Acto de homenaje al Doctor Christofredo Jakob, *Psiquiatría*, I, No 1. abril-junio de 1958.

es un hecho natural y una combinación, no demasiado delimitada, de medicina, sociología y psicología procurará explicarlo.

La cátedra de Medicina Legal y Toxicología existía desde 1875 y estaba a cargo de Eduardo Wilde; antes, la materia se enseñaba conjuntamente con la anatomía patológica.¹⁰ Un discurso universitario académico, detectable en algunas tesis médicas, procura encontrar el punto de enganche con "la ciencia del derecho" en el surco de las tradiciones de la filosofía moral. La cuestión de la responsabilidad, -"uno de los atributos más preciosos y trascendentales que distinguen al hombre en sus relaciones sociales"- entronca con el tema del *libre albedrío*, o sea, dice Despinae citado por Figueroa: "el poder en virtud del cual el hombre elige entre el bien y el mal, decide y quiere lo que ha elegido, después de una deliberación iluminada por el sentimiento del deber moral".¹¹

En ese plano, la condición moral del hombre va paulatinamente variando su significación, desde una posición que acentúa la condición religiosa y trascendente ("Desde que el hombre existe, su naturaleza tiende a hacerle llenar los fines para que ha sido creada")¹² a una concepción -que tiende a predominar- más atenta a los deberes que la sociedad impone; "los poderes de la sociedad sobre los enajenados tienen el mismo origen que el derecho de castigar, el cual es un resultado del de la defensa, lo mismo que los deberes que tiene el hombre para con sus semejantes son una consecuencia legítima de sus propios derechos".¹³

Como sea, la suposición del libre albedrío como facultad humana esencial -presupuesto que la criminología positivista vendrá a derrumbar- hace aparecer a la locura en su intersección con la ley, más que nada como engeguamiento de la razón. Y el problema legal no se planteaba tanto cuando se trataba de una perturbación global y generalizada de las facultades intelectuales, tal como sucede -siguiendo la nosografía de Esquirol- en la manía y la demencia. Más bien se requiere del ojo alienista allí donde locura y cordura parecen confundirse, lo que tiende a traducir básicamente la preeminencia de la *pasión*. Si la locura es, en esta perspectiva, ante todo estado apasionado, su modelo principal es la cólera y su sanción diagnóstica, la

¹⁰ Escardó, F., *Op. cit.*, p. 37.

¹¹ Figueroa, Gregorio, *Consideraciones médico-legales sobre la locura*. Tesis, 1879, p.18.

¹² Gache, S., *La locura en Buenos Aires, cit.*, p. 23.

¹³ Figueroa, G., *Op. cit.*, p. 10.

monomanía, la locura moral, la manía parcial. Son los "estados intermedios" en los cuales las facultades intelectuales no sufren alteraciones y que dependen más que nada de "la ausencia de toda oposición moral a las inspiraciones de la pasión"¹⁴ y no sólo de las pasiones vivas e instantáneas sino también de las serenas y permanentes, en la medida en que "absorben enteramente el espíritu desde su aparición, ahogando los sentimientos morales que podrían combatirla". Finalmente, lo que sostiene esta concepción es la preeminencia de la conciencia moral como instancia superior y autónoma; la locura traduce no tanto la violencia de la pasión como el déficit de esa facultad superior rectora.

No se trata de discusiones bizantinas ni de la mera reiteración de los viejos temas religiosos; es cierto que aparecen nociones que perduran desde antiguas tradiciones, pero importa ver que el sentido y la orientación de estos discursos se inscriben en un movimiento profundo de reconstitución material de un *orden moral*. En ese sentido ciertos términos de la polémica que enfrenta a espiritualistas y materialistas cede su importancia frente a la convergencia estratégica de una problemática que, desde las discusiones sobre la pasión y el libre albedrío hasta las formulaciones crudamente deterministas de la criminología biologicista, mantiene una notable coherencia.

Y no deja de ser una novedad la irrupción de la *psicología*, en el marco de estas cuestiones. Si la psicología aparece aquí afirmada como ciencia distinta, con objeto y método propios es justamente porque la locura como déficit moral es fundamentalmente "fenómeno psíquico". "La Psicología de un lado y la Medicina de otro, se disputan el estudio de esta afección, no sin provocar disensiones, que tienden a asignar a cada una su verdadero mérito en el resultado que se obtiene."¹⁵ La "psicología médica" nace trastocando las categorías de la tradición filosófica, justamente para examinar aun sujeto "en ese estado en que se dice que no es moralmente libre",¹⁶ y ya no es tanto una teoría racional sobre las facultades del alma como una técnica de indagación y un modo de interrogar que persigue activamente la detección de todo desorden en la retaguardia de la conciencia.

Como se verá con el caso de José Vivado, aun en la versión más tradicional, apegada aun a un discurso sobre la virtud y el bien, se nota

¹⁴ Gache, S., *La locura en Buenos Aires, cit.*, p. 53.

¹⁵ *Id.*, p. 115-116.

¹⁶ *Id.*, p. 13.

ya la presión hacia una redefinición de los valores morales que residen más en normas sociales que en atributos de conciencia.

La definición de las diferencias individuales y de las condiciones de ejercicio del libre albedrío, frente a la irrupción perturbadora de las pasiones, son, entonces, temas centrales de la *medicina legal*, "fruto obligado de una necesidad que el progreso vino a imponer en el siglo".¹⁷ Disciplina que no se detiene ante los espectros de la muerte y de la locura para indagar lo oculto. La justicia y la verdad son sus emblemas y en ellos se conjuga con el derecho en "la noble tarea de mantener en pie los principios de moral y justicia que rigen a los pueblos civilizados".¹⁸

Su tarea se orienta en dos direcciones: desconocer el derecho de manejar sus intereses al que carece de las facultades intelectuales para ello y evaluar la existencia de responsabilidad jurídica como principio de toda penalidad. El derecho encuentra así, en el saber positivo de la medicina, un fundamento y una garantía de sus intervenciones, y sobre todo en la consideración de esos "estados intermedios" de la locura. No se trata solo de salvar al loco de la cárcel o el patíbulo, sino también de evitar que el criminal eluda a la justicia. En ese sentido -insiste el alienista- declarar a alguien loco no basta para considerarlo irresponsable, pues justamente el mayor servicio de la psicología a la medicina legal es la demostración de que las distintas facultades anímicas pueden funcionar con autonomía relativa, lo que las hace susceptibles de pervertirse o alterarse aisladamente.

En este momento de constitución de una doctrina médicolegal, es por el lado de la locura parcial, de la monomanía, que el brazo justiciero del derecho requiere de la vigilancia de la medicina psicológica como de una prótesis que multiplica su eficacia. Ante todo, la figura del loco debe ser discriminada de la del criminal en el mismo movimiento en que se prepara su ulterior maridaje. En las "locuras parciales": "la medicina legal arranca a muchos supuestos criminales del rigor de la ley para aconsejar su encierro en asilos de observación, porque para ella no son sino enfermos desgraciados" aunque "dañosos a la sociedad en que viven".¹⁹

¹⁷ Figueroa, *cit.*, p. 7-8.

¹⁸ *Id.*, p. 8-9.

¹⁹ Fernández, Julián, "Medicina legal. Delirio de las persecuciones y tentativa de asesinato", en *Anales del Círculo Médico*, I, p. 273-274.

Puede pensarse que no hay gran diferencia entre la peligrosidad del delincuente y la del loco, si a ambas les espera el destino común de la reclusión. y sin embargo la insistencia en el contexto de observación marca una diferencia. El loco será observado, investigado, a la vez como un triunfo de la ciencia positiva que encuentra una explicación a la irracionalidad del crimen y como una recuperación del insensato al servicio de una voluntad de saber sobre la locura.

El alienista, médico y psicólogo, en esta misión legal que es más: que nada una responsabilidad con la sociedad, es por definición el que no se engaña ni puede ser engañado, Aúna la ciencia y la astucia. Porque si el cuerdo culpable puede engañar haciéndose el loco, también, y esto es más grave, el loco puede esconder su locura detrás de una fachada de cordura. No solo el tema de la simulación encuentra aquí su punto de inserción; más aun, por cuanto la locura puede permanecer escondida sin que el loco se lo proponga, lo que resalta es que la patología acentúa una disociación de esa unidad psíquica, organizada por la psicología en torno de la conciencia.

La noción de locura parcial insistirá, como ya se vio, en algo muy distinto a esa imagen vulgar de la explosión de insensatez (manía) o de la degradación y la absurdidad intelectual (demencia). Lo que constituye un desafío, a la vez que justifica la constitución de un cuerpo de conocimientos y de prácticas especializadas, es ese desequilibrio sutil, evanescente, esa mínima propensión al exceso que se sitúa en los límites mismos de lo perceptible. Todos estos textos rebosan de metáforas que remiten a la mirada, al ojo penetrante, a la luz incisiva, relativas al oficio del alienista legal. La locura deja el espacio de los desbordes y del estruendo para pasar a ser una cualidad más bien silenciosa y reticente que debe ser perseguida, evaluada y obligada a hablar. Pronto llegará el momento de anticiparla, de prevenirla y con ello la psicoterapia médica encontrará una dimensión fundamental de su constitución.

La atención que reciben los aspectos médico-legales de la alienación mental (que queda demostrada porque la mayoría de las tesis médicas que conciernen a la locura entre 1879 y 1900 abordan la cuestión) tiene orígenes diversos. Por un lado, una serie de nociones y disposiciones que tienen que ver con las consecuencias legales de la internación manicomial forzada, allí donde era normal la intervención de la policía y los jueces. Por otra parte, la conformación de esa función pericial del alienista requerida por la expansión y modernización del dispositivo jurídico.

Las pericias encaminadas a establecer el estado mental de un individuo existen desde bastante antes que la cátedra de Medicina Legal. En 1871 Eduardo Wilde y Pedro Mallo firman un informe médico-legal por solicitud de un juez civil, en el que reconocen a un vasco francés, carpintero, soltero, que antes fue trabajador hábil en su oficio y en ese momento vive encerrado en un cuarto sucio y semidestruido, molestando a los vecinos por la noche con ruidos y gritos.²⁰

Ya entonces aparece como una cuestión central para la función del perito psiquiátrico, la distinción entre un loco real y un loco simulado. "Un loco real guarda cierta lógica en sus actos, aunque ella no sea sostenida. Un falso loco cree que los locos deben decirlo todo y hacerlo todo sin ilación y de' un modo contrario *siempre* a lo que ejecutan los cuerdos y, procediendo así, descubre con esa misma lógica especial, la lógica que quiere ocultar."²¹

El primer proyecto de ley sobre alienados es de Emilio Coni en 1879²², contiene una serie de disposiciones sobre establecimientos de alienados públicos y privados y sobre la asistencia en domicilio, y propone normas de control y vigilancia. Es contemporáneo a la publicación, por el mismo autor, de un Código de ética médica, que re- copila legislación y jurisprudencia sobre la profesión, los deberes y los derechos de los facultativos. Los aspectos que aquí interesan destacar se refieren a las disposiciones para el ingreso en los establecimientos, al que se considera una decisión a la vez administrativa y médica que debe estar sujeta a normas, ya que es casi equivalente a una detención. En líneas generales las disposiciones apuntan a prevenir internaciones injustificadas ya garantizar que un internado cese de estarlo cuando ha curado.

En 1891, Ramón Tejerina incluye otro proyecto en su tesis *La locura y la ley*, que adapta de la ley francesa de 1838 y su reforma de 1887.²³ También en este proyecto hay un acento puesto en el control sobre la actividad médica. Por ejemplo: "la correspondencia de las personas colocadas en los asilos de alienados, dirigidas al Inspec-

²⁰ Wilde, Eduardo, "Informe médico-legal sobre el estado mental de un individuo", en *Tiempo perdido*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967, p. 259.

²¹ *Id.*, p. 263-264. La ironía de Wilde da al informe un estilo más bien insólito para el estilo forense: "... oye y ve bien lo que existe y además lo que no existe y sus oídos y sus ojos funcionarían perfectamente, si no condujeran a N.N. a oír sonidos que no hay y ver cuerpos que no están". *Id.*, p. 265.

²² Loudet y Loudet, *Op. cit.*, p. 178.

²³ *Id.*, p. 181.

tor General, al Defensor o al Juez si se trata de un interdicto, no será interceptada ni fiscalizada por el Director ni por los empleados del establecimiento. ... Toda persona debidamente autorizada por el Inspector de Alienados, tiene facultad para hacer examinar por dos médicos, una o más personas colocadas de oficio en un asilo de alienados. ... Es absolutamente prohibido usar en la persona de los alienados, como castigo o medio de sujeción, cualquier aparato mecánico contrario a los principios humanitarios proclamados por esta ley, excepción hecha del camisolín de fuerza y la reclusión en la celda en casos excepcionales". Consecuentemente establece una minuciosa referencia a las penas que corresponderán a quienes contraviniesen las disposiciones de la ley propuesta.

Es decir que en este primer encuentro del dispositivo alienista con la legislación -que de cualquier forma no pasa del nivel de proyecto- la preocupación no es tanto el loco, como la precisa delimitación de las condiciones bajo las cuales alguien puede ser declarado tal.

¿Cuándo se justifica el secuestro y la internación de un presunto alienado? Tal cuestión, desde la práctica organizada alrededor del manicomio -pero que escapa en parte al control del alienista- plantea un conflicto siempre latente con ciertos derechos individuales reconocidos expresamente, ante todo, el derecho a no ser privado de la libertad sin orden de autoridad competente.

La *Revista Médico Quirúrgica* refleja bien la preocupación de los especialistas por ciertos abusos, que en ocasiones son francamente delictivos. Así, Susini informa del caso de un hombre que quiere deshacerse de su mujer y la hace internar como loca con la participación de un médico que se deja influir y cede a las apariencias sin verdadero reconocimiento de la paciente.²⁴ Meléndez va más lejos y denuncia un caso criminal en el que con la complicidad de un agente de policía se había secuestrado a alguien en el Hospicio, trayéndolo de un pueblo de la campaña, con el propósito de despojarlo de una herencia. La Jefatura de Policía lo había remitido al manicomio sin realizar ningún reconocimiento médico.²⁵

Con ello no se hace sino defender la autoridad del incipiente dispositivo alienista sobre antiguos resortes del poder policial y de los jueces de paz. Pero no es menos cierto que con la exigencia de una legislación que incluya normas sobre permanencia y salida de los ma-

²⁴ *RMQ*, XVIII, p. 32.

²⁵ *Id.*, p. 100.

nicomios el psiquiatra resulta más bien fortalecido en sus funciones y expresamente reconocido por la ley.

De cualquier modo, si se comparan los proyectos mencionados con otros posteriores, por ejemplo el de Juan Manuel Obarrio de 1924, puede advertirse que el objetivo de la legislación deja de ser centralmente normatizar el dispositivo psiquiátrico para centrarse en la interdicción civil y el control represivo sobre el loco.²⁶

Al mismo tiempo, tanto Coni como Tejerina y todas las regulaciones posteriores toman en cuenta al personaje del loco criminal, aunque más no sea para determinar que debe ser internado en un establecimiento o pabellón especial -como una extensión del manicomio- separado a la vez de los locos y de los criminales. Meléndez supera la simple lógica de la discriminación y señala también un criterio terapéutico: es más fácil que se curen en un hospicio que en la cárcel.²⁷

Con ello las complicaciones legales del loco y su psiquiatra, inician el proceso que va a aproximar definitivamente la criminalidad y la locura, y antes que por una creación de la teoría, es el ámbito mismo de las instituciones de la locura y del delito el que se imbrica en ese espacio inédito del hospicio-cárcel. Las primeras tesis que versan directamente sobre la cuestión de la locura y el crimen se deben a dos médicos que han hecho su actividad de practicantes en la Penitenciaría Nacional. En ellas la cuestión central ya no es la responsabilidad y la imputabilidad de los alienados sino la conforma-

²⁶ Por empezar, Obarrio iguala en su proyecto a alienados, toxicómanos y pródigos; hace obligatoria la denuncia de alienados y toxicómanos y propone crear el Registro nacional de alienados, incapaces y toxicómanos, "el que funcionará en forma semejante al Registro de la propiedad" [sic] Ningún alienado ni persona denunciada como tal podrá contraer matrimonio; para ello el Registro Civil deberá requerir previamente información al Registro nacional de alienados, incapaces y toxicómanos. "Los toxicómanos no podrán contraer enlace hasta tres años después de haberse establecido que han dejado de sello y siempre que un peritaje psiquiátrico previo certifique que no hay en ellos degeneración mental". Solo podrán contraer matrimonio las personas que han presentado un cuadro mental breve y que hayan curado definitivamente del mismo. Se establece la internación obligatoria de los toxicómanos, como si fueran alienados; se define a los pródigos como "deficientes congénitos", etc. Frente a este fruto de la psiquiatría de nuestro siglo, capturada por el delirio eugenésico, es fácil mirar con benevolencia a los viejos alienistas. Loudet y Loudet, *Op. cit.* p. 190-191.

²⁷ *RMQ*, XIX, p. 177.

ción biopsíquica del delincuente y las condiciones socio y psicopatológicas desencadenantes del delito.

"La locura moral admitida hoy por la mayoría de los alienistas, proyecta cierta luz sobre el problema psicológico de la criminalidad... Es la prueba evidente de la existencia de perversiones morales, sujetas a una degeneración psíquica, sin modificaciones intelectuales intensas, y solo un paso, breve por cierto, nos basta para eslabonar el crimen propiamente dicho con las vesanías, considerándolo como forma poco acentuada de la locura moral".²⁸ La tesis de Alejandro Korn²⁹ anuncia las nociones y enfoques fundamentales de la criminología positivista, tal como quedará férreamente constituida con la obra de José Ingenieros y Francisco de Veyga, y concluye así: "Desde un punto de vista filosófico convendremos, pues, en que entre el crimen y la locura no existe sino una diferencia de grado".³⁰

La consideración de la locura correlativa al delito, en el marco de las nociones del positivismo pondrá el acento en las condiciones de la herencia, en los signos de la degeneración, y en la búsqueda de una raíz orgánica y fisiológica de la patología mental. Es cierto que en el ejercicio concreto del diagnóstico y el pronóstico muchos de los postulados doctrinarios parecen ceder ante exigencias de otro orden, que impulsan la reaparición de esa imagen más reactiva de la locura, ligada en su desencadenamiento a las causas "morales". Pero de cualquier modo, el criterio que va imponiéndose adjudica la causa esencial de los actos transgresivos a cierta fatalidad fisiológica, aun en los casos en que habla de una patología "adquirida". "Una ligera indisposición hipocondríaca en un individuo sano puede carecer de toda importancia, pero la tendrá gravísima si este individuo desciende de padres neuropáticos, si presenta alteraciones somáticas en el cráneo, si ofrece signos de degeneración y si se entrega al onanismo

²⁸ Korn, A., *Op. cit.*, p. 85.

²⁹ La posterior obra filosófica de Korn –que durante años fue director del Hospicio Melchor Romero, donde vivía, mientras dictaba Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires- lo llevó a encabezar la reacción filosófica contra ese mismo positivismo que en su juventud afirmaba sin reservas. Loudet. O., "Mis recuerdos de la Facultad de Filosofía y Letras", *Ensayos de Crítica e Historia*, cit. p. 229. Korn, Inés: "Alejandro Korn, mi padre", en *Cuadernos de la Revista de Humanidades*, Univ. Nac. de Córdoba, 1960.

³⁰ Korn, A., *Op. cit.*, p. 85.

o a las bebidas alcohólicas". De allí la importancia de los antecedentes hereditarios, pero sin desconocer que la patología en los descendientes es diferente que en los antecesores: "un gotoso engendra hijos asmáticos, un epiléptico hijos imbéciles".³¹

De ello deduce: 1º) las vesanías son enfermedades generales del organismo y por lo tanto debe negarse la existencia de alteraciones aisladas como las monomanías: "éstas nunca constituyen una enfermedad por sí solas, sino exclusivamente la expresión sintomática, a veces muy secundaria, de una perversión mental"; 2º) debe rechazarse la noción de "libre albedrío" como fundante de la responsabilidad jurídica. Una acción criminal está determinada por una alteración somatopsíquica tanto como una acción honesta lo está por una actividad fisiológica normal. Si el crimen es siempre resultado de determinaciones preexistentes, "el problema sometido al médico legista reduce a declarar si esas condiciones dependen de causas fisiológicas [es decir si responden a funciones normales, H.V.] o son el producto de alteraciones patológicas".³²

El cortejo de nociones darwinistas de evolución, transmisión hereditaria y lucha por la vida forma un núcleo central de la argumentación. Los sentimientos morales, "cuya naturaleza es de importancia decisiva en la apreciación de los criminales", como toda manifestación psíquica es producto del desarrollo individual, a partir de componentes transmitidos por herencia que se procesan en un medio dado. La sensibilidad moral depende de la integridad del sistema nervioso,³³ pero también de las impresiones recogidas, tanto internas como externas.

"Dada, pues, la evolución de los sentimientos morales, fácilmente nos explicamos cómo es que en todos los países los criminales forman un elemento especial de la población, reclutado en los bajos fondos sociales, donde de padres a hijos se transmiten los gérmenes de la depravación física y moral".³⁴ Seguidamente, el joven Korn se refiere a la composición de nuestra población criminal: gauchos e inmigrantes.

El texto de Korn aporta varias claves para perseguir la transformación de un conjunto de nociones en torno de la locura, pero a la vez ilumina la transición entre el alienismo manicomial y una función

³¹ *Id.*, p. 14-15.

³² *Id.*, p. 18 y 25.

³³ *Id.*, p. 26-27.

³⁴ *Id.*, p. 28.

psiquiátrica que se siente llamada a ocuparse de "los bajos fondos sociales" y que prepara su mentalidad y sus instrumentos para convertir al delincuente en objeto de su disciplina. De cualquier modo, la referencia etiológica simultánea a la herencia biológica y al medio social, generan una contradicción interna del recurso teórico que se inscribe en la paradoja de la noción de "degeneración adquirida".

Consiguientemente, aparece la idea de que la ley no tiene otro sustento que la defensa, como función del organismo social, ya que es "dictada para salvaguardia de los intereses sociales".³⁵ Con ello, la cuestión de la responsabilidad se separa de la potestad de castigar al infractor, y esa separación es un núcleo fundamental de la criminología y sus propuestas prácticas, nunca cumplidas por otra parte. El que el criminal sea un loco no lo salva de la reclusión, que ya no depende para nada de su capacidad de discernir el bien, sino del reflejo defensivo de la sociedad que debe excluir y sancionar a los que se desvían. Ningún humanitarismo, ni mucho menos liberalización de la estructura penal pueden derivarse de las propuestas de la nueva escuela positiva, porque su propia concepción de la patología que subyace al crimen está sostenida en un pronóstico desfavorable acerca de su posible curación, y con ello el cambio de la categoría de criminal por la de loco no variará mayormente el recurso del encierro como solución. Que cierta zona del discurso socialista y aun anarquista esté en los orígenes de la utopía criminológica no deja de plantear una cierta perplejidad, sobre la que ya habrá oportunidad de volver.

El parricida José Vivado

La función pericial del psiquiatra impone ajustes en la estrategia y la tecnología, que podrían sintetizarse globalmente como un pasaje de la observación al interrogatorio, algo que, por otra parte, coincide con el despliegue de una lógica semiológica que va dando a la psiquiatría su forma moderna. La dimensión temporal, en primer lugar, sufre una transformación notoria. Si el alienista tenía todo el tiempo a su disposición, más aun, si hacía de la evolución atentamente observada una dimensión fundamental del diagnóstico, las exigencias

³⁵ *Id.*, p. 37.

del procedimiento judicial, junto con el abandono del manicomio como reducto de su mirada, imponen al médico legista una exigencia de apresuramiento y anticipación. Ante todo, el reconocimiento del estado mental, en los casos penales, requiere un diagnóstico circunscripto al momento del acto delictivo, de tal modo que se impone la urgencia en el examen.

Por otra parte, la indagación debe perseguir no ya una locura que trata de ser encubierta sino, más frecuentemente, la simulación de la patología mental con el propósito de eludir la responsabilidad penal. Si el temor mayor del alienista residía en la posibilidad de que un loco escapara prematuramente a su internación, con el engaño de una falsa curación, el perito recién llegado ve amenazado su prestigio con la eventualidad de que un criminal eluda la cárcel haciéndose el loco.

Al mismo tiempo, como se verá, su nueva función exige penetración semiológica, meticulosidad en el examen y capacidad de reconstruir el estado mental del inculpado a partir de indicios dispersos. Con ello el papel del diagnóstico y su importancia cambian radicalmente y ponen a prueba la formación y la pericia del especialista.

El caso de José Vivado, va a dar ocasión a Lucio Meléndez de lucir sus dotes señalando los errores y la impericia del médico de la Penitenciaría y del mismo Consejo de Higiene Pública, integrado por conocidos catedráticos de la Facultad. Y en la misma circunstancia en que reafirma su liderazgo institucional en lo relativo a las cuestiones de locos, se permite una indicación que suena como un consejo para quienes toman la cuestión a la ligera. "Cada día que pasa me convenzo que a la suspicacia en el examen de un loco tiene que agregarse la luz de la ciencia que de una manera maravillosa adelanta día a día estableciendo estados intermedios inaccesibles para el que no se preocupa de su estudio, razón por la cual pasan por *supercherías vulgares* verdaderas formas de enajenación mental".³⁶

José Vivado,³⁷ inmigrante italiano de aproximadamente 27 años, fue encarcelado en 1877 por el asesinato de su padre. Había llegado

³⁶ Meléndez, Lucio, *Refutación clínico-psicológica del informe legal expedido por el Consejo de Higiene Pública sobre el estado mental del parricida José Vivado*, folleto, 1879, p. 3.

³⁷ Además del citado texto de Meléndez, la polémica incluye: Santillán, Pablo, "Informe médico legal en la causa seguida al parricida José Vivado", en *Anales del Círculo Médico*, II, p. 163; Consejo de Higiene Pública, "Informe Médico Legal", *A.C.M.*, II, p. 409.

al país unos años antes, dejando a su madre ya varios hermanos en su pueblo natal, para reunirse con su padre y un hermano que atendían en Buenos Aires un almacén. Trabaja con ellos un tiempo, durante el cual al parecer se suceden conflictos con el padre, quien le recrimina constantemente su desidia y haraganería.³⁸ José decide abandonar a su padre y probar suerte como vendedor ambulante, ofreciendo gallinas y naranjas, hasta que se arruina porque vende los artículos a menor precio del que le costaban. Vuelve entonces a la casa paterna, donde se re inician los incidentes con el padre; imprevistamente, sin previa discusión y sin decir palabra lo mata.

El caso desata una polémica prolongada a propósito de su estado mental. Por un lado, lo declaran loco Lucio Meléndez, director del Hospicio de las Mercedes; Eduardo Wilde, catedrático de Medicina Legal y Julián Fernández, médico de Tribunales. El médico de la Penitenciaría, en cambio, dictamina que es responsable de sus actos; .finalmente el Consejo de Higiene Pública³⁹ a requerimiento del juez ratifica en su informe el parecer que lo declara imputable. Meléndez se reserva la última palabra y conocido el informe del Consejo edita un folleto refutándolo y dejando bastante mal parados a sus colegas.

Esos diversos materiales tienen un significativo valor para analizar el choque de concepciones y de criterios médicos en torno de la locura ya la vez ilustran acerca de la dirección que toma la transformación de ese campo científico e institucional, representada por la posición más actualizada que encarna Lucio Meléndez.

El médico de la Penitenciaría encuadra su informe en un discurso moral genérico, a tal punto que no hay indicios de un reconocimiento médico ni indagación acerca de los antecedentes del acusado. Su punto de partida es que existe una "categoría de individuos", en la que incluye a Vivado, que corresponde a los seres de "vida sencilla", "cuya vida se cumple en la más rigurosa monotonía". Hasta su llegada a la Argentina lleva una vida que no exige sus facultades intelectuales, pero las nuevas circunstancias, junto a su padre, o chocan con sus hábitos de vida vegetativa. Consecuencias naturales de todo ello son sus características morales: desidioso, haragán, si-

³⁸ Consigna Meléndez que a causa de sus trastornos infantiles el padre lo llamaba "el loco" y lo reprendía constantemente, *Refutación...*, *cit.*, p. 5-6.

³⁹ Integran el Consejo: Ricardo Gutiérrez, médico del Hospital de Niños y redactor de *Patria Argentina*; Tomás Perón, catedrático de Medicina legal y de Química; Juan A. Kelly, secretario del Consejo de Higiene Pública; y Manuel Porcel de Peralta, catedrático de Clínica Médica. *RMQ*, XVI, p. 219.

lencioso; solo se ocupa de sus recuerdos "y se dedica a la consecución de sus deseos"⁴⁰ Pero el contraste entre esos recuerdos y los accidentes en la casa del padre provoca un "incremento de sus facultades afectivas" que empujan al delito. "En la *conciencia* de todo hombre existe el principio del bien y el principio del mal; Vivado sigue las inspiraciones del mal, comete el parricidio que se le incrimina y huye".

La cuestión central para Santillán son "los instintos morales" del parricida y de ellos deriva su capacidad de discernimiento. Por ejemplo, consigna un error de Vivado al que atribuye la mayor significación para fundar su tesis de que no está loco: el Capellán le dice que "ya conversarían" y el inculpaado entiende "confesarían", a lo que contesta inmediatamente que él no se confesaría.⁴¹

Una oposición tajante entre laboriosidad y ociosidad domina el enfoque de Santillán y funda su persistente permanencia en el plano del juicio de valores morales más que de un diagnóstico psiquiátrico. No puede desconocerse la lógica que domina allí: un inmigrante de baja condición que se niega a trabajar ni siquiera es un loco; antes que nada es un engendro para la razón burguesa.

Meléndez había diagnosticado una melancolía y el médico de la Penitenciaría exhibe su erudición citando a Aristóteles y asociando esa afección a los nombres de Rousseau, Lutero, Swift: "La melancolía de este género no se desarrolla en los espíritus vulgares cuya vida con tanta precisión uno de nuestros compatriotas encierra en los estrechos límites de estas palabras: comer, vivir y gozar".⁴² El inmigrante es visualizado de acuerdo a parámetros que lo escinden nítidamente de esa dimensión de los hombres célebres, en los que la locura misma es un rasgo de superioridad. Para este informe, que no deja de proponerse como ejemplar, para esa imagen de mala inclinación hacia el trabajo de sectores de la población popular, José Vivado no es un loco, sino un inmigrante sin recursos que protege hasta límites increíbles -el parricidio- su perversa resistencia a trabajar.

El informe del Consejo de Higiene destaca la intención de una investigación que más que nada se concibe como una técnica de interrogatorio, y que sobre todo se orienta a descubrir una posibilidad de simulación. Los miembros del organismo máximo de la medicina estatal juegan a una investigación policial y descuidan -tal como lo

⁴⁰ Santillán, *Op. cit.*, p.165-167.

⁴¹ *Id.*, p.169-170.

⁴² *Id.*, p. 173.

consignará Meléndez en su refutación- el abordaje médico del caso. Parten de suponer que Vivado oculta algo y se sitúan frente a él dispuestos a ejercitar su tarea con "sagacidad" buscando los indicios que desenmascaren la superchería. Algunos elementos, a juicio de los facultativos, avalan su presunción de que se trata de un simulador: muestra tranquilidad y sangre fría cuando relata el hecho criminal, manifiesta deseos vehementes de lograr la libertad (por entonces llevaba más de un año y medio preso), confiesa haber premeditado el hecho y estar arrepentido.

Para dilucidar la cuestión adoptan un recurso heroico y le prometen ayudarlo a conseguir su libertad; ello "dio por resultado la confesión de Vivado de que se le había aconsejado se hiciera el loco, rol que él no podía desempeñar pues estaba más allá de su capacidad".⁴³ Entonces, para juzgar su capacidad de razonamiento un miembro de la honorable comisión le propone "un plan de evasión", ante lo cual el procesado manifiesta alegría y aceptación. Interrogado sobre diversas dificultades que la fuga exigía resolver, Vivado responde, según el dudoso juicio de los facultativos, con sensatez. Por ejemplo, al señalársele que puede ser reconocido por la barba se propone pedir prestada una navaja para afeitarse, y luego acepta la necesidad de cambiarse el nombre y, después de pensarlo un tiempo, decide que se llamará Antonio Ramañino.

Todo ello indica al Consejo que el inculpado no es un loco y que el hecho cometido tiene su explicación en sus "condiciones de ánimo", a saber, "deseos de adquirir", "obstáculos que atribuye a su padre", "tristeza de carácter, celos por la predilección que por su hermano tenía el padre; negocios, desgracias anteriores", "genio irascible", que ya había dado lugar a una pena de prisión, y "reflexión mediocre" que lo llevaron a realizar su crimen como una "venganza premeditada".

La premeditación y la confesión de que se le había sugerido hacerse el loco son las piezas claves de la conclusión: "La sensibilidad, la razón y el libre albedrío no faltaron al individuo ni antes, ni en el momento, ni después del suceso ocurrido".⁴⁴

Si el informe de Santillán perdía de vista el caso para encuadrarlo de entrada en el tipo del trabajador simple, y poco disciplinado, el Consejo, en cambio, tiene otro modelo a la vista: actos como los de

⁴³ Consejo..., *Op. cit.*, p. 413-414.

⁴⁴ *Id.*, p. 417-418.

Vivado figuran comúnmente en los anales criminales y no responden sino a perversas inclinaciones ya fallas de educación, son individuos "arreatados", que llegan al crimen con la mayor facilidad, "obedeciendo a inclinaciones vengativas que les impulsan sin eclipsar la razón ni la libertad moral".⁴⁵

Los médicos del organismo municipal parecen haber abordado el caso no solo con la marcada prevención de que un criminal pudiera burlarlos -y fueron ellos los que defensivamente jugaron con las ilusiones del detenido- sino pensando con la lógica de los tribunales del crimen, y es en esa tradición y en esas referencias que se sitúan para buscar el tipo correspondiente.

La *Refutación* de Lucio Meléndez constituye una pieza que muestra bien la nueva función técnica del psiquiatra que pugna por ser reconocido e integrado con su perfil propio en el dispositivo jurídico. La suspicacia en el examen, iluminada por la luz de la ciencia positiva moderna son las claves de su promesa de eficacia, y ante ellas no hay confusión posible entre la verdadera locura y la superchería.

Ante todo, persigue los antecedentes hereditarios: el padre de Vivado es alcoholista y de ello deriva una predisposición a la locura. Igualmente, el antecedente infantil -mencionado al pasar en el informe del Consejo- de episodios en los que "se ponía negro", sirve a Meléndez para arriesgar un diagnóstico de epilepsia o, al menos, enfermedad nerviosa. Por otra parte, toma en cuenta causas más inmediatas al hecho en cuestión, y consigna que antes de volver con su padre Vivado padeció de fiebre tifoidea y delirio durante más de dos meses, durante los que estuvo internado.

Llega así a una conclusión inicial: "el mal sufrido en su infancia es la causa de su pereza intelectual y... por el mero hecho de descender de un padre alcoholista está más predispuesto que otros... para que la enfermedad nerviosa que padeció cuando niño trajera trastornos serios en el desarrollo cerebral o procesos congestivos en las meninges, dejando rastros materiales para toda la vida y elementos que más tarde son el núcleo de nuevos procesos congestivos, cuyo resultado final es la enajenación mental de alguna de sus formas".⁴⁶

A ello agrega la acción de causas "morales" específicas: a partir de sus accesos infantiles Vivado se torna reconcentrado e irascible y algunos lo llaman *el loco*. A la "depresión moral" resultante atribuye que viviera con fastidio las indicaciones de su padre, que se aver-

⁴⁵ *Id.*, p. 419.

⁴⁶ Meléndez, *Refutación*, *cit.*, p.4.

gonzaba de ver sucio a su hijo, al pensar que podía atribuirse a miseria familiar .

Para contrastar su pericia con las chamonadas de sus colegas, consigna una semiparálisis facial que ninguno de ellos había advertido, a la vez que muestra que *su* interrogatorio ya había descubierto alucinaciones auditivas, que tampoco fueron descubiertas ni por Santillán ni por el Consejo de Higiene.

Después del episodio de fibre tifoidea, Vivado se arruina vendiendo sus mercancías a un precio menor que el que le costaban y eso, consigna Meléndez, prueba que ya estaba loco entonces. "Si reflexionamos ahora que estos inmigrantes vienen a hacer fortuna en Buenos Aires, pasando una vida llena de economías ya veces miserable, se comprenderá que Vivado no podía hacer excepción a esta regla sin estar loco, como en verdad lo está".⁴⁷ Significativo razonamiento que liga la racionalidad económica a los criterios de la cordura e insiste en ver al inmigrante como un efecto secundario de las vicisitudes del dinero.

La fisonomía inmutable del examinado, lejos de probar la ausencia de patología mental se transforma en índice de lo contrario, porque la sangre fría es más propia del loco que del criminal, lo mismo que la premeditación. Para probarlo Meléndez hace desfilar una verdadera galería de locos criminales que pueblan su hospicio y en los que existió premeditación. El estado de locura explica la circunstancia de que no se inmutara al narrar su acción, "porque en el caso contrario no podría ocultar la emoción de todo criminal que tiene la conciencia de haber cometido un homicidio premeditado, cuyo castigo sabe que es la pena de muerte o la inmediatamente menor".⁴⁸

En cuanto al "plan de evasión" que se le propuso y se discutió con él, para probar su capacidad de razonamiento, el solo hecho de haberlo creído, razona Meléndez, prueba que no estaba en sus cabales. " ¿Cómo cree el Consejo por un momento que Vivado en su sana razón aceptara un plan semejante de personas a quienes no conocía I ni tenía título alguno para merecer una propuesta semejante? ¿Cómo no pensar el Consejo de Higiene que esta persuasión y condescendencia por parte de Vivado es un argumento poderoso para demostrar el estado de vesanía?"⁴⁹

La argumentación de Meléndez insiste en que locura no significa

⁴⁷ *Id.*, p. 6.

⁴⁸ *Id.*, p. 9.

⁴⁹ *Id.*, p. 15.

abolición completa de todas las facultades intelectuales, y por ello, ciertas conductas razonables de Vivado no significan que no esté loco. Por otra parte, afirma, la forma más común de la simulación es la manía y no la melancolía, porque es aquélla la que coincide con la imagen vulgar de la locura. Además, si se le sugirió que se hiciese pasar por loco -y la confesión que no condice con las habilidades que el Consejo le atribuye- ¿también se le indicó qué forma de locura debía imitar? Lo que Meléndez refuta sin muchos miramientos es la persistencia, en un informe de máximas autoridades médicas, de esa concepción ingenua y vulgar de la locura que no es capaz de asu. mir un examen más delimitado y cuidadoso, que no puede advertir los matices y las transiciones. Y allí radica la fuerza de su postura más actualizada, que desde ese rol técnico renovado, que en parte está construyendo, le permite decir a los médicos, de otra generación, que integran el Consejo que "no tienen la preparación conveniente" para entender esos casos.

Finalmente, se trata de un perfil de la locura que, preparado en el manicomio, ofrece un ajuste que perfecciona su ideal objetivador. El modo de acceso depende del reconocimiento de que la insanía es huidiza y su diagnóstico exige la atención a diversos niveles de su configuración ya detalles que pueden parecer nimios aisladamente, pero que cobran sentido al integrarse en un conjunto.

Que un loco haya confesado haber simulado su locura no supone ninguna contradicción para este enfoque, porque en cuanto el loco no asume su alteración como una nueva identidad ni coinciden su locura y su conciencia, puede *creerse cuerdo* y como tal *creerse simulador*. Pero todo ello es una apariencia engañosa, más allá de la cual los signos de la locura -que no son globales ni afectan por igual a todas las facultades- dominan con su peculiar densidad, activos y desplegándose en mil efectos.

Para esta figura del médico-psicólogo, sancionar la locura exige una labor de desocultamiento y reconstrucción; solo una diferencia que puede ser imperceptible al ojo no entrenado la separa de una conducta simplemente delictiva. Y si una parte de la tarea consiste en desenmascarar al delincuente simulador, preocupación que comparte el funcionario penal, por otra parte, lo más específico de la renovación tecnológica que funda una disciplina psiquiatría es el perseguir a la locura más allá de las apariencias. Y en esta tarea de desciframiento, los signos pueden adquirir, para el observador preparado, una significación que es la contraria de la que sanciona el sentido común. Así es como los rasgos mismos que fundaban la presunción

de responsabilidad para el Consejo de Higiene, en el nuevo examen no son sino la confirmación de la locura.

Para esta renovada "medicina del espíritu" esa unidad del psiquismo alrededor de una conciencia central y transparente constituye una noción que se resquebraja. De allí que elaborar un diagnóstico, si se hace cuidadosamente, requiere una verdadera tarea de descomposición de las nociones vulgares y de detección de los signos menos manifiestos. Pero todo ello, además, es sostenido por un saber semiológico y nosográfico que si garantiza para el alienista un lugar de incontrovertible sabiduría, a la vez parece ir encontrando su función mayor fuera del manicomio.⁵⁰

La degeneración

El caso de José Vivado ilustra la conmoción que trastoca el dispositivo alienista cuando sale de su reducto manicomial para vérselas con los requerimientos del orden penal, al mismo tiempo que muestra hasta dónde ese impacto presiona la "modernización" y tecnificación del rol psiquiátrico. Pero, al mismo tiempo, desde dentro del discurso y las instituciones de la locura hay un proceso de organización y sistematización de nociones y modelos que va a alcanzar un sustento doctrinario en la teoría de la degeneración.

De tal modo, no basta destacar la manifiesta vinculación de la preocupación médica por la cuestión criminal, con el crecimiento de una problemática delictiva y' de rebeldía social, que caracteriza los últimos años del siglo en Argentina. Es preciso señalar, aunque sea someramente, que hay un sostén que es propio de un desarrollo "teórico" de la disciplina psiquiátrica que, más allá de su función

⁵⁰ José Vivado se salvó de la pena capital pero fue condenado a reclusión por tiempo indeterminado. A. Korn. y P. Alcácer, en sus respectivas tesis dan cuenta, varios años después, de la presencia del parricida en la Penitenciaría. Alcácer, que repite los argumentos de Meléndez, se indigna con el Consejo ante la posibilidad cierta de que pudo haber sido ajusticiado. Korn, por su parte, después de haberlo observado durante dos años, no tiene dudas acerca de que es un alienado. Alcácer, Pedro, *Locura y Crimen*, Tesis, 1883; p. 134 y 142. Korn, A, *Op. cit.*, p. 48-49.

ideológica, la integra a ciertas ideas provenientes de las ciencias naturales que aglutinan y modelan un conjunto de conocimientos s el hombre y la sociedad.

Y al mismo tiempo, no es cuestión de endilgar todo a la acción un "positivismo" que suele ser ubicado -a partir de la reacción filosófica iniciada hacia la segunda década de nuestro siglo- en posición de causa final, como si el mismo no debiera ser explicado.

Es cierto que el internamiento, antes de la organización de los manicomios, había ya reunido en un mismo espacio a locos y criminales, pero no desconocía el abismo que los separaba; esa coincidencia en una común reclusión era más bien un efecto secundario del ejercicio policial del poder.

La correlación de locura y crimen, anudada en un vínculo primario, en un nexo causal común, que tiene su ámbito institucional propio en los pabellones para locos delincuentes, alcanza un nivel conceptual a través de los temas de la degeneración. El manicomio de ser el modelo institucional para el tratamiento de los problemas de la locura, a partir de esa alarmada constatación que inunda los textos de la medicina mental: hay "anormales" que padecen de una locura que escapa al dispositivo alienista. Esa transición entre la plena ocupación del espacio asilar por el personaje alienista y la reformulación que extiende la significación de la locura para perseguirla privilegiadamente en el ámbito de la vida social, socava definitivamente esa utópica comunidad moral autosuficiente, esa burbuja institucional: el manicomio.

No es que las figuras del alienismo europeo no hayan alzado voz más allá de los límites del hospicio para denunciar esa locura de las masas en las revueltas que sacuden la sociedad. Las nociones de monomanía o *moral insanity* tuvieron indudablemente ese telón de fondo. Pero no alcanzan aun para impulsar una reestructuración tecnológica capaz de hacerse cargo del problema en un modo de intervención que vaya más allá de dar la voz de alarma. En cambio, mismo movimiento en que el alienista es convocado por la senda medicolegal a intervenir en las cuestiones de responsabilidad jurídica, va anudando su integración al dispositivo policial que reprime las formas menores de la delincuencia.

Ese proceso que en Francia lleva décadas, en la Argentina se consuma en pocos años y, a la vez, puede advertirse la coexistencia de las nuevas nociones no solo con la versión alienista, sino incluso con nociones sobre la locura anteriores a ella.

¿Cómo se conforma la doctrina de la degeneración? Por una par-

te, si bien los intentos de buscar un fundamento somático de la patología mental, a través de la anatomía patológica del cerebro, lograron algunos resultados en el caso de la parálisis general, no rindieron los frutos esperados. En ese sentido, la teoría de la degeneración parecía ofrecer inicialmente la posibilidad de establecer signos físicos de la locura; con ello la psiquiatría buscaba un camino para reintegrarse a los métodos y criterios de la medicina científica, básicamente fundar una clasificación etiológica.

Pero, al mismo tiempo, la coincidencia con el pensamiento de Darwin fortalece la aceptación casi generalizada de la nueva doctrina psiquiátrica, que pasa a gozar de una popularidad que excede el ámbito de la medicina y se convierte en una referencia central del naturalismo sociológico y literario.

Benedict Augustin Morel, hijo de franceses nacido en Viena -como Mesmer y Freud-, propone su hipótesis basado en una fundamentación que es a la vez psiquiátrica y sociológica; en ella se conjugan -según Ackerknecht- su radicalismo político y su profunda fe católica.⁵¹

"Las degeneraciones son desviaciones morbosas del tipo humano normal, hereditariamente transmisibles y sujetas a evolución progresiva hacia la decadencia."⁵² El repertorio de causas abarca desde la herencia y las lesiones congénitas o adquiridas, hasta intoxicaciones, temperamento morbozo, o factores del medio social.

Al mismo tiempo, Morel modifica el punto de vista que dominaba la noción de *herencia*. Hasta entonces la herencia había sido encarada como la transmisión más o menos directa de formas mentales determinadas y semejantes. La doctrina de la degeneración, en cambio, se liga a la idea de la herencia como mecanismo de *transformación*, tanto de las especies como de los individuos, en sentido patológico: "Los descendientes no presentan más, al cabo de un cierto número de generaciones, los mismos atributos que los ascendientes, sino nuevos atributos físicos e intelectuales, fijos, inmutables, que los diferencian del tipo común de la especie y que hacen de ellos nuevos seres, que él califica de *degenerados*".⁵³

⁵¹ Ackerknecht, Erwin, *Breve historia de la psiquiatría*. Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 37-39. Morel trabajaba en el tema desde 1839. En 1857 publica su *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine*.

⁵² *Id.*, p. 38-39.

⁵³ Magnam et Legrain, *Les Dégénérés*. París, Rueff et Cie, 1895, p.12.

Esa desviación patológica suponía, para Morel, la existencia de un tipo normal originario, es decir, el mito religioso de una pareja humana original, perfecta desde el punto de vista psicofísico, que vendría luego a sufrir los efectos acumulativos de una declinación enfermiza. Toda una fantasmagoría de pecado, castigo y fin catastrófico de la especie subyace a esa visión. Magnan la critica sosteniendo que no puede concebirse científicamente un tipo perfecto en el origen y que la perfectibilidad es una cualidad que actúa en el transcurso de la evolución. "Es, pues, en lo opuesto al origen de la especie donde es preciso buscar el tipo ideal, en su fin, suponiendo que ningún obstáculo se oponga a su marcha hacia adelante, es decir al cumplimiento regular de actos que tienen por fin asegurar su conservación presente y futura: nutrición y reproducción."⁵⁴ Con ello, los temas de la evolución, bajo su faz degenerativa o regenerativa, se engloban en la mitología del progreso y expresan en un ámbito menor, las ilusiones y los temores que acompañan esa dimensión escatológica que está tan presente en el pensamiento social y político del siglo XIX. Las mixturas del darwinismo con los proyectos de reforma social parecen indicar un suelo imaginario común, cuyo núcleo central es la idea de un progreso indefinido, y que atraviesa discursos y propuestas de diverso contenido ideológico.

De cualquier modo, justamente esa omnipresencia de las tesis positivistas en el campo de las disciplinas humanas, exige una penetración indagativa que no se contente con las analogías. Si el ideal de progreso es común, no por eso deja de haber una diferencia notable, por ejemplo, entre la propuesta de esterilizar a los degenerados para mejorar la especie, y la que contiene un discurso socialista que insistirá en el papel que cabe al capitalismo "parasitario" en la producción de marginalidad, miseria y patología.

La teoría de la degeneración cumple una función explicativa que es capaz de dar coherencia aun conjunto variado y heterogéneo de síntomas y conductas: "todos esos tipos, no lo olvidemos, idiotas, imbéciles, degenerados inteligentes, excéntricos, originales, emotivos, hipocondríacos, locos morales, obsesivos, impulsivos, etc., todos son lo mismo en cuanto al fondo; solo difiere la forma exterior. Todos esos aspectos, por variados que sean son reductibles a una sola modalidad psicopática, el desequilibrio, son otras tantas apariencias bajo las cuales se esconde una única individualidad, el degenerado".⁵⁵

⁵⁴ *Id.*, p. 74- 75.

⁵⁵ *Id.*, p. 115.

En ese sentido, la concepción que subyace a la doctrina degenerativa es subsidiaria de la noción de un movimiento evolutivo perpetuo que puede orientarse en sentido progresivo o regresivo, y con ello resalta el ideal moral de perfección, entendido en términos de armonía, integración y equilibrio. Finalmente, todo agente -físico o moral, individual o colectivo, agudo o crónico, originado en la herencia o en el medio- capaz de detener o retardar el movimiento evolutivo de la especie, es considerado causa degenerativa. Es notorio el abuso que se genera a partir de esa figura de la locura, tan abarcativa que permite atribuirle a las condiciones y fenómenos más variados y sin embargo, cierta lógica -no fácil de desentrañar- guía el uso de este artefacto teórico.

Por una parte, está la idea de la degeneración como decadencia histórica, lo que ubica a esa zona extendida del discurso psiquiátrico en una dirección emparentada con cierta filosofía pesimista del devenir "La civilización, la educación intelectual de los pueblos, las preocupaciones sociales que absorben a los individuos lanzándolos en los torbellinos de una vida agitada y sin descanso, las fatigas intelectuales y luego el vicio, las enfermedades, etc., todo ha contribuido a producir un estado de decadencia física, como resultado del exceso de funcionamiento nervioso."⁵⁶

Esa figura oscura y multiforme, bajo la forma de una amenaza genérica al futuro de la especie, a la estabilidad de los valores del progreso, al equilibrio del sistema de poder, fácilmente excede los límites de la disciplina biológica -por ejemplo la concepción estrictamente darwinista de la evolución y la herencia- para desembocar en una filosofía dogmática y escasamente fundada en los métodos de la ciencia.

En ese sentido el fantasma de la degeneración es la contrafigura simétrica de la utopía del desarrollo económicosocial y el progreso cultural indefinidos: la acumulación de riquezas materiales y espirituales se equilibra en esa simétrica producción de la degradación y la decadencia. Por una parte, si la sociedad es un organismo, la degeneración indica precisamente una función fisiológica de evacuación: son los "detritus" de que habla Osvaldo Loudet.⁵⁷ Si bien la proyección de la degeneración sobre la sociedad merece distintas consi-

⁵⁶ Solari, Benjamín, *Degeneración y crimen*, Tesis, 1891, p. 26.

⁵⁷ "Era necesario buscar un laboratorio vivo, el antro sombrío donde caían los detritus sociales". Se refería a la creación del *Servicio de Observación de Alienados*, por Francisco de Veyga. Loudet y Loudet, *Op. cit.*, p.129.

deraciones -incluso algunas que descartan directamente la teoría⁵⁸- en general hay coincidencia en señalar que la descendencia de un degenerado se extingue en unas pocas generaciones por la aparición de la esterilidad como estigma específico. Hasta allí, el equilibrio del sistema no se vería afectado porque la degeneración que tiende a eliminarse como un desecho social viene a ser compensada por la regeneración que es propia de las leyes de la herencia normal.

¿De dónde surge esa visión de la degeneración como un espectro que amenaza a las sociedades civilizadas? "Esta fatalidad que se atribuye a la herencia mórbida, y esta malignidad creciente y grave que se ha asignado a los accidentes degenerativos, han llegado a constituir un principio cuyo fondo es éste: que la degeneración es un mal transmisible en grado extremo, que se acentúa cada vez más a medida que se hereda, sin que tenga otra terminación que el completo aniquilamiento de la estirpe."⁵⁹

La coherencia estratégica del discurso psiquiátrico y criminológico, predomina sobre la consistencia de la doctrina, cuyo núcleo estaba basado en las teorías de la herencia. Así es como terminará afirmándose no solo que "se puede ser degenerado sin necesidad de ser hereditario", sino que la degeneración "adquirida" es la más frecuente. Lo que hace ala degeneración transmisible "no es su propia esencia, sino la clase de factores que obran sobre la descendencia en las diferentes fases del desarrollo".⁶⁰ Con ello, el discurso sobre la degeneración, que Morel y Magnam habían intentado situar en los parámetros de una investigación de la etiología y de los estigmas, acotada según las leyes de la herencia, deriva en una consideración genérica acerca de la miseria y el vicio: alcohol, desnutrición, "miseria fisiológica", fallas de educación, traumas morales.

Las cuestiones de la profilaxis son inmediatamente planteadas y derivan directamente en proyectos que, en sus formulaciones más extremas, oscilan entre la paranoia y el fantasma de salvación.

Así es como José Hualde en su tesis de 1899⁶¹ abunda en una serie de consideraciones alarmadas ante la extensión de la

⁵⁸ Por ejemplo, Groussac, P., "La degeneración hereditaria". Introducción a Ramos Mejía, *I.M., La locura en la historia* (1895), Buenos Aires, L. J. Rosso, 1933.

⁵⁹ de Veyga, Francisco, "De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida. *Archivos de psiquiatría...*, IV, p. 36.

⁶⁰ *Id.*, p.37.

⁶¹ *Profilaxis de la locura.*

familia neuropática, o sea "el transformismo hereditario de las degeneraciones taradas". Después de establecer el parentesco que une al vicio con el crimen y la locura, sostiene que así como la familia neuropática necesita varias generaciones para constituirse, la predisposición hereditaria resultante no se extingue fácilmente. Por otra parte, "Ios candidatos a la locura tienden a buscarse y a unirse, precisamente por esas rarezas y extravagancias inherentes a ellos mismos".⁶²

¿Qué prevención puede encararse frente al peligro de esa infección social y moral que se irradia interminablemente? Hualde representa bien ese papel preformado del psiquiatra que levanta la cabeza por encima de su paciente para escudriñar la locura, ante todo, como un atentado a la integridad del género humano. "¿Debemos cruzarnos de brazos y mirar impasibles el crecimiento de locos? Si queremos evitarlo solo poseemos un medio, a mi entender lícito y aun humanitario: impedir que nazcan quitando el poder fecundante a los progenitores".⁶³ La propuesta profiláctica, básicamente, es proceder a la esterilización quirúrgica de los alienados susceptibles de engendrar hijos locos, haciéndolo de modo que desconozcan la operación sufrida.

La tesis, de cualquier modo es polémica, a tal punto que Benjamín Solari - profesor sustituto de "enfermedades mentales"- se inclina por rechazarla; sin embargo es aprobada por el titular, que es entonces D. Cabred. Pero en todo caso, no responde a una ocurrencia aislada de un alumno. Hualde se cuida muy bien de informar que su propuesta sigue la enseñanza del Dr. José Estévez, que era director del Hospicio de Alienadas.

En el marco de esa percepción que subordina la degeneración a una fatalidad hereditaria, también B. Solari en su tesis parte de la misma afinidad entre locura y delito, y sostiene también el papel decisivo de la transmisión degenerativa en el aumento de la criminalidad. Pero, en cuanto a la profilaxia, ve las dificultades para imponer restricciones al matrimonio entre degenerados, y prefiere postular una acción sobre el medio. Frente a esa imagen tenebrosa de la familia degenerativa, crece la responsabilidad que cabe al Estado, ya no solo en materia de represión y educación, sino en el directo reemplazo de la función familiar: el Estado debe tomar a su cargo los hijos de padres criminales, separarlos para siempre de sus

⁶²*Id.*, p.42 y 61.

⁶³ *Id.*, p. 63.

progenitores y responsabilizarse de su educación.⁶⁴ Su cruzada -más bien imaginaria- contra la degeneración y el crimen apunta sobre todo a una población que despierta su interés compasivo, a la vez que preanuncia la regeneración del porvenir: *la niñez*. A la niñez abandonada y los menores delincuentes -que son el negativo de ese hijo fabuloso de la inmigración fantaseado por Ramos Mejía como el paradigma de la nueva raza- debe dirigirse toda la acción de los poderes públicos, para lo cual propone la creación de institutos de protección de la infancia. En cuanto a los adultos, siguiendo las tesis de Lombroso, propone sacar al fenómeno de la delincuencia del registro de la culpa y el castigo, para hacerlo depender de los derechos de la sociedad a defenderse de quien la ataca. La pena, entonces, ante todo debe entenderse como un "medio de reforma" aplicado al que no ha podido obrar de otra manera. Junto al bello sueño de esos establecimientos para niños forjadores de la futura regeneración argentina, construye la imagen de un espacio complementario, que no será ya cárcel sino *criminocomio*, lugar de enseñanza y formación moral.

Las propuestas de Hualde y Solari parecen surgidas de un fondo común, y al lado de esa fantaseada mutilación que reencuentra, al modo delirante, un trozo del más arcaico pasado e identifica al psiquiatra con un protopadre todopoderoso, se ubica ese fantasma de la caridad obsesiva, que cuida y protege justamente aquello que más teme dañar. En ese sentido, en la misma polarización, Hualde y Solari se reenvían uno al otro, casi como en una interpretación recíproca. Por una parte, Solari dice mucho más que lo que cree cuando acusa al otro de proponer una "castración" de alienados.⁶⁵ Por otra parte, la enérgica y repetida reacción de Solari (además de proponer un "bochazo" para la tesis de Hualde, algo insólito en los usos académicos, y de la respuesta en los *Anales del Círculo Médico*, se ocupa nuevamente del tema en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*)⁶⁶ habla a las claras de que se siente involucrado: finalmente y más allá del barniz humanitario de esa defensa de los pobres locos

⁶⁴ Solari, B., *Op. cit.*, p. 116.

⁶⁵ Solari, B., "La pretendida castración de los alienados como medio de profilaxis de la locura. *A.C.M.*, XXII, p. 585. En realidad Hualde no hablaba de castración, operación solo posible respecto del sexo masculino, sino de esterilización en alienados de ambos sexos. El lapsus tiene valor de interpretación.

⁶⁶ "La defensa de la raza por la castración de los degenerados", *Archivos...* I, p. 385.

frente a la amenaza de castración, la propuesta de quitar los hijos a sus padres no es tampoco precisamente una muestra de bondad.

Justamente en esa tensión entre la liquidación y la educación se mueven las ilusiones de salvación que son el acompañante obligado de esa amenaza globalmente localizada en la zona de la degeneración.

Al mismo tiempo, las tesis de la degeneración enmarcan una cierta concepción filosófica y política sobre las leyes del devenir y sus consecuencias sobre la composición de las sociedades y sobre la estabilidad de los gobiernos. Lo menos que puede decirse es que en ella la disciplina histórica queda aniquilada en su atención a lo particular, para quedar sumergida en las fórmulas grises y repetidas de la evolución natural. No es sorprendente, entonces, que C.O. Bunge en sus *Estudios filosóficos* vincule los temas de la degeneración con los de la *democracia*.

La degeneración proyecta una sombra funesta sobre el destino de la especie humana. "En sus ramas más bajas fructifica el crimen, en las medias florece la locura y en su cabeza resplandece el genio."⁶⁷ Entre el degenerado inferior, el "infrahombre", que condensa las formas de la locura y el crimen -una de sus denominaciones es la de "criminal nato"- y el "degenerado superior", el hombre de genio, se establece un equilibrio simétrico. "Si *sociológicamente*, o sea considerándosele como creador y propulsor de ideas y sentimientos sociales, el hombre de genio debe reputarse un elemento evolutivo, en cambio, *antropológicamente*, es decir, como miembro o expresión de una raza, es más bien degenerativo o regresivo."⁶⁸

Algo iguala los extremos superior e inferior de la degeneración: son escasamente educables. Los degenerados medios, en cambio, que son mucho más numerosos, padecen ante todo de serias fallas del sentido moral y exigen una elevación general del nivel ético mediante la educación. Todo confluye y se iguala respecto de este objetivo de defensa de la colectividad: "la legislación y la política, las letras y las artes, la filosofía y la religión, constituyen, en realidad, distintas formas de la educación social".⁶⁹ Precisamente, esa zona intermedia de la locura que crece y se difunde constituye la gran amenaza de los

⁶⁷ Bunge, Carlos O., *Estudios Filosóficos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919, p. 225.

⁶⁸ *Id.*, p. 235. Las bastardillas son de Bunge.

⁶⁹ *Id.*, p. 240.

tiempos modernos. " ¿Hacia dónde marcha la anémica humanidad contemporánea, ya vagamente degenerada y acaso decadente?" Todo hace temer "una era de egoísmo y de disolución de la familia y de la sociedad" .⁷⁰

No es extraño, pues, que ante esta amenaza de muchedumbres degradadas, este discurso positivista termine haciendo una defensa del cristianismo como núcleo de la moral práctica capaz de poner un freno a la agitación social contemporánea. Nietzsche, "el vidente que murió loco en un manicomio", con su ataque a los valores del cristianismo representa, para Bunge, "la religión de los degenerados".⁷¹

Un ideal aristocratizante de la virtud y la armonía domina en esa visión pesimista de la sociedad que invierte exactamente la valoración del progreso y la civilización, usando las mismas nociones del naturalismo médico. Porque ya Lombroso -y de Veyga e Ingenieros entre nosotros- había señalado esa difusa amenaza degenerativa ligada a las conmociones de la civilización, pero al mismo tiempo ubicaba, justamente, a la acción médico-política como la más favorable para corregirla, a través de la higiene, la asistencia preventiva, la tecnología remozada de la psiquiatría y la criminología. Bunge, que no es médico, da vuelta el argumento: "*los actuales progresos de las ciencias médicas* constituyen uno de los más rápidos vehículos y poderosos coadyuvantes de la degeneración contemporánea". Al disminuir la mortalidad general y mantenerse vivos y con capacidad de reproducción a muchos individuos que antes estaban condenados a sucumbir, al reducirse drásticamente las muertes debidas a epidemias, hambrunas y guerras; al desaparecer la acción selectiva implicada en el exterminio de los vencidos "por los vencedores; la cultura ataca a la naturaleza y favorece la perpetuación y la extensión de la degeneración, realizando una *selección al revés*".⁷²

Pero esa imagen terrorífica de la degeneración ya no tiene ningún fundamento en las leyes de la herencia y por lo tanto ha cambiado el registro en el cual Morella había propuesto, buscando precisamente un fundamento "científico" de la locura, que superara las vaguedades del alienismo acerca de las causas morales y el acento puesto en una consideración reactiva y descriptiva. En ese sentido, tanto Groussac en el texto citado como el mismo de Veyga en el artículo sobre la regeneración, señalaban esa incongruencia. Bunge no desconoce la

⁷⁰ *Id.*, p. 242.

⁷¹ *Id.*, p. 242-243.

⁷² *Id.*, p. 247-249. Las bastardillas pertenecen al autor citado.

objeción y, en todo caso, el modo como la resuelve es bien significativo, porque muestra la fuerza de un cuerpo de representaciones de lo social que orientan y determinan a cierto discurso de las disciplinas humanistas. Porque lo que es verdad "en cuanto a la degeneración absoluta, médica, somática", no vale para la otra: "una degeneración relativa, más psíquica que física".⁷³

No vale la pena insistir sobre la coincidencia de ese pensamiento, que denuncia a la degeneración como la figura misma del descontrol colectivo, con los textos ya citados de Ramos Mejía. En todo caso constituye un decisivo eslabón de ese discurso con el campo del derecho y la sociología. La noción de degeneración, en las manos de Bunge, se expande sin límites y se constituye como una categoría central del análisis sociológico. *Nuestra América*, obra que alcanza un importante éxito de público, sigue en esa línea y desenvuelve una interpretación parejamente sombría sobre la colectividad nacional a partir de consideraciones más bien fantásticas acerca de la cuestión racial.

Francisco de Veyga y José Ingenieros -menos pesimistas-, hermanados en la enseñanza recibida de Ramos Mejía y en la común empresa criminológica, hacen de la teoría de la degeneración un instrumento de un dispositivo bien acotado, dirigido a esa zona de la marginalidad social y la delincuencia, que coincidiría con los "inferiores" de Bunge. Del discurso genérico a la intervención institucional y el despliegue técnico hay una distancia que no puede desconocerse. Y sin embargo, también hay hilos que mantienen alguna continuidad en las concepciones, principalmente en esa insistencia en una degeneración psíquica, imprecisa y desprovista de los estigmas en que Lombroso había fundado su doctrina; en esa tesitura se inscribe la obra criminológica de J. Ingenieros.

Es realmente difícil dar cuenta de las complejidades del discurso y la acción de Ingenieros, sin destinarle un espacio que sería desproporcionado a los propósitos de este libro. Pero en todo caso, ante la imagen oficializada de un discurso cristalizado en las zonas más dogmáticas de una mixtura de Darwin, Spencer y Lombroso con las nociones del "economismo histórico" de Aquiles Loria, conviene, ante todo, suspender el lugar común para admitir que hay más de un Inge-

⁷³ *Id.*, p. 250.

nieros. En ese sentido, Oscar Terán⁷⁴ ha producido un texto indispensable para un análisis de los virajes, las rupturas y las continuidades del pensamiento de Ingenieros.

De cualquier modo, es claro que el autor de *Criminología* no puede compartir el juicio de Bunge acerca del papel de la medicina en la extensión de la degeneración. Más aun, algo del núcleo "socialanarquizante" que domina sus primeros textos persiste más allá de ellos, y sirve para señalar que esa "selección al revés" es debida a condiciones propias del sistema social y político.

Y sin embargo, el Ingenieros criminólogo, ocupado en la descripción y la clasificación del delincuente, cuando se abandona a un discurso genérico sobre la degeneración se instala en la misma vaguedad prejuiciosa. Si bien admite una gama de fluctuaciones entre la locura y la normalidad, de modo tal que no es posible trazar una neta separación entre ambas, carga bien las tintas al referirse a los degenerados: "En ese vasto cuadro, la locura y la criminalidad son como notas agudas en la gama de la degeneración, extremos de una serie donde se escalona una muchedumbre que sin ser honesta no es criminal y sin ser cuerda no merece el manicomio".⁷⁵ De modo que la primacía que Ingenieros adjudica a los caracteres psíquicos del delincuente -en lo cual hace radicar su discrepancia con Lombroso- a la vez que impulsa su pasaje a la psicología, abre las puertas para una tipologización de la personalidad delictiva.

Finalmente, no hay más sustento que una serie de reducciones. i; *Primero*, la locura es una anormalidad psíquica que hace al individuo, inadaptado para vivir en su medio social; tal es el "concepto social de la locura", que absolutiza el orden establecido y desprecia el fundamento orgánico de la patología. *Segundo*, la sociedad está regida por las leyes propias de los organismos biológicos: evolución, adaptación, lucha por la vida; el delito es siempre un acto que directa o indirectamente atenta contra el derecho a la vida. Con ello, la degeneración y la delincuencia son el principal obstáculo para el progreso natural de la sociedad. *Tercero*, sin embargo, en las sociedades humanas no se cumple el proceso natural de selección por el predominio del más apto: además de la delincuencia, la *simulación* (a la que Ingenieros dedica dos volúmenes) se constituye en un medio no

⁷⁴ Introducción de Ingenieros, J.: *Antimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979.

⁷⁵ Ingenieros, J., *Simulación de la locura* (1900), Buenos Aires, L. J. Rosso, 1918, p. 136.

delictivo pero espúreo y fraudulento que tuerce las providencias de la evolución. ¿Cómo distinguir esa inmensa masa de los que no son propiamente ni locos ni delincuentes pero sin embargo son igualmente nocivos? La primera operación es ampliar el concepto de degeneración: "Si la degeneración no muestra en todos ellos caracteres igualmente señalados, esto no autoriza a restringir a pocos la calificación de degenerados, en lugar de extenderla a cuantos poseen caracteres que impiden adaptarse a las condiciones de lucha por la vida" .⁷⁶

La ampliación de la noción produce sus efectos en el terreno jurídico, correlativos a la paradoja que supone afinlar a la degeneración a la vez como enfermedad -y por lo tanto atenuante de la responsabilidad de su portador- y como disposición dañina contra la comunidad, lo que la convierte en un agravante. Ya que es notorio que la delincuencia no tiende naturalmente a disminuir, sino lo contrario, debe revisarse la cuestión de la responsabilidad: "El degenerado se encuentra siendo simultáneamente irresponsable y responsable: irresponsable en principio porque es degenerado y responsable desde el punto de vista social, porque es nocivo".⁷⁷ Pero tampoco es posible afirmar la inferioridad genérica del degenerado para sobrevivir y triunfar en la lucha por la existencia, porque de ser así la "selección natural" no requeriría del auxilio policial, penal, educativo y criminológico, y la criminalidad tendería espontáneamente a desaparecer. Siguiendo a Tonnini y discrepando con Sergi, Ingenieros concluye afirmando que hay degenerados vencedores en la lucha por la vida, y en ello coincide con esa figura de la selección "al revés", es decir degenerativa, de la que habla también Carlos O. Bunge.

Entonces, ¿qué queda de específico para caracterizar aun degenerado? Solo una atribución sociomoral: "El degenerado, en general, es un individuo, vencido o vencedor en la lucha por la existencia, que por las imperfecciones innatas o por la desintegración adquirida del carácter resulta improductivo o nocivo a la sociedad".⁷⁸ En esta petición de principio desembocan miles de páginas -comenzando por las de los maestros italianos- investigaciones antropométricas, complejas descripciones de casos y sesudas clasificaciones.

Ese fantasma de la degeneración proyectado al plano colectivo, aparece sostenido simultáneamente por dos órdenes de representaciones más bien excluyentes. Por una parte, en la medida en que se

⁷⁶ *Id.*, p. 244.

⁷⁷ Magnam et Legrain, *Op. cit.*, p.210.

⁷⁸ Ingenieros, J., *Simulación de la locura*, *Op. cit.*, p. 243.

hace predominar la metáfora de la sociedad como un organismo que evoluciona, esa zona de la degeneración queda equilibrada por la recíproca regeneración, y ambas coincidirían con las funciones biológicas de asimilación y expulsión. En esa figuración que acentúa el finalismo de las leyes evolutivas, el optimismo coincide con la débil atención a las manifestaciones presentes del desorden, que quedan mitigadas por la promesa futura de armonía.

Pero la noción de lucha por la vida, cuando es contrastada con los conflictos reales que atravesaban la sociedad argentina, está lejos de esa imagen de un proceso natural equilibrado que domina la construcción darwiniana sobre las especies. De ello deriva una atención a los "medios fraudulentos" en la lucha por la vida, que si son típicamente humanos y responden a la acción de la cultura sobre la naturaleza, justamente por ello pueden representar la mayor amenaza a esa figura providencial del desarrollo evolutivo. Desde tal presupuesto organicista -que ama mucho más los procesos armónicos que las conmociones y brusquedades-, esa zona extendida de la marginalidad delictiva aparece rápidamente como el principal enemigo, aun para un pensamiento con incrustaciones socialistas, como el de Ingenieros. Sobre la forma ideal de la organización se superpone la figura contraria de la *guerra social*, pero no como lucha de clases sino como la acción corrosiva de la degeneración sobre la estabilidad del proceso evolutivo. "La sociedad, en todos los tiempos, ha temido a estos violadores de su moral; no les perdona el impudor de su infamia y organiza contra ellos un complejo armazón defensivo de códigos, jueces y presidios... constituyen una horda extranjera y hostil dentro de su propio terruño, audaz en la acechancia, embozada en el procedimiento, infatigable en la tramitación alevosa de sus programas trágicos."⁷⁹ De ser uno de los modos del cumplimiento de las leyes del desarrollo, la degeneración pasa a ser la fuerza opuesta e irreconciliable a la causa de la evolución. Armados, con esta lógica de la historia, aun algunos anarquistas y socialistas pueden considerar a la guerra contra el delito como una acción decisiva para el avance hacia sus ideales.

La literatura naturalista asume la forma de una crónica colectiva y profusa acerca de la degeneración que irrumpe en todos los ámbitos y socava todas las instituciones. Desde la Bolsa al matrimonio cris-

⁷⁹ Ingenieros, J., *Criminología* (1907). Madrid, Daniel Jorro, 1913, p. 32.

tiano, en la universidad, la estancia y el comité político, la degeneración acecha a la sociedad argentina y solo el Club del Progreso (*En la sangre*) mantiene sólidamente los ideales de pureza con que el *ego* oligárquico construye una amenazada y precaria identidad. Cambaceres, Sicardi, Martel, Podestá, son la voz de ese discurso paranoico que parece constituirse en una raíz fundadora de la literatura argentina. En todo caso una paranoia casi abortada, porque carece del despliegue de esa dimensión restitutiva que eleva a la genialidad, en cambio, los delirios del Presidente Schreber.

Esa difusión ejemplarizadora de los peligros que se esconden en lo más profundo de la estructura psíquica sirve finalmente a la formación del Estado, que pasa por ser la expresión de toda la sociedad, fantasmaticada como un cuerpo místico que integra a los organismos individuales. De allí que cierta exploración de la "intimidad" - sexualidad, relaciones familiares, negocios- no se separa de esa mirada pedagógicamente orientada que simultáneamente atiende a los grandes fines de la Nación. Y si bien es cierto, como se verá, que esa imagen de la degeneración fácilmente se identifica con la de la inmigración, no es menos cierto que se presta a un empleo más amplio; justamente eso ha hecho posible que con ligeros cambios de nombre esa figura de la horda corrosiva haya pervivido hasta el presente.

Irresponsable es un texto paradigmático de ese pedagogismo ubicable entre las más sólidas tradiciones de la novela naturalista. Pero más que la contaminación del sistema literario por esa presencia de los médicos que conciben a la escritura como una prolongación de su misión, interesa destacar el efecto inverso: el discurso médico sobre la degeneración responde a una retórica más propia de la ficción que de la metodología de las ciencias experimentales. Si, por una parte, un texto como el de Podestá es un manual de divulgación acerca de la locura y la degeneración, no es ajeno al efecto buscado de educar con el ejemplo, el que sitúe inicialmente -igual que Cambaceres en *En la sangre*- al desequilibrado como sapo de otro pozo en los severos claustros de la universidad. Porque la fuerza de esa fábula moral estriba, por una parte, en señalar a la degeneración como un enemigo cercano y promiscuo, pero a la vez en asegurar un mal final a través de esa carrera de degradación que, curiosamente, hace una escala intermedia en la política antes de llegar a su destino final: el manicomio.

Pero lo notorio es que los textos médicos no ofrecen un modelo de escritura disímil, y aun allí donde hacen referencia a factores más circunscriptos de la degeneración, como el alcohol o la sífilis, el mo-

do de encararlos no difiere del que aparece en la narrativa: ante todo como expresión de una dimensión genérica del vicio y la degradación.

Es notorio, por ejemplo, que las referencias a la sífilis y el alcohol, como los espectros más temidos, sirven para fundar un discurso sobre la sexualidad y la familia y no sólo porque el fantasma sifilítico acompaña, para la visión médica, cualquier ejercicio de la sexualidad, sino porque la familia misma puede ser tematizada antes que nada bajo la forma siniestra de esa *familia neuropática* que amenaza con la degradación simultánea de la especie humana y de la moralidad colectiva.

En ese sentido, por debajo de esa imagen de lo inasimilable y lo rechazado, que solo puede encararse virando hacia una verdadera teratología social, aparece una latencia que liga los temas de la locura a los mitos de la pureza. La idea de *raza* encuentra aquí no una más precisa definición en términos científicos, sino la fuerza dramática que deriva de localizar en ella el futuro de la especie. Así, en esa proyección a lo universal del linaje humano, el discurso médicosocial, desde ese lugar del perseguido, reencuentra los viejos temas de la virtud y la salvación.

Familia y sexualidad, rebajados sobre el parámetro dominante de la reproducción y la regeneración (superpuestos paradójicamente con la institución del prostíbulo, que despliega sus propias fantasías y consolida su difundida acción pedagógica) se conforman como objetos subordinados y secundarios frente al protagonismo de la degeneración.

En ese sentido, alrededor del tema de la *herencia* se anuda un complejo de significaciones míticas que son simultáneamente científicas, políticas y sociales. La cuestión del *linaje*, que pone en juego la problemática de la conservación y el cambio respecto del pasado, introduce la función del tiempo en el destino de la vida humana, bajo la forma de la acumulación o de la ruptura, bajo el énfasis puesto en la valoración del pasado o en la expectativa esperanzada del futuro. Todo ello se sitúa diversamente alrededor del papel atribuido a la *raza*, y aun del modo de concebirla, lo cual está íntimamente ligado a las representaciones dominantes hacia el fin del siglo respecto de la inmigración; reencontraremos la cuestión más adelante. De cualquier modo, no es insignificante que una profusión de referencias a la cuestión de la raza, ligada al destino y la identidad nacionales aparezca casi como una derivación reactiva respecto de esta presencia primaria y activa del peligro degenerativo.

El tema de la degeneración aparece proyectado a la filosofía en la obra de Carlos O. Bunge, y funda una teoría de la historia -implícita en J .M. Ramos Mejía- anclada en una consideración evolutiva del derecho y la política. Para este autor, el derecho es el producto resultante de dos principios en lucha: el conservador y el progresista, también denominados el elemento *hembra* y el elemento *macho*, respectivamente. Que una tal concepción de la historia se exprese en términos de una simbología tan arcaica muestra bien cómo las banderas del cientificismo enarboladas por el pensamiento positivo -que son bien distintas de los instrumentos fundamentales de las ciencias- pueden derivar, en sus formulaciones más dogmáticas en una mitología animista, en la cual la naturalización está consiguientemente sexualizada.

Y esto, que se hace explícito en cierto fantasma perverso ya señalado respecto de las masas, está también presente en los temas más constantes de la evolución, de la dupla armonía-lucha, de la búsqueda de un sentido final a la historia. Una analítica que persiguiera el imaginario multiforme de los discursos positivistas en sus figuras más caras, en ese sentido, haría posible escribir uno de los capítulos que faltan en la historia de las ideas y de las ciencias, en sus crisis y sus continuidades desde el siglo XIX hasta el presente.

Partiendo, entonces, de esa mítica oposición entre el progreso y la conservación, plantea Bunge que el derecho tiende a imponer valores cada vez más igualitarios en la medida en que se pierden los derechos de privilegio. Para explicar esta evolución recurre a una teoría biológica de la historia, que parte de la noción de *raza*, determinada por la geografía, como lo más específico de la condición humana. De ella nacen, por los principios biológicos de la lucha y la selección, la guerra y la conquista, que hacen nacer las clases sociales y el Estado.⁸⁰

"Las leyes de la vida engendran, a través del proceso étnico, el principio político del Estado" La forma jurídico-política propia de esta superrevolución es el *principio aristocrático*, que crea, entonces, al Estado como forma evolutiva y civilizada del derecho. Pero, sin embargo, ¿por qué las razas dominantes no mantienen su superioridad por tiempo indeterminado? Aquí aparece la *degeneración* como motor de la historia, porque todos los organismos, incluso los más complicados como las razas, son susceptibles de degenerar. Más aun, las razas "superiores" a menudo organizan su dominación de un modo que resiente su salud física y psíquica por causa de un

⁸⁰ Bunge, C. O., *Estudios filosóficos*, cit., p. 154-157.

trabajo mental excesivo, de insuficiente actividad física, alimentación excesiva o matrimonios de conveniencia. El *parasitismo* -figura biológica- sería la forma degenerada de esa dominación aristocrática.

Por el contrario, suele suceder que las razas dominadas, "especialmente los agricultores... se fortalecen y se regeneran en la rusticidad y el trabajo".⁸¹ Por la vía de la degeneración de los amos y la regeneración de los esclavos, Bunge pone a Nietzsche cabeza abajo y reencuentra -paradojas de un positivista- los mitos evangélicos, como una promesa de felicidad que la biología asegura en este mundo.

La teoría de la degeneración diferencial de las razas explica la lucha de clases, concebida, finalmente, como la perpetua sustitución, y en todo caso ampliación, de las elites. En ese sentido, ciertas críticas de Bunge a las tesis de Marx, se homologan a las salvaduras que J .M. Ramos Mejía dejaba planteadas respecto de las ideas de Le Bon. Así como para Ramos Mejía, solo el individuo de mentalidad inferior podía participar del estado psicológico de masa, Bunge reprocha a Marx el igualitarismo de su teoría del valor: "Un año de trabajo de un Kant, de un Beethoven, de un Edison, de un Sarmiento o de un Benavente, vale miles y millones de años del trabajo de un obrero cualquiera".⁸²

Por un lado puede verse la matriz de un cierto pensamiento Social en el que la anunciada adhesión a principios de igualitarismo social aparece extrañamente asociada a la manifestación de un elitismo bien acentuado. La ciencia y el arte, a través de la función soñada de la educación, serían los medios para lograr una extensión de las elites que, en el límite, realizaría la utopía de una sociedad homogéneamente valiosa y virtuosa.

A la vez, la invocación de Sarmiento ubica esa empresa en una tradición que la legitima. Finalmente la estatua que estos intelectuales políticos le construyen, completa en ellos una suma de virtudes intelectuales y morales. No solo se constituyen en la encarnación misma de esa fantástica regeneración deseada, sino que por el mismo movimiento se colocan en un puesto de comando de esa empresa civilizadora que cumple el mandato recibido del padre Sarmiento.

⁸¹ *Id.*, p. 159.

⁸² *Id.*, p. 177.

El delincuente

Entre las primeras prácticas médicolegales y la producción del personaje delincuente, se sitúa una metamorfosis que afecta, ante todo, al propio alienista. Junto con la producción de ese nuevo objeto teórico -el crimen- en el que se integran discursos de la biología, la sociología, la psicopatología y el derecho, se construye correlativamente el funcionario correspondiente: el criminólogo. Nace con un carácter híbrido -cruza de psiquiatra penalista y policía- que se traslada a su acción, desplegada entre el examen que apunta a objetivar y tipificar al delincuente y la intervención protagónica en el proyecto de una nueva administración del castigo.

El concepto de *peligrosidad*, condición virtual que proyecta el diagnóstico hacia la previsión del riesgo futuro, a la vez que constituye un núcleo fundamental de la nueva disciplina, promueve un reajuste del sistema de nociones y criterios que fundan la doctrina jurídica. La noción de delito, la cuestión de la responsabilidad y los fundamentos de la penalidad, aparecen transformados a partir de que la antropología criminal da vida a ese nuevo sujeto histórico: el delincuente, que ya no se define solamente por haber cometido un delito sino que está caracterizado por cierta tipología morfológica y psíquica.

Como se vio, esas formas parciales de la locura, bajo la denominación de "monomanía" y "locura moral" -construidas sobre el telón de fondo de los desórdenes urbanos, como la contraposición del "ciudadano respetable"- habían preparado una lógica alienista predispuesta a intervenir en la zona del delito.

Al mismo tiempo, en el mismo proceso por el cual se "subjetiviza" la delincuencia y se busca ajustar la penalidad al criminal más que al delito, análogamente se acentúa la importancia del componente biopsíquico y moral de los ciudadanos como parte esencial de la fuerza y la riqueza de la nación. De allí ese dispositivo de observación y clasificación, por el cual un retoño del alienismo cambia el manicomio por el espacio urbano, y extiende su interés por la conducta y las costumbres, en una función vigilante que impacta notablemente en el nacimiento de la psicología como disciplina autónoma.

El darwinismo contribuye decisivamente a la instauración de una concepción biologicista de la sociedad y las regulaciones jurídicas. De ello deriva que el delito no sea considerado sólo en relación con el orden de los códigos, sino con las condiciones que lo producen,

despejadas mediante una investigación del delincuente. El carácter del acto y su tipificación dependerá de factores biológicos, psíquicos y del medio natural y social.

La *biosociología*, por una parte, impone una plena continuidad evolutiva entre los diversos factores en juego, de modo que una estricta filogenia establece la línea de desarrollo desde los fenómenos biológicos a los económicos y sociales. La sociología y el derecho penal son, entonces, el fruto desarrollado de las ciencias naturales, y en las leyes de la naturaleza encuentran el fundamento para afirmar una compacta *unidad* de esos diversos factores intervinientes en la génesis del delito.

Las sociedades, y sus instituciones, evolucionan igual que las especies vivientes y desarrollan funciones colectivas adaptadas a las condiciones de vida propias del ambiente. La función de defensa, entonces, tiende a socializarse ya organizarse en instituciones colectivas destinadas a la conservación del grupo. Tal es el fundamento de la penalidad, que no reside en "intangibles principios éticos o jurídicos", sino en "instituciones destinadas a sistematizar la defensa colectiva contra los individuos inadaptados a la vida en sociedad".⁸³

La *vida* se convierte en mucho más que un objeto de conocimiento y deviene el supremo valor que da forma a ese mito unitario en el que se disuelven todas las diferencias. No solo la ley deriva del desarrollo de la vida, sino que no tiene otra función que defender su soberanía: todo delito, sea contra las personas o contra la propiedad, es un atentado contra esa figura máxima, esa verdadera divinidad pagana de cuyo despliegue debe esperarse todo. "La 'lucha económica' de la vida social solo es una forma evolucionada de la 'lucha por la vida', entendida como simple disputa biológica de los medios de existencia; los hombres disputan el derecho de vivir y reproducirse, por grande que sean las oscilaciones en la interpretación de ese derecho. El delito es la obstaculización de ese derecho; delinque todo el que en la lucha por la vida excede los límites determinados por el criterio medio de los hombres en un ambiente dado."⁸⁴

Ingenieros puede decir entonces que "el *Contrato social* está amortajado", y así es, efectivamente, para esta exaltación de la Vida y sus incoercibles regulaciones, en la medida en que precisamente el fundamento clásico del contractualismo postulaba, por el contrario, la soberanía de la ley sobre la naturaleza.

⁸³ Ingenieros, J., *Criminología, cit.*, p. 19 y 17.

⁸⁴ Ingenieros, J., *Simulación de la locura, cit.*, p. 86.

La sociología y la filosofía del derecho, a la par que la psiquiatría y la medicina legal, reciben el influjo de las nuevas concepciones sobre el criminal y el delito que han quedado definitivamente asociadas a la obra de Cesare Lombroso. Más allá de las variaciones en sus ideas y las divergencias entre algunos de sus discípulos, el núcleo de la doctrina lombrosiana radica en la postulación de que los criminales habituales constituyen un tipo humano separado. Sea por atavismo, degeneración o epilepsia -que son las variantes alternativas de la etiología criminal- la población criminal está caracterizada por signos particulares, somáticos y psíquicos.

Como sea, la hipótesis del atavismo pone suficientemente en evidencia la radical escisión que expulsa al acto delictivo ya su portador del espacio de una significación humana. No solo los delincuentes presentan las características del "hombre salvaje" y del "piel roja", sino que, "aun los crímenes más horrendos e inhumanos tienen un punto de partida fisiológico, atávico, en esos instintos animales que, embotados por un cierto tiempo en el hombre por la educación, por el ambiente, por el miedo al castigo, vuelven a pulular de golpe por el influjo de ciertas circunstancias."⁸⁵ Si el animal acecha en el interior del hombre -en la práctica es casi siempre del que pertenece a una condición social desposeída y marginal- la oposición mayor de la civilización y la barbarie aparece, no solo naturalizada y ajena a toda circunstancia histórica, sino jugándose fundamentalmente en el interior de la organización psicofísica individual.

José Ingenieros sintetiza las premisas de las nuevas concepciones: "1º) Los delincuentes suelen presentar anomalías biológicas que influyen en la determinación del delito. 2º) Algunos delincuentes presentan ausencia congénita de sentido moral, constituyendo el tipo del 'delincuente nato'. 3º) El determinismo excluye toda idea de libre albedrío en los delincuentes. 4º) El criterio de la 'responsabilidad', en cualquier forma, es falso y artificial. 5º) El objetivo de la lucha contra el delito no debe castigar al delincuente sino ponerle en la imposibilidad de perjudicar a la sociedad. 6º) La represión debe hacerse según el criterio del peligro o temibilidad de cada delincuente, "asegurando la defensa social".⁸⁶

Si el delito es aprehendido nocionalmente en el marco de una concepción cuyo núcleo es biológico, de acuerdo a la definición del

⁸⁵ Lombroso, Cesare; *L'Uomo delinquente*, Milán, Ulrico Hoepli, 1876, p.199 y 201.

⁸⁶ *Archivo de Psiquiatría...*, I. p. 337.

medio como espacio de la "lucha por la vida", al mismo tiempo es la alteración de las leyes naturales de la evolución -que son también las de la historia- lo que ubica su espacio propio cerca de la *degeneración* y la *locura*: "la locura y la criminalidad son como notas agudas en la gama de la degeneración".⁸⁷

Más aun, Ingenieros marca su discrepancia con la noción de un "tipo delincuente" y sostiene que las anomalías que le son adjudicadas son comunes a todos los degenerados, sean hereditarios o adquiridos.⁸⁸ La *psicopatología criminal* pasa a ser un eje fundamental de la nueva disciplina, con sus precisiones nosográficas y clínicas, y el estudio del "funcionamiento psíquico" de los delincuentes más que el de la morfología somática, será el eje dominante en la criminología argentina, a partir de la obra de Francisco de Veyga y José Ingenieros. Así es como ambos son, a la vez que funcionarios del naciente dispositivo criminológico, profesores en las primeras cátedras de psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras.⁸⁹

Y al igual que en la "locura parcial" y en los caracteres imprecisos de la degeneración, ese recurso a la psicología viene a coincidir con la definición de una zona de transición en la que el diagnóstico persigue una patología huidiza. Se trata de la distinción y las gradaciones entre *delito natural* y *delito legal*, que es correlativa, para el positivismo jurídico, al desequilibrio entre la evolución de la ética y la del derecho, ya que una depende de la opinión moral y el otro de la estructura jurídica de la sociedad. De allí que el estudio de "los modos antisociales de lucha por la vida que escapan a la sanción de la ley"⁹⁰, enteramente equiparables a una locura mínima, comprometa la intervención del médico criminalista en una extensión de la acción represiva y preventiva contra esa zona tenebrosa de la sociedad que se empieza a conocer como *la mala vida*.

Las fronteras del delito oscilan como las de la locura, y el "delincuente natural" - igual que el "loco larvado"- es tanto más peligroso cuanto que su desviación puede resultar imperceptible para el orden jurídico penal. "Este tipo de delincuente natural escapa a la represión de la ley, sin ser por ello menos antisocial y peligroso que muchos ladrones y homicidas, a quienes aventaja en la práctica de la

⁸⁷ Ingenieros. J.. *Simulación de la locura*, cit., p. 136.

⁸⁸ *Id.*, p. 147-148.

⁸⁹ Gottheld, René, "Historia de la psicología en la Argentina", *Revista Latinoamericana de Psicología*, I, p. 187 y 189.

⁹⁰ Ingenieros. J.. *Criminología*, *Op. cit.*, p. 26-27.

infamia, como esas fuerzas moleculares que nadie ve y carcomen los metales más nobles."⁹¹

Para algunos, todavía aferrados a las viejas tradiciones médicolegales, que temían que esta transformación del criterio de la responsabilidad y de la lógica del castigo vaciara las cárceles, los textos criminológicos son bien tranquilizadores. No se trata de "humanización" principalmente, sino de hacer más eficaz y moderno un dispositivo que enfrenta el desafío de un creciente desajuste del espacio urbano, focalizado en las secuelas de la inmigración masiva.

En la convergencia de esa preocupación "sociológica" propia del higienismo con las interpretaciones sobre la locura de las masas y su papel en la formación de la nacionalidad, confrontada con las imágenes de desorden social que parecían comprometer el futuro de la Nación, el proyecto mismo de una intervención sobre la marginalidad y el delito fundado en premisas científicas, se sitúa desde el principio en el surco del viejo sueño de regeneración moral. Casi puede decirse que se consolida una *higiene de las costumbres* por el sesgo de la denuncia de las transgresiones: el dinero y la propiedad, la sexualidad y los valores tradicionales, la familia y la instrucción, conforman los temas -y las faltas- repetidamente desplegados en una empresa de pedagogización que impregna los discursos y guía a las instituciones.

Pero todo ello no obsta para que el dispositivo en torno del crimen impulse una acción propiamente tecnológica y busque sistematizar un conjunto de conocimientos y procedimientos prácticos de intervención. Ante todo, con Francisco de Veyga, la cátedra de Medicina Legal -fue designado titular en 1900- busca en el espacio urbano las condiciones para una enseñanza práctica, y así se va constituyendo una clínica del delito, que se diferencia de la práctica desarrollada en la penitenciaría porque, a la vez que se proyecta sobre la ciudad, encuentra su material de investigación en sus márgenes y en los delitos menores.

Así es como surge una nueva institución, el Servicio de Observación de Alienados, por iniciativa de de Veyga, autorizado por el Jefe de la Policía Federal para dictar su materia en el Depósito de Contraventores "24 de noviembre". Allí caían las víctimas habituales de la acción policial: borrachos, atorrantes, desocupados, prostitutas, mendigos, o bien los sospechosos de acciones delictivas menores. Y allí, en esa dependencia compartida entre la policía y la universidad, parece simbolizarse un anudamiento del saber y el poder que pocas

⁹¹ *Id.*, p. 29.

veces resalta tan nítidamente. Porque en la "observación" se conjugan la vigilancia y la investigación, y con la transformación del depósito en laboratorio social, una función policial de control y represión de la marginalidad funda un espacio de producción de conocimientos; allí nace la *clínica criminológica*.⁹²

Al mismo tiempo, queda impuesta establemente la doctrina de la antropología criminal: "La inauguración de la clínica '24 de noviembre' presenta, pues, no solo la consagración definitiva de la Escuela Positiva en nuestra Facultad, sino su aceptación por la autoridad policial".⁹³ Pero hay algo más que una colaboración "técnica" respecto de la institución policial, en la medida en que el reajuste tecnológico alcanza a la propia lógica punitiva. Porque la sustitución de la simple reclusión por el sometimiento del infractor a los procedimientos del examen, y, más aun, la catalogación como presunto alienado de cualquiera que fuera derivado a la sala, revelan la instauración -en proyecto- de un nuevo criterio de penalidad, que ya no se limita a castigar las faltas sino que las previene, presionando por medios morales hacia la normalización de la conducta.

Esa renovación doctrinaria y administrativa del dispositivo de la criminalidad oscila entre los polos del criminal excepcional y del conglomerado nutrido de la marginalidad y los delitos menores. El gran personaje delincuente, de resonancia pública, llena los tratados y los textos de divulgación y algo de esa notoriedad parece empujarlo al espacio literario, en el que el naturalismo le fabrica un lugar entre los tipos humanos de todos los tiempos. Podría decirse, en ese sentido, que las obras criminológicas cultivan y exaltan ese personaje siniestro y genial -en el sentido propiamente lombrosiano- con una dedicación que es proporcional al énfasis con que exhiben al psiquiatra criminalista como fiel defensor de la sociedad contra sus peores enemigos.

A través del "estudio del caso" los textos se pueblan de personajes a los que sus crímenes han hecho famosos y que -a diferencia de los casos de cualquier obra clínica del campo de la medicina- figuran con nombre y apellido, precisamente porque esa denominación personalizada los inscribe con pleno derecho en la historia de la disciplina criminológica. A la luz de esa notoriedad pública del criminal famoso, el médico especialista aparece puesto de relieve y enaltecido

⁹² Desde 1902 y hasta 1911 la dirección del Servicio va a estar a cargo de Ingenieros. *La locura en la Argentina, cit.*, p. 179.

⁹³ Barbieri, Pedro, "La clínica criminológica". *Archivos...*, V, p. 296.

en su labor, como una versión moderna del mito heroico, que no se detiene ante la exigencia de descender a los infiernos de la moderna vida urbana. Legitimado por esa magna empresa, puede planear y desarrollar una acción más continuada y discreta sobre la marginalidad cotidiana.

Paralelamente, frente a la imagen global de una locura delictiva, como un atributo difuso y extendido, que funda la noción misma de masa popular en José M. Ramos Mejía, el desarrollo de la psicopatología criminal exige una precisión que va a ser un eje del progreso de las modernas disciplinas clínicas: el diagnóstico debe alcanzar a lo más individual. No basta enunciar la filiación común de la locura y el crimen, esa afirmación de principio debe ser continuada con la producción de una psicopatología criminal capaz de diferenciar los diversos tipos de delincuentes -natos, locos, habituales, pasionales, ocasionales- y valorar la incidencia del medio y las circunstancias.

Pero lo que interesa resaltar en esa avanzada de la "observación" sobre el paisaje urbano, es la conformación de nuevos modelos y criterios en la intervención sobre la locura y el delito. No es ya el discurso alienista que desde su exilio manicomial juzga las lacras de la civilización, sino la puesta en juego de una nueva práctica compleja (que incluye la producción de textos y la ampliación del público, en torno de la correlación locura-delito-degeneración) dispuesta a intervenir enfrentando de cerca la patología social, acechándola aun en sus manifestaciones mínimas y persiguiéndola allí donde aun no está sino en gestación.

Esto solo puede hacerse en alianza con la institución policial, y allí reside la razón de una alteración de fondo en las cualidades de esa célula fecundada a la sombra del hospicio: la relación alienista- loco. y no solo porque el "presunto alienado" no suele requerir ni recibir de buena gana los servicios del psiquiatra criminólogo, ya que también era lo más común en el hospicio que el loco fuera traído por la autoridad policial. Pero aun cuando fuera internado contra su voluntad, el terror y la persuasión de esa figura única del alienista alcanzaba a fundar el encuentro, cuidadosamente cultivado, que procuraba reemplazar cualquier otro vínculo y cualquier otra autoridad.

Lo que separa al psiquiatra criminólogo de esa primera clínica, es la presencia constante de la autoridad policial, que en el nuevo dispositivo no se limita a derivar al que va a ser asistido sino que con sus fines institucionales impone su lógica a esa experiencia. y en tal *ménage à trois*, en el que no todas las alianzas son posibles -casi podría afirmarse que el matrimonio del médico con el policía está muy

cerca del ideal de indisolubilidad- está mucho más vedado cualquier acercamiento identificatorio. Si es cierto que aquella inédita relación psiquiátrica abría la vía de ese "influjo personal", que es una condición histórica de la constitución del método psicoanalítico, la estricta disciplina del sistema criminológico parece poner una roca pesada en ese camino de desarrollo.

De cualquier manera, José Ingenieros es un modelo también en su *ubicuidad*, repartido -en este período de su obra- entre la política, la psiquiatría, la psicología y el estudio de la sociedad argentina. Subyace a todo ello una estricta coherencia, más aun, casi aparecen esas disciplinas teóricas como diferentes puestas a foco de un aparato de indagación que obedece a idénticos mecanismos. Así es, por ejemplo, como la psicología experimental -que se enseñaba en Filosofía y Letras desde los últimos años del siglo XIX- nace y crece paralelamente en el espacio del Servicio de Observación, donde se crea uno de los primeros laboratorios del país.⁹⁴ La trayectoria ulterior de Ingenieros hacia la psicología (sus *Principios de Psicología* son de 1911) no es solo la consecuencia de esa continuidad lineal postulada entre bio, psico, y sociología, sino que mantiene la consistencia lógica de un proyecto que define la normalidad desde la patología.

Precisamente, el propio Ingenieros interpreta que su contribución distintiva en el terreno de las teorías criminológicas fue destacar la mayor importancia de los "estigmas psíquicos" en la personalidad delincuente; eso es correlativo, por otra parte, con afirmar que no existe un tipo delincuente y que las anomalías morfológicas no le son propias sino comunes al cuadro de la degeneración.⁹⁵ Este énfasis en la psicología, entonces, que marca su trayectoria inmediatamente ulterior, mantiene su deuda con el proyecto globalmente reo generador de la sociedad que, con la salida del hospicio hacia la marginalidad, extiende progresivamente su acción preventiva.

En cuanto a la trayectoria de Francisco de Veyga, que también dictó cursos y produjo textos de psicología, ilumina otra correlación del dispositivo psiquiátrico y criminológico: la medicina militar. Fiel discípulo de José M. Ramos Mejía, puede decirse que continúa su obra a la vera de ese modelo de multitud en orden que es el ejército, y no lo hace mal, a juzgar por los resultados de una carrera médico militar en la que alcanza la jefatura de la Dirección General del Ser-

⁹⁴ *Id.*, p. 297

⁹⁵ *Simulación de la Locura*, *cit.*, p. 136 y 147.

vicio de Sanidad del Ejército y el grado de General de la Nación.⁹⁶ Que ello lo haya llevado a dejar la cátedra de medicina legal,⁹⁷ no constituye un cambio de rumbo, si se considera hasta qué punto la creación del servicio militar obligatorio reunía una masa heterogénea de población a la que se trataba no solo de atender sanitariamente sino de organizar y unificar también en el orden moral subjetivo. En ese dispositivo de socialización y producción de un sujeto nacional colectivo -tan poco investigado, por otra parte- los recursos de la psiquiatría y la naciente psicología clínica y experimental se proponían cumplir un papel esencial.

Cuando esa consideración genérica que concibe al delito como una falta a las leyes de la Vida, baja al plano concreto del desorden cotidiano -que es el objetivo más ambicioso y de largo alcance- la caracterización del delito está bastante lejos de los presupuestos de objetividad científica para recaer en las viejas figuras del vicio y la degradación. Más que en la precariedad teórica de la doctrina de la degeneración, es en esas imágenes de la *corrosión* y de la *nocividad* que atacan al orden -como la figura compacta de un amo fabuloso, de un supraorganismo virtual que domina la escena de la inadaptación- donde locura y delito, rebeldía, fracaso y miseria se igualan en una equivalencia casi sin matices.

Ahora bien, ¿cuál fue la eficacia de ese despliegue avanzado de la razón médico criminalista sobre esa zona de la irracionalidad urbana? En 1902 ingresaron al Servicio de Observación 218 personas, de las cuales 188 son hombres y 30 mujeres.⁹⁸ Para esa época, según una fuente policial, había en Buenos Aires 15.000 delincuentes profesionales, uno por cada quince varones adultos.⁹⁹ De cualquier modo, pese a ese resultado, fallido en cuanto a una efectiva función de control social, no deja de ser resaltable la firmeza con que impone ciertos modelos de intervención y legitimación que reajustan la vieja lógica de la marginalidad.

⁹⁶ *Revista Argentina de Higiene Mental*, VIII, N° 6, p. 7.

⁹⁷ A raíz de ello, en 1911, Ingenieros preparaba ya la materia, seguro de ser el próximo titular, cuando fue vetado por la terna elevada a las autoridades por el presidente Saenz Peña. En respuesta, renunció a todos sus cargos y abandonó el país anunciando que no regresaría mientras continuara esa gestión presidencial; *El hombre mediocre*, fue su réplica moral.

⁹⁸ "Estadística de la Sala de Observación de alienados". *Archivos...*, 11, p. 42.

⁹⁹ Rossi, José, "La criminalidad profesional en Buenos Aires", *Archivos...*, II, p. 169.

Por otra parte, el Servicio se proponía racionalizar los recursos puestos en juego en la lucha estatal contra la locura y el vicio; como se vio, desde mucho antes se planteaban polémicas en tomo de los criterios de las admisiones en los hospicios, por ejemplo, respecto de los alcoholistas y los mendigos. Para esa franja fronteriza de los que no son ni claramente locos ni típicamente "cuerdos", que tampoco pueden ser procesados por algún delito definido, la institución clínica criminológica viene a proponer un esquema de clasificación y derivación que apunta a realizar el ideal de una sociedad estrictamente ordenada, donde las tipologías económicas de clase encuentren una correspondiente ubicación en ciertos parámetros médico morales.

El relativo fracaso de ese proyecto, tanto en la faz de su expresión jurídica -las iniciativas del positivismo penal nunca alcanzaron a modificar los códigos- como en el control efectivo de los síntomas del conflicto social, no debe ocultar la fuerza y la persistencia de ese modelo de racionalidad y administración de la conducta ciudadana. Particularmente atendiendo a los desarrollos y transformaciones del dispositivo de la locura y la "herencia" de esos primeros modelos en el movimiento de la *higiene mental*.

Al mismo tiempo, resalta cierta función "metodológica" de la psicopatología y la criminología como una referencia aglutinante del conjunto de las ciencias del hombre y la sociedad. En 1902 comienza la publicación de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, dirigida por Ingenieros, y desde el año siguiente lleva este subtítulo: "Aplicados a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía". En el Comité de Redacción figuran, además de José M. Ramos Mejía y Francisco de Veyga, Manuel Podestá (el autor de *Irresponsable*, que es médico del Hospicio de Alienadas) y Pietro Gori, abogado penalista italiano que residió en la Argentina de 1898 a 1902 y cumplió un papel importante en la difusión y la organización del anarquismo.¹⁰⁰ En los *Archivos* colaboran junto con voceros de esas diversas disciplinas, escritores, filósofos, políticos y funcionarios judiciales. A tal punto se destaca su capacidad de convocatoria al campo intelectual que es un antecedente directo de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia y Educación*, fundada por el mismo Ingenieros al regreso de su autoexilio, en 1915, y que mostró idéntica ambición integradora.

¹⁰⁰ Sobre Pietro Gori, ver, Oved, Isaacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México, Siglo XXI, 1978, p. 88.

Los Archivos muestran bien cómo el pensamiento convocado alrededor de los temas de la locura y el crimen encuentran en ese campo cultural, un espacio favorable para la producción de conocimientos, y cómo en la fenomenología de la desviación mental busca indagar las claves de una interpretación de la sociedad y la historia. En ese marco, una obra sociológica e historiográfica como la de José M. Ramos Mejía cobra un relieve especial en la conformación de ciertos "modelos" perdurables.

Más aun, la conjunción de ideales políticos y científicos parece anudarse más sólidamente en esa acción sobre la criminalidad; así se advierte la coherencia de un personaje como el citado Gori, en el que la militancia política anarquista -en la línea pro-organización de Enrico Malatesta- coexistía con la difusión de la doctrina criminológica italiana. En 1898 fundó *Criminología Moderna*, que se editaba mensualmente y en cuyo cuerpo de redacción figuraban profesores de la Facultad de Derecho y Filosofía y Letras (Luis María Drago, Antonio Dellepiane, Enrique Navarro Viola, Osvaldo Piñero, Rodolfo Rivarola y otros), diputados nacionales (Manuel Carlés, Emilio Gouchon), junto con médicos alienistas (Manuel Podestá) y funcionarios policiales (Juan Vucetich). Los corresponsales -casi todos italianos- incluían a las figuras más caracterizadas del positivismo filosófico y criminológico: Lombroso, Labriola, Ferri, Ferrero, Ardigó, entre otros. En esa publicación colaboró Ingenieros y en ella se inspiró para su proyecto de los *Archivos*, que empieza justamente cuando Gori abandona la Argentina y su revista deja de editarse.

¡Guerra al delito! propone el primer editorial de *Criminología Moderna* y con ello condensa un programa que fue capaz de nuclear aun grupo de figuras intelectuales y políticas cuyas posiciones ideológicas eran diferentes.¹⁰¹ Algo que se pone también en evidencia en el hecho de que Gori, prófugo del gobierno italiano y condenado en ausencia a veintiún años de prisión fuera al mismo tiempo por sus antecedentes académicos, profesor-huésped en la Facultad de Derecho, pese a las presiones de la embajada de Italia. El título del siguiente editorial de la revista -*El ideal de la ciencia*- indica cuál era la esperanza que sostenía ese proyecto de "transformación de las cosas y los seres", y el papel protagónico de los intelectuales en la empresa correlativa de educar a las masas y modernizar el aparato jurídico.

¹⁰¹ *Criminología Moderna*, I, Nº 1.

Este análisis que reconstruye el campo de la locura en la Argentina no elude recorrer la red heterogénea que lo constituye ni señalar desvíos e intersecciones que conducirían en otras direcciones, algunas francamente inciertas. Aun a riesgo de abusar de las digresiones se ha preferido avanzar algún trecho por sendas que necesariamente quedan sin recorrer de un modo suficiente. Una de ellas, que resalta frente a los textos considerados, es la relación que se establece entre los temas de la degeneración y la criminalidad y los ideales de cierto pensamiento socialista y socioanarquista. Ante todo, dicha relación, no es ni directa ni unívoca. En el caso de Lombroso, su afiliación al P. S. italiano se produce en 1898, a los 63 años, como un gesto ético, de apoyo en momentos en que esa agrupación era reprimida y sus dirigentes encarcelados; pocos años después renuncia a la actividad política y al partido. Su hija define así la relación que mantenía con los socialistas: "Lombroso, aun no aceptando el programa máximo socialista, la lucha de clases y tampoco muchas partes del programa mínimo, fue favorable, sin embargo, a ese movimiento que, en medio del cinismo universal, parecía atraer a los jóvenes en su órbita y purificarlos de todo egoísmo mezquino y pequeño que los dominaba".¹⁰²

El caso del primer Ingenieros, por su parte, muestra un vínculo más bien frágil con la actividad política socialista, que desarrolló entre la fundación del partido, en 1895 y 1899, mientras era estudiante universitario. En 1902, recibido ya de médico e iniciada su carrera psiquiátrica y criminalista, cancela su afiliación. Entonces, si bien no puede desconocerse alguna afinidad entre la versión socialista internacionalmente dominante, fuertemente influenciada por el darwinismo, y las doctrinas positivistas que fundan la criminología, tampoco es posible unificarlas directamente como si fueran enteramente homogéneas.

Dar cuenta del movimiento que instala un modelo médico evolucionista en el pensamiento y la acción socialistas y el modo como coexiste, se mixtura o choca con otras formas y tradiciones, es algo que excede en mucho las posibilidades de este trabajo. De cualquier forma, tal como se dijo respecto del positivismo, ante todo conviene cuidarse de unificar excesivamente esa corriente ideológica y política, máxime si se considera hasta qué punto se ha descuidado un estudio de su génesis histórica y de sus relaciones con los discurs-

¹⁰² Lombroso Ferrero, Gina: *Vida de Lombroso*. Buenos Aires, Ed. Aquiles Gatti, 1940, p. 207.

sos que desde comienzos del siglo XIX se plantean el papel de la clase obrera en la transformación de la sociedad.

Entonces, es preferible dejar de lado el recurso, siempre disponible, de sancionar algunas "traiciones" para recoger, en una tentativa no exenta de riesgos, en el propio Engels los efectos de cierta tradición de denuncia de las condiciones de vida de las clases populares y que llama casi espontáneamente al planteamiento de reformas en cuanto a vivienda, alimentación, salubridad. En ese sentido, entre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y los informes de los higienistas -entre nosotros Rawson y S. Gache- haya la vez un abismo ideológico y cierta afinidad en el abordaje de la "cuestión obrera."¹⁰³

Cierto núcleo del discurso socialista y anarquista aparece capturado por una representación ideal de la clase obrera, en la que su papel histórico parece contaminarse con una fantasía de predestinación, y quedaría asegurado por sus virtudes morales. Frente al "buen obrero" se alza la figura *del lumpen* como su contrafigura delictiva y degradada.

No es ilógico que una prolongación de este enfoque de la cuestión social se apropie de los temas de la degeneración invirtiendo los términos, para sostener que es la clase obrera la que está destinada a regenerar al conjunto de la sociedad. "¡Dickens en Londres y Zola en París! Ellos han levantado al pueblo en sus manos, goteando aun el fango de su vida, y sin raspar la costra nauseabunda, han exclamado: ¡Mirad, es el oro en la ganga!"¹⁰⁴

El modelo circular de la degeneración y la regeneración puede servir tanto para sostener la inferioridad atávica del inmigrante como para entretejer la fantasía de una decadencia fisiológica de las clases dominantes. Así resulta, paradójicamente, que cierto pensamiento anarquista responde a esa imagen del parasitismo vicioso de la alta burguesía con un ideal de vida espartano, que es una versión extrema de las consignas higiénicas en materia de alcohol y sexualidad. De cualquier modo, el anarquismo individualista tiende a rechazar

¹⁰³ Engels, de cualquier modo, tenía suficientemente claro el papel de la filantropía burguesa: "¡Sí, institutos de beneficencia! ¡Como si al proletariado le fuese de utilidad que vosotros le chupéis la sangre hasta la última gota, para poder ejercitar vuestros pruritos de vanidad y farisaica beneficencia, y mostraros ante el mundo cual potentes benefactores de la humanidad, cuando restituís al desangrado la centésima parte de lo que le pertenece!". *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires, Futuro, 1965, p. 264.

¹⁰⁴ Tamini, Luis B., "El naturalismo", en Cambaceres, Eugenio, *En la sangre*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1968, p. 203.

el aparato del higienismo ya denunciarlo como un instrumento de la dominación del Estado, aunque parece reemplazarlo por la construcción internalizada de un ideal ascético.

El socialismo, en cambio, converge con el pensamiento médico y, más aun, colabora activamente en la conformación del dispositivo higienista y criminológico. Y no solamente porque encuentra coincidencias con su programa de reformas, sino porque se afirma en esa utopía positivista que hace de la ciencia y el progreso de las instituciones el motor principal del cambio social. Solo es posible señalar estas grandes líneas del pensamiento, aun a riesgo de descuidar las divergencias. Pero lo que interesa señalar, es que la superposición de esa virtualidad de pureza de las clases populares con las consignas civilizadoras que acentuaban el papel ético de las minorías intelectuales, condenaban a un máximo rechazo y extrañamiento a esa zona -mal delimitada- de la marginalidad social, en la que se situaba esa figura de la degeneración y finalmente, desde su óptica reformista y sus esperanzas en el papel de la ciencia, llegaban a una posición de principio, según la cual la elevación social y moral de las masas populares exigía la lucha declarada contra la desviación y el delito.

1. Locura e inmigración

El loco inmigrante

El inmigrante fantaseado por los fundadores del pensamiento social y político liberal tenía un cierto carácter angélico, congruente con el mesianismo que sostenía el proyecto. Más aun, frente a la imagen de una naturaleza salvaje y sin frenos, cuya desgracia mayor es la extensión y la ausencia de formaciones sociales, la figura pura del inmigrante es concebida casi como la encarnación del orden. El desemboque de esa unión fecunda de la naturaleza y la ley, que anuncia en el horizonte el advenimiento de una estirpe moderna y estable, ubica a esa utopía fundadora en la línea de los mitos de la creación.

Las formas mismas de la Nación tienen allí un origen fantástico; la proyección de un país fabuloso por un grupo de intelectuales soñadores. Se ha buscado interpretar la realización fallida de ese proyecto apelando a señalar de diversos modos que también inauguró una dislocación esencial. Quizás, entre las categorías propuestas, de i la Argentina verdadera y la posible, la visible y la profunda, falte investigar, desde ese comienzo, la vigencia de la Argentina *onírica*.

En José M. Ramos Mejía, junto a la imaginería biológica del inmigrante celular y el transformismo de la población, subsiste un núcleo de caracterización propiamente evangélico, en ese obrero ideal, ligado al trabajo constante, y santificado en la mansedumbre y la fidelidad a los patrones. La disciplina laboral y las cualidades morales que lo aseguran definen un modelo de inmigrante del que ya no se esperan las luces de su cultura europea; más aun, resalta la paradoja de esperar que esa mansa animalidad traiga un resultado de moralización -y no de embrutecimiento- corporizada en ese niño idealizado: el hijo del inmigrante.

De cualquier modo, José M. Ramos Mejía se ubica ya en un lugar

de transición, que anuncia la inmigración degenerativa, en sus retratos del "guarango", sin abandonar del todo esos viejos sueños de producir una fabulosa población del desierto.

A lo largo de muchos textos -literarios o científicos, ensayísticos o clínicos- se van dibujando diversas contracaras de aquel *inmigrante bíblico*, de acuerdo con el revés de la calidad social y moral anticipada: el *ocioso* (José Vivado), el *advenedizo* (Genaro Piazza), el *anarquista* (Salvador Planas Virella), ubicables en los parámetros del trabajo, del linaje y la sexualidad, del orden político.

La referencia degenerativa para explicar la patogenia de ciertos aspectos de la inmigración, indeseables para la conciencia oligárquica, no es un punto de partida sino más bien un resultado y una consecuencia. Por otra parte, esa coartada científicista, antes que en los textos de los especialistas se anuncia en la literatura de los naturalistas porteños. Es cierto que sin la masa polimorfa de los extranjeros, que aparecían invadiendo todo y trastocando leyes y tradiciones, no sería posible la serie de las tesis psiquiátricas sobre la *simulación*; pero resulta igualmente evidente que antes que en la experiencia clínica, esa figura del *advenedizo* se construye en la novela. En *En la sangre*, Genaro, resulta una forma pura, y decididamente arquetípica, incomparable respecto de la pobreza de cualquier historia clínica, y más que ser el resultado de una aplicación de las doctrinas psiquiátricas es la condición misma de su constitución y desarrollo.

No es tanto lo que la ficción naturalista debe a los resultados efectivos de la medicina mental, como lo que le aporta con la fuerza y la consistencia de sus personajes prototípicos. Algo que ya había sucedido con el primer texto psicopatológico de J.M. Ramos Mejía, a través de la presencia compacta de una locura cuya evidencia misma dependía de la fuerza de esos modelos: Juan M. de Rosas, el fraile Aldao, el Dr. Francia, el Almirante Brown. En ese sentido, los personajes parecen preceder y guiar a la nosografía, y toda una zona de la producción clínica psiquiátrica, considerada bajo los cánones del naturalismo, no solo merece ocupar un lugar en el espacio de la literatura, sino que es propiamente un resultado elaborado sobre la materialidad de ciertas zonas de la novela del siglo XIX.

La asociación de la condición inmigratoria con una predisposición mental patológica comienza apelando al registro de la pasión y las "causas morales". Meléndez y sus "casos" brindan el testimonio de una presencia expansiva e inquietante de extranjeros -sobre todo, italianos- en el recinto del manicomio. "Las estadísticas del asilo de alienados nos demuestran también que los italianos, españoles y

franceses, que forman la mayor parte de la población extranjera, están más frecuentemente atacados de locura que nuestros compatriotas". A la vez se consigna el predominio de inmigrantes en las entradas policiales por ebriedad: sobre 18.223 ebrios detenidos entre 1872 y 1877, son extranjeros 12.028, es decir los dos tercios.¹

La imagen soñada del inmigrante, manso y trabajador, estalla frente a esta forma compacta del vicio y el desequilibrio que, si inunda el espacio urbano,- a la vez construye una figura bien definida en la que la acción policial y la intervención alienista confluyen con la ficción literaria. Y el alcohol es resaltado reiteradamente como un vicio que no merece la atención del psiquiatra sino solo la intervención policial, justamente porque en ese sistema de representaciones acerca del obrero viene a ser la cualidad opuesta a la exaltación de la laboriosidad y el orden, características del modelo de trabajador esperado. De lo que resulta que el gesto -fallido- de Meléndez que pretendía romper ciertos usos institucionales negando a los borrachos -mayormente inmigrantes- la entrada al manicomio, es como una pequeña acción simbólica y sintomática que se ubica en las antípodas de la liberalidad alberdiana respecto de la admisión de la masa inmigrante. Meléndez defiende su manicomio como la representación misma de un país ordenado, y con ello anticipa los diversos proyectos - que nunca fueron efectivos- de selección y control de los desembarcados. Del rechazo a la expulsión hay un corto trayecto y Miguel Cané, con sus fundamentos de la Ley de Residencia proyecta reordenar la circulación y entrada de extranjeros, con un recurso, atemorizado y defensivo, que nuevamente es apelación de un mito bíblico.

A la vez, el dinero es condición de la locura, y la ambición, cuando degenera en pasión sin freno, contamina la virtud del amor al trabajo con los espejismos de un ansia desmedida por cambiar de condición. Así, alcohol y dinero, en el marco de una empresa de psicologización de la miseria, componen los signos -no muy congruentes entre sí- resaltados de esa locura que desde el inmigrante se proyecta hasta cubrir por completo el escenario de la vida ciudadana. "Gentes que trabajan continuamente, teniendo por único objetivo el lucro, al que todo lo subordinan, viviendo en una pobre habitación, sin luz ni aire, en un hacinamiento completo, sin experimentar jamás uno siquiera de esos goces inefables que levantan el

¹ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 26 y 24.

espíritu sobre los dominios de lo material, constituyen la mitad de los desgraciados que pasan sus días en un manicomio. ¿Qué horizonte tiene el jornalero? Cualquiera sea su estado, es su constante y única preocupación la ganancia, sin la cual nada existe para él. Si se observa que en Buenos Aires casi todos los jornaleros son italianos, se explicará la causa del gran número de ellos que pierde la razón."²

El énfasis en las "causas morales" de la locura, como se vio ya, aporta al discurso alienista un tono admonitorio que condena a la masa desposeída desde las inefables posiciones del espíritu. Consiguientemente, la correlación que establece entre ambición y locura da por supuesto que en la afinidad pobreza-trabajo radica un ideal de virtud para las masas. No enloquecen, en cambio, los que por posición social y apellido poseen riqueza como un atributo natural, y así es como Cambaceres nos ilustra acerca de la moral inquebrantable del suegro de Genaro -un viejo criollo que había sido oficial de Lavalle- que no sabía del lucro ni conocía el Banco, ese invento inmigrante.

En cambio, para un extranjero desposeído que sueña con que el dinero va a cambiar fácilmente su vida, la locura no solo puede ser la consecuencia de cualquier frustración, sino que está ya encerrada en esa vana pretensión. Diez años antes de la crisis del 90 y de la novela de Martel, Meléndez denuncia ya los signos de esa contaminación de las costumbres: "Entre los extranjeros que residen en la Provincia de Buenos Aires, existe un gran número que ha abandonado su patria en busca de la América, tan mentada por la facilidad con que el hombre puede hacer fortuna. La ambición desmedida de estos individuos los hace sensibles al exceso a los menores reveses de la fortuna. Así, hemos observado en extranjeros, especialmente italianos, sobrevenir la enajenación mental por causa de la pérdida de una suma insignificante de dinero".³

Finalmente, el alienista se empeña en poner en orden las relaciones conflictivas entre trabajo y dinero, ante todo instalando un corte: en el manicomio -como en la cárcel y la milicia- no se trabaja por dinero sino, fundamentalmente, por una pura retribución moral. , Sin embargo, anticipando una salida hacia la comunidad que es posterior, en un caso de inmigrante loco por dinero Meléndez exhibe orgu-

² Gache, S., "El estado mental...", *cit.*, ACM, IV .p. 635.

³ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 26.

llosamente los resultados de un "tratamiento moral" realizado en el límite del hospicio y la ciudad.

Se trata de un francés soltero, de 24 años, zapatero, que había sufrido ya varias internaciones antes de que Meléndez se hiciese cargo del manicomio. Durante dos años había atendido una zapatería a la vez que cumplía su oficio de cortador, pero finalmente sobreviene el quebranto económico. Lo que ganaba no le alcanzaba para pagar los intereses usurarios de los préstamos a que había debido recurrir para instalarse. Pese a "sus desvelos y asiduo trabajo" debía cada vez más a la casa que lo había habilitado. "Esta circunstancia obró desfavorablemente sobre la moral de J. que desde esos momentos comenzó a sentirse mal, hasta que estallaron las primeras manifestaciones y actos de sinrazón, que dieron por resultado su secuestro en el asilo en que hoy se encuentra, habiendo transcurrido ya diez años desde su primera entrada, con algunas variantes de altas".

El quebranto de la razón ("fue conducido... enchalecado... Daba gritos, golpeaba las puertas, silbaba, cantaba, caminaba con agitación de un lado a otro, destrozaba las ropas, escupía e insultaba a las personas que venían a verle ya los guardianes encargados de cuidarle") metaforiza la quiebra económica. No hay locura sino en el síntoma social de un trabajador alienado de su oficio, particularmente si es cuidadoso, bien educado, y además, *francés* ("fue muy fino y atento conmigo, circunstancias que influyeron quizá en mi ánimo para compadecerme de su estado").

Meléndez -que hace la reseña del caso en 1880, diez años después de la primera internación- consigna que cada vez que parecía estar curado se le asignaron diversas tareas dentro y fuera del establecimiento, pero siempre volvía a sobrevenir la manía y "al parecer sin causa ocasional se excitaba, volviéndose locuaz y desatento". El Dr. Uriarte -antecesor de Meléndez en el Hospicio de las Mercedes- en un intervalo bastante prolongado de lucidez lo ayudó a colocarse como profesor en una escuela de varones, donde solo duró pocos días.

Meléndez interviene cuando el curso de la enfermedad ya lleva seis años; su opinión terminante es que no le conviene ni la docencia ni un empleo en el hospicio. Con una lógica de inflexible coherencia afirma su estrategia terapéutica sobre el principio de que la cordura de un zapatero consiste en su capacidad de hacer zapatos. ("Creo oportuno decir que desde mucho tiempo ha me asiste la creencia de que el alienado, cualquiera sea la forma de vesanía, siendo el sujeto capaz de entretenerse en algo, debe siempre por regla general ocupár-

sele en el arte, oficio o profesión que cultivó el paciente en el estado de salud"). y el director del Hospicio le proporciona un pequeño capital para que instale en el manicomio un taller de zapatería. Nada más exaltante para el funcionario psiquiátrico que esa figura entrañable del loco inmigrante regenerado, a la vez de buen corazón y produciendo materialmente: dobló su capital en pocos meses.

Pero la historia continúa, porque una nueva cara de la locura se asocia a la actividad económica: el excesivo afán de lucro, sancionado como falla propia de los extranjeros. Cuando el laborioso zapatero quiso ampliar su negocio "trabajó demasiado su imaginación y no tardó en congestionar su cerebro, [lo] que dio por resultado final la producción de otros ataques tan fuertes como los primeros". No basta la reintegración de la cordura esencial del trabajo, también es requisito de la recuperación saber conformarse con lo que se tiene, en una versión modernizada de la humildad evangélica. Finalmente, tras nuevo tratamiento la regeneración está cumplida, "obediente y deferente a mis consejos... lleva ya nueve meses sin sufrir los ataques y tiene bajo sus órdenes tres o cuatro oficiales que hacen toda clase de calzados, ya sea de hombres, niños o señoras".

Meléndez consigna al pasar como "una circunstancia que puede tener alguna influencia en la producción de los ataques", que el padre del zapatero está en el Asilo de Mendigos, y que los ataques coinciden con las visitas que le hace; siempre le lleva al padre pequeñas sumas de dinero e hizo para él calzado adecuado para las distintas estaciones del año. Seguramente en esa relación estaba la clave de sus accesos, pero la lógica de hierro de una medicina mental para la que la locura es antes que nada una perturbación del orden social impedía verla. Meléndez extrae las correspondientes conclusiones: "todo lo que no se consiga con el tratamiento moral y el trabajo material no se consigue de otro cualquiera [tratamiento] por mejor dirigido que sea".⁴

La irrupción en la conciencia y el discurso público del fenómeno inmigratorio coincide con el período de aprendizaje y consolidación del dispositivo psiquiátrico, y esta coincidencia, que no es solo temporal, marca a fuego la construcción de un nuevo prototipo del loco: después del "hombre célebre" *el inmigrante miserable*.

A Meléndez se debe esa inicial galería de locos extranjeros que van esbozando el nuevo personaje -de la cual forma parte José Vivado como una de las primeras formulaciones- cuando aún no se

⁴ *RMQ*. XVII, p. 100-103.

había alcanzado la construcción del paradigma clínico que enlazó definitivamente la condición inmigrante al fantasma de la *degeneración*. Lo que interesa destacar, en todo caso, es que en la Argentina el personaje precede a la teoría, ya la vez, el carácter mismo de la degeneración aparece muy estrechamente ligado a un discurso moral sobre el dinero. En Samuel Gache aparece una primera teorización, en la que se cruzan la noción de la locura como pasión ("deseo irrefrenable") con la ubicación del dinero en un lugar de privilegio como objeto capaz de suscitarla⁵ y si bien la oposición entre el apego a los bienes materiales y la "salud del alma" arrastra todo el peso de la sanción evangélica acerca de la pobreza como virtud, no es menos cierto que inaugura otras oposiciones. Por ejemplo, a partir del poseedor de riqueza -el sujeto de condición económica "acomodada"- se abren en serie las polarizaciones degradadas del gringo pobre y amarrete, por un lado, o del usurero y el *burgués aureus*, por otro.

Pero todas esas figuras ilustrativas del poder corruptor del dinero -para quien no está destinado a poseerlo- van delineando la silueta opuesta de cierto ideal virtuoso, proceso que se superpone con el de la reestructuración de las significaciones de la vida de la ciudad y del campo. A la "ciudad fenicia" se oponen los valores de la estirpe criolla, como su reverso especular: linaje familiar, amor a las tradiciones, desapego por el dinero, van construyendo el sistema de virtudes del hombre de campo, que primero son propias del hacendado y luego, alimentarán el *mito gaucho*.

Meléndez consigna como con orgullo la constatación de que los inmigrantes enloquecen más y establece las primeras oposiciones entre esas representaciones de la locura de la ciudad agitada y pasional, y la cordura del campo tranquilo y resignado.

En 1879, el director del Hospicio reacciona así: en Buenos Aires, los extranjeros suman aproximadamente la mitad de la población; en el Hospicio, en cambio, superan bastante en número a los argentinos; por lo tanto, los inmigrantes enloquecen con más facilidad, sobre todo los italianos, españoles y franceses.⁶ Aunque esa conclusión es dudosa a la luz de las estadísticas -como se vio- sienta una tesis destinada a perdurar, a la vez que aporta un componente importante para la construcción del perfil del inmigrante.

Al mismo tiempo, hacia comienzos de nuestro siglo la explosión demográfica y el incremento de cierta fenomenología de la miseria

⁵ Gache, S., *La locura en Buenos Aires*, cit., p. 121.

⁶ Meléndez y Coni, *Op. cit.*, p. 26.

-alcoholismo, tuberculosis, infancia abandonada- exigen una extensión y modernización del sistema sanitario. y es significativo que sea Domingo Cabred, -que había reemplazado a Meléndez en el Hospicio en 1892 y en la cátedra de Clínica Psiquiátrica un año después- la figura protagónica de esa empresa, como creador y gestor de la Comisión de Hospitales y Asilos Regionales. "Honor al hombre que ha combatido la alienación mental, la lepra, el alcoholismo, la tuberculosis."⁷ En ese homenaje de George Dumas resalta que la unificación de esa diversidad de patologías reside centralmente en el celo y la estatura del personaje médico social. Si Cabred representa el esfuerzo de adecuación de las " viejas estructuras asistenciales a las condiciones de un país transformado por la inmigración, en él ya no queda casi nada del ideólogo -del tipo de José M. Ramos Mejía y es, más que nada, un "hombre de acción". El General Roca lo entroniza como un igual, ala par que insinúa un cruce del dispositivo sanitario y el militar pleno de sugerencias. "Hay dos hombres a los cuales no puedo negarles nunca lo que me piden: el Gral. Richieri y el Dr. Cabred".⁸ ¿Acaso no hay un hilo estratégico que une la creación del servicio militar obligatorio como herramienta de la unidad nacional con la cadena hospitalaria y asilar que Cabred construye a lo largo del país? En todo caso, inmigrantes e hijos de inmigrantes son los destinatarios de ambas empresas.

En la exacta continuidad de esa primera sanción alienista de la locura inmigrante y de la acción política sanitaria de Cabred, con las preocupaciones de Arturo Ameghino en tomo de la *profilaxis mental*, la superposición del fenómeno inmigratorio con una condición de perturbación que se convierte en un peligro para la comunidad, va a adquirir una consistencia doctrinaria e institucional.

De cualquier modo, si la figura del inmigrante impone desconfianza y recelo, no es menos cierto que no es homogénea en todas sus apariciones. No es lo mismo la locura desgraciada y casi noble de ese zapatero educado y trabajador, en el que Meléndez se complace, que el gringo brutal que lleva en la sangre su patología como una condición criminal. A esa imagen del loco-víctima, a la vez de su fragilidad -es la reedición de la vieja analogía con el niño- y de los sinsabores del medio, se opone el tipo del loco violento, moralmente pervertido y fuertemente asimilado a la degradación por el vicio, el alcohol y el afán por el dinero.

⁷ Loudet, O., *Médicos argentinos, cit.*, p. 146.

⁸ *Id.*, p. 151 y 155.

Con las tesis de la degeneración, la diversidad de las manifestaciones de conducta pasa a un segundo plano frente a la unificación del recurso explicativo, aunque en el sesgo propiamente literario de las historias clínicas publicadas, siempre queda algo de esa primera escisión moral de la locura cuyo eje es su condición violenta o tranquila.

Pero las diversas caras del inmigrante desviado exigen recomponer esa primera distinción, casi espontánea, según el molde de una bifurcación que se corresponde con los modos inferiores o superiores de la degeneración. Por un lado, cercano a la criminalidad nata está esa reedición urbana del "gaucho malo", que es puro instinto y animalidad. Por otra parte, la perfidia más o menos astuta del guarango y sus derivaciones, y por esta línea resaltan las formas más sutiles de una cuasi-patología, bien distinta de la locura furiosa y la criminalidad franca, cuya nocividad es proporcional a su capacidad mimética de simular las formas de la cordura.

Con José Ingenieros el tema de la *simulación* adquiere la dimensión de un mecanismo universal, un medio fraudulento en la lucha por la existencia, que excede en mucho el campo de las cuestiones medicolegales. En todo caso, antes que en los textos científicos, esa figura moral se recorta en el personaje literario del advenedizo. En ese sentido, si Ingenieros lo teoriza a través de la simulación, no puede desconocerse que Genaro Piazza fue su perfecta prefiguración. ¿Y por qué no decir que el propio Ingenieros sentía en carne propia la fuerza del personaje, atendiendo a que modificó su apellido para disimular su origen inmigratorio?.

En todo caso, si el tema de la simulación -retornado luego por José M. Ramos Mejía para explicar la psicología de los caudillos- alcanza tal resonancia, no es ajeno al marco de cuestiones que la inmigración plantea en torno de la identidad, del origen y el desenlace futuro de un transplante problemático. Sobre ello se juega ese proyecto fantástico de una nación que se crea así misma partiendo de una masa extranjera, y en ese movimiento imaginado entre el *ser* de una pura identidad puramente virtual y la *apariencia* que la distorsiona se fundan una pluralidad de discursos y valores acerca de la raza y la nacionalidad.

Ingenieros ha aportado un pequeño mito sobre el origen de sus ideas acerca de la simulación, que eran originales con relación a los autores europeos que habían tratado el tema, cuyo interés no reside tanto en lo que muestra acerca de la psicología del autor, sino en su cualidad reveladora de un conjunto de significaciones alrededor de la condición extranjera, y que por las vías de la fantasía del éxito,

del prestigio y el ascenso remiten más o menos directamente a la cuestión del cambio de identidad.

Una noche, ya tarde, cuenta Ingenieros, se desveló leyendo el *Malade Imaginaire*, que encontraba preferible, en ese momento, a la lectura del *British Medical Journal*. Nos dice que en sus oídos sonaba una máxima de Cicerón y con ello ya estamos advertidos -son las primeras páginas de su primer libro, tiene veinte años y todavía se llama Ingegnieros- que domina el latín además del francés y el inglés. Su atención se ve atraída por un extraño fenómeno: un pequeño copo de pelusa se desplazaba por la pared en dirección ascendente. Sin dudar, guiado por los postulados de la ciencia experimental, se apresura a desprenderlo de la pared, para someterlo a la más rigurosa observación; de la cual, nos dice, como siempre, pudo extraer provechosas enseñanzas. En efecto, dentro del copo, un conducto espeso y resistente alojaba a un gusano, que así disfrazado podía protegerse mejor de sus enemigos: la simulación resultaba para él un *medio* simple y excelente de *lucha por la vida*.⁹ La noción del "transformismo biológico y social" aporta la clave para establecer la continuidad entre el gusano disfrazado, el delincuente simulador de la locura y las diversas formas de hipocresía y mentira en la conducta. Pero más que la desmedida capacidad explicativa de esa extensa filogenia, interesa destacar ese protagonismo del *gusano* en la introducción de la tesis médica de Ingenieros, -dedicada "al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad"- que no pudo publicar íntegra por falta de recursos. Porque en esa imagen, el sueño del éxito y el prestigio -que Ingenieros realizó como ninguna otra figura intelectual de su tiempo- parece la revelación de una dimensión imaginaria colectiva.

De cualquier modo, en el mismo discurso que parece indicar que para un extranjero no hay otra defensa básica que ocultarse detrás de alguna máscara, en el análisis del mecanismo de la simulación el registro biológico del mimetismo se ve inundado por una directa apelación moral disfrazada de sociología. Es la propia condición extranjera lo que resulta abruptamente rechazada y sometida a los caracteres de un cuasi delito, frente al ideal ético intelectual de una verdad y una autenticidad de la conducta, naturalmente fundadas y con ello, el discurso sobre la situación dibuja el revés de un programa de vida sostenido en ideales de unidad y transparencia social.

⁹ *La simulación en la lucha por la vida*, Buenos Aires, Meridion, 1955, p 10-12.

A la denigración -defensiva de ese tipo inmigrante que representa, en diversos registros, la corporización misma de lo extraño y lo inasimilable para los valores que conforman la conciencia moral burguesa se sobreimprime la antigua aspiración, casi mandato, que desde los albores del proyecto de nación insiste en la empresa de producir una esencia argentina. Porque si, por un lado, la noción de simulación remite a lo verdadero que se oculta, también pone en evidencia una radical indefinición, la condición amorfa de una identidad incumplida. y por esa vía, esa utopía originaria se encuentra con los mitos de la pureza: raza, idioma, tradiciones, literatura, historia, deben ordenarse de acuerdo con un sistema de escisiones que busca definir y preservar algunos valores originarios e incontaminados.

Así, sobre el telón de fondo de una transformación inmigratoria que opera como un agente traumático sobre la fuerza y unidad de esos valores, puede entenderse que los temas de la locura como degeneración colectiva asumen la dimensión de un problema estratégico central. El Dr .Cabred y el Gral. Richieri se reúnen en la común condición de insustituibles hombres de Estado; más aun, la instrucción militar obligatoria y la empresa de la profilaxis social y mental convergen y buscan complementarse en esa empresa de construir una Nación.

Buenos Aires es no solo la cabeza indudable de ese proyecto, sino, a la vez, el escenario privilegiado de su construcción, y en ella el futuro aparece representado, de modo tal que la gran ciudad es directamente la imagen del porvenir -hecho presente- del cuerpo de la nación. Si es una ciudad casi extranjera, lo extraño amenaza el corazón mismo de ese porvenir, bajo las figuras de lo falso, lo desviado, lo agitado y desequilibrado. La simulación, en ese sentido, puede reenviar fácilmente aun discurso nostálgico mediante el cual la conciencia oligárquica viene a descubrir que en el campo reside la verdad, representada en la figura de una naturaleza que se muestra sin disfraces y ~ entrega sin rebeldías.

Lo artificial de la urbe cosmopolita se metaforiza en un símbolo inequívoco y compacto: el *dinero* como la forma misma de la anti-naturaleza. Buenos Aires está muy lejos de los valores de .la *polis* griega, no es la soñada Atenas del Plata, sino la *ciudad fenicia*.

La Sodoma del Plata

Si la locura es uno de los resultados de la agitación y la intranquilidad propias de la civilización en el espacio urbano, esa valoración retroactiva de la vida equilibrada del campo no deja de tener su influencia sobre la concepción del tratamiento. Es cierto que esa idea de la naturaleza como terapeuta esencial viene directamente de los maestros franceses, particularmente de Esquirol, pero justamente, el hecho de que sea Domingo Cabred, hacia fines de siglo, quien crea las primeras colonias, muestra que la imitación de los modelos europeos coincide con esa percepción de una patología mental que se hace inmediatamente metáfora de los conflictos de la ciudad.

"Los asilos deben edificarse en la campaña", sostiene una tesis médica de 1885,¹⁰ y esto por razones que responden a exigencias higiénicas que son a la vez físicas y morales. El campo ofrece "el espacio, la pureza del aire, el agua, la luz, la salubridad de las habitaciones y vastos horizontes, que engendran la tranquilidad y la calma consiguiente". Al mismo tiempo, está la posibilidad del trabajo agrícola, la facilidad para los paseos y las condiciones favorables para la creación de una comunidad, cuyo modelo es la gran familia patriarcal. "De un lado, los elementos necesarios al desarrollo y conservación de la salud orgánica, de otro lado, los agentes morales capaces de distraer al enfermo de sus concepciones delirantes, de disipar su agitación y despertar en él sentimientos afectivos."

Si el *aislamiento* es un recurso fundamental del tratamiento moral, no lo es solo respecto de la familia sino del propio ámbito de la ciudad, continente inmediato de la locura. "Las ciudades son el teatro de las pasiones políticas y sociales, de acontecimientos trágicos de todo género y por consecuencia [son] medios completamente incompatibles con el estado de estos enfermos". La extrema organicidad de una tal continuidad entre el loco y el espacio urbano que lo produce como efecto, funda ese énfasis en la separación. Su modelo es la infección epidémica y la cuarentena y así resulta congruente con el discurso higienista; de un Rawson, que en la promiscuidad, el hacinamiento, la oscuridad y el aire viciado de los conventillos encuentra una imagen expresiva de las enfermedades de la ciudad.

Con esos argumentos, Levantini, cuestiona la propuesta de crear asilos en la ciudad para el tratamiento de formas agudas. Finalmente

¹⁰ Levantini, Albino, Consideraciones sobre la higiene de los locos, Tesis, 1885, p. 25.

a través tanto de los hospicios de la capital como del Servicio de observación, el dispositivo psiquiátrico funcionó de un modo bien distinto de esta propuesta de separación tajante. Entre los hospicios urbanos y las colonias de la campaña se buscó establecer un verdadero sistema de repartición de la locura y las derivaciones consiguientes: los agitados en la ciudad, los crónicos a la campaña.

De cualquier modo, y más allá de la dimensión utópica de esa oposición esencial, que colocaba en el campo la posibilidad de un acceso directo a la razón extraviada, el propio dispositivo de la locura aparece afectado por esa distinción que tiende a superponer las categorías clínicas de lo agudo y lo crónico a las propuestas terapéuticas urbanas o rurales y siempre persistirá con mucha mayor fuerza esa asimilación de la curación a una suerte de reencuentro con la naturaleza, de la cual forman parte, como condición, el trabajo y el reconocimiento de la autoridad. Por esa vía, esa figuración naturalista de la cordura reencuentra en la idealización de la campaña la misma y antigua idea de la continuidad entre naturaleza y cultura, pero ahora afirmando la nocividad de la civilización.

La inmigración ha enfermado a Buenos Aires, alterando a la vez las tradiciones y el linaje de las viejas familias porteñas, y viciando con gérmenes patógenos el aire del conglomerado urbano: *La gran aldea* y el *Estudio sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires* se editan en el mismo año, 1884. La escisión visible de la ciudad entre la casa acomodada y el conventillo queda bien resaltada en Rawson por la asociación de la morada del pobre con el virus que enferma a todos. En la obra de López, por su parte, la secuencia que va del cadáver infantil carbonizado a la locura de ese viejo, que ya desvariaba cuando se creía padre, exalta una representación trágica de Buenos Aires, atravesada por una profunda división moral. Que sea a través de la muerte de un niño, en Cambaceres, en Lucio López, o en ese Tini de Wilde "que hizo llorar a medio Buenos Aires"¹¹ -en la exacta oposición de ese hijo de inmigrantes con el que Ramos Mejía simbolizaba la futura raza de gigantes, muestra la profunda herida traumática de esa "novela familiar" que se va armando en tomo de los fantasmas y de la transformación de la ciudad.

Esa imagen ideal de sociedad, homogénea y orgánica, cuyo paradigma es la colonia-asilo, se ve confrontada con la percepción de un escenario urbano escindido, inmediatamente recubierto con racionalizaciones en serie que, si por una parte remiten a esa dualidad espa-

¹¹ Escardó, F., *Op. cit.*, p. 83.

cial ciudad-campo, finalmente se condensan en la oposición mayor de la virtud y el vicio: lucro/trabajo, promiscuidad/orden, aglomeración/aislamiento, prostituta/madre, sexo/sangre (linaje). La serie podría continuarse interminablemente, precisamente porque más que la oposición de significaciones lo que la funda es el propio esquema casi vacío de una repartición binaria, en la que la interpretación coincide con un gesto de rechazo.

Y aquí es preciso volver sobre los mitos del dinero, porque resulta ser el único objeto capaz de condensar las significaciones diversas de la locura-pasión y de la locura como artificialidad y alejamiento de la naturaleza: es a la vez natural y convencional. El dinero es el gran corruptor, aunque sus efectos pueden ser variables, desde la violenta avaricia primaria, casi animal del gringo, hasta la falsedad del burgués *aureus* que con sus guarangerías revela las fallas de cuna y apellido. En el proclamado rechazo del lucro y la ambición desmedida, el *ego* oligárquico denuncia defensivamente esa invasión extranjera que parece querer apoderarse de todo: riquezas, mujeres, prestigio, poder.

Pero simultáneamente, el dinero mismo aparece como un agente demoníaco: "las grandes fortunas (por lo menos en nuestro país) no conocen la longevidad de la mente. La lucha por el dinero es una causa de la disgregación de la personalidad, lejos de servir para forjarla, en la forma sólida y definitiva que otros instrumentos de trabajo. La misión de cuidar *la plata* y de reproducirla, sin más fin que las especiales sensaciones que produce el verla acumulada, debe tener, y sin duda alguna la tiene, oculta letalidad para el cerebro."¹² La avaricia, que fácilmente se confunde con esa condición degenerativa -respecto de los valores del espíritu- del inmigrante, parece ser ya directamente extravío de la razón. Y sin embargo, la afirmación de ese protagonismo del dinero que invade todos los ámbitos de la vida ciudadana requiere ser afincada en una estructura mucho más arraigada de la conducta. Para un usurero, "el espíritu de lucro es un instinto", y tan poderoso que sobrevive a la pérdida de la razón: "He conocido a un judío llamado Moisés T., cuya historia se conserva en el antiguo Hospicio y que afectado de una manía, incoherente y aun perdido en su delirio polimorfo, conservaba, sin embargo, ese claro sentimiento de la usura, sus aptitudes rapaces siempre vigilantes aplicadas al menudo comercio que practicaba". Lo dominaba un delirio místico y no comía por orar. "Pero cuando yo entraba en su celda

¹² Ramos Mejía, J.M., *Los simuladores de talento* (1904), Buenos Aires, Tor, 1955, p. 44. Las bastardillas son del autor citado.

[sic] con una alhaja de valor en la mano, simulando una imperiosa situación que me obligaba a venderla, el rapaz instinto se sobreponía, la figura de Moisés se iluminaba con extraños destellos de salud, y en la misma entonación del salmo que acababa de interrumpir, casi mecánicamente, fijaba con exactitud el valor de la prenda, clasificaba los kilates o las aguas y luego tomaba de nuevo el hilo del extravagante delirio".¹³ ¿No hay algo de homenaje al dinero en este reconocimiento de su poder, que domina como un amo magnífico más allá de las vicisitudes del estado mental?

Un cruce explícito y casi freudiano acentúa las significaciones propiamente eróticas del dinero y alcanza en Ramos Mejía una interpretación pintoresca de la personalidad del usurero. Si es a menudo un perseguidor amoroso furtivo, otras veces ~ caracteriza "por una aversión sensible a la mujer". "El hábito de cuidar al acreedor, de rondar el inmueble empeñado, de ir cautelosamente detrás de los hombres necesitados, inquiriendo su estado de alma, les da ciertos aspectos de amantes misteriosos". Por último, "sus procedimientos de seducción acaban de caracterizar su verdadera índole moral enroñándolos en la larga protervia de los invertidos."¹⁴

El dinero aparece en esa representación como un equivalente de la mujer -no solo como objeto de propiedad sino como el valor escaso que se teme perder- y pocos han expresado esa fantasía de un modo más vívido que Martel en el final de *La Bolsa*. Como una Cleopatra que esconde su vocación traicionera tras los disfraces de la seducción amorosa, el dinero y la mujer se fusionan en esa horrible figura monstruosa y devorante, verdadera cabeza de Medusa, que acecha en el corazón último de los temores de una generación. Finalmente, la mujer no aparece más que como pasión, como estampa del pasado o bien como la activa representación de la traición y la infidelidad, casi siempre por dinero, y en sus rostros cambiantes condensa a la vez las virtudes buscadas y las cualidades rechazadas de esa problemática identidad colectiva.

Pero el dinero no solo equivale a ese espacio extranjero de corrupción; por esa femenina cualidad de seducción, puede extender su dominio aun a aquellos que por su linaje nacieron de otros valores y tradiciones. Si *En la Sangre* se estructura a partir de una oposición esencial, entre dos mundos que solo la corrupción del dinero y la sexualidad puede dañinamente poner en contacto, *La Bolsa* muestra

¹³ *Id.*, p. 164.

¹⁴ *Id.*, p. 166-167.

que la escisión amenaza disolverse, y de allí el reforzamiento paranoico focalizado en el antisemitismo.

En el gesto aristocrático del horror al dinero -ya la mujer- una elite se atrinchera en el olimpo político o intelectual para enfrentar esa locura expansiva y niveladora proyectada justamente en el signo que borra todas las diferencias. No es el caso insistir en lo que ese aristocratismo debe a un reflejo defensivo frente a lo que tiende a significarse como una reedición de la barbarie. En ese sentido, más allá 'del radical cambio en la valoración del fenómeno inmigratorio, subsiste esa escisión fundadora como una matriz permanente para interpretar las condiciones de la nacionalidad. y no es tan relevante que el acento de la identidad buscada se desplace de la ciudad europea a la campaña gaucha, sino que en esa mitologización del destino argentino siempre haya un lugar central para una zona de irracionalidad colectiva. En el rechazo indignado de esa locura de las masas que fatalmente insiste en reaparecer en el escenario social, el gesto elitista reproduce la posición precaria del alienista: cuanto más se descalifica esa figura de extravío, más queda reafirmada en un lugar privilegiado e imborrable.

Ahora será en la gran ciudad, en sus zonas oscuras y marginales -indagadas y vigiladas desde ese Servicio de Observación que es como la representación misma de la racionalidad que intenta imponerse- donde acecha la sombría amenaza. Pero si algo ha variado, es que al rechazo se añade el desengaño de las viejas ilusiones civilizadoras depositadas en la inmigración; bajo distintas expresiones una figura concentra ese nuevo desvío: la traición.

El tema de la *noche* condensa una serie de representaciones anudadas en torno de la locura y el delito. "He visitado muchas veces, de noche, las cárceles de la ciudad... Los himnos del cinismo suenan y retumban a lo lejos en las largas casamatas. Narran los poemas del vicio. Describen los descensos de las juveniles energías y en vez de las frescas maravillas del alma sana, cuentan fascinerosas historias de noches lóbregas, de brillos de .puñales entre la luz sucia de los faroles, de angustias y estertores de caídos y de gritos de misericordia, historias de corazones en podredumbre, lamentos interminables de la moral muerta".¹⁵

"Es la hora peligrosa", la hora del sexo y del crimen; y la ciudad se

¹⁵ Sicardi, Francisco, "La vida del delito y la prostitución", *Archivos...*, II, p.11.

puebla de "rameras, ladrones, rufianes, falsarios, adúlteros, arteros y asesinos". Cuando la corrupción moral se confunde con la degeneración biopsíquica, la ciudad queda marcada como el espacio de la "mala vida" y Buenos Aires es, definitivamente, la Sodoma del Plata. La noche la representa tanto como el burdel, inaugurando otra serie opositiva en la que las tinieblas del vicio y el instinto se oponen a la luz del día, del trabajo y la razón.

En todo caso, esas "impresiones médico-literarias" de Francisco Sicardi resultan paradigmáticas de una diversidad de discursos sobre la población y las costumbres porteñas que, a caballo entre la creación y el análisis, hacen resaltar una especie de falla moral colectiva. Sodoma es también la ciudad maldita, su aureola es la del *pecado*, y en el microcosmos del prostíbulo se reúnen las series superpuestas del *dinero*, la *noche* y el *sexo*.

Si Buenos Aires es la urbe del vicio y el delito, su fama, aun internacional, no es menor a la de sus criminólogos. Ante todo el Ingenieros de los *Archivos*, que resulta ser también, como tantos personajes lunfardos, cafiolos, escrucantes, una criatura nacida y crecida en el medio de la locura y la marginalidad ciudadanas. Si, por una parte, puede ser situado en la herencia del higienismo y la medicina política de un Rawson o un Wilde, la cárcel o el Servicio de Observación también lo aprisionan y le otorgan una aureola de excéntrico que el propio Ingenieros, por otra parte, cultiva cuidadosamente.

Con ello, el médico psiquiatra puede ligar su espacio intelectual al de la bohemia porteña -que también es esencialmente nocturna y armoniza con la noche del prostíbulo como su directa sublimación- y construir un perfil que transforma la prosopografía severa del funcionario higienista.

Más aun, Ingenieros se presenta, como criatura de la noche y como la encarnación de una agitación neurótica e intelectual que es la inmediata personalización del ritmo porteño. "Soy impulsivo, quizá con un tanto de saludable histerismo y cuando se apodera de mí una idea me siento cual un verdadero poseído, como si hirviera a borbotones, ...no vivo, no duermo, sino pensando en lo que llena mi espíritu ...Paso las noches en vela, leo casi calenturiento, tomo rapidísimo mis apuntes, abuso quizá del café para excitar la atención, y al clarear el día, como si hubiera descargado la conciencia me recojo satisfecho de la labor realizada,"¹⁶ Coexisten, entonces, una considera-

¹⁶ Quesada, Ernesto, "La vocación de Ingenieros", *Nosotros*, XIX, N° 199, diciembre 1925, p. 440.

ción global de la locura como agitación y apasionamiento propio de la civilización, en la cual se combina con la exaltación intelectual y aun con el genio, con ese otro argumento de una irracionalidad invasora, delictiva y viciosa, cuya imagen prevalente es la del virus migratorio que enferma a un cuerpo social íntegro. Al mismo tiempo, lo extranjero puede ser nocivo por su artificialidad y frivolidad -como esa casquivana cantante italiana de *Sin Rumbo*- o bien por el primitivismo de la ralea inmigrante, que por su origen campesino repite aquella primera invasión bárbara, la de los caballos de López y Ramírez ensuciando la Pirámide de Mayo.

La ciudad, definitivamente ligada a esa equivalencia de la mujer -que es a su vez una de las formas imaginarizadas de la Nación- variará en sus representaciones entre el polo del *pecado* y la *traición* y el de la *reina* progenitora, garantía de la pureza de la raza y la perennidad de las tradiciones argentinas. Miguel Cané resulta el portavoz de esta fantasía que ve en la expulsión del extranjero una condición para la propiedad y preservación de las mujeres: "nuestro deber sagrado, primero, arriba de todo, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, cómodo y peligroso." ..."Salvemos nuestro predominio legítimo, no solo desarrollando y nutriendo nuestro espíritu cuando es posible, sino colocando a nuestras mujeres a una altura a que no llegan las bajas aspiraciones de la turba".¹⁷

Entre la *prostituta* -que Ramos Mejía identificaba con la masa popular- y la *reina*, un argumento fantasmático cargado de sentido, impone su lógica a representaciones que se duplican, de la mujer, la familia, la ciudad, la raza, la nación. Gálvez recibe en herencia una misión redentora, condensada en Monsalvat, mixtura de Edipo y Jesucristo, capturado por esa fantasía de salvación que es como la deformación obsesiva de aquella primitiva de violación.

Algún día se hará una historia de la sexualidad, y del prostíbulo en Buenos Aires, no solo como un capítulo imprescindible de una historia popular, sino para sacar a luz la serie de representaciones imaginarias anudadas alrededor de la mujer y la familia, el goce y el vicio, el amor y la soledad, la fidelidad, la humillación y la traición.

Si es cierto que el dispositivo psiquiátrico busca en la institución familiar la continuidad de su función de vigilancia y control, algo falla en la vida comunitaria de Buenos Aires. El modelo europeo busca

¹⁷ Cita de Onega, Gladys: *La inmigración en la literatura Argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969, p. 83.

limitar todo lo posible la intervención directa de la autoridad pública y solo lo hace allí donde no existe o es insuficiente el control familiar de la conducta desviada. Más aun, toda una categoría de pacientes, niños, ancianos, oligofrénicos y dementes, y en general los que no presentan síntomas de agresión y excitación, tienden a ser derivados a cargo de sus familias. Por otra parte, allí donde la autoridad debe tomar a su cargo a un internado, la figura jurídica de la curatela o el tutelaje, ubicando al loco en una condición de minoridad perpetua, reproduce las relaciones de una organización familiar modelo.

Pero en Buenos Aires desde los comienzos de la organización alienista se denuncian las fallas en esa función familiar respecto del loco, y, por ejemplo, Meléndez insiste en que muchos internados ingresan indebidamente por negligencia de las respectivas familias y más allá de esta queja permanente, va estableciéndose un discurso médico moral que asocia el equilibrio psíquico colectivo al destino de la familia argentina. Ante todo, la institución familiar, presentada como la matriz y la miniatura de la comunidad deseada, se señala como débil o inexistente, tanto entre los nativos como entre los extranjeros. En la población criolla, por inestabilidad y el bajo número de matrimonios legales; entre los inmigrantes, porque predominan los hombres que viajan solos. Y esa ausencia familiar en el panorama urbano, se extiende a la mujer: Buenos Aires es una ciudad de hombres. .

Como sea, ese déficit de un ámbito familiar, privado y doméstico, hace que el escenario del conflicto, y aun de la locura, sea inmediatamente social, como formando parte inmediata de los desórdenes de la ciudad. El Hospicio y el Servicio de Observación, o la propia institución policial, parecen querer operar -más allá de los alcances efectivos de su intervención- por una especie de presencia constante, vigilante e incorporada a los límites del *hábitat* ciudadano.

En ese vacío de familia va a ser afirmada, entonces, una causa principal del desequilibrio moral colectivo; pero no es menos cierto que otras instituciones tienden a ser situadas en una posición que es a la vez de relleno y de oposición respecto de ese orden familiar precario. Si el Servicio de Observación viene a condensar los ideales de ese orden, en su equilibrada economía represiva, en el mismo espacio urbano y en las antípodas de esos valores, el *prostíbulo* circunscribe, con su cargada iconografía de pecado, una contra-familia en la que el instinto, el dinero y el delito entran en una peculiar combinación.

Entre la familia idealizada y las imágenes del quilombo, que a la

vez que la contraría la suple en lo real, las representaciones de la ciudad y su destino parecen jugarse en un terreno en el que la sexualidad y la procreación son cuestiones públicas. El cúmulo de reglamentaciones y disposiciones sanitarias que intentan imponerse al funcionamiento de los prostíbulos -con escaso éxito, por otra parte- muestra bien que en la prolongación moral del higienismo el ejercicio de la sexualidad es idealmente concebido como sujeto a la administración del Estado. Hasta puede decirse que las fantasías de la medicina social están a punto de reclamar que los burdeles se organicen como dependencias de la organización sanitaria y de la vigilancia de las costumbres, en la medida en que el ordenamiento de ese goce casi público de la sexualidad compromete no solo la paz y la tranquilidad del presente sino el futuro de las generaciones.

El tema del niño muerto condensa los temores correlativos a esa falla del grupo familiar y se cruza con las fantasías de rescate. En ese marco, las cuestiones de la moralización de la ciudad, la profilaxis de la locura y la higiene sexual pavimentan el camino hacia el discurso y las instituciones de la *higiene mental*, como propuesta estratégica. Un hilo sólido une las obsesiones salvacionistas de Gálvez con las preocupaciones de Arturo Ameghino sobre la degradación mental de la raza. A esas imágenes de la *ciudad-organismo* y de la ciudad *moralmente escindida*, hay que agregar, entonces, la de una *ciudad-familia*, en la que los ideales de moralidad y regeneración se enfrentan míticamente a la caída en un grupo primario promiscuo y prostituido.

Raza y nacionalidad

Si el tema de la *raza* convoca a Sarmiento en su vejez es porque resulta una especie de síntesis corporalizada de las visicitudes del proyecto civilizador. En su valor ideal, 'es un modelo atravesado a la vez por los temas de la historia, la política y la psicología médica. Con la continuación del *Facundo*, el sanjuanino vuelve sobre su criatura y al contemplarla no se siente complacido. ¿Somos europeos o indígenas? , ¿somos una nación? El *nosce te ipsum* que lo guía busca recorrer el destino nacional partiendo de la etnología americana y queda inconcluso -nunca publicó la anunciada segunda

parte- casi como un síntoma de la incumplida regeneración de la sangre hispano-indígena. Solo quedó la expresión de deseos: "seamos Estados Unidos".¹⁸

En todo caso, la noción misma de raza aparece transformándose en su relación con una realización de valores que alternativamente se sitúan en el porvenir o en el pasado. El mito de la raza imita e invierte los temas de la locura, conservando la misma raíz moral, y sobrevive durante décadas atravesado por una temporalización bifurcada, en la que la historia imaginaria se coagula en un origen o un fin. O ser gauchos y exaltar el pasado -España, la religión católica, las tradiciones de la tierra- o ser cosmopolitas y anunciar proféticamente la futura ciudad civilizada y europea.

La profilaxis de la locura, entonces, que enfrenta el fantasma pavoroso de una degradación mental generalizada, sostiene la fuerza de su empresa en el sustento mítico de esa sustancia racial que debe ser preservada o producida. De allí la pertinencia de esbozar los distintos momentos de las formulaciones que alimentan esa noción, y definir los límites de su ubicuidad.

Una cierta tradición que persiste desde el romanticismo social al positivismo, y que Sarmiento entroniza con su *Conflicto y armonías*, ve en el pasado hispánico e indígena una inferioridad racial que debe ser alejada por la propia fuerza del progreso. Con mayor o menor optimismo, el peso mayor de esa utopía histórica está situado en el futuro, y la virtualidad de una raza privilegiada impone su mandato a las diversas empresas, pedagógicas, económicas, médicas o jurídicas.

En todo caso, una concepción biologicista de la nacionalidad, en José M. Ramos Mejía, favorece no solo la intervención del discurso médico, sino la importación de la noción de *degeneración* para echar luz sobre los caracteres opuestos a esa raza soñada. Carlos O. Bunge, que no es médico, lleva ese recurso explicativo hasta el paroxismo.¹⁹ De cualquier modo, entre ese primer momento fundador del papel y la significación virtual de la raza y el momento del apogeo del dispositivo higienista y psiquiátrico, hay una transformación, que no solo depende de la conformación propiamente tecnológica de una política de salud física y mental para las masas, sino de la diferente

¹⁸ Sarmiento, D., *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, p. 456.

¹⁹ Bunge, Carlos O., *Nuestra América* (1903), Buenos Aires, Moen y hno. Ed., 1911.

relación con el tiempo que pone en juego. Hacia el fin del siglo, el presente urge la realización de los ideales psicomorales y en esa dirección convergen las disposiciones higiénicas con la proyección social del alienismo y la divulgación ejemplarizadora de los temas criminalistas.

Es en ese marco que la doctrina de la degeneración se convierte en la figura obligada de los efectos indeseados de la inmigración. Y no se trata tanto de una aplicación de la teoría sino de que el perfil de la locura queda situado como una perspectiva metodológicamente privilegiada de acceso a las condiciones de la vida colectiva; ya partir de la afirmación de ese punto de partida, la noción de degeneración se expande y captura casi todos los análisis. Esa imagen viene a situarse en el polo temporal opuesto al ideal racial, y así es como esa degeneración hispano-indígena que debe ser redimida se trastoca en la degeneración cosmopolita que impone un retorno a los valores del terruño y la tradición.

El dispositivo de la salud pública, en cuanto toma extensión y se afirma como resorte fundamental del Estado, viene a prolongar estas formulaciones globales con el señalamiento de los agentes presentes de la declinación biopsíquica. Ante todo el alcohol que se sitúa en la intersección de dos series interconectadas. Por una parte, la que remite a la ociosidad y el vicio enfrentados a las virtudes laborales; la rebeldía y la agresión son sus consecuencias más directas y se proponen casi como una significación inmediata del desorden urbano. Por otra, asociado al fantasma de la transmisibilidad de la degradación, el alcohol, junto a la patología venérea, forma parte esencial de un discurso sobre la sexualidad cargado de representaciones amenazantes para el futuro de las generaciones. Esa condición a la vez inmediatamente reactiva y degenerativamente acumulada -que es, por otra parte, una ambivalencia global de las formas de la locura- en que el alcohol, como vicio por excelencia, y la reproducción sexual se enlazan íntimamente, aproxima ciertas descripciones médicosociales y psiquiátricas a las páginas más cargadas del naturalismo.

Cuando el sexo, subordinado a la *sangre*²⁰ ya las fantasías del linaje, y la preservación-cambio del pasado, entra a ser un tema del discurso médicosocial, el punto de mira ya no es el individuo y su entorno inmediato; ya no se trata de esa acentuación de las "causas morales" para comprender el sentido reactivo de la patología, sino

²⁰ Foucault, M., *Historia de la Sexualidad: la voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977. p. 178.

de los agentes permanentes que lesionan la integridad de la raza. Tal es el campo de significaciones en que se acota la cuestión de la *familia* argentina, como espacio privilegiado de esa dinámica esencialmente acumulativa, entre las propiedades de la regeneración y los estigmas contrarios de la degeneración. .

La sexualidad, entonces, ya no es ese campo de la pasión instantánea, de la violencia del instinto sobre la razón, sino la fuerza motriz y la materia prima de una empresa utópica de fabricación de hombres. Como producción racial, el sexo aparece proyectado a una dimensión mítica eminente en la que se intersectan el material genésico del pasado y las esperanzas de la estirpe futura. y más allá de los acentos manifiestos, la diferencia no resulta tan nítida en el nivel del mito, que organiza los sentidos del porvenir como el reencuentro de un pasado perdido.

Como resultado de este movimiento de representaciones en torno de la familia, y la producción-reproducción de la raza, las significaciones de la mujer viran hacia un eje predominantemente centrado en la herencia y la preservación. Esto supone un cambio acusado respecto de los primeros modos de dibujar la forma de la mujer en el orden de racionalidad que el alienismo venía a imponer. Si la condición femenina equivalía a una inferioridad estable de la razón, dominada por las quimeras de la imaginación, justamente en esa locura casi novelesca, en la que la histérica es como una criatura del amor, cierta figura de la mujer encontraba a la vez su secreto atractivo. En ese sentido, condensaba esa forma de la locura como pasión, que forma parte de las representaciones románticas y excede en mucho los límites del discurso alienista.

Pero justamente el reconocimiento de un papel principal de la mujer en la generación y la crianza, la afirmación de su importancia estratégica vital y moral para el destino de la especie, coincide con el reemplazo del encanto romántico por la utilidad positivista. La mujer entra en las equivalencias de las relaciones de utilidad: tierra, posesión, medio de producción, reservorio de los valores y las tradiciones morales.

José M. Ramos Mejía es la voz misma de lo escindido del discurso oligárquico cuando formula esa fantasía de la mujer -equivalente de las masas federales- como una prostituta paradójica que se entrega solo a quien le agrada, y que viene a subyacer a una empresa de organización política y cultural, considerablemente sexualizada, cuyas referencias primarias oscilan, como se vio, entre la violación y la salvación de la pecadora.

Por el contrario, adosada a la familia, la mujer viene a incluirse en la serie que opone el dinero sin pasado, que encandila al inmigrante, a la riqueza de familia cuya materialidad pecuniaria se sublima al integrarse a los valores de la tierra. Así, queda escindida entre esa equivalencia instantánea que solo el prostíbulo revela en pureza, y la función acumulativa y depositaria de los bienes del linaje. Una línea demarcatoria bien nítida permite separar el rebaño: de un lado la infidelidad y la traición; del otro, las señoras de buena cuna.

Cuando el cosmopolitismo y la artificialidad importados amenazan el futuro de la raza, cuya representación es el niño, la mujer, preferentemente de apellido, viene a concebirse como una reserva de la naturaleza, en la que los componentes biológicos de una vida sin excitaciones son inmediatamente la expresión de la virtud más femenina: la pureza. Si el niño idealizado simboliza el porvenir de la raza, la mujer preserva su pasado, anudados en la común barrera contra esos diversos rostros de la contaminación y la infección. En esta trama fantástica, bastante reiterada en las ficciones psiquiátricas tanto como en las de la novela naturalista, se afirma la vigencia de las cuestiones de la degeneración.

En la sangre, de Cambaceres, puede ser leída como una historia de la disociación moral de la familia argentina. Por una parte, la serie del linaje simbólico, emblematizada en la propiedad rural, el apellido, el Club del Progreso y el desapego por el dinero; por otra, la serie de la herencia biológica, brutal e incoercible, en la que el afán por el dinero es ya un estigma degenerativo y la violencia sexual repite el gesto traicionero del despojo de un patrimonio económico, que no se conservaba como medio de pago sino como atributo de la calidad del origen y el prestigio familiar.

Entre el descontrol (J.M. Ramos Mejía), la preservación de la raza (M. Cané) y la salvación (M. Gálvez), el tema de la mujer insiste en estos textos; en esas diversas imágenes parece corporizarse el objeto imposible de una pasión por la pureza que pone en línea los ideales de la futura sociedad con los mitos del pasado. Y en ello, lo más defendido, el reducto de lo que debe permanecer inviolable, es el poder como propiedad de una elite. En ese sentido, los rituales de exclusión que preservan al Club del Progreso como un recinto a prueba de guarangos y advenedizos, anticipan la lógica de la profilaxis mental del inmigrante.

Es cierto que la obra de A. Ameghino se sitúa en una etapa posterior, en un momento de viraje del dispositivo psiquiátrico, que va a extenderse hacia la comunidad con el movimiento de la *higiene men-*

tal, sin abandonar los reductos ya consolidados en el hospicio y en el espacio criminalista. Pero la insistencia propiamente obsesiva con que ese autor -que va a suceder a José Borda en la cátedra de psiquiatría en 1931- vuelve sobre el tema de la profilaxis mental y su relación con la inmigración popular, lo presenta como el que realiza el balance de un extendido discurso sobre locura e inmigración -que comienza con L. Meléndez- y extrae todas las consecuencias. Junto con la precaria asistencia social del alienado, la falta de vigilancia de los extranjeros que llegan al país, serían -para A. Ameghino- los factores determinantes del incremento de la locura. "La calidad mental de nuestra futura raza pinta ya, a su costa, con colores muy pálidos. La banda de energúmenos y forajidos -para nosotros degenerados psíquicos- que tiene en estos momentos desolada con sus fechorías a la población de Buenos Aires, adquiere así el significado de un fenómeno indicador del estado de cierto medio de nuestra sociedad".²¹

La medicina social durante décadas se orientó a proteger a la sociedad existente, y con ello se propuso ayudar a los enfermos y los disminuidos físicos y psíquicos. Pero cuando prevalece la consigna de la protección de la raza, con miras a la sociedad futura, los temas de la eugenesia, de un modo u otro proclaman que los débiles deben ser sacrificados. A. Ameghino recoge así esa tradición que José Hualde y el profesor Estévez habían expresado con sus ideas de la esterilización de los alienados, y que Carlos o. Bunge teorizó con implacable rigor a partir de sus tesis filosóficas sobre el papel de la degeneración en la historia.

El espectro de una nación sin pasado ni tradiciones se conjuga con esta profecía médica que anuncia el alumbramiento de una raza degenerada; y la figura de un monstruo lo sintetiza, como si el mito de Frankenstein persiguiera los afanes por producir el hombre argentino. Pero junto a la reiteración de ese destino trágico, florecen los emblemas elitistas de la separación tajante respecto de la degradación cosmopolita y la insistencia en forjar un espacio intelectual o político exclusivo y reservado retoma la fantasía platónica de una ciudad de los mejores. En ese sentido, con esa galería repetida de criminales y degenerados, cierta conciencia de casta escinde de sí algo de su propia historia y funda una empresa de autorreconocimiento que tendrá su núcleo sustitutivo y compensatorio en esa crónica ritual con

²¹ Ameghino, Arturo: El incremento de la locura en la República Argentina después de la guerra, folleto; 1923, p. 6.

que los "gentlemen escritores" fabrican una biografía colectiva. Con todo el monstruo permanece allí al acecho y vuelve con la fuerza de una alucinación que una zona de la literatura y el discurso médico social revelan. Finalmente, una investigación de las latencias, en la sexualidad y los negocios, la moralidad y los valores familiares de esa aristocracia autoengendada, podría restablecer las conexiones asociativas de esos contenidos expulsados; y quizá sea así posible sacar a la luz la filiación de los Genaro Piazza en las tradiciones de la oligarquía argentina.

Nuestra América, de Carlos O. Bunge, (1903) lleva hasta su límite máximo la responsabilidad de la raza, como referente absoluto, en la conformación de la sociedad y la nación. Este "ensayo de psicología social", que fue saludado con entusiasmo por la crítica (por ejemplo, el comentario de Ingenieros en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, reproducido en su *Sociología argentina*) y mereció varias ediciones, se alineaba detrás de la obra citada de Sarmiento, con el objeto de estudiar la organización política de los pueblos hispanoamericanos a la luz de una etnopsicología arbitraria.

El análisis de las razas que alimentan la psicología criolla va ensamblando los componentes de la degeneración nacional. Los españoles aportaron la arrogancia y la indolencia; los indígenas americanos, la resignación, la pasividad y la venganza; los mulatos -descendientes de africanos- contribuyeron con el servilismo y la infatuación. Difícil imaginar un cuadro peor de esta fantástica lucha de razas; sus resultados -previa hibridación, que es un factor de inferioridad racial- son los rasgos dominante del carácter hispanoamericano: la pereza, la tristeza y la arrogancia.

El texto de Bunge interesa no solo porque demuestra la persistencia del fantasma racial veinte años después de *Conflicto y armonías*, sino porque pone en evidencia hasta qué punto la exploración de ese sustrato psico-orgánico indefinible marca a fuego la dirección y el futuro de un intento de interpretación sociológica de la realidad nacional. Basta leer al Ingenieros de la *Sociología argentina*, para advertir que la diferencia de enfoque que pretende establecer con su "economismo histórico" -inspirado en Aquiles Loria- no impide que siga atribuyendo un papel decisivo a la lucha de razas en la historia.

Y sin embargo, es preciso evitar el recurso fácil de unificar todo el pensamiento social de ese momento en una idéntica jerarquiza

ción de la noción de raza. Si bien ciertos temas básicos, positivistas y darwinistas son moneda común en los textos sobre la sociedad o la historia, eso no significa que todos digan lo mismo ni impide enfrentamientos bien notorios.

Casi como una réplica a Bunge, la entonces profesora de enseñanza media Alicia Moreau dicta una conferencia en la Universidad de La Plata sobre "La pretendida degeneración de las razas".²² En ella propone abandonar la noción de raza para la interpretación del proceso histórico.

Comienza por un recorrido de la historia humana en la que el eje fundamental es el valor del progreso social; así retorna ciertos hitos de la evolución cultural: la postura erecta, el fuego, la piedra tallada y las primeras industrias. Con la organización en sociedades, la ayuda mutua y el lenguaje, las leyes de la naturaleza son superadas, se incrementa el alcance de las energías y nace, propiamente, la historia humana. Las civilizaciones nacen y mueren, como los organismos, y la lucha de clases funda una radical inestabilidad en el equilibrio de las sociedades.

Esa senda del pasado recorrido, entonces, deja ver un horizonte que se amplía. La separación entre la masa humana y la luz de la ciencia va a ir estrechándose: las conciencias ya se sacuden y despiertan las potencias dormidas. En ese cuadro grandioso los conflictos de la civilización y la mezcla de los pueblos no son un factor de degradación, sino que anuncian un porvenir abierto a los sueños de la solidaridad y la felicidad de los hombres.

Y, sin embargo, algunos agoreros anuncian un futuro negro. El conde de Gobineau, con su tesis de la degeneración de los pueblos y su dogmática racista, anuncia que los inferiores ahogarán la superioridad de la raza aria en la marea de la mediocridad. En consecuencia insiste en la defensa de la pureza racial (y encuentra, como se vio, sus seguidores en la Argentina) con la consigna de que los superiores deben prevalecer a cualquier costo.

Alicia Moreau aguza su prédica: reducir la historia a la crónica de una raza es el resultado de una teoría grotesca. La propia noción de raza es ambigua e imprecisa; concita la mayor diversidad de opi-

²² "La pretendida degeneración de las razas", *Conferencias*, 1907 y 1908, Universidad Nacional de La Plata, 1909, p. 207. Por otra parte, en un texto fundamental de Juan B. Justo puede leerse idéntico rechazo a la teoría de la degeneración como resultante de la mezcla racial. *Teoría y práctica de la historia* (1909), Buenos Aires, Libera, 1969, p. 24.

niones respecto de sus límites y, más aun, de su número y caracteres. No existen razas puras y es insostenible establecer la superioridad orgánica de ciertos hombres sobre otros. Si hay individuos y pueblos que acusan un grado mayor de desenvolvimiento cultural, las causas hay que buscarlas en factores diversos, pero principalmente sociales y económicos.

Abandonemos el prejuicio de la raza -propone la conferencista- que es solo una sobrevivencia de las nociones de una infranqueable desigualdad y de la superioridad de castas; todos los pueblos han contribuido a la obra común de la civilización y concluye: "destruyamos estos falsos conceptos, escudo tras el cual se ocultan o disimulan las abominaciones de las guerras coloniales, y que sobre sus ruinas los pueblos estrechen sus manos, los más avanzados ayudando a los más retardatarios, en vez de aniquilarlos con desprecio feroz y que continuando la obra del tiempo y del saber se forme la familia única de la humanidad del porvenir".

El tema de la *pureza* funda mitos e instituciones que van mucho más allá de la pedagogía y la higiene sexual. Ante todo porque se sitúa como el núcleo que subtiende no solo las representaciones de la salud física, psíquica y moral, sino a ciertos ideales de población y gobierno, a partir del supuesto de reductos "naturales" que deben ser protegidos de la contaminación. En ese sentido, la pureza de un sexo y un funcionamiento mental no afectados por las enfermedades del progreso son los objetivos renovados de la utopía médico- social. Si en esta versión "naturalista", la psiquiatría ya no espera casi nada de la civilización y apela más bien a las buenas cualidades de la vida, la escisión se desplaza sobre la propia naturaleza, entre esa condición tranquila y libre de conflictos que se asienta en la representación del pasado, X la sangre agitada e infectada de esa masa urbana presente, que el inmigrante corporiza.

Es notorio, por ejemplo, que el tema de la sífilis, cuando aparece en el discurso higienista, más que en su especificidad etiológica o clínica propiamente médicas, está dominado por la función visualizadora de los factores de la degradación biológica y moral en el doble registro de la especie y de la sociedad.

La propuesta de control del inmigrante se orienta centralmente hacia la locura y la sífilis y con ello define dos espacios de impureza, en la *mente* y en el *sexo*, que deben ser preservados como los medios de producción de la nueva raza. Trabajar y procrear, el amor a la au-

toridad ya la familia: la racionalidad del capitalismo hace converger los modelos de la cordura con los de la salud del sexo.

La degeneración tendría sus atributos más estables e "internos" en el polo de la sífilis y la locura, mientras que el alcohol y el dinero caracterizan su polo exterior y objetivado; entre ellos se establece una dialéctica que hace jugar de modo variable la combinación de lo hereditario y lo adquirido. La tuberculosis, la infancia abandonada, la salud materno-infantil, son temas anexos que en todo caso reafirman y alimentan el papel esencial de la contribución higienista en esa empresa mayor de socialización y regeneración.

A los ideales de la cordura como una virtud autoconstruida, que era propia de cierta tradición romántica presente en el alienismo, se sustituye la propuesta de la salud como atributo de la raza, concebida como región localizada de la especie. Con ello los excesos de la utopía regenerativa corren parejos con la imagen inflacionada del Estado, capturado en la fantasmagoría de una directa expresión acumulada del vigor de la raza. "Un país vale lo que valen sus instituciones, nos decían los sociólogos y juristas hasta hace poco; un país vale por lo que produce y construye, dicen otros más recientes. Nosotros; médicos, decimos, por encima de jóvenes y viejos: un pueblo vale lo que valen sus hombres, lo que vale su raza, lo que hay en ella de fuerza, de salud y virtud".²³

Los temas de la eugenesia, si bien nunca alcanzaron una implementación sistemática, son bien reveladores de la lógica que domina esa visión organicista de la Nación. La eugenesia busca "la aplicación de las leyes que rigen el desarrollo de la vida, el perfeccionamiento de los organismos en general y particularmente el de la especie humana".²⁴ Su hermana mayor es la zootecnia -nos ilustra A. Ameghino- la que opera, indudablemente con grandes ventajas, con muchas más posibilidades prácticas de modificación del ambiente y la población. De cualquier modo el paralelo, aunque sea "de intención" ; es bien significativo, y no solo por la directa asociación de la masa sobre la que habría que operar -que para el autor citado es, explícitamente, la inmigración- con una condición zoológica, sino por-

²³ de Veyga, Francisco, "Degeneración y degenerados", cita de Loudet y Loudet, *Op. cit.*, p. 131.

²⁴ Ameghino, A., "Reseña y crítica de las instituciones actuales de la profilaxis mental". *Revista de Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal*, XI, p.417.

que frente a una propuesta de ese tipo siempre cabe la pregunta: ¿quién elige y programa a los programadores?

Si el profilacta debe guiar su acción por los ideales eugenésicos, más que por indicaciones técnicas precisas, no por eso dejan de señalarse algunas tareas. Por ejemplo: "buscará el cruzamiento que más convenga a tal o cual tipo de degenerado, propenderá a que haya leyes que le permitan evitar la procreación de los peores, instituirá, de su punto de vista, la prevención prenatal, instruirá al público sobre las cuestiones de su incumbencia, hará propaganda adecuada a sus fines".²⁵

Es cierto que desde el conde de Gobineau a Francis Galton, toda una línea de pensamiento socio y psicológico proyectó sobre esa imaginaria sustancia racial los ensueños de una administración de la herencia como resorte esencial del poder. Pero, en la Argentina, el Club del Progreso, sin ninguna racionalización teórica, trazó un camino de exclusiones en el que ese ideal de pureza se combina con un modelo de ejercicio de poder. En ese sentido, no es exagerado proponer una línea de coherencia, a la vez estratégica y doctrinaria, entre los usos socialmente restrictivos de la elite, la Ley de Residencia y las propuestas de preservación mental debidas a Arturo Ameghino.

Locura y anarquismo

En 1899, Miguel Cané publica *Expulsión de extranjeros* como fundamentación de un proyecto de ley que posibilita al poder ejecutivo, por decreto y sin intervención judicial, expulsar a cualquier extranjero "que haya sido condenado o sea perseguido por tribunales nacionales o extranjeros", y "cuya conducta pueda comprometer la seguridad nacional, turbar el orden público o la tranquilidad social". Del mismo modo se lo faculta para impedir la entrada al país "de todo extranjero cuyos antecedentes autoricen a incluirlo entre aquellos a que se refieren los dos artículos precedentes". Finalmente, en 1902, la primera huelga general dará lugar a la rápida sanción de esa ley.

²⁵ *Id.*, p. 437.

El texto de Cané no solo relocaliza el tema de la inmigración con respecto a las garantías jurídicas que Alberdi quiso asegurar a los extranjeros, sino que insiste particularmente en el problema que crea el ingreso de las ideas y las actividades anarquistas. Cuando se inició el proceso migratorio -consigna Cané- las ideas más avanzadas de las clases proletarias se acercaban mucho a las de los propios legisladores argentinos, y no existía el peligro de que su ingreso "perturbara la quietud de los moradores de estas comarcas". Pero esa situación ha cambiado radicalmente con el nuevo espíritu de las masas europeas, entre otras causas, debido a que la difusión de la instrucción popular ha sido "llevada más allá de los límites tras de los cuales el pobre pierde su quietud de espíritu".²⁶ Perseguidos en Europa, los anarquistas buscan nuevos horizontes; frente a ello resalta el peligro que acecha a "los países cuyas puertas les quedan abiertas" La Argentina, entonces, resulta ser "la tierra de promisión para todo vagabundo o delincuente que no encuentra ya cabida en Europa. Y así, se van formando, principalmente en los bajos fondos sociales de nuestros primeros centros de población, verdaderas asociaciones de criminales".²⁷

Las ideas y la acción directa quedan igualadas, en cuanto a su nocividad, en los fundamentos de la propuesta selectiva. Y en ella la presencia del modelo médico es notoria no solo en la tesis de la defensa del cuerpo social, sino en el recurso a ciertas formulaciones de Lombroso acerca de la relación entre anarquismo y criminalidad. De cualquier modo, el psiquiatra italiano mantenía una distinción entre la doctrina, en la que reconocía ideales altruistas -aunque fundados sobre una base que rechazaba: la violencia- y los anarquistas, cuya personalidad consideraba afin a los alienados delincuentes,²⁸ Esa diferenciación es acentuada por Ingenieros, cuando escinde tajantemente el campo anarquista entre "los intelectuales Malatesta y Gori" y "cierta escoria carcelaria que se titula de igual modo".²⁹

Aunque no es posible recorrer las diversas representaciones que el tema del anarquismo -y la lucha sindical- van adquiriendo en el interior de los discursos de la psicopatología, la sociología y el dere-

²⁶ Cané, M., *Expulsión de extranjeros*, Buenos Aires, Imp. I. Sarrailh, 1899, p. 7-9.

²⁷ *Id.*, p.10 y 11.

²⁸ Lombroso Ferrero, Gina, *Op. cit.*, p. 205.

²⁹ Ingenieros, I., "Hacia la justicia", en: *La psicopatología en el arte*, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 65.

cho, cabe preguntarse, a partir del texto de Cané, hasta qué punto la psiquiatría había conformado un cuadro más o menos definido como una *locura anarquista*. Lombroso había distinguido tres clases de anarquistas: los anarquistas delincuentes, para los cuales el crimen político es simplemente una vía de escape a sus inclinaciones; los anarquistas alienados (neurópatas y psicópatas), que actúan movidos por un delirio; y los anarquistas pasionales, que obran en virtud de la exaltación propia o sugerida, y que constituirían la categoría más numerosa.³⁰

Sin embargo, un caso de delito político estudiado por Francisco de Veyga³¹ y presentado como una excepción, hace posible advertir que la modernización del enfoque criminalista corre pareja con una diversificación de las referencias, en especial en dirección de cierto análisis psicológico de la conducta delictiva.

En 1905 el anarquista español Salvador Planas Virella quiso atentar contra el Presidente Quintana y fue inmediatamente detenido. En su primer informe los médicos de Tribunales declaran que no es un alienado; pero vuelto a examinar, a pedido de la defensa, la cuestión se circunscribe a determinar si era responsable en el momento del hecho, para lo cual no basta determinar que no está loco sino que debe indagarse cuál era su estado mental y cuáles las causas que lo condujeron a cometer el atentado.

El profesor de Veyga realiza un prolijo y extenso informe médico-legal, que vale la pena recorrer. Planas es oriundo de la campaña de Cataluña y ha aprendido la profesión de tipógrafo en Barcelona, antes de emigrar. Deja a sus padres y hermanos en situación económica- mente difícil, porque el padre está inválido. En su país natal ha sido regionalista, primero carlista y después republicano, pero sin una militancia activa; a lo más que llegó -se consigna- es a arrojar piedras a los gendarmes.

Decide ir al extranjero para rehuir el servicio militar y se propone llegar a los Estados Unidos o México, pero como el dinero no le alcanza termina en Buenos Aires, en 1902, en plena crisis económica y persecución de sindicalistas, después de la Ley de Residencia. Sin un centavo, trabaja en una fonda por la comida y duerme en los bancos de las plazas, cuando la policía lo deja.

A poco de llegar a la Argentina conoce a otros españoles anarquis-

³⁰ de Veyga, F., *Archivos...*, V, p. 540.

³¹ de Veyga, F., "Delito político. El anarquista Planas Virella", en *Archivos...*, V, p. 513.

tas y se interesa por leer libros y periódicos del movimiento, aunque nunca asume una militancia activa; pasa el tiempo leyendo e instruyéndose. Finalmente consigue trabajo y mejora su situación, aunque no cambia su género de vida más bien tranquilo y poco dado a salidas y diversiones; solo va a reuniones gremiales, y visita a algunos amigos, que son compañeros de trabajo. Un año antes del atentado había conocido a una familia de compatriotas, a la que frecuentaba, interesado en la hija de la casa, Josefa, que tendrá una participación involuntaria en el drama que va a desencadenarse.

Francisco de Veyga no oculta su simpatía por ciertos rasgos de carácter de Planas, especialmente la generosidad con que ayudaba a compañeros necesitados y la fidelidad con que cumplía sus obligaciones filiales y enviaba a su familia en España casi todo lo que ganaba.

Planteado este marco, el informe médicolegal pasa a destacar las "contrariedades de orden afectivo" que operan como factores desencadenantes de su intento homicida. Los padres de Josefa no ven con buenos ojos la pretensión de unirse a ella por los lazos del "amor libre". Junto con la oposición crece la pasión contrariada del anarquista, que además se conjuga con una empresa redentora: el padre, alcoholista pretendía hacer trabajar a la muchacha en su provecho. Salvador recibe una carta de ella declarando que no quiere verlo más, pero permanece firme en él la convicción de que no traduce los Sentimientos de su amada, sino la determinación de los padres; durante varias noches ronda ansiosa e inútilmente la casa esperando verla.

En medio de esta crisis, le llega una carta de sus padres llena de reproches, en la que después de pintarle un cuadro agudo de miseria le reclaman el dinero que no recibían desde hacía meses. Lo acusan de faltar a sus deberes y no aceptan la explicación recibida de que el atraso se debía a que el patrón moroso no le pagaba su jornal desde hacía mucho; ponen como prueba de su falta de consideración hacia ellos un retrato de Salvador, que habían recibido, en el que se lo veía "contento y lujosamente ataviado".

Sigue de Veyga, haciendo intervenir un recurso interpretativo psicológico que no deja de mostrar su deuda con los de cierta novela realista: "Sobre el rechazo de que había sido objeto por parte de su pretendida, sobre la tristeza que le infundía la situación de su familia, no vio según él, otra cosa que la figura del Jefe del Estado, resumiendo en su autoridad toda la injusticia social reinante y apareciendo responsable, por acto consecuente, de la intolerable situación de que él era víctima. Vio al Doctor Quintana defendiendo con tesón,

hasta llegar a la violencia, los fueros de la burguesía en abierta colisión con el proletariado. Recordó las huelgas pasadas. Vio atravesar por las calles de la ciudad, a paso de carga, soldados de línea y gendarmes imponiendo a golpes de sable, por orden de aquél, ese arbitraje ominoso de la fuerza contra el cual él estaba en abierta rebelión. Y sobre el Doctor Quintana concentró todo el despecho que experimentaba en aquel momento". Así, concluye el psicólogo criminalista, concibió el plan de matar al presidente y suicidarse inmediatamente.

Si bien de Veyga simpatiza con las cualidades morales de Planas no es menos cierto que su examen psíquico parte de una distinción: no es lo mismo un intelectual anarquista que un obrero; y en ella no debe estar ausente la transferencia del pasado filioanarquista de su amigo Ingenieros. Planas es, para él, una personalidad rudimentaria, con un campo mental "estrecho y monótono" y que solo puede recibir el "dogma anarquista" bajo la forma del catecismo destinado a la masa vulgar. El autor del informe repasa las lecturas anarquistas del español y las considera pobres, de "poco alcance filosófico"; parece compararlas con sus propias lecturas cuando argumenta que el reo "no alcanza a saborear la lectura, ni menos a comprender la especiosa argumentación de Proudhon, la poética y vivaz imaginación de Eliseo Reclus, las brillantes utopías de Kropotkine".³²

Su argumentación ataca a la vez la doctrina del anarquismo y la constitución psicofísica de sus militantes. Y en esa dirección, si algo queda de la asociación a la locura, es al modo de la ilusión religiosa. "Al través de un prisma tan pobremente iluminado, el mundo se le representa bajo el aspecto de un horrible desorden, cuyo arreglo, sin embargo, merced a las panaceas prescritas en las elucubraciones aforísticas que ha leído, es cuestión de poco trabajo, y de no mayor tiempo. Es de los convencidos que esperan ver de un momento a otro producirse el cataclismo fatal por el cual todo ha de transformarse en la beata y sencilla comunidad soñada por sus apóstoles."³³

Sin embargo, el exceso de cuidados físicos hace sospechoso a Salvador de cierto trasfondo de extravío por un exceso de puritanismo y moderación. La exageración en los preceptos higiénicos es también un signo de fanatismo e intransigencia y revelan - consigna de Veyga con notable agudeza- un trasfondo hipocondríaco. "El cui-

³² *Id.*, p. 524-525.

³³ *Id.*, p. 531.

dado de la salud y la observancia de esos principios, hay que decir- lo, constituyen para él motivos igualmente graves de preocupación. Se examina continuamente el estado de los órganos accesibles a su inspección. Es vegetariano, como ya dijimos, no por razones de economía o de credo sino de higiene alimenticia; hace ejercicio metódico buscando evitar la acción nociva del reposo prolongado; busca el buen aire, la buena luz, la buena agua, los buenos alimentos; el amor, como el vino, le hacen la impresión de agentes desgastadores, y las doctrinas de la degeneración han penetrado hasta él haciéndole ver con el consiguiente vidrio de aumento de su imaginación exaltada la locura, la neurosis, el vicio y la perversión moral.³⁴

Una reflexión inmediata surge de este cuadro: este anarquista no asusta a nadie. y la propia realización del atentado, corriendo a pie junto al coche del presidente con un revólver del que no salían las balas, otorga al episodio el relieve de una farsa. Aliado del criminal conspirador de Cané y del sectario condenado por las leyes degenerativas que pintó Sicardi, de Veyga, en páginas perdidas de los *Archivos de psiquiatría y criminología*, da a luz este otro personaje: un monje obrero que confunde la realidad social con sus ilusiones, que no mata a nadie y en su ridiculez mueve a una risueña conmiseración. ¿Cómo no proponer, entonces, que no es responsable y debe ser puesto en libertad?

Planas, entonces, no es un loco y, sobre todo, no es un criminal; su acto debe ser perdonado. A lo más es un "protestatario" y un "intransigente", que se exaspera cuando lo contradicen, y por esa vía puede llegar a una reacción violenta. No es un delirante sino un *fanático*, en el que la convicción anarquista cede en importancia al sufrimiento personal como motivación de su acto. Sin las crisis vividas y las circunstancias adversas nunca hubiera dejado de ser "catalanista" y carlista.

De paso, de Veyga expone su teoría acerca del proceso mental vivido por miles de obreros que abrazan los ideales libertarios: "El dolor, bajo su forma más 'biológica' cual es el ansia contrariada del vivir, inicia este proceso: el dolor, persistiendo, se transforma en despecho, y con el despecho viene el encono, al cual sigue en la hora suprema de la crisis, la reacción armada que lleva al delito, o al suicidio, que es un sustitutivo de aquél".³⁵

Todo muestra la excepcionalidad de este anarquista español con

³⁴ *Id.*, p. 535.

³⁵ *Id.*, p. 533.

relación a una larga lista de "regicidas" desplegada en el informe con intención ilustrativa. No solo es un alienado, ni siquiera es un fronterizo o un pasional, en el que el acto hubiera surgido directamente del fanatismo. Por ello, a partir de la depresión en que se hallaba por los dos conflictos, sucesivos y sumados, que sufrió, dictamina la existencia de un choque emotivo perturbador de la integridad mental, en el momento de cometer el acto imputado, lo que lo hace no responsable.

El profesor de Veyga representa un enfoque que actualiza la doctrina y la tecnología criminalista a partir de una atención, en este caso, al funcionamiento psíquico. Más aun, en comparación con el informe de Meléndez sobre José Vivado, puede decirse que interroga menos y escucha más, aunque no pierda nada en cuanto al protagonismo de su función, transparente en el papel que sus propias convicciones juegan en el ensayo interpretativo. Si el discurso global, psiquiátrico o político, tendía ~ hacer equivaler la violencia anarquista a la degeneración y la criminalidad asociada a las formas colectivas de locura, el director del Servicio de Observación, -que al igual que Ingenieros es a la vez profesor de psicología- en su enfoque del caso demuestra que un criminalista actualizado no renuncia, cuando las circunstancias lo requieren, a privilegiar los mecanismos psíquicos.

De cualquier modo, el anarquismo es fanatismo y dogma, y si resulta tolerable en su versión teórica e idealista no deja de señalarse que es muy dañino, especialmente en mentes obreras. Pietro Gori, en cambio, es un intelectual y un universitario y con él la propia significación de la doctrina anarquista parece capturada por la grandiosidad de una teoría imaginativa y bien intencionada. Es un utopista pero su propia función tiñe su prédica de un carácter de seriedad que no tiene, para de Veyga, este español que en su medianía ni siquiera arremete contra molinos de viento impulsado por un delirio exaltado. Todo queda en el plano de las contrariedades domésticas y no pasa de ser una historia menor dentro de la gran ciudad. Quintana no simboliza nada, no es el poder, solo un alcoholista miserable o un viejo inválido que se interponen en la simple pasión de un pobre muchacho enamorado.

Cuando la opinión pública tomaba el acto de Salvador Planas y lo hacía trascendente respecto de su ejecutor, cuando las organizaciones sindicales y políticas lo reivindicaban o lo cuestionaban como herramientas de lucha, de Veyga enuncia un discurso a varias vías. Por una parte, separa la doctrina de su portador y sanciona en las ideas anarquistas la rémora de una concepción religiosa del mundo.

Por otra, la psicología sirve, a la vez, para modernizar las referencias y aun para dar un toque humanitario a la función policial, y para una radical despolitización del suceso, al reducirlo esencialmente a un plano de fantasías. El drama anunciado termina en comedia, y el dictamen del profesor de Medicina Legal procura darle un final feliz.

La profilaxis mental

En la continuidad de la propuesta "expulsiva" de Cané hay que situar la campaña profiláctica que lleva a cabo Arturo Ameghino dos décadas después. Considerando su insistencia en el peligro de una declinación mental de la población, ¿no hay que leer entre líneas la sobre determinación ideológica de una mirada psiquiátrica sobre el ascenso del radicalismo? En todo caso, la medicina mental mantiene una zona bien articulada a una función política, y es precisamente después del golpe del general Uriburu que este amigo de Leopoldo Lugones³⁶ accede a la titularidad de la cátedra de psiquiatría.

De Meléndez a Arturo Ameghino el dispositivo de la locura a la vez que mantiene ciertos ejes fundamentales de su constitución, se transforma en el sentido de una complejización de sus espacios de intervención, de sus técnicas y sus nociones centrales. Hacia 1880 y por espacio de casi dos décadas, Meléndez y José M. Ramos Mejía sostenían lo principal del campo, pero perseguir de cerca el proceso de desarrollo y transformación hacia el Centenario plantea exigencias bastante mayores a la investigación. De cualquier modo, es posible indicar las direcciones principales de esa transformación y marcar sus líneas más relevantes desde el punto de vista de su proyección histórica.

En la medida en que cierto discurso sobre la locura, asociada al vicio y el delito, abarcaba directa y conjuntamente el espacio de la ciudad, en el dispositivo propiamente psiquiátrico tiende a diferenciarse un desarrollo que en los hospicios y la cátedra se repliega sobre la investigación neuropsiquiátrica de la patología mental. Domingo Cabred aparece promoviendo esa diferenciación, porque a la vez que desarrolla su acción sanitarista y despliega hospitales y asilos, im-

³⁶ Loudet y Loudet, *Op. Cit.*, p. 84.

porta a Christofredo Jakob en 1899 y lo coloca al frente del Laboratorio del Hospicio de las Mercedes. A partir de la inmensa tarea que realizó durante décadas, Jakob fundó y trazó las líneas de los estudios neurológicos en la Argentina.

Con esta orientación, que se afirma cuando José T. Borda asume la cátedra, uno de los caminos dentro del dispositivo psiquiátrico reencuentra los criterios de la medicina científica experimental, y al lado de esos discursos en los que la locura resaltaba sobre el fondo de los conflictos de la civilización, nace un complejo de conocimientos y técnicas de investigación e intervención -que también fundarán sus propios mitos- en torno de ese órgano sagrado: el cerebro. Osvaldo Loudet aporta la metáfora que enlaza esa obra a la indagación del espacio social, e imaginaria al cerebro como un país interior: "Fue [Jakob] el historiador y el geógrafo del cerebro humano. Fue el historiador, porque estudió su filogenia y su ontogenia; y fue el geógrafo, porque trazó la evolución de sus circunvoluciones, como quien dice sus 'ríos y colinas'."³⁷

Al mismo tiempo, esa especialización que establece una suerte de bifurcación entre una psiquiatría social -desde la red hospitalaria a la criminología y la profilaxis- y una neurobiología que se repliega en el laboratorio, reencuentra su integración armónica a través de la participación común en instituciones académicas y científicas, en las publicaciones compartidas y aun, en cierta ideología de sector que a la vez que sirve al reconocimiento recíproco sitúa cualquier investigación particular en el marco de valores y proyectos básicamente comunes. Es decir que esa inicial separación, que tiene que ver con una complejización técnica del dispositivo de la locura, opera como un reparto de funciones dentro de un grupo más bien reducido y homogéneo.

Para hacer referencia solo a la psicología, los profesores de fisiología médica se reúnen con los criminólogos para fundar las primeras cátedras de psicología experimental, del mismo modo que figuras diversas como Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Luis Agote, Horacio Piñero y Víctor Mercante, entre otros, coexisten en la Sociedad Argentina de Psicología, creada en 1908)³⁸

³⁷ *Id.*, p. 99.

³⁸ Papini, Mauricio, "Datos para una historia de la psicología experimental argentina", en *Revista Latinoamericana de Psicología*, VIII, p. 329.

Como se vio, una publicación como los *Archivos* de Ingenieros los reúne a todos, a partir de una adhesión común a los postulados positivos y experimentales. Pero, más aun, por la recíproca legitimación en que se instalan, a partir de la identificación con esos ideales moralizadores que hasta allí, casi sin excepciones, forman parte de la conformación de la minoría intelectual y política. Todo ello importa, no solo para señalar que las diferenciaciones dentro del dispositivo de la locura (por lo menos hasta la aparición del psicoanálisis) se mantienen dentro de un marco de armonía, sino para constatar que los orígenes de la psicología en la Argentina llevan la marca de un eclecticismo que es casi hibridez. Y esto más que a razones teóricas, obedece a que el surgimiento de los primeros laboratorios de psicología experimental se da simultáneamente en instituciones diversas que no dejan de aportar su propia lógica y sus objetivos: Víctor Mercante en el campo del normalismo, Cabred en la cátedra de clínica psiquiátrica, Ingenieros en el Servicio de Observación y Piñero en la Facultad de Filosofía y Letras, hasta llegar a las iniciativas de Alfredo Palacios en la Facultad de Derecho de La Plata, en tomo de las investigaciones psicofisiológicas del trabajo.

Es necesario volver sobre A. Ameghino que representa, en cierto sentido, la culminación de algunas líneas tendidas a lo largo de la conformación estratégica del dispositivo psiquiátrico; después de él, la renovación de las referencias va a ir desplazando el acento de la degeneración a la salud mental y de la eugenesia a la psicoterapia.

Ante todo, la correlación *locura-inmigración* -presente como constatación empírica desde mucho antes- le aporta un eje sólido con el cual reconstruir una significación central que ordena la historia psiquiátrica anterior. "En nuestro país son tan estrechas las relaciones entre inmigración y degeneración, que cuando la curva inmigratoria cayó bruscamente de 1914 a 1918, las correspondientes al delito y a la contravención cayeron también en perfecto paralelismo con aquélla. Este fenómeno reviste para el asunto discurrido singular valor, porque la delincuencia, la contravención y la locura pertenecen a la misma familia y en la mayor parte de sus casos todas son hijas de la degeneración."³⁹

Desde los comienzos de la psiquiatría en la Argentina se afirmaba que los inmigrantes enloquecen con más facilidad; sobre ello Ameghino arriesga una hipótesis etiológica: el abandono del medio habi

³⁹ Ameghino, A., "Higiene mental. La acción del Estado en el mejoramiento de la raza", en *Rev. Criminología*, XXII, p. 131.

tual opera como predisposición y las influencias del nuevo medio, extrañas al sujeto, como causas provocadoras de la locura. El razonamiento es una perfecta petición de principio: el inmigrante enloquece más porque es extranjero.⁴⁰

Pero lo más destacado de la obra de Ameghino son las prolijas investigaciones estadísticas sobre incidencia de cuadros psiquiátricos y tasa de inmigración, discriminadas por nacionalidad y por establecimiento de internación, desde 1902 a 1928.⁴¹ A partir de estos datos, ya no se trata de señalar esa correlación más bien reactiva de la locura con los reveses y frustraciones propios de la situación del trabajador inmigrante; mucho menos de una intervención terapéutica moral que apunte a estudiar la individualidad del loco y apoyar su reintegro a la sociedad. A Ameghino no lo conmueve ningún zapatero francés, porque su objetivo es la raza y los métodos que propone no buscan reintegrar sino segregar la degeneración. De allí su insistencia en "la conveniencia de que el estado redoble su acción de pro- videncia o vigilancia disminuyendo alienados libres y peligros a ellos inherentes: peligros inmediatos vinculados a la tranquilidad ambiente, o biológicos definidos en la degeneración psíquica general y en el descenso del vigor mental".⁴²

Por lo tanto, frente a los que consideran que el Estado se recarga de responsabilidades económicas y administrativas por el aumento del número de alienados a su cargo, la propuesta apunta justamente en la dirección opuesta, esto es, a propender que se aumente sustancialmente la cantidad de internados. Todo esto es planteado por Ameghino en el folleto de 1923, *El incremento de la locura en la República Argentina después de la guerra*, destinado a interesar a autoridades e instituciones en su campaña por establecer una vigilancia especializada de la inmigración. y no para prohibir el ingreso de alienados extranjeros porque eso ya estaba establecido por la ley de inmigración -No 817- de 1876.⁴³ El proyecto, en el que insistió

⁴⁰ Ameghino, A., *El incremento...*, *Op. cit.*, p. 1.

⁴¹ Ameghino, A., "Datos para la profilaxis mental en la República Argentina", en *Rev. Criminología...*, X, p. 170. "Locura e Inmigración", *Id.*, XVIII, p.154.

⁴² *El incremento...*, p. 6.

⁴³ Artículo 32: "Los capitanes de buques conductores de inmigrantes no podrán transportar a la República Argentina en calidad de tales, enfermos de mal contagioso o de cualquier vicio orgánico que los haga inútiles para el trabajo; ni dementes, mendigos, presidiarios o Criminales..., ni mayores de sesenta años a no ser jefes de familia". Ameghino, A., "Datos para la profilaxis"..., *Op. cit.*, p. 186-187.

durante muchos años, no apuntaba a los locos sino a restringir el ingreso de "elementos mentalmente malos aunque no sean alienados". De lo contrario -profetiza Ameghino- solo queda "comprobar resignados algunas inequívocas consecuencias de la protodegeneración de nuestro pueblo".⁴⁴

Es cierto que esta versión psiquiátrica del racismo retorna la vieja cuestión de la relación de la locura con la civilización, pero la acomoda a un enfoque que ya no se interesa por la agitación o el incremento de las pasiones, sino por una fantaseada ingeniería humana capaz de operar sobre la herencia. No es la relación de causalidad entre progreso cultural e incidencia de patología mental lo que preocupa a ese discurso, sino solamente la comprobación estadística que demuestra una correlación entre desarrollo social y pacientes internados, aun cuando se deba simplemente a que las sociedades modernas envían al asilo a personas que antes no pasaban por locas: "Cuando más civilizado sea un país, menor cantidad de alienados dejará en libertad".⁴⁵ Siguiendo ese razonamiento afirma que el avance de la civilización de la Argentina exige aumentar el número relativamente bajo -en comparación con países occidentales- de las internaciones psiquiátricas. Para probarlo, compara las tasas de Suiza -3,04%- y de Estados Unidos -2,24% con la exigua proporción de alienados sobre el total de población argentina: 1,21 %.⁴⁶

Los locos internados son un emblema de los avances de la civilización occidental, y el precio obligado de la construcción de una nación moderna y una raza vigorosa. La propuesta profiláctica se preocupa menos por la restitución de la razón -paradigma del alienismo- que por el control de la sexualidad y la reproducción. En ese sentido, no es la locura el objeto propio de la cruzada preventiva, si- no el riesgo de un descenso general del nivel mental de la población a consecuencia de la descendencia degenerativa.

La locura franca es como la ola agitada en el mar extendido de la degeneración, de lo que se deduce que una atención excesiva y exclusiva a la patología manifiesta puede ser un obstáculo para enfrentar

⁴⁴ *El incremento...*, *Op. cit.*, p. 6.

⁴⁵ "Datos para la profilaxis"..., *Op. cit.*, p. 177.

⁴⁶ *Id.*, p. 182.

ese peligro más amplio y solapado, el de "los desequilibrados e inferiores que no han perdido la razón". Pero esa distinción entre higiene de la locura y profilaxis mental reviste particular importancia en la Argentina, donde "al daño resultante de la libertad de alienados no reconocidos como tales, o tranquilos, adaptables o sociables, se suma el producido por ese contingente de población mentalmente inferior que, incluido en el aluvión inmigratorio, ingresa sin trabas al país año tras año".⁴⁷

Con esto, la relación entre locura y degeneración sufre una modificación importante, que rompe la identidad de fondo que anudaba esas dos nociones, para oponerlas en orden al resguardo de los valores de la raza. En ese sentido, mientras que el alienado, aun cuando pase por sano, en algún momento se pone de manifiesto, "el incompleto, el degenerado, el inferior, el que no está alienado, se difunde silencioso, sin que nadie lo advierta, produciendo en la sociedad el mismo efecto que el agua al difundirse en el alcohol, es decir, disminuyendo la virtud de arder sin trastornar su aspecto".⁴⁸

El peligro mayor de la degeneración, entonces, ya no reside en que predispone a la locura, sino en que "puede determinar silenciosamente la degradación, la inferioridad, la debilidad y aun la invalidez de la raza".⁴⁹ El registro de la visibilidad y la percepción de la locura fundado por el alienismo, había comenzado ya a transformarse cuando el tema de la "locura moral" y los estados intermedios impuso ese mito perdurable del ojo psiquiátrico, que escruta más allá de la superficie. Pero, de cualquier modo lo que allí se perseguía era anticipar la locura, perseguirla y batirla antes de su eclosión. El discurso de la profilaxis completa el trastocamiento de la visibilidad invirtiendo la magnitud de la amenaza: el problema mayor no es la detección precoz de la locura, sino "la libertad que se acuerda a los llamados psicópatas, es decir a los degenerados débilmente potenciales". "Los inofensivos y los no protestadores... son precisamente los que ofrecen mayores peligros a la sociedad en cuyo seno viven silenciosamente".⁵⁰

Si la locura, clásicamente, ha unido sólidamente su imagen al ruido y el escándalo de la razón, en el delirio y la alucinación, este nuevo paradigma hace del silencio y la continuidad subterránea de la de-

⁴⁷ *Id.*, p. 171-172.

⁴⁸ *Id.*, p. 172.

⁴⁹ Ameghino, A., "Higiene mental...", *cit.*, p.135.

⁵⁰ "Reseña y crítica"..., *cit.*, p.434.

generación los caracteres mayores de esa conjura global contra el estado mental de la Nación: "la calidad mental de los pueblos guarda siempre relación con el número de sus degenerados que no han caído en la enajenación".⁵¹

Con ello, por otra parte, aparece un argumento de fondo para la incorporación de los tests psicológicos (A. Ameghino fue jefe de la Sección de psicología experimental de la Cátedra de psiquiatría) que incrementan la eficacia y el alcance de esta detección vigilante de los trastornos psicopáticos,⁵² De paso, nace esa noción, moderna y tan ubicua, del *psicópata*, que se sitúa en el surco preparado por viejos personajes, desde el loco moral al degenerado hereditario.

Como base de toda acción profiláctica, Ameghino propone, "una vigilancia estricta y apropiada de la inmigración".⁵³ Pero si lo hace es porque ya hace responsable a los extranjeros de los males de la Nación, Si el Estado debe intervenir con todos sus recursos es porque la capacidad mental es concebida como una cosa pública, integrante del patrimonio nacional. La calidad de población como riqueza material es algo que el siglo XIX descubrió junto con la valorización del trabajo humano, pero este proyecto de vigilancia parece exceder esa consideración económica para embarcarse en la ilusión de una intervención capaz de producir una fantástica genealogía en la que el mito de la pureza racial se combina con un ideal de *uniformidad*. No es el caso abundar en las propuestas del profesor Ameghino, a lo largo de una obra docente e intelectual de máxima coherencia con sus primeros planteos; tanto que llega en 1934 a proponer que deben construirse asilos públicos y recluir a los 45.000 oligofrénicos que hay en el país para evitar su potencial transmisión degenerativa.⁵⁴ (Hay que tener en cuenta que el total de internados en instituciones psiquiátricas públicas por entonces no pasaba de 15.000).

Pero es importante consignar que el pensamiento de Arturo Ameghino estaba lejos de ser una expresión aislada y que su trayectoria está en el origen del importante movimiento institucional de la higiene mental. Después de realizar su formación neuropsiquiátrica en Francia, es, sucesivamente, Jefe de Clínica Neurológica (1915-1916), Jefe de la Sección de psicología experimental del Laboratorio de la Cátedra de psiquiatría (1917-1931) y al mismo tiempo mé-

⁵¹ *Id.*, p. 431.

⁵² *Id.*, p. 424.

⁵³ "Datos para la profilaxis"..., *cit.*, p. 173.

⁵⁴ "Higiene mental"..., *cit.*, p.146.

dico interno del Hospicio de las Mercedes, adscripto a la Cátedra de psiquiatría en 1920, y profesor titular en 1931 y hasta 1943. Fundó la Sociedad Argentina de Neurología y Psiquiatría (1923) y la *Revista Argentina de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal* (1927).⁵⁵

En todo caso, explorar el discurso de la profilaxis mental en las formulaciones de A. Ameghino permite rastrear cierto origen de la noción moderna y familiar de *salud mental*, y advertir lo que debe a ese paradigma racial de un tipo humano normalizado. En la desmesura de los proyectos profilácticos del Dr. Ameghino se revela, con mucho más nitidez que en algunas versiones contemporáneas acerca de la prevención psiquiátrica, la presión de ese fantasma de *unidad e identidad* superpuesto sobre las variadas condiciones y conflictos de la conducta. La renegación de la diferencia a través de esa intervención disciplinaria sobre la herencia biológica sostiene, entonces, esa antigua noción de raza, en la que se depositan a la vez caracteres de laboriosidad, equilibrio emocional y subordinación a la autoridad, y la capacidad genésica de transmitirlos a la descendencia.

Para asegurar así la posteridad de la Nación, el profilacta acaricia la ilusión de echar al mundo una criatura que sea su réplica; después de ello podrá descansar en un mundo sin conflictos que escapen al control del Estado. El ideal unitario es a la vez una propuesta totalitaria, en la medida en que centraliza un monopolio de las normas que pretende -utópicamente- reasegurarse en el nivel de la propia constitución genética.

En ese sentido, llevado al límite, la propuesta profiláctica y eugenésica marca un viraje importante respecto del higienismo médico tradicional, el cual, aun encubriendo las verdaderas causas no dejaba de señalar el peso de los factores económicos y sociales -miseria, desocupación, déficit habitacional y nutricional- en los problemas sanitarios de la población. El desplazamiento que acentúa la profilaxis en desmedro de la higiene y la terapia coincide con un énfasis en el sustrato biológico concentrado en esa noción de raza. Si la teoría de la degeneración llevaba en su interior una contradicción irresoluble entre la postulación del mecanismo de la herencia y la noción de la "degeneración adquirida", que procuraba zanjar precariamente con la idea -científicamente falsa- de que los caracteres adquiridos se transmiten a la descendencia, el recurso eugenésico la resuelve con la afirmación de principio de la preeminencia del factor orgánico.

⁵⁵ Loudet y Loudet, *cit.*, p. 80.

Algo que, por otra parte, coincide con el vuelco de la enseñanza hacia la neuropsiquiatría.

La medicina social, tal como la concibe A. Ameghino, se enfrenta, entonces, a una disyuntiva fundamental: "O bien predomina ...como objeto la protección directa a la sociedad actual y en ese caso se dedica principalmente a fortalecer débiles, revalidar inválidos, prolongar vidas, rehabilitar valores demedrados por la enfermedad, aumentar el rendimiento de los rezagados; o bien prevalece ...la protección de la raza y entonces propende sobre todo a evitar la reproducción de seres débiles o perniciosos".⁵⁶ El papel de la medicina social ya no se concibe como una acción sobre el *presente* de la sociedad sino que se privilegia la empresa de construir una sociedad *futura* mediante el recurso del mejoramiento de la raza. Con ello, el discurso eugenésico se sitúa en una línea de continuidad con ese molde *transformista* inaugurado por José M. Ramos Mejía, al cual, en todo caso, fortalece con una base doctrinaria y una más decidida acción institucional.

Mientras que la pretensión higienista, orientada a actuar sobre diversas condiciones del medio mantiene una dispersión que hace de la "salud" un resultado de múltiples factores, el núcleo más consistente de esa doctrina profiláctica unifica al máximo los criterios de lo normal, haciéndolo recaer principalmente sobre el sustrato genético transmisible. Al mismo tiempo, esa unidad del objetivo alimenta la del *gran sujeto* en el que se fantasmagoriza el fin mismo de la programación racial: el Estado. Frente a la omnipotencia de su figura, el relieve del personaje médico pierde mucho de su estatura tradicional para reducirse a los más modestos caracteres del funcionario. Y no se trata de que el Estado garantice un acceso del conjunto de la Población a una adecuada atención sanitaria, sino de que sea proyectado como un amo fabuloso al que corresponde por derecho propio la imposición de un modelo uniformado de la conducta.

No entra dentro de los límites de esta obra un análisis del movimiento de la higiene mental en la Argentina, que requeriría una atención cuidadosa de sus componentes y derivaciones, particularmente en lo concerniente a la constitución de cierto dispositivo psicoterapéutico, en el que viene a impactar el psicoanálisis, en un proceso que instaura a la vez continuidades y rupturas.

Por otra parte, no puede desconocerse que el discurso mismo de

⁵⁶ "Higiene Mental" ...*cit.*, p. 133.

la profilaxis mental en el país produce algunas variaciones respecto del pensamiento del Profesor Ameghino, particularmente con la conformación de la Liga Argentina de Higiene Mental. En realidad, en el movimiento internacional de la higiene mental no existía esa atención concentrada en la degeneración y la defensa de la raza. Justamente eso hace que Ameghino, si bien comparte y difunde los objetivos de ese movimiento, no disimule sus objeciones a lo que califica como un descuido de la profilaxis biológica de la degeneración.⁵⁷

En todo caso, las ideas de Arturo Ameghino parecen ocupar un lugar de bisagra entre cierta culminación de la correlación, que va estableciéndose entre locura e inmigración, a lo largo de la conformación del dispositivo psiquiátrico y criminológico, y esa incorporación del discurso de la higiene mental, que pronto va a dejar de ocuparse de la figura denigrada del inmigrante para desplazar su atención a las áreas del trabajo, la escuela, la familia y la sexualidad.

El movimiento de la higiene mental nace en Estados Unidos en la primera década de este siglo y es debido a la iniciativa de Clifford Beers, que en 1907 escribió *Un alma que se encontró a sí misma*, narrando sus experiencias de ex-internado en diversos establecimientos psiquiátricos. A partir de ese libro inició una campaña -que mantiene muy claras conexiones con el delirio que motivó la internación- para mejorar la asistencia y prevenir la enfermedad mental.

El texto de Beers merece, sin duda, una consideración más exclusiva, pero lo menos que puede decirse es que, escrito desde la razón recobrada, es un testimonio de sensatez -no casualmente se trata de un egresado de Yale- que se ubica en las antípodas de esa otra obra de los hospicios debida a la pluma del Presidente Schreber. Es cierto que Beers hace denuncias sobre las brutalidades de los alienistas y sus asistentes, pero ofrendada su obra, la tarea de modernizar y "humanizar" la psiquiatría, fue recibida con general beneplácito por médicos y autoridades. En síntesis, el movimiento de la higiene mental, mediante donaciones y fundaciones, con apoyo en general de los respectivos gobiernos, se extiende por el mundo y hacia 1930 realiza su primer congreso internacional.

Por otra parte, a caballo sobre la figura legendaria de este "Pinel americano",⁵⁸ la medicina mental norteamericana, incluyendo alguna versión del psicoanálisis, se lanzó a la conquista del planeta. En ese sentido, las nuevas corrientes psiquiátricas, que llegan a la Argen-

⁵⁷ "Reseña y crítica"..., *cit.*, p. 429.

⁵⁸ Ameghino, A., "Reseña y crítica"..., *cit.*, p. 417.

tina hacia la década del veinte, vienen a operar un desplazamiento de la hegemonía, hasta entonces indiscutida, de las escuelas europeas, especialmente la francesa.

La Liga Argentina de Higiene Mental se crea en 1929 por determinación de la Sociedad de Neurología y Psiquiatría, que presidía el Dr. Obarrio. Entre las secciones permanentes que se propone crear están las siguientes: asistencia de psicópatas; inmigración; higiene industrial y profesional; sífilis, alcoholismo y toxicomanías; psiquiatría infantil; sociología; antisociales: vagabundaje y delincuencia; higiene naval; higiene militar; higiene sexual; higiene social e individual de la infancia; propaganda.⁵⁹

La importancia de esta institución no reside solo en la acción que desarrolla a través de consultorios, servicio social, instituto neuropsiquiátrico infantil y escuela de visitadoras, sino en que nuclea a un conjunto de personajes representativos. Y no solo médicos, como de Veyga, E. Mouchet -que va a ser director del Instituto de Psicología en Filosofía y Letras- o Nerio Rojas, sino socios no médicos que apoyan el movimiento, como Alfredo Palacios, Juan A. García y Enrique Navarro Viola.

De cualquier modo, se acentúa una diversificación de discursos y prácticas que va a transformar de un modo irreversible ese dispositivo monolítico, que ya no volverá a recobrar la solidez, la armonía y la homogeneidad que lo caracterizaron hacia los comienzos del siglo.

⁵⁹ *Estatutos de la Liga Arg. de Higiene Mental*, 1933. Si bien es una institución privada, la Liga recibe subsidios oficiales. Su primer presidente fue Gonzalo Bosch, que sucedió a A. Ameghino en la Cátedra de psiquiatría y fue, durante muchos años, director del Hospicio de las Mercedes.

Bibliografía

- Acevedo, Wenceslao, *Locura y derecho penal*, Tesis, 1886.
- Ackerknecht, Erwin, *Breve historia de la psiquiatría*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- Alcácer, Pedro, *Locura y crimen*, Tesis, 1883.
- Alcorta, Diego, "Disertación sobre la manía aguda", Tesis, 1827, en: *Anales de la Biblioteca*, II, p. 181.
- Ameghino, Arturo: *El incremento de la locura en la República Argentina después de la guerra*, folleto, 1923. "Datos para la profilaxis mental en la República Argentina", *Rev. Criminología, Psiq. y Medic. Legal*, X (1923), p. 170. "Reseña y crítica de las instituciones actuales de profilaxis mental", *Rev. Criminología...* XI (1924), p. 417. "La locura en diversas regiones de la República Argentina", *Rev. Arg. de Neurología, Psiq. y Medic. Legal*, I, 1927, p. 494. "Exploración regional de las aptitudes mentales en la Rep. Argentina", *Rev. de la Asoc. Médica Arg.*, 1928, III, p. 200. "Locura e Inmigración", *Rev. Criminología...*, 1931, XVIII, p. 154. "Higiene mental. La acción del Estado en el mejoramiento de la raza", *Rev. Criminología...*, 1935, XXII, p. 131.
- Ameghino, Florentino, *Filogenia* (1884), Buenos Aires, L.J. Rosso, 1928.
- Barbieri, Pedro, "La clínica criminológica", en *Archivos de Psiquiatría...*, V, 296, 1906.
- Beers, Clifford, *Un alma que se encontró a sí misma*, Buenos Aires, Cassese-Carrá, 1969.
- Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Madrid, La Piqueta, 1979.
- Birman, Joel, *A psiquiatría como discurso da moralidade*, Río de Janeiro, Graal, 1978.
- Borda, José T., *Consideraciones sobre el pronóstico de la alienación mental*, Tesis, 1898.
- Bosch, Gonzalo, *Examen morfológico del alienado*, Tesis, 1913.
- Bunge, Carlos Octavio, *Nuestra América*, Buenos Aires, A. Moen y hno., 1911. *Estudios Filosóficos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919.
- Cabred, Domingo, *Contribuciones al estudio de la locura refleja*. Tesis, 1881. *Discursos sobre asilos y hospitales regionales en la República Argentina*, (Ley 4953).

- Cané, Miguel, *Expulsión de extranjeros*, Buenos Aires, Impr. J. Sarrailh, año 1899.
- Canguilhem, George, *Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1978.
- Castel, Robert, *L'ordre psychiatrique: l'age d'or d'alienisme*, (Traduc. portuguesa), Río de Janeiro, Graal, 1978.
- Colajanni, Napoleón, "Raza y delito", en *Criminología Moderna*, N° 10, p.350.
- Coni, Emilio, y Meléndez, Lucio, *Consideraciones sobre la estadística de la enajenación mental en la provincia de Bs. As.*, folleto, Buenos Aires, Pablo Coni, 1880.
- de Veyga, Francisco, "Genio y degeneración. A propósito de la obra de Lombroso", *Archivos Psiq. y Criminolog...*, V, p. 299, 1906. "De la regeneración como opuesta a la degeneración mórbida", *Archivos...*, IV, p. 31, 1905. "Los lunfardos", *Archivos...*, II, p. 654, 1903. "Los auxiliares del vicio y del delito", *Archivos...*, III, p. 289, 1904. "Delito político. El anarquista Planas Virella", *Archivos...*, V, p. 513, 1906. "Sumario del Curso de psicología", *Rev. El Libro*, I, p. 84, 1906.
- Dörner, Klaus, *Ciudadanos y locos. Historia social de la psiquiatría*, Madrid, Taurus, 1974.
- Drago, Luis María, *Los hombres de presa*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1921.
- Engels, Federico, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, Futuro, 1965. .
- Escardó, Florencio, *Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1959.
- Fernández, Julián, "Medicina legal. Delirio de las persecuciones y tentativa de asesinato", *Anales del Círculo Médico*, I, 1878.
- Figuroa, Gregorio, *Medicina legal de la locura*, Tesis, 1879.
- Foucault, Michel, *El Nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI, 1966. *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 1976. *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1976. *Historia de la sexualidad, La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977. "El ojo del poder", en Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Madrid, La piqueta, 1979.
- Freud, Sigmund, *Psicoanálisis de las masas y análisis del yo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, T.I.
- Gache, Sarnuel, *La locura en Buenos Aires*, Buenos Aires, Imp. M. Biedma, 1879. "El estado mental de la sociedad de Buenos Aires", *Anales del Circulo Médico*, IV, p. 635, 1879-1880.
- García, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, Santa Fe, Castellví, 1954.
- Giberti, Horacio, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1961.
- Giraud, Pedro, *Causas de la enajenación mental*, Tesis, 1876.
- Gori, Pietro, "Guerra al delito", *Criminología Moderna*, I, N° 1, 1898. "El ideal de la ciencia", *Criminología...*, *id.*, I, N° 2, 1898. "La antropología criminal", *id.* III, N° 4, 1899. "En defensa de la vida", *Id.*, III, N° 20, 1900.

- Gottheld, René, "Historia de la psicología en la Argentina", en *Rev. Latinoamericana de Psicología*, I, 1969.
- Grossac, Paul, "La degeneración hereditaria", en Ramos Mejía, J.M., *La locura en la historia*, Buenos Aires, L.J. Rosso, 1933.
- Güemes, Luis, *Medicina Moral*, Tesis, 1879.
- Hualde, José, *Profilaxis de la locura*, Tesis, 1899.
- Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Ingenieros, José, *La simulación en la lucha por la vida*, (1900) Buenos Aires, Meridion, 1955. *Simulación de la locura* (1900), Bs.As., L.J. Rosso, 1918. *Criminología* (1907), Madrid, D. Jorro, 1913. *Sociología Argentina* (1908), Buenos Aires, Elmer, 1957. *La psicopatología en el arte* (1910), Buenos Aires, Losada, 1961. *El hombre mediocre* (1913), Buenos Aires, R. Roggero, 1951. "La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía", en Ramos Mejía, J.M., *La neurosis de los hombres célebres*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915. *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Elmer, 1957, *La locura en la Argentina* (1919), Buenos Aires, L.J. Rosso, 1937.
- Jacques, Amadeo, *Psicología* (1845), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1923.
- Justo, Juan B. *Teoría y práctica de la historia*, Buenos Aires, Libera, 1969.
- Korn, Alejandro, *Locura y crimen*, Tesis, 1883.
- Korn, Inés, "Alejandro Korn, mi padre", en *Cuadernos de la Revista de Humanidades*, Univ. Nac. de Córdoba, 1960.
- Lagache, Daniel, *La unidad de la psicología*, Buenos Aires, Paidós, 1980.
- Le Bon, Gustavo, *Psicología de las multitudes*, Buenos Aires, Albatros, 1958.
- Levantini, Albino, *Consideraciones sobre la higiene de los locos*, Tesis, 1885.
- Lombroso, Cesare, *L' Uomo delinquente*, Milán, Ulrico Hoepli, 1876.
- Lombroso Ferrero, Gina, *Vida de Lombroso*, Buenos Aires, Aquiles Gatti, 1940.
- Loudet, Osvaldo, *Más allá de la clínica*, Buenos Aires, Losada, 1958. *Médicos argentinos*, Buenos Aires, Huemul, 1966. *Ensayos de crítica e historia*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1975.
- Loudet, Osvaldo y Loudet, Osvaldo Elías, *Historia de la psiquiatría argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1971.
- Maglioni, Norberto, *Los manicomios*, Tesis, 1879.
- Magnam et Legrain, *Les Dégénérés*, París, Rueff et Cie, 1895.
- Mallo, Pedro, *Enajenación mental*, Tesis, 1864.
- Meléndez, Lucio, "Locura adquirida. Lipemanía», *R.M.Q.* XV , p. 158, 1878. "Locura adquirida, Manía aguda", *A.C.M.* I, p. 343, 1878. *Consideraciones sobre la estadística de la enajenación mental en la provincia de Bs. As.*, con E. Coni, Imprenta P. Coni, Bs. As., 1880. "Los manicomios de la Pcia. de Bs. As", *R.M.Q.* XVI, p. 301, 1879. *Id.*, 321. *Id.*, 349. *Id.* p. 387. *Id.* p. 429. *Id.*, p. 498. "Manicomio, *R.M.Q.* XV , p. 467. *Refutación clínico- psicológica sobre el estado mental del parricida José Vivado*, folleto,

- Bs. As., 1879. "Los indígenas y la locura", *R.M.Q.*, XVII, p. 34, 1880. "Departamento hidroterápico en el Hospicio de las Mercedes", *R.M.Q.*, XVII, p. 308. "Hospicio de las Mercedes", *R.M.Q.*, XVII, p. 455. "Secuestración de alienados", *R.M.Q.*, XVIII, p. 79, 1881. *Id.*, p. 100. *Id.*, p. 137. "Piro-terapia", *R.M.Q.*, XVIII, p. 156. "El espiritismo y la locura", *R.M.Q.*, XVIII, p. 209. *Id.*, p. 221. "Un proyecto de hospicio de alienados", *R.M.Q.*, XVIII, p. 494. "Lipemania producida por el espiritismo y por las libaciones alcohólicas a causa de un amor desgraciado", *R.M.Q.*, XVIII, p. 512. "Manía aguda", *R.M.Q.*, XIX, p. 8, 1882. "Locura simulada", *R.M.Q.*, XIX, p. 80. "Locura histérica. Manía religiosa. Influencia moral sobre varios miembros de la misma familia: enajenación mental de los unos, panofobia de los otros; filicidio, intervención de la autoridad policial, informe médico de los tribunales". *R.M.Q.*, XIX, p. 109 y 123. "Colonias de alienados", *R.M.Q.*, XIX, p. 207. "Locura circular", *R.M.Q.*, XIX, p. 253 y 275. "Manía aguda", *R.M.Q.*, XIX, p. 389. "Interdicción por enajenación mental", *A.C.M.*, IX, p. 419, 1886.
- Moreau, Alicia, "La vida y los fenómenos psíquicos", *El libro*, I, p. 363, 1906. "La pretendida degeneración de las razas", *Univ. Nac. de La Plata*, Conferencias 1907 y 1908, La Plata, 1909.
- Mouchet, Enrique, "Psicología y medicina (necesidad de introducir la enseñanza de la psicología en el plan de estudios de la Fac. de Ciencias Médicas de Bs. As.)", *Boletín Soc. Psicología de Bs. As.*, I, 49, 1933. "José María Ramos Mejía, fundador de la psicología patológica en la Argentina", *Anales del Inst. de Psicología*, III, 559, 1941.
- Onega, Gladys, *La inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.
- Oved, Isaac, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.
- Papini, Mauricio, "Historia de la psicología experimental argentina", en *Rev. Latinoamericana de Psicología*, VIII, p. 319, 1976. *Id.*, X, p. 227, 1978.
- Penna, José y Madero, Horacio, *La administración sanitaria y asistencia pública de la ciudad de Bs. As.*, 1910.
- Pinel, Ph., *Traité médico-philosophique sur l'alienation mentale*, París, Lib. Brosson, 1809., 2da. edición.
- Ponce, Anibal, *La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, El Ateneo, 1939.
- Quesada, Ernesto, "La vocación de Ingenieros", *Nosotros*, XIX, N° 199, diciembre de 1925.
- Ramos Mejía, José M., *La neurosis de los hombres célebres* (1878), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915. *La locura en la historia* (1895), Buenos Aires, L.J. Rosso, 1933. *Las multitudes argentinas* (1899), Buenos Aires, Tor, 1956. *Los simuladores de talento* (1904), Buenos Aires, Tor, 1955. *Rosas y su tiempo* (1907), Buenos Aires, Jackson, 1944.
- Rawson, Guillermo, "Estudio sobre las casas de inquilinato de Bs. As.", en *Escritos Científicos*, Buenos Aires, Jackson, 1945.

- Rojas, Nerio, "Conferencia inaugural. Cátedra de Medicina Legal'. *Rev. Criminolog., Psiq.*, IX, p. 443, 1924.
- Romero, José Luis, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, F.C.E., 1975.
- Rosen, George, *Locura y sociedad*, Madrid, Alianza, 1974.
- Rossi, José, "La criminalidad profesional en Bs. As.", *Archivos Psiq. Criminolog.*, II, p. 169, 1903.
- Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1979. *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915. *Condición del extranjero en América*, Buenos Aires, La Facultad, 1928.
- Sauri, Jorge J., *Historia de las ideas psiquiátricas*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1969.
- Sbarbi, M., "Reseña histórica del Hospicio de las Mercedes", *ACTA*, VI, p. 421, 1960.
- Sicardi, Francisco, "La vida del delito y la prostitución", *Archivos Psiq. Crim.*, II, p. 11, 1903. *La canción del insomnio*, Buenos Aires, A. Molinari, 1918.
- Sociedad de Beneficencia, *Soc. de Beneficencia de la Capital. Su origen y desenvolvimiento*, 1823-1923, Buenos Aires, 1924.
- Solari, Benjamín, *Degeneración y crimen*, Tesis, 1891. "La pretendida castración de los alienados como medio de profilaxis de la locura", *A.C.M.* XXII, p. 585, 1897, "La defensa de la raza por la castración de los degenerados", *Archivos Psiq. Crim.*, I, p. 385, 1902. "Datos biográficos de Lucio Meléndez", *La Semana Méd.* VIII, p. 783, 1901. Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- Tamini, Luis B., "El naturalismo", en Cambaceres, E., *En la sangre*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1968.
- Terán, Oscar, "Introducción", en *Ingenieros, J., Antimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979.
- Wilde, Eduardo, "Informe médicolegal sobre el estado mental de un individuo", en *Tiempo perdido*, Buenos Aires, Lib. del Colegio, 1967.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Zanetti, Susana y Pontieri, Margarita, "El ensayo. Domingo F. Sarmiento", *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL T.1.